



**PREMIO  
PULITZER**

T. Christian Miller y Ken Armstrong

# CREEDME

Traducción de Miguel Ros González y prólogo de Patricia Simón



# Table des matières

Prólogo, por Patricia Simón

1. EL PUENTE

2. CAZADORES

3. OLAS Y CUMBRES

4. UNA ALQUIMIA VIOLENTA

5. UNA BATALLA PERDIDA

6. HOMBRE BLANCO, OJOS AZULES, SUDADERA GRIS

7. HERMANAS

8. “ALGO EN SU FORMA DE CONTARLO...”

9. LA SOMBRA INTERIOR

10. BUENOS VECINOS

11. UNA FALTA GRAVE

12. MARCAS

13. COMO MIRAR UNA PECERA

14. UN CHEQUE DE 500 DÓLARES

15. 327 Y MEDIO

EPÍLOGO: 18 RUEDAS

Un apunte de los autores

Notas

Agradecimientos

T. Christian Miller y Ken Armstrong  
**CREEDME**

Traducción de Miguel Ros González



TÍTULO ORIGINAL: *A False Report*

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2019

© Del texto: T. Christian Miller y Ken Armstrong, 2018

© De la traducción: Miguel Ros González, 2019

© Del prólogo: Patricia Simón, 2019

© De la presente edición: Libros del K.O., S.L.L., 2019

Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511

28020 - Madrid

Traducción publicada con el permiso de Crown, una marca de Crown Publishing Group, una división de Penguin Random House L.L.C.

ISBN: 978-84-17678-17-3

CÓDIGO IBIC: DNJ, BTC

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Adara Sánchez Anguiano

MAQUETACIÓN Y ARTES FINALES: María O'Shea

CORRECCIÓN: María Campos Galindo

*A mi padre, Donald H. Miller,  
cuya fuerza, entrega y sentido de la responsabilidad han sido  
fuente de inspiración toda mi vida.  
Espero seguir disfrutando de tu luz muchos años, papá.*  
T. Christian Miller

*A mi madre, Judy Armstrong,  
famosa por compatibilizar tres clubes de lectura y  
seguir prefiriendo la tapa dura. «Me encanta pasar las páginas»,  
dice; palabras que me llenan el corazón de alegría.*  
Ken Armstrong

## Prólogo, por Patricia Simón

Si no todas, casi todas las mujeres nos hemos planteado cómo reaccionaríamos en caso de violación. Si es mejor defenderse con uñas y dientes, o si deberíamos huir por todos los medios. O, quizá, permanecer en estado inerte para que todo pase cuanto antes. Es un diálogo interno que comienza pronto, normalmente en la adolescencia, cuando empezamos a salir solas al mundo. Y, sobre todo, de noche; ese espacio físico —más que temporal— donde las calles nos gritan que no son nuestras, incluso en tiempos de paz.

El pensamiento desaparecerá al cruzar el portal, pero el monólogo regresa implacable cuando hay noticias de una violación o de un feminicidio, cuando viajamos solas por países inseguros o cuando escuchamos unos pasos a nuestra espalda sin testigos en el horizonte.

Nuestra sociedad apenas ha prestado atención a este soliloquio, pese a que tantas mujeres lo compartamos. Como respuesta, nos llega que las mujeres violadas buscan atención por falta de autoestima o algún trauma arrastrado; que solo pretenden tapar el arrepentimiento tras una noche salvaje; que persiguen destruir la vida a un hombre; que quizá todo sea una mala pasada de la memoria, las drogas o el alcohol... Como si no hubiese motivos para sentirnos así.

*Creedme* es una buena noticia porque, en su reconstrucción de los hechos, une los puntos entre tantos soliloquios. Nos muestra que, detrás de nuestros pensamientos, hay lógicas culturales, históricas y sociales muy concretas.

Es una buena noticia porque, frente al relato tradicional de las mujeres violadas como guardianas de su vergüenza, encerradas en silencio, velando su desgracia, demuestra que la mayoría de las mujeres no quieren ni pueden dejarse caer en el boquete del miedo, la desconfianza, la culpabilidad y la tristeza.

Es una buena noticia porque nos enseña que si una víctima se tambalea — cosa comprensible si atendemos a las miradas escépticas, a los

contrainterrogatorios, a las extenuantes pruebas físicas, a la falta de formación de quienes atienden—, existe una red de personas (casi siempre mujeres) dispuesta a partirse la cara por ella y no rendirse.

Es un libro útil porque nos explica qué les sucede a las víctimas durante y después de una violación. Muchas mujeres sufren disociación y amnesia, una estrategia de autodefensa de la mente para protegerse de lo que está viviendo. Un estudio del Instituto Karolinska de Suecia demostró que el 70% de las víctimas de violación había sufrido algún tipo de parálisis. De ahí, por ejemplo, que los recuerdos a veces no sean nítidos. O que incluso se contradigan.

También es un libro bienvenido porque nos enseña que la amplitud de miras en el trabajo sanitario, policial o judicial no solo ayuda a resolver casos, sino también a reinstaurar en las personas la sensación de justicia. Que pese al lastre histórico que arrastramos, seguimos avanzando en la conquista y el ejercicio de derechos.

Y esta crónica larga es también una buena noticia para un ámbito tan famélico de ellas como es el periodismo. *Creedme* bien podría presentarse ante un hipotético tribunal sobre el estado del periodismo como evidencia de lo necesario que sigue siendo este arrugado, maltratado, charlatán e insustituible oficio. Ninguno de los gobiernos de las últimas décadas en los Estados Unidos podría defender su gestión protegiendo a las víctimas de violación ante las evidencias recogidas por los dos autores de este libro.

T. Christian Miller y Ken Armstrong, pese a trabajar en distintos proyectos cuando se enteraron de que perseguían la misma historia, indagaron conjuntamente y no compitieron por el acceso a las fuentes. Es un buen ejercicio de generosidad profesional.

Pero, sobre todo, *Creedme* es importante porque llega poco después de uno de los mayores traumas sufridos por las mujeres españolas en nuestra historia reciente: el caso de La Manada. En 2018, la Audiencia de Navarra resolvió que la condena a cinco hombres que asaltaron a una joven durante los Sanfermines de 2016 sería por abuso sexual y no por violación, ya que no contemplaron violencia o intimidación en el suceso.

En 2018, en España se denunciaron 1702 agresiones sexuales con penetración. Y una de cada cinco mujeres sufrirá al menos una violación a lo largo de su vida, según el Centro Nacional de Documentación sobre la Violencia Sexual. Amnistía Internacional, en su informe «Ya es hora de que me

creas. Un sistema que cuestiona y desprotege a las víctimas» —lo más parecido que hay en nuestro país al libro que tienen entre manos—, explica que estas cifras son solo la punta del iceberg. La inmensa mayoría de los casos no se denuncian porque faltan garantías y confianza. Las investigadoras de Amnistía Internacional también averiguaron que, de haber sabido por todo lo que tendrían que pasar tras presentar la denuncia, muchas supervivientes de violaciones no habrían dado el paso. En España. En 2018.

He mencionado varias razones por las que este libro es una buena noticia, pero también tengo una mala noticia con respecto a él. El tipo de violación que investiga —cometida por un violador en serie, con premeditación, alevosía y ajeno a la víctima—, no es en absoluto la más habitual. Como tampoco lo es la cometida por La Manada.

La mayoría de las agresiones sexuales no se denuncian, entre otras razones, porque a menudo las cometen personas del entorno de la víctima. Normalmente, familiares: el marido, el novio, el padre, un tío, un hermano... Por lo menos, suman la mitad y acontecen cuando las víctimas son aún niñas o adolescentes, según las denuncias recogidas por un informe del Ministerio de Interior en 2018.

La situación es aún más desfavorable en otros países del mundo, donde ser agredida sexualmente puede suponer castigos físicos y hasta la expulsión de la comunidad. O en contextos de guerra, donde la violación se emplea para humillar al enemigo, como si el cuerpo de las mujeres solo fuese otro territorio que conquistar. O en las migraciones, donde muchas mujeres asumen que la violación será parte del peaje.

Las denuncias por violación no acontecen porque las mujeres busquen atención por falta de autoestima o algún trauma arrastrado, porque pretendan tapar el arrepentimiento tras una noche salvaje, porque persigan destruir la vida a un hombre o por una mala pasada de la memoria, las drogas o el alcohol. La violación es una de las manifestaciones más sádicas del patriarcado; una invasión de lo único que nos pertenece realmente: nuestro cuerpo. Y violan en nombre del odio y hasta violan en nombre del amor.

Nos preguntábamos en silencio cómo reaccionaríamos en caso de violación. Luego llegó la sentencia de La Manada, salimos a las calles y nos sentimos fuertes, resistentes; acompañadas por mujeres de todas las edades y procedencias. Decenas de miles de mujeres, a sabiendas de que la propia violación ya es un acto de violencia, sumamos nuestros soliloquios hasta

convertirlos en un grito: «Yo sí te creo», «Yo sí te creo». A ellas ya no tendríamos que suplicarles «Creedme».

# 1. EL PUENTE

Lunes, 18 de agosto de 2008  
Lynnwood, Washington

Marie abandonó la sala de interrogatorios y bajó las escaleras de la comisaría acompañada de un oficial y un subinspector. Ya no estaba llorando. Los agentes la dejaron en manos de las dos personas que la esperaban, coordinadores de un programa de apoyo para jóvenes que, como Marie, habían alcanzado la mayoría de edad y ya no pertenecían a la red de familias de acogida.

«Entonces, ¿qué?», preguntó uno.

«¿Te violaron?».

Había pasado una semana desde que Marie, una joven de dieciocho años con ojos castaños, pelo ondulado y aparato, denunciase que un desconocido la había violado después de irrumpir en su apartamento con un cuchillo, vendarle los ojos, atarla y amordazarla. A lo largo de esa semana, Marie le había contado la historia a la policía al menos cinco veces. Les dijo que había sido un hombre blanco y delgado, de metro setenta como poco. Vaqueros azules. Sudadera con capucha gris, quizá blanca. Puede que ojos azules. Sin embargo, su recuento de los hechos no siempre coincidía, y algunas personas del círculo de Marie plantearon sus dudas a la policía. Cuando los agentes expusieron a Marie esas dudas, la joven primero titubeó y luego acabó por ceder, diciendo que se lo había inventado todo porque su madre de acogida no le respondía al teléfono, porque su novio y ella ya solo eran amigos, porque no estaba acostumbrada a la soledad.

Porque quería atención.

Marie había hecho un resumen de su vida a los agentes. Les describió cómo era crecer con una veintena de familias de acogida distintas. Les dijo que la habían violado cuando tenía siete años. Les explicó que había tenido miedo al verse sola por primera vez. La historia del intruso que la violó se había

«convertido en algo mucho más gordo de lo que pensaba».

Ese día agotó cualquier atisbo de paciencia que pudiese quedar a los agentes: había vuelto a la comisaría para retractarse, para decir que la primera vez no había mentado, que la habían violado de verdad. Sin embargo, cuando la presionaron en la sala de interrogatorios, volvió a admitir que su historia era mentira.

«No —les dijo Marie a los coordinadores, a los pies de las escaleras—. No, no me violaron».

La pareja, Jana y Wayne, trabajaba en Project Ladder, una organización sin ánimo de lucro que ayudaba a los jóvenes que vivían con familias de acogida en su transición hacia la independencia. En Project Ladder enseñaban a los adolescentes —al cumplir los dieciocho años, en la mayoría de los casos— las competencias básicas de la vida adulta, desde hacer la compra a usar una tarjeta de crédito. El principal apoyo que ofrecía la organización era financiero: Project Ladder subvencionaba el alquiler de apartamentos individuales para que los jóvenes se asentasen en el exigente mercado del alquiler de las afueras de Seattle. Wayne era el supervisor del caso de Marie, y Jana la coordinadora de la organización.

«Entonces, si no te violaron, tienes que hacer una cosa», le explicaron.

A Marie le aterraba pensar en lo que tenía por delante. Lo había visto reflejado en sus caras cuando respondió a la pregunta. No pareció extrañarles; no los pilló por sorpresa; no era la primera vez que dudaban de ella, como los demás. Le ocurría de cuando en cuando: la gente pensaba que Marie tenía un trastorno mental. También ella se preguntaba si le pasaría algo en la cabeza, si tendría algo roto que había que arreglar. Marie cayó en la cuenta de lo vulnerable que se había vuelto: le preocupaba perder lo poco que le quedaba. Una semana antes tenía amigos, su primer trabajo, su primera casa propia, la libertad para ir y venir a su aire, la sensación de que la vida se desplegaba ante ella. Pero aquel trabajo y aquel optimismo se habían esfumado. Su casa y su libertad corrían riesgo. Y, en cuanto a los amigos a los que recurrir, solo le quedaba una.

En efecto, su historia se había convertido en algo gordo. Esa semana las televisiones se habían hecho eco de la noticia. «Una mujer del oeste de Washington ha confesado que su denuncia era una patraña», dijeron en el telediario<sup>1</sup>. En Seattle, los canales locales de la ABC, la NBC y la CBS

habían cubierto la noticia. KING 5, filial de la NBC, había mostrado imágenes del edificio de Marie —después de hacer una panorámica de las escaleras, se centraron en una ventana abierta—, y Jean Enersen, la presentadora más popular de Seattle, dijo a los espectadores: «Ahora, la Policía de Lynnwood sostiene que la mujer que decía haber sufrido una agresión sexual se inventó la historia [...] Los agentes no saben por qué lo hizo, pero podría enfrentarse a una acusación por denuncia falsa»<sup>2</sup>.

Los periodistas se apiñaban delante de su edificio, intentando que explicase ante las cámaras por qué había mentido. Tenía que salir a hurtadillas, tapándose la cabeza con una capucha.

Su historia se abrió paso hasta los rincones más recónditos de internet. False Rape Society, un blog que recogía acusaciones falsas, publicó dos entradas sobre el caso Lynnwood: «Nuevo caso en la aparentemente interminable catarata de denuncias falsas de violación. Y, una vez más, la acusadora es joven: una adolescente [...] Para subrayar la gravedad de este tipo concreto de mentira, las condenas por denuncia falsa de violación tendrían que ser más duras. Mucho más duras. Es la única forma de disuadir a las mentirosas»<sup>3</sup>. El londinense creador del blog, que recopila una «cronología internacional de acusaciones falsas de violación» que se remonta a 1674, recoge el caso Lynnwood como entrada número 1188, después del de una adolescente de Georgia que «mantuvo una relación sexual consentida con otro estudiante y luego señaló con dedo acusador a un hombre imaginario que conducía un Chevrolet verde», y el de otra adolescente inglesa que, «al parecer, ¡revocó su consentimiento después de enviar un mensaje al chico diciéndole que le había encantado!»<sup>4</sup>. «Como puede comprobarse al consultar esta base de datos — escribe el autor del blog—, algunas mujeres denuncian su violación en menos que canta un gallo; o, mejor dicho, después de bajarse las bragas en menos que canta un gallo y luego arrepentirse»<sup>5</sup>.

La historia de Marie trascendió las fronteras de Washington y se convirtió en otra muesa en el sempiterno debate sobre credibilidad y violación.

En las noticias no habían dado su nombre, pero la gente de su entorno lo sabía. Una amiga del instituto la llamó y le preguntó: «¿Cómo se te ocurre mentir sobre un tema tan serio?». Era la misma pregunta que querían hacerle los periodistas; la que le hacían a Marie allá adonde fuese. No respondió a su compañera; se limitó a escucharla y luego colgó: adiós a otra amistad. Marie

le había dejado su portátil, un viejo IBM negro, a otra amiga, que ahora se negaba a devolvérselo. Cuando Marie insistió, ella le dijo: «Si tú puedes mentir, yo puedo robar». Esa misma amiga —o examiga, mejor dicho— llamaba a Marie para amenazarla, para decirle que ojalá se muriese. La gente la culpaba de que nadie creyese a las auténticas víctimas de violaciones. Le decían que era una puta, una zorra<sup>6</sup>.

Los encargados de Project Ladder le explicaron a Marie lo que tenía que hacer. Le dijeron que, si se negaba, la expulsarían del programa de apoyo. Perdería su piso subvencionado. Se quedaría sin casa.

Acompañaron a Marie hasta su edificio y reunieron a los demás adolescentes de Project Ladder, a los compañeros de Marie, jóvenes de su edad con quienes compartía la historia de una vida bajo la tutela del Estado. Eran una decena; chicas, en su mayoría. Quedaron en la recepción, junto a la piscina, y se sentaron en círculo. Marie se quedó de pie. Y les dijo —a todos, incluida la vecina de arriba que una semana antes había llamado al 911 para denunciar la violación— que era mentira, que no se preocupasen: no había un violador suelto por ahí, no había por qué andarse con ojo; la policía no tenía que buscar a un violador.

Confesó entre lágrimas, y el silencio incómodo que la envolvía magnificaba el sonido. Marie sintió que la única persona en toda la recepción que la compadecía estaba sentada a su derecha. En la mirada de los demás leía una pregunta («¿A santo de qué?»), con su correspondiente juicio: «Vaya una cochinada».

En las semanas y meses siguientes, la retractación de Marie trajo más consecuencias, pero aquel fue el peor momento para ella.

Solo le quedaba una amiga, así que, después de la reunión, Marie se dirigió a casa de Ashley. No tenía carné de conducir —solo una licencia de aprendizaje—, por lo que fue andando. De camino, llegó a uno de los puentes que cruzan la Interestatal 5, la autopista con más tráfico del estado, que lo atraviesa de norte a sur y por la que transita un torrente incesante de Subarus y tráileres.

Marie pensó que tenía muchísimas ganas de saltar.

Cogió el teléfono, llamó a Ashley y le dijo: «Por favor, ven por mí antes de que haga una gilipollez».

Y lanzó el teléfono al vacío.

<sup>1</sup> *Northwest Cable News*, 16 de agosto de 2008, telediarios de las 10:30 y las 16:30.

<sup>2</sup> *KING 5 News*, 15 de agosto de 2008, telediario de las 18:30.

<sup>3</sup> «Another Motiveless False Rape Claim Exposed», *Community of the Wrongly Accused*, 21 de agosto de 2008, [falserafesociety.blogspot.com/2008/08/another-motiveless-false-rape-claim.html](http://falserafesociety.blogspot.com/2008/08/another-motiveless-false-rape-claim.html).

<sup>4</sup> Baron, Alexander: «An International Timeline of False Rape Allegations 1674-2015: Compiled and Annotated», consultado el 5 de febrero de 2017, [infotextmanuscripts.org/falserape/a-false-rape-timeline.html](http://infotextmanuscripts.org/falserape/a-false-rape-timeline.html).

<sup>5</sup> Baron, Alexander: «An International Timeline of False Rape Allegations 1674-2015: Compiled and Annotated», consultado el 5 de febrero de 2017, [infotextmanuscripts.org/falserape/a-false-rape-timeline-intro.html](http://infotextmanuscripts.org/falserape/a-false-rape-timeline-intro.html).

<sup>6</sup> «Anatomy of Doubt», *This American Life*, episodio 581, 26 de febrero de 2016.

## 2. CAZADORES

5 de enero de 2011

Golden, Colorado

Pasada la una de la tarde del miércoles 5 de enero de 2011, la oficial Stacy Galbraith aparcó junto a una larga hilera de bloques de apartamentos anónimos en la ladera de una suave colina. La nieve sucia y semiderretida cubría algunas zonas, y los árboles grises, desnudos en invierno, se recortaban contra las paredes naranjas y verde oliva del edificio de tres pisos. Hacía viento y un frío que pelaba. Galbraith había ido a investigar una denuncia de violación.

Un enjambre de uniformes se movía junto a un apartamento de la planta baja. Los policías llamaban a la puerta de los vecinos; los técnicos de la Científica sacaban fotos; los sanitarios llegaron en la ambulancia. Galbraith estaba en el centro de aquella escena caótica, mujer en una vorágine eminentemente masculina. Tenía la cara fina y el pelo liso y rubio, por debajo de los hombros. Su complexión, esbelta y fibrosa, recordaba a un corredor de fondo. Los ojos eran azules.

Se acercó a uno de los policías, que con un ademán le señaló a una mujer de abrigo largo y marrón, inmóvil frente al apartamento, bajo la luz tenue del sol de invierno. En la mano llevaba una bolsa con sus efectos personales. Galbraith calculó que tendría veintipico años y rondaría el metro setenta. Era delgada y morena. Parecía tranquila, serena.

La víctima.

Tras acercarse, Galbraith se presentó. «¿Quieres que hablemos en mi coche?», le dijo. Allí estarían más calientes; era más seguro. Ella accedió. Ocuparon los asientos delanteros y Galbraith puso la calefacción al máximo.

La mujer se llamaba Amber y era estudiante de posgrado en una universidad de la zona. Estaban en pleno parón navideño y su compañera había vuelto a casa por las vacaciones. Ella se había quedado en el apartamento, disfrutando de su tiempo libre, acostándose a las tantas y durmiendo todo el santo día. Su

novio, que no vivía en la ciudad, había pasado unos días con ella, pero esa noche había dormido sola. Después de preparar la cena, se acurrucó en la cama para pegarse un maratón de *Mujeres desesperadas* y *The Big Bang Theory*. Cuando se durmió, ya era tan tarde que oía a gente en el edificio preparándose para trabajar.

Se acababa de dormir cuando algo la despertó de golpe. En la penumbra matutina vio una silueta acercándose. Sus sentidos empezaron a asimilar lo que estaba pasando: había un hombre en su habitación. Tenía la cara tapada con una máscara negra, llevaba una sudadera gris y pantalones de chándal. Sus zapatos eran negros. Empuñaba una pistola, apuntándole.

—No grites. No pidas ayuda o te pego un tiro —le dijo.

La atravesó un torrente de adrenalina. Sus ojos se clavaron en la pistola. Recordaba que era plateada y brillante, con marcas negras.

—No me hagas daño. No me pegues —le suplicó.

Le ofreció el dinero que tenía en el apartamento.

—Vete a la mierda —le respondió.

El hombre la aterrorizaba. Iba a hacerle daño. Estaba dispuesto a matarla. Así que tomó una decisión: no se resistiría. Decidió soportarlo. Haría todo lo que le pidiese.

El tipo dejó en el suelo su mochila verde y negra. Dentro llevaba todo lo que necesitaba, guardado en bolsas herméticas transparentes, etiquetadas con letras mayúsculas: mordaza, condones, vibrador, basura.

Le ordenó que se quitase el pijama polar, y Amber lo observó mientras le ponía unas medias blancas que había sacado de la mochila. Le preguntó si tenía tacones, y cuando le respondió que no, el hombre sacó unos tacones de plástico transparente de la mochila. Los zapatos llevaban unas cintas rosas, que le ciñó a la parte baja de la pierna. Volvió a hurgar en su mochila y, tras sacar unas gomas para el pelo rosas, le hizo dos coletas. ¿Dónde tenía el maquillaje? Amber sacó su estuche del tocador. Sus instrucciones fueron claras: primero, sombra de ojos; luego, pintalabios. Le dijo que los labios los quería más rosas. Por último, le ordenó que se tumbara en el colchón. El hombre sacó una cinta de seda negra de la mochila. «Las manos a la espalda», le dijo, y le ató las muñecas sin apretar demasiado.

Amber reconoció la cinta, desconcertada. La había comprado con su novio y llevaban semanas buscándola, pero no habían podido encontrarla y la habían dado por perdida. Amber estaba confundida: ¿cómo podía tener su cinta el

violador?

Durante cuatro horas, el hombre violó a Amber una y otra vez. Cuando se cansaba, reposaba un rato, con la camisa puesta, y bebía agua de una botella. Cuando ella se quejaba por el dolor, le ponía lubricante; cuando le dijo que tenía frío, la tapó con su edredón rosa y verde. Él le dijo lo que tenía que hacer y cómo hacerlo; le dijo que era una «niña buena». No se puso condón.

El hombre tenía una cámara digital rosa y colocó a Amber en la cama. «Haz esto —le ordenaba—. Ponte así». Cuando todo estaba a su gusto, sacaba fotos. Paraba en mitad de la violación y sacaba más fotos. Amber le dijo a Galbraith que no tenía ni idea de cuántas le habría hecho. En algún momento había llegado a pasar veinte minutos seguidos haciéndole fotos. Le explicó que las usaría para convencer a la policía de que la violación era sexo consentido. Y que las subiría a una página porno para que todo el mundo, incluidos sus padres, sus amigos y su novio, pudiera verlas.

Amber decidió sobrevivir mostrando toda la humanidad posible. Cada vez que el hombre paraba para descansar, le preguntaba algo. A veces no respondía, pero otras pasaban veinte minutos charlando. El hombre le contó con todo detalle cómo la había vigilado. Parecía que así se relajaba.

Llevaba observándola a través de las ventanas de su apartamento desde agosto. Sabía su nombre y apellidos. Sabía su fecha de nacimiento, su número de pasaporte y la matrícula de su coche. Sabía qué estudiaba y dónde. Sabía que esa noche, antes de acostarse, Amber hablaría consigo misma, mirándose en el espejo del baño.

Todo era verdad, según le dijo Amber a Galbraith. El hombre no iba de farol.

Amber le preguntó por su pasado. Él le dijo que hablaba tres idiomas: latín, español y ruso. Que había viajado por todo el mundo: Corea, Tailandia, Filipinas... Que había ido a la universidad y no necesitaba dinero. Le contó que estaba en el Ejército, que conocía a un montón de policías.

Le confesó a Amber que su mundo era «complicado». Dividía a la gente entre lobos o bravos: los bravos jamás harían daño a una mujer o un niño, pero los lobos podían hacer lo que quisieran.

Él era un lobo.

Amber le dijo a Galbraith que no vio la cara del violador en ningún momento, pero que había intentado retener todos los detalles posibles. Era blanco; tenía el pelo corto y rubio y los ojos castaños; calculaba que rondaría el metro ochenta y cinco largo, y pesaría unos ochenta y pocos kilos. Llevaba

unos pantalones de chándal grises con agujeros en las rodillas; en sus zapatos negros distinguió el logo de Adidas. Llevaba el pubis afeitado y estaba un poco entrado en carnes.

El rasgo más destacado de su cuerpo, según le dijo a Galbraith, era que tenía una mancha de nacimiento marrón en el gemelo.

Cuando el hombre acabó, era casi mediodía. Después de limpiarle la cara con toallitas, le ordenó que entrase en el baño y la obligó a lavarse los dientes. Luego le dijo que se metiese en la ducha y la observó mientras se enjabonaba, diciéndole qué partes de su cuerpo frotar. Cuando Amber acabó, le pidió que se quedase en la ducha otros diez minutos.

Antes de marcharse, le explicó que había entrado en su apartamento por la puerta corredera de cristal, en la parte de atrás. Le dijo que podía colocar una clavija de madera en los rieles para cerciorarse de que se cerraba. Le dijo que era mucho más seguro; que, así, la gente como él no podría entrar.

Cerró la puerta y se marchó.

Cuando Amber salió de la ducha, descubrió que el violador había saqueado su habitación, llevándose las sábanas y su lencería de seda azul. Dejó el edredón rosa y verde amontonado en el suelo, a los pies de la cama.

Buscó el móvil y llamó a su novio. Le contó que la habían violado. Él le dijo que llamase a la policía de inmediato y, aunque al principio se resistió, acabó convenciéndola. Amber colgó y llamó al 911.

Eran las 12:31 del mediodía.

Galbraith escuchó a la mujer con inquietud: el acecho, la máscara, la mochila con los objetos necesarios para la violación. La agresión había sido atroz y el agresor parecía experimentado. No había tiempo que perder: la investigación empezaría ahí mismo, en el asiento delantero del coche patrulla.

Galbraith sabía que en toda violación hay tres escenarios del crimen: el lugar de la agresión, el cuerpo del violador y el cuerpo de la víctima. Los tres pueden ofrecer pistas valiosísimas. El violador había intentado borrar sus huellas del cuerpo de Amber. Galbraith le preguntó si podía tomar muestras de ADN con unos bastoncillos estériles alargados. Mientras pasaba la torunda por la cara de Amber, Galbraith se decía que ojalá sirviese de algo. Quizá el violador había fallado y había dejado una minúscula parte de él.

Galbraith le hizo otra pregunta delicada a Amber: ¿se sentía con fuerzas para volver a su apartamento e indicarle cualquier objeto que el violador pudiese

haber tocado? Otra vez, Amber accedió. Juntas, las dos mujeres repasaron la violación. Amber le mostró, junto a la cama, el edredón rosa y verde que el agresor había apartado de un tirón. Le mostró su baño, que el violador había usado varias veces durante aquel calvario. Mientras tanto, Galbraith seguía preguntándole por los detalles. ¿Cómo era la máscara? Amber dijo que no era exactamente un pasamontañas, sino que más bien parecía un pañuelo ceñido alrededor de la cabeza con imperdibles. ¿Recordaba algo de la botella de agua? Sí, era de la marca Arrowhead. ¿Qué forma tenía la mancha de nacimiento? Amber la dibujó: una mancha redondeada, del tamaño de un huevo.

Cuando Amber recordó que el hombre la había tapado con el edredón para que no pasara frío, lo describió como «amable».

Aquello desconcertó a Galbraith. ¿Cómo era posible que alguien, después de pasar por una experiencia así, dijese que su agresor había sido amable? Aquello también la preocupó: quizá el tipo pareciese alguien normal y corriente; quizá fuese policía. «Va a costar encontrarlo», se dijo.

Después de repasar el escenario del crimen, Galbraith acompañó a Amber al St. Anthony North, a una media hora en coche. Era el hospital más cercano con una enfermera especializada en agresiones sexuales, con formación específica para examinar a las víctimas de violación. La enfermera realizaría un examen completo del cuerpo de Amber en busca de pistas. Antes de dirigirse al hospital, Amber se giró hacia Galbraith. El agresor le había confesado que era su primera víctima, aunque le pareció que mentía: «Creo que no es la primera vez que lo hace».

En el camino de vuelta al escenario del crimen, la cabeza de Galbraith trabajaba a toda máquina. La historia de Amber parecía casi increíble. ¿Un violador vestido completamente de negro? ¿Con una mochila con todos los objetos necesarios para la violación? ¿Y la confianza de pasarse cuatro horas violando a una mujer, en plena mañana y en un concurrido bloque de apartamentos?

No se parecía en nada a la mayoría de las violaciones a las que se había enfrentado. Por lo general, a la víctima la agredía un conocido, o al menos alguien con quien había tratado: un novio, un antiguo amor, alguien en una discoteca. Las violaciones no solían ser historias de misterio, sino hechos claros. En casi todos los casos, la pregunta central de la investigación se reducía a si la mujer había consentido la relación. Una encuesta del Gobierno

reflejaba que, en 2014, unos 150 000 hombres y mujeres denunciaron haber sido víctimas de violación o agresión sexual en Estados Unidos —la cifra equivale a la población de Fort Lauderdale, Florida—<sup>7</sup>. Un 85% de los casos se catalogaron como violaciones cometidas por un conocido.

Galbraith sabía que se enfrentaba a un caso relativamente insólito: violación por parte de un desconocido. Por lo general, eran casos más fáciles de llevar a juicio, pues encajaban con lo que los fiscales definían como «víctimas íntegras», abordadas por la calle, arma en mano. La mujer forcejeaba y gritaba, pero al final no le quedaba más remedio que someterse. Era la madre o la hija de una familia de bien; tenía una casa bonita y trabajo fijo. Se vestía con mesura, no había bebido y no la habían agredido en una zona de mala muerte. Eran las violaciones más sencillas para los fiscales, pues cubrían todas las expectativas del jurado sobre una mujer violada.

Amber cumplía con algunos de esos criterios, pero no todos. Se había mostrado fría y serena. Había hablado con su violador; lo había descrito con el adjetivo «amable». Había hablado con su novio antes de llamar a la policía.

Aquello no inquietaba a Galbraith: sabía que el universo de mujeres violadas era idéntico al universo de mujeres en general. Podían ser madres, adolescentes o prostitutas; vivir en mansiones o albergues para indigentes; ser vagabundas o tener esquizofrenia; ser negras, blancas o asiáticas; estar borrachas e inconscientes o completamente sobrias. Y podían reaccionar de mil formas distintas ante el mismo delito: ponerse histéricas o abstraerse; contárselo a una amiga o guardar el secreto; llamar a la policía de inmediato o esperar semanas, meses e incluso años.

La policía abordaba las investigaciones por violación de distintas formas. Aunque las violaciones eran uno de los delitos violentos más habituales, no existía un consenso sobre la mejor forma de resolverlas. Para algunos investigadores, el escepticismo era fundamental: las mujeres podían mentir, y a veces mentían, sobre su presunta violación. Se suponía que los agentes debían investigar las denuncias por agresión sexual con sumo cuidado. «No todas las denuncias están fundadas o acaban necesariamente en una acusación penal», advierte uno de los principales manuales policiales sobre el tema<sup>8</sup>. Para otros investigadores —entre ellos los abogados, preocupados por los modos bruscos con que algunos policías tratan a las víctimas de violación—, la actitud primordial es mostrar confianza. «Empezar creyendo» fue el eslogan

de una campaña organizada por un importante grupo de formación policial con el objetivo de mejorar las investigaciones por agresión sexual<sup>2</sup>.

En el centro del debate hay una cuestión de credibilidad. En la mayoría de los delitos violentos, los policías se enfrentan a víctimas con lesiones evidentes. Sin embargo, las lesiones no suelen apreciarse a simple vista en los delitos sexuales. En un examen forense, una mujer que ha mantenido relaciones sexuales consentidas puede presentar las mismas características que una mujer violada a punta de pistola. En las agresiones sexuales, la credibilidad de la víctima suele ponerse en tela de juicio tanto como la del acusado.

Galbraith tenía su propia regla para enfrentarse a los casos de violación: escuchar y comprobar. «Muchas veces la gente dice: “Cree a la víctima, cree a la víctima” —sostiene Galbraith—, pero a mí no me parece la postura idónea. Creo que se trata de escuchar a la víctima, y luego corroborar o refutar su versión a medida que avanza la investigación».

Cuando Galbraith volvió al bloque de apartamentos, una docena de agentes y técnicos pululaban por el escenario del crimen. Galbraith, el oficial Marcus Williams, el oficial Matt Cole y una técnico de la Científica, Kali Gipson, entraron en la casa. Williams buscó huellas dactilares usando cerusa y muestras de ADN con las torundas, mientras que Gipson y sus colegas sacaban 403 fotos: cada interruptor, cada pared, cada prenda de ropa.

En la calle, la policía también sacaba fotos y hurgaba en los cubos de basura. Habían encontrado varias colillas fuera del apartamento, pero Amber no fumaba, así que dos agentes, Michael Gutke y Frank Barr, rastrearon la zona en busca de más colillas: encontraron una en un cenicero en la puerta de un apartamento cercano, otra entre dos coches y varias en el aparcamiento. Las recogieron todas y las introdujeron en bolsitas de plástico que luego llevarían a comisaría.

Otros agentes indagaron por el barrio. En dos días, la policía de Golden llamó a todas las puertas del bloque de apartamentos, sesenta en total, e interrogó a veintinueve personas. Al igual que los investigadores académicos al realizar una encuesta, los agentes usaron un guion para garantizar la coherencia: «¿Vio a alguien sospechoso por la zona? ¿A alguien que llevase una mochila o algún objeto extraño? ¿Algún vehículo que no le sonase en el barrio?».

La agente Denise Mehnert llamó a treinta puertas de tres edificios distintos;

empezaba por la planta superior e iba bajando. En un apartamento, un hombre le contó que una noche, algunos días antes, había visto a un tipo «corpulento» atravesando el jardín del bloque con un frontal en la cabeza. Un vecino de otro edificio recordaba una autocaravana que había pasado las navidades aparcada en una calle junto al edificio. Otro hombre dijo que creía haber visto al dueño del vehículo; llevaba un sombrero de ala ancha y parecía «de mediana edad». Nadie recordaba a alguien que coincidiese con la descripción del violador.

Un agente encontró varias huellas en el patio trasero del apartamento de Amber. Destacaba una huella solitaria, impresa en una zona con nieve crujiente. Gipson intentó hacer una réplica con cera para nieve, una sustancia que se pulveriza para crear un molde sin derretir la nieve. Sin embargo, la cera no cuajó, así que tuvieron que rociar la huella con espray naranja fluorescente, que al instante resplandeció sobre el fondo blanco, como si la hubiese dejado un astronauta en la luna. No era gran cosa, pero era algo.

Galbraith seguía dirigiendo a los investigadores. A última hora, un agente propuso hacer una pausa para ir al baño.

«¡Hay que seguir trabajando!», insistió ella.

Había oscurecido hacía un buen rato cuando se marchó del escenario del crimen.

Galbraith creció en Arlington, un barrio residencial de clase media-alta a las afueras de Dallas, Texas. Su padre había llevado varios restaurantes y luego había trabajado de programador informático. Su madre era analista de ingeniería en una empresa petrolífera. Se divorciaron cuando tenía tres años y su madre se casó con un alicatador. Galbraith mantuvo el contacto con sus dos padres biológicos y sus nuevas familias en expansión.

En el instituto, era la chica lista que se juntaba con los alborotadores, y se tenía por una persona contraria a la autoridad. Jugaba en el equipo de baloncesto, aunque una vez la suspendieron varios partidos tras pillarla fumando con unos amigos. No había hecho gran cosa por disimular la fechoría: el director la vio con los prismáticos, en la puerta del pabellón y con el uniforme del equipo.

Tras graduarse, Galbraith pasó por la Universidad del Norte de Texas dejándose llevar. Quería probar periodismo, aunque no se veía trabajando en ello, y le gustaban las clases de psicología: la fascinaban los homicidas, los violadores y los asesinos en serie. «Me gustaba ver cómo funciona la mente

humana, cómo afecta a nuestras acciones», explica. Al final, un orientador de la universidad le sugirió enfocar su carrera hacia la justicia penal. Empezó a ir a clases para formarse como policía y a juntarse con agentes, y le gustó lo que veía. En esencia, la labor policial consistía en ayudar al prójimo. Aquello sonaba bien: «Es la respuesta típica, pero la verdad es que me gusta ayudar. Y también me gusta que quien la haga la pague».

No obstante, no entró en las fuerzas de seguridad en cuanto acabó la universidad. Creía que no encajaba: era demasiado transgresora, demasiado independiente. Quizá ni siquiera estuviese a la altura. «Quería ser policía, pero pensaba: “Joder, a lo mejor no valgo” —afirma—. No me tenía en muy alta estima».

Se casó y se fue a Colorado con su marido, que había encontrado trabajo en un taller mecánico. Ella empezó a trabajar en una cárcel. Los funcionarios de prisiones le decían que les encantaba aquel trabajo. «El mejor que he tenido en mi vida —le aseguró uno—. No tienes que hacer nada». Pero Galbraith lo odiaba precisamente por eso, porque no había nada que hacer. Estaba en el turno de noche y se dedicaba a contar reclusos dormidos; se aburría lo que no está escrito. «Esto no va conmigo —se dijo un día—. Tengo que hacer algo, algo que sea útil».

Entretanto, su matrimonio se fue desmoronando. A su marido no le hacía gracia que pasara los días rodeada de hombres y acabaron divorciándose. Galbraith no se arrepentía: «Yo no soy de preocuparme demasiado por nada. Me limito a seguir con mi vida».

Entonces, un buen día, tuvo uno de esos golpes de suerte inesperados que pueden cambiarte la vida. Al llegar a Colorado, Galbraith había solicitado trabajo como agente de policía en Golden, la típica ciudad pequeña y tranquila donde un montón de polis empiezan su carrera. La posibilidad de trabajar en el Departamento de Prisiones había surgido antes, así que la aceptó, pero siete semanas después la llamaron de Golden con una oferta: un puesto de agente rasa, patrullando en el turno de noche.

Galbraith dejó el trabajo en la cárcel ese mismo día.

Golden era conocida por ser la sede de la Coors Brewing Company, fundada en 1873<sup>10</sup>. La fábrica de cerveza —la más grande del mundo— se extendía por un valle al este de la ciudad: una construcción mastodónica y gris, repleta de

acero y chimeneas, que no habría desentonado en una novela de Dickens. Todos los años, millones de barriles de cerveza salían del edificio rumbo a colegios mayores, partidos de fútbol americano y fiestas de dos por uno para chicas.

Coors podía asociarse con juergas étlicas, pero la ciudad de Golden no. Unas 19 000 personas vivían en esa histórica localidad en las faldas de las Rocosas<sup>11</sup>. Fundada en 1859 en plena fiebre del oro en el pico Pikes, la ciudad fue en su día capital del Territorio de Colorado y aún conservaba cierta atmósfera del Oeste. El centro estaba repleto de grandes edificios bancarios y de tiendas revestidas de madera; el antiguo capitolio albergaba ahora el ayuntamiento; muchos de sus vecinos tenían caballos, y era habitual ver ciervos y uapitíes por las calles de la ciudad.

El día de Navidad de 2003 fue el primero en que Galbraith salió a patrullar sola, sin un agente de formación que la acompañase. Celebró aquel hito con el hombre que se convertiría en su marido: David Galbraith, compañero del Departamento de Policía de Golden. Prepararon un costillar exquisito para cenar y salieron a trabajar en el turno de noche.

El primer servicio de Galbraith consistió en apartar a un perro muerto de la Interestatal 70, una autopista que atravesaba el centro de Denver y por la que pasaban 8541 coches por hora<sup>12</sup>. Cuando llegó al lugar en cuestión, otro perro invadió la carretera para ver cómo estaba su compañero y también acabó destrozado por el tráfico ante la mirada de Galbraith. Su formación policial no incluía un curso de levantamiento de cadáveres caninos. Atravesó el coche patrulla en la autopista para detener el tráfico, introdujo los restos en una bolsa de plástico y la dejó en el arcén. Acto seguido vomitó el exquisito costillar.

«Esto es lo que me toca hacer, y tengo que apañármelas», se dijo.

Aquello se convirtió en un lema de vida. A Galbraith no le gustaba quejarse; no le gustaban las excusas. Tenía que cumplir con su trabajo y estaba dispuesta a echar noventa horas a la semana si era necesario.

En 2007, embarazada de su primer hijo, Galbraith decidió presentarse a un puesto de oficial. No era una unidad grande: un supervisor y tres investigadores. Pero, como David trabajaba en el turno de noche, era una buena forma de compaginar la vida familiar y la laboral. Además, Galbraith era ambiciosa. En las fuerzas de seguridad, el de oficial es un puesto

codiciado: suelen llevarse los casos más importantes y ganan más dinero. Podría decirse que son los estudiantes de sobresaliente entre los agentes que trabajan en la calle. «Tenía que intentarlo», afirma.

Se llevó el puesto y, de paso, alguna que otra crítica: varios agentes de Golden comentaron que la habían ascendido porque estaba embarazada, para que no se marchase. Aquellos rumores le molestaban, pero respondió de la única forma que sabía: dando el callo.

En las localidades pequeñas, los oficiales se enfrentan a cualquier delito que se les presente. Sin embargo, Galbraith fue escorándose hacia las agresiones sexuales. En un caso memorable, acusaron a un adolescente de acosar a un vecino de diez años. Las dos familias —todo el barrio, en realidad— estaban muy unidas: las mujeres quedaban para tomar vino, los pequeños jugaban en grupo y los maridos se juntaban los fines de semana. Los rumores de la acusación corrieron entre varias familias y «aquello revolucionó todo el barrio», explica Galbraith.

Ella y otro agente entrevistaron a la víctima. El niño tenía recuerdos muy concretos. Contó que el adolescente había abusado de él en un sofá. Incluso recordaba los detalles del tejido. Aunque era una pequeñez, bastó para convencer a Galbraith de que el chiquillo no se lo estaba inventando. Y cuando la familia del acusado permitió que Galbraith entrevistase a su hijo, el joven se mostró evasivo. Cuando el padre se sentó a su lado, el adolescente se echó a llorar. Galbraith salió al porche con su compañero.

—Voy a arrestarlo —le dijo.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Tengo sospechas fundadas —respondió—. Que decida un jurado.

En el juicio condenaron al adolescente. Las familias del barrio culparon a Galbraith: la veían como una agente justiciera que se había llevado por delante a un chaval con futuro. A Galbraith le parecía que se había hecho justicia: «¿Qué pasa si no es la primera vez que lo hace? ¿Y si sigue haciéndolo? Si le paramos los pies ahora, quizá evitemos más víctimas en un futuro».

Muchos oficiales evitaban los delitos sexuales siempre que podían. No tenían tanto tirón mediático como los homicidios; nadie se presentaría por allí para rodar una película sobre un caso de violación. Mientras que los homicidios eran o blanco o negro, las violaciones estaban repletas de grises. Y las víctimas estaban vivas, sufrían; te enfrentabas a su dolor, y jamás podías

apartar la mirada.

La fe de Galbraith la ayudaba a sobrellevar el torbellino emocional de las violaciones. Galbraith y su marido eran cristianos renacidos, después de haberse criado en el bautismo. En Colorado eran feligreses de una iglesia evangélica multiconfesional, y a veces hasta se encargaban de la seguridad en las misas de los domingos. «Sé que el Señor me ha dado determinadas virtudes, solo tengo que usarlas. Aunque a veces duela», afirma.

Había un pasaje de la Biblia que le llegaba particularmente al corazón. En Isaías 6, 1-8, Dios aparece, envuelto en humo y serafines, buscando a alguien que difunda su Palabra. Dios pregunta: «¿A quién voy a enviar?», e Isaías responde: «Envíame a mí, yo seré tu mensajero». Galbraith imaginaba que estaba respondiendo a una llamada. Había entrado en las fuerzas de seguridad para ayudar, y aquellas víctimas necesitaban ayuda en sus horas más oscuras. No siempre sabía cuál era la mejor forma de hacerlas sentirse mejor, pero sabía que tenía que encontrarla.

«La gente me pregunta: “¿Por qué te centras en los delitos sexuales e infantiles?”. No lo disfruto, pero alguien tendrá que hacerlo. Y hacerlo bien».

Había anochecido hacía un buen rato cuando Galbraith aparcó en la entrada de su casa. Estaba agotada. Su última tarea había sido buscarle a Amber un sitio donde dormir, pues le aterraba la idea de pasar la noche en su apartamento. Galbraith le pidió a un agente que la llevase a casa de una amiga.

David ya había fregado los platos y había acostado a los niños. Su turno empezaba un poco más tarde esa noche.

Se sentaron en los sofás enfrentados del salón: era su ritual nocturno, encastrado en las pocas horas que lograban sacar entre el trabajo y los hijos. Hablaban de su jornada laboral, como toda pareja trabajadora, aunque las historias de los Galbraith solían ser algo más lúgubres que la mayoría.

Y esa noche no fue una excepción: Stacy Galbraith repasó los detalles del caso con su marido; le habló del hombre enmascarado, de las cuatro horas de violación, de las fotos que había hecho.

«Y no te lo pierdas —le dijo—: Al final la hizo ducharse».

David se había contenido hasta ese momento, pero aquello fue la gota que colmó el vaso. En 2008 había cambiado el Departamento de Policía de Golden por el de Westminster, una ciudad periférica cercana. Hacía cinco meses, la policía de Westminster había investigado una violación en un bloque

de apartamentos y David recorrió el edificio en busca de sospechosos. Sabía que a la mujer la violó un hombre enmascarado, que sacó fotos y que, antes de marcharse, ordenó a su víctima que se duchase.

«Llama a mi departamento a primera hora de la mañana —le dijo a Stacy—. Tenemos un caso idéntico».

<sup>7</sup> Truman, Jennifer L. y Langton, Lynn: «Criminal Victimization, 2014», publicado por la Oficina de Estadísticas Judiciales del Departamento de Justicia de Estados Unidos.

<sup>8</sup> Savino y Turvey, *Rape Investigation Handbook* (página 25).

<sup>9</sup> «Start by Believing: Ending the Cycle of Silence in Sexual Assault», End Violence Against Women International, consultado el 22 de febrero de 2017, [startbybelieving.org/home](http://startbybelieving.org/home).

<sup>10</sup> «Coors Brewery Tour», MillerCoors, consultado el 22 de abril de 2017, [millercoors.com/breweries/coors-brewing-company/tours](http://millercoors.com/breweries/coors-brewing-company/tours).

<sup>11</sup> «Golden History», Ayuntamiento de Golden, consultado el 22 de abril de 2017, [cityofgolden.net/live/golden-history/](http://cityofgolden.net/live/golden-history/).

<sup>12</sup> «CDOT Encourages Public to Comment on I-70 East Supplemental Draft Environmental Impact Statement», Departamento de Transporte de Colorado, 27 de agosto de 2014, [codot.gov/projects/i70east/assets/sdeis-i-70-release-082614](http://codot.gov/projects/i70east/assets/sdeis-i-70-release-082614). La CDOT detalla que el tráfico medio diario puede llegar a los 205 000 vehículos al día, es decir, 8541 por hora.

### 3. OLAS Y CUMBRES

10 de agosto de 2008  
Lynnwood, Washington

No era gran cosa: el típico estudio en el típico bloque de pisos. Marie no tenía muchos muebles, y casi todo lo que había era de plástico. Apoyó sus dos guitarras acústicas en la pared de la habitación, y dejó el monitor de su ordenador en el suelo, en un rincón.

No era gran cosa, pero era suyo. Tras pasar muchos años viviendo en el hogar de otras personas, aquel era el primer sitio que sentía como propio. Marie estaba orgullosa de su casa. Estaba orgullosa de tener casa. Sabía que muchas de las personas con una infancia como la suya acababan en la cárcel, en una clínica de rehabilitación o en la calle.

Ese domingo pasó la aspiradora y limpió. Le gustaba que su apartamento luciese impecable. También lo quería ordenado, así que hizo un repaso general para guardar cosas. Llevó todo lo que no necesitaba a un armario del porche trasero. Entraba y salía a través de una puerta corredera de cristal.

Pasó el resto del día con amigos y en la iglesia. Mientras que otros jóvenes de dieciocho años, recién emancipados, pasaban los fines de semana en busca de aventuras, rozando el límite, Marie quería asentarse. Disfrutaba de la normalidad, habida cuenta de la poca que había tenido en su infancia.

Años más tarde, Jon Conte, un profesor de la Universidad de Washington especializado en trastornos mentales relacionados con el abuso y el trauma infantil, entrevistó a Marie durante cinco horas y redactó un informe minucioso que incluía una sección sobre su historia familiar:

Vio a su padre biológico una sola vez. Afirma que no sabe mucho de su madre biológica, que solía dejarla al cuidado del novio de turno [...] Recuerda entrar en el programa de acogida a los seis o siete años.

El informe de Conte prosigue con ese lenguaje seco y clínico, aun cuando se

adentra en terrenos más lúgubres. Los recuerdos de Marie de su vida antes de entrar en el programa de acogida reflejan, «en su mayoría, acontecimientos tristes».

Cree que vivió con una abuela a la que no se le daba muy bien «cuidarnos». Recuerda pasar hambre y comer pienso para perros. Le resulta imposible evocar un momento en el que su madre biológica se ocupara de ella. Recuerda una disciplina física basada en la violencia (como, por ejemplo, recibir golpes en la mano con un matamoscas).

No sabe si fue a preescolar. Cree que tuvo que repetir segundo de primaria y pasó periodos de tiempo sin ir al colegio. Recuerda que no le gustaban los policías porque se la llevaban de casa, tanto a ella como a sus hermanos. Abusaron sexualmente de ella y sufrió maltrato físico. Sostiene que los abusos sexuales eran recurrentes. Recuerda que los distintos novios de su madre golpeaban a los perros de la familia.

Recuerda que su familia cambió varias veces de estado, antes de que le quitasen definitivamente la custodia...

En cuanto a la vida de Marie en el programa de acogida, el informe de Conte obvia los detalles:

Basta reseñar lo habitual entre los niños que viven con familias de acogida: destinos múltiples, cambios frecuentes de ubicación (hogar) y colegio, profesionales y cuidadores que entran y salen de su vida, algunas experiencias traumáticas o violentas y una falta generalizada de estabilidad.

Marie era la segunda de los cuatro hijos de su madre. Eran hermanastros, aunque no se llamaban así. «Tengo un hermano mayor, y un hermano y una hermana menores». A veces coincidían en un hogar de acogida, pero pasaban la mayor parte del tiempo separados. Desconoce si tiene hermanos o hermanas por parte de padre.

Desde muy joven, a Marie le recetaron antidepresivos. «Tomaba siete medicamentos distintos. El Zoloft es para adultos, y a mí me lo recetaron a los ocho años».

Sostiene que lo más duro era que no le explicasen cómo funcionaba el programa de acogida. Los adultos no le decían por qué la cambiaban de casa. La trasladaban sin más. Pasó por «unas diez u once» familias de acogida y un par de residencias. Prefería jugar en la calle, pero a veces se convertía en una

especie de reclusa. «Cuando viví en Bellingham, pasaba muchísimo tiempo jugando en mi habitación sola, con mis peluches».

Cambiar de colegio puede resultar abrumador, pero para Marie era pura rutina. «Volver a empezar, hacer nuevos amigos. Era un poco duro, pero acabé acostumbrándome».

El comienzo del instituto prometía acabar con esa inestabilidad. La mayoría de los estudiantes son un manojo de nervios el primer día, pero Marie estaba deseando que llegara. Iba a empezar el cuarto curso de secundaria en Puyallup, unos cincuenta y cinco kilómetros al sur de Seattle. Se había matriculado en todas las asignaturas que quería, había hecho muchos amigos y, lo más importante, vivía con una nueva familia: una familia a la que adoraba y que la adoraba. De hecho, estaban pensando en adoptarla.

«Era genial», dice Marie.

Hasta que, justo el primer día de instituto, un orientador sacó a Marie de clase y le dijo: «Ya no puedes vivir con tu familia de acogida. Les han retirado el permiso». El orientador, apelando a una cláusula de confidencialidad, apenas le dio explicaciones. Marie tenía que marcharse y dejarlo todo: la familia, los amigos, el instituto. «Lloré muchísimo —recuerda—. Tuve veinte minutos, como quien dice, para hacer las maletas e irme».

A Marie le asignaron una estancia breve, hasta que estuviese lista otra familia, en casa de Shannon y Geno, una pareja que vivía en Bellevue, una ciudad moderna y pujante, con rascacielos y todo, al este de Seattle. Shannon, una agente inmobiliaria que llevaba mucho tiempo como madre de acogida, conoció a Marie en unas reuniones con jóvenes con pasado problemático y percibió su buen corazón. Según Shannon, las dos eran «un tanto bobaliconas. Nos reíamos la una de la otra y nos gastábamos bromas. Éramos muy parecidas».

Las dos hicieron buenas migas. Para Shannon, Marie era «un pedazo de pan», sin más. No estaba resentida por todo lo que había vivido. Y no mostraba aversión ante lo que tenía por delante. Shannon no tuvo que obligarla a ir al instituto, aunque Marie sabía que, probablemente, no fuese más que una estación de paso. Sabía hablar y relacionarse con los adultos, se lavaba los dientes, se peinaba; era, en resumidas cuentas, fácil de llevar o, cuando menos, «mucho más que la mayoría de los chavales que habíamos tenido». Marie quería quedarse en Bellevue, y a Shannon le habría encantado. Sin embargo, en aquella época, Shannon y su marido ya estaban acogiendo a otra chica, una

adolescente que exigía muchísima atención. Si no, explica Shannon, «habríamos acogido a Marie en un santiamén».

Al cabo de dos semanas, Marie dejó la familia de Shannon y se trasladó a casa de Peggy, que trabajaba como defensora del menor en un albergue para indigentes y vivía en Lynnwood, una localidad veinticuatro kilómetros al norte de Seattle.

«Fue mi primera acogida. Yo me esperaba un recién nacido, hasta tenía preparada una cuna, y me asignaron a una joven de dieciséis años —explica Peggy, con una sonrisa—. Y me pareció muy bien. Tengo experiencia en el campo de la terapia mental y llevaba muchísimo tiempo trabajando con menores. Me imagino que los de la agencia se dijeron: “Sabrá manejarla”. Y así ocurrió».

El Estado entregó a Peggy cientos de páginas con el historial de Marie, una crónica con los abusos que había sufrido y la retahíla de hogares de acogida. «Era desgarrador —afirma Peggy, que leyó la mayor parte del documento, pero no todo—. Hay una parte de ti que no quiere saberlo todo. Prefieres ser capaz de mirarlos a los ojos sin hacer conjeturas sobre quiénes serán, ¿me explico? No quieres etiquetarlos. Cuando conozco a un niño, quiero conocerlo tal y como es en ese momento».

En opinión de Peggy, su relación empezó con buen pie. «Era como una chiquilla. Iba de aquí para allá, salía al jardín, echaba un vistazo y decía “Madre mía, qué chulada”. Se mostraba muy jovial, rebosante de energía, aunque también tenía momentos en los que se ponía muy intensa, muy emotiva». A Marie le molestaba haber tenido que marcharse de la casa de Puyallup, y Peggy le dejó usar el teléfono con total libertad para que siguiese en contacto con los amigos de allí. Aquello se tradujo en una factura gigantesca. Con el paso del tiempo, fue superando la frustración. «La verdad es que me sorprendió lo bien que lo llevaba —sostiene Peggy—. Tuvo que empezar de cero en el instituto. Fue extraordinario, en serio. Podía haberse limitado a decir: “Paso de ir”. Pero nada más lejos. Fue, e hizo lo que tenía que hacer. También colaboraba en las tareas domésticas. Me impresionó muchísimo su resistencia ante la adversidad».

Sin embargo, aquella relación —una madre primeriza y una hija adolescente con un pasado traumático— podía llegar a ser un desafío. Y lo fue. «A veces la situación se ponía muy tensa —afirma Peggy—. Es muy difícil establecer un vínculo afectivo con alguien que llega a tu vida con dieciséis años y cabreada.

Me pareció que, en aquel momento, mi misión era guiarla hacia la madurez. E intenté ser una madre cariñosa, preocuparme por ella. Pero cuesta muchísimo empezar a los dieciséis años. No sé cómo lo vería ella, pero...».

Y Marie lo veía como una mala combinación. A ella le gustaban los perros, pero Peggy tenía gatos. Le gustaba vivir con más compañeros, pero en casa de Peggy estaba sola. «Al principio nuestras personalidades también chocaban — sostiene Marie—. Nos costó congeniar».

Marie seguía en contacto con varias de sus antiguas familias de acogida y mantenía un vínculo especial con Shannon. A Peggy no le importaba y, de hecho, pronto se hizo amiga de Shannon. Las dos madres de acogida intercambiaban sus impresiones sobre Marie —y, en cierto sentido, la criaron juntas—. Shannon, con su maraña de pelo rizado, era la madre divertida. Marie y ella salían a dar paseos en bote, caminaban por el bosque o hacían dieta juntas y se pasaban semanas sin probar los hidratos de carbono. Marie compartía sus sentimientos con Shannon; sentía que podía abrazarla y llorar con ella. A veces hasta se quedaba a dormir en su casa.

Peggy era la estricta. Era la madre que le ponía una hora para volver. En su opinión, Marie podía llegar a ser un tanto insolente y desvergonzada. «A veces se portaba fatal —dice Peggy, recordando la vez que entró en un supermercado con sus amigas y recorrió los pasillos montada en un carro de la compra—, se ponía muy muy tonta». Peggy, cerebral y comedida, siempre con el «Pórtate como Dios manda» en la boca, no congenió con Marie como hizo Shannon. «Éramos muy distintas», afirma.

A Peggy le dolía ver a Marie esforzándose por encajar. En la época en que se fue a vivir con ella, a Marie le gustaba la ropa oscura, estilo *grunge*, pero se ponía un abrigo blanco con cuello de piel, muy mono, creyendo que las chicas debían vestir así —luego, cuando se dio cuenta de que no tenía por qué, relegó el abrigo al fondo del armario—. Peggy se percató de que Marie no era feliz en el instituto. Era un centro «bastante elitista», con todos los clichés: animadoras y musculitos. Marie tenía una vena «más artística», prefería el dibujo y la música, ya fuese cristiana, rock o country.

Juntas, Peggy y Marie buscaron otro instituto que se ajustase más a ella. Entonces las cosas empezaron a mejorar.

A través de unos amigos, Marie conoció a Jordan, un estudiante de instituto que trabajaba en un McDonald's. «Quedamos en un supermercado y pasamos horas y horas deambulando por ahí», explica Jordan sobre la primera vez que

se vieron a solas. Empezaron como amigos y, con el paso del tiempo, se hicieron novios. Para Jordan, Marie era una chica feliz y despreocupada, a pesar de su pasado. «Era una persona agradable [...] No te daba miedo compartir tus sentimientos con ella porque jamás te diría algo hiriente. Cuando estaba con sus amigos, no era de las típicas personas que intentan llamar la atención. Nunca hacía nada para destacar, nada disparatado».

Que la opinión de Jordan sobre Marie difiriese tanto de la de Peggy no tiene por qué sorprender. Para Peggy, Marie buscaba llamar la atención; para Jordan, lo evitaba. Los adolescentes pueden ser una persona con sus amigos y otra con sus padres. Sin embargo, en el caso de Marie, esa diferencia estaba motivada por algo más, de lo que se daría cuenta con el paso de los años. «La gente no me ve como yo me veo a mí misma», explica. Marie se veía como una persona afable, no provocativa; extrovertida, no dramática.

Marie cree que su mejor época fue entre los dieciséis y los diecisiete años, y que el día más feliz de su vida lo pasó con su mejor amiga, otra estudiante del instituto, que le estaba enseñando los secretos de la fotografía. «Me tiraba horas en la playa viendo la puesta de sol, era uno de mis pasatiempos preferidos —dice Marie—. Hay una foto que me encanta, que me hizo ella. Fuimos a la playa, serían las siete de la tarde o así. No sé lo que se nos pasaría por la cabeza, pero me zambullí en el agua y salí de un salto, echando el pelo hacia atrás».

Su amiga captó el momento. Luego retocó la foto, oscureciendo algunas partes. Marie parecía una sirena que emergía de las olas, con la espectacular puesta de sol de fondo. Colgó la foto en Myspace y la guardó en un álbum digital en Photobucket.

Cuando Marie llegó al último año de instituto, decidió dejarlo y prepararse por su cuenta el GED<sup>13</sup>. El último año con Peggy estuvo envuelto en ese clima de tensión que tan bien conocen padres y adolescentes de todo el mundo. Marie presionaba, quedándose hasta las tantas por ahí. Peggy insistía en que cumpliera las reglas de la casa. «No puedes hacer lo que te venga en gana», le decía Peggy. «No puedes decirme lo que tengo que hacer», respondía Marie. Para Shannon, no era más que una de esas etapas rebeldes que a veces surgen cuando se acerca la mayoría de edad: «Quería hacer lo que le apeteciese, se negaba a cumplir las normas. Probó con distintos estilos de ropa, tanteó posibles caminos. Como muchos otros adolescentes, vaya. También empezó a

fumar. Cosas por el estilo». En la primavera de 2008, Marie cumplió dieciocho años. Podía quedarse con Peggy, siempre y cuando respetase sus normas. Pero Marie quería vivir por su cuenta.

Buscando por internet, Peggy descubrió Project Ladder, un programa piloto que había comenzado un año antes. El grueso de los fondos procedía de una subvención estatal, y el programa aspiraba a reducir la indigencia ayudando a que los jóvenes consiguieran un trabajo estable con el que costearse un hogar<sup>14</sup>. Los participantes aprendían a ser autosuficientes y asistían a cursos de «alfabetización económica»<sup>15</sup>. Los caseros que acogían a los participantes recibían un subsidio de alquiler garantizado y una generosa fianza. Project Ladder solo ofrecía quince plazas para adolescentes a punto de abandonar el programa de acogida, pero Marie se hizo con una de ellas. Se mudó a un bloque de apartamentos en Lynnwood para seguir viviendo cerca de Peggy.

En los años veinte, décadas antes de convertirse en una ciudad y adoptar su nombre, Lynnwood era famosa por sus aves de corral: en un año se producían suficientes huevos «para llegar, puestos uno junto a otro, de Nueva York a San Francisco»<sup>16</sup>. Hoy día, para la gente de los alrededores de Seattle, Lynnwood es, ante todo, una meca del consumo. Su principal atracción es el centro comercial Alderwood Mall, con 165 tiendas, desde Abercrombie & Fitch hasta Zumiez. Los dos grandes reclamos del bloque de apartamentos de Marie eran las vistas a la cordillera de las Cascadas y su cercanía al centro comercial, a unas pocas manzanas.

Marie se dijo que, cuando se asentara, le gustaría estudiar fotografía en la universidad. Usaba una Nikon digital para fotografiar animales, insectos y, sobre todo, paisajes. Iba a una playa salpicada de restos de madera arrastrados por la corriente y fotografiaba las huellas de los perros en la arena, o el sol sobre el estrecho de Puget, o las cumbres nevadas de las montañas Olímpicas, allende las olas. Pero, por el momento, se centró en ganar dinero y consiguió su primer trabajo en Costco, un hipermercado mayorista famoso por sus generosos salarios y ventajas. Marie ofrecía muestras de comida a los clientes. No le molestaba pasar seis horas de pie: se divertía charlando con la gente y no sentía la presión de vender. Además, el trabajo le permitió hacer amigos ajenos al programa de acogida.

Así pues, Marie tenía una casa, un sueldo y su título GED. Contaba con el apoyo de Project Ladder, y Peggy vivía a unos minutos. Después de todo lo

que había soportado —los abusos, la inestabilidad, el hambre—, había salido adelante. Su principal objetivo era muy sencillo, y lo tenía al alcance de la mano: «Quería ser normal, sin más. Cuando dejé el programa de acogida quería ser una joven normal con un trabajo normal y un sitio en el que vivir mi vida. Quería intentar ser lo más feliz posible». Se negaba a que las adversidades de su pasado afectasen a su forma de ser.

Cuando Marie acabó de limpiar su apartamento, fue a la iglesia con Jordan. Habían estado más de un año saliendo, pero desde hacía dos meses eran solo amigos. Jordan había comenzado a estudiar la religión de los Testigos de Jehová, que condena el sexo antes del matrimonio, y le parecía hipócrita seguir saliendo con Marie. No obstante, aún compartían un vínculo de amistad muy estrecho. Ambos tenían insomnio y se hacían compañía por teléfono, charlando hasta las tantas. Incluso llegaron a hablar de casarse en un futuro.

Aquella tarde, Marie fue a casa de Ashley, una amiga que había conocido cuando ambas preparaban los exámenes del GED. Marie aún no tenía carné de conducir —solo una licencia de aprendizaje—, así que, cuando acabaron, la madre de Ashley la acercó a su casa. Al llegar, cayó en la cuenta de que se había dejado las llaves —siempre se le olvidaban las llaves o el teléfono—, así que regresaron a casa de Ashley, y vuelta a su apartamento.

Antes de entrar, Marie pasó unos minutos en casa de su vecina Nattie, otra joven de dieciocho años de Project Ladder. Nattie vivía justo encima de Marie, en un edificio de tres plantas con las escaleras abiertas. Marie bajó a su casa pasadas las nueve de la noche. Entró, cerró con llave la puerta principal y se puso cómoda.

El teléfono sonó a las 21:49. Era Jordan. (Unos días después, el joven comprobaría su historial de llamadas para facilitar a la policía las horas exactas). Marie y Jordan hablaron un cuarto de hora, y luego la chica se quedó un rato tocando la guitarra antes de meterse en la cama.

A las 00:30, Jordan volvió a llamar. Esa vez pasaron varias horas al teléfono, hasta las 04:30, bien entrado el lunes 11 de agosto, cuando el móvil de Jordan se quedó sin batería.

A las 04:58, Jordan llamó otra vez.

Marie y él estuvieron al aparato hasta las 06:15.

Luego Marie se durmió.

<sup>13</sup> En Estados Unidos, los exámenes del *General Equivalency Diploma* certifican que quienes obtienen el título tienen un nivel de conocimiento equivalente al que se adquiere en el instituto. (*N. del T.*)

<sup>14</sup> «Homeless Grant Assistance Program (HGAP) 2007 Project Summary», un documento de tres páginas del condado de Snohomish redactado en octubre de 2007.

<sup>15</sup> «Homeless Grant Assistance Program (HGAP) 2006-7 Project Documentation», un documento de cuatro páginas del condado de Snohomish que ofrece contexto, resultado esperado y una cronología del proyecto.

<sup>16</sup> Broom, Judith M., *Lynnwood: The Land, the People, the City* (página 49), editorial Peanut Butter Publishing, 1990.

## 4. UNA ALQUIMIA VIOLENTA

10 de agosto de 2010  
Westminster, Colorado

Una mañana de agosto temprano, una mujer cabizbaja esperaba sentada en la cama de la consulta 24 del pabellón de Urgencias del St. Anthony North, a las afueras de Denver. Estaba tomándose un yogur y, de vez en cuando, bebía de una botella de agua. Tenía el pelo tintado de rojo, algo desteñido, y llevaba una sudadera blanca de manga larga, con capucha y un arcoíris estampado en el pecho. Las piernas delgadas se extendían a partir de unos shorts azules.

A las 8:04 llamaron a la puerta, y una mujer de melena rubia y grandes ojos azules entró en la consulta. Llevaba un polo azul, pantalones caqui y una placa de policía en la cadera. Miró a la mujer sentada en la cama, mayor que ella, y se dijo que parecía una niña, con esos ojos rojos y las mejillas sonrojadas. Se puso en cuclillas para presentarse: era la oficial Edna Hendershot. «Sé que lo que te ha pasado es terrible —le dijo a la mujer— y he venido para investigarlo».

Sarah ya le había contado su historia en la puerta de su apartamento a unos vecinos que no conocía, mientras soplaba el aire fresco de primera hora de la mañana. Ya se la había contado al joven agente que la llevó al hospital en el coche patrulla. Ya se la había contado a la otra mujer sentada en silencio en la consulta, la defensora de las víctimas asignada por la policía para apoyarla.

Hizo acopio de fuerzas: tenía que contarla otra vez.

Sarah se había mudado a su nuevo apartamento a principios de mes. Después de varios días ordenando la casa y guardando trastos, dándole vueltas a la ubicación del sofá y la decoración de su cuarto, vaciando cajas de ropa, zapatos y utensilios de cocina, decidió descansar. Pasó la mañana del lunes en la piscina, dormitando al sol, y luego dio un paseo por un sendero que rodeaba el bloque de apartamentos. Esa noche se quedó en casa, leyó un rato la Biblia y, a eso de las doce, se puso el camisón y se quedó dormida con el runrún del

ventilador.

Sobre las tres y media se despertó de golpe. Sintió un peso enorme en la espalda aplastándola contra el colchón. Era un hombre, sentado a horcajadas sobre ella, sujetándole los brazos. Sarah gritó, pero el grito pareció ahogarse en su garganta. «No hagas ruido —le dijo el hombre—. No voy a hacerte nada si haces todo lo que diga, pero tengo un arma y, si la situación lo requiere, tendré que usarla».

El hombre llevaba una camiseta blanca y pantalones de chándal, según le contó Sarah a Hendershot. Una máscara negra le tapaba la cara. Le ató las manos a la espalda y le arrancó la ropa interior. Le ordenó que se colocara en la cama, le dijo cómo posar y empezó a sacarle fotos. Cuando no lo hacía bien, la corregía. «Si no haces lo que te diga, voy a subir las fotos a internet y las va a ver todo el mundo», la amenazó.

Durante tres horas, el hombre sometió a Sarah. La violaba y luego descansaba un rato. Le echaba fotos y descansaba. Ella las llamaba «sesiones», y recordaba nueve. Cuando Sarah le decía que le estaba haciendo daño, él respondía: «Tú relájate». Según le contó a Hendershot, en un momento dado Sarah le suplicó al violador que parase.

—No soy mala persona —le dijo ella.

—No, no eres mala persona —respondió él—, pero te has dejado la ventana abierta.

Cuando acabó, la luz del amanecer se filtraba en el apartamento destartalado. Entonces empezó a borrar las pruebas. Limpió el cuerpo de Sarah con toallitas y le ordenó que se lavase los dientes y la lengua. También recogió las sábanas. «No quiero dejar ninguna pista a la policía, así que voy a tener que llevarme varias cosas», le explicó.

Luego la obligó a entrar al baño y le dijo que se lavase durante veinte minutos. Sarah quería saber cuándo acababa el tiempo, así que le pidió que le acercase el temporizador de la cocina.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre.

—Ahí, en la encimera.

Era un Sunbeam blanco. Giró el dial hasta los veinte minutos y lo dejó junto al lavabo. Luego cerró la puerta y se marchó.

Se quedó inmóvil en la ducha, mientras el agua le caía por el cuerpo, y escuchó el tictac de todos y cada uno de los mil doscientos segundos del temporizador, que zumbaba como una chicharra en verano. Cuando por fin

sonó, Sarah salió de la ducha, se secó y empezó a valorar los daños.

El violador se había llevado una almohada de raso verde que había en la cama y que su madre le había regalado como recuerdo.

Había robado doscientos dólares de la caja fuerte que guardaba debajo de la cama.

Había robado una cámara de fotos.

Le había cambiado la vida para siempre.

No era fácil contar la historia, y Sarah habló entre sollozos durante toda la entrevista. La defensora de las víctimas la consolaba. Hendershot hacía lo propio. Al cabo de treinta minutos, Hendershot decidió que la pobre ya había sufrido bastante. Mientras se levantaba, le dijo a Sarah que una enfermera iba a examinarla. Quizá el violador no había logrado borrar sus huellas del todo. Puede que aún hubiese restos de su ADN dentro de ella.

«Ojalá», respondió Sarah.

Mientras conducía hacia el bloque de apartamentos de Sarah, Hendershot repasó mentalmente sus tareas: tras dieciséis años en la policía, tenía grabada a fuego la lista de pasos a seguir en un escenario del crimen. Pediría a varios agentes que preguntasen a los vecinos y registraran los contenedores; pediría a un agente de la Científica que analizase el apartamento y las inmediaciones; y a un analista criminal que empezase a investigar a todo el que tuviera acceso al apartamento de Sarah.

Todos tendrían que arrimar el hombro.

Hendershot se había criado en una de las ciudades periféricas de clase media que se extienden al noroeste de Denver. Pasó su infancia en Arvada, una población de cien mil habitantes, cerca del centro<sup>17</sup>. Su madre enseñaba música en varios colegios de la zona y tocaba el piano y el órgano en la iglesia presbiteriana. Su padre trabajaba en la Asamblea del Estado de Colorado, en Denver, y se metió en política local. Ella era la hija mediana, entre un hermano mayor y otro menor.

Sus padres se esforzaron al máximo por hacer de ella una señorita. Su madre la apuntó a clases de ballet e intentó enseñarle a tocar el piano. Ambas solían ir a un centro artístico que había a unas pocas manzanas de su casa. Pero nada cuajó.

«Cuando entraba en el salón donde estaba el piano, me encontraba a la buena

de mi madre ahí sentada, esperándome para tocar. Y yo la trataba fatal. Sé que fui muy mala con ella en ese sentido, pero es que lo odiaba. Yo quería estar en la calle, yendo de acá para allá y jugando con mis amigos. No quería tocar el piano de las narices».

Sus gustos eran típicamente masculinos: le encantaba el deporte. Le gustaba nadar, y el fútbol se le daba de maravilla. En la época en que el deporte femenino estaba despegando, Hendershot ya competía por todo Colorado con el equipo federado de fútbol del instituto Arvada High como portera titular.

Era incapaz de precisar qué le llamó la atención de la policía. No tuvo familiares cercanos que fuesen polis o cacos —motivación habitual para muchos de los miembros de las fuerzas del orden—. Fue algo que cayó por su propio peso. «No tengo una respuesta de manual —solía decir a la gente—. Estaba destinada a ser policía, lo supe desde siempre».

Su carrera tampoco siguió una línea recta: tras graduarse en el instituto en 1988, estudió Justicia Penal en dos universidades. Pero iba justa de dinero, por lo que empezó a compatibilizar el trabajo y las clases a tiempo parcial. Trabajó de cajera en un Wendy's, y también estuvo limpiando mesas y trabajando de camarera por 2,50 dólares la hora más propinas en un mexicano de la zona.

Sin embargo, estaba decidida a llegar a policía. En 1990, encontró trabajo como auxiliar de registros en la oficina del *sheriff* del condado de Adams, repasando los expedientes de los reclusos de la cárcel local. Al cabo de un año, dejó ese trabajo y comenzó a atender las llamadas al teléfono de emergencias del Departamento de Policía de Arvada. Iba a clase de día y trabajaba de noche para costearse la academia de policía. Tras graduarse, no se alejó mucho de casa, pues el cuerpo de Westminster, una ciudad contigua a Arvada, la contrató como agente de policía. Su nombramiento se firmó el 19 de septiembre de 1994.

Westminster suele definirse como una ciudad dormitorio de Denver. Y en cierto sentido lo es, con sus cien mil habitantes, la mayoría blancos y de clase media. Los fines de semana, los padres se amontonan en las bandas de los campos de fútbol para ver a sus hijos. Los hipermercados se agrupan en los principales cruces de carreteras. Las casas de estilo rancho y los bloques de apartamentos se extienden por doquier alrededor de la autopista de peaje entre Denver y Boulder, que constituye la espina dorsal de la ciudad. Sin embargo, como ocurre en muchos barrios próximos al centro, Westminster se resiste a

las descripciones edulcoradas: las pandillas y las drogas asolan los barrios a las puertas de Denver, y había delitos más que suficientes para una joven agente que quería dejar huella.

Tras cinco años patrullando las calles, Hendershot fue la más destacada entre los agentes que optaban a una vacante en la Unidad Especial Antidroga del Oeste Metropolitano. Esa unidad de élite reunía a agentes de toda la región para luchar contra las drogas y las bandas callejeras. Era la única mujer de la brigada, y los demás miembros empezaron a llamarla «Ed».

Hendershot descubrió que podía convertir su género en una especie de superpoder: con su aspecto deslumbraba a compañeros y delincuentes por igual. Cuando sus superiores no daban con la forma de acercarse a un traficante, ella se ofrecía voluntaria. «Suenan un poco arrogante, pero cuando preguntaban: “¿Quién puede pillar a este tío?”, yo respondía: “Es probable que yo pueda”. Da asco pensar en lo que se consigue con un golpe de melena y una risita».

Se le daba bien trabajar de incógnito. Podía hacer de rubia tonta, o de motera fogosa, o de madre estresada en plena batalla legal por la custodia. Cuando los sospechosos la invitaban a una raya o le pedían que se desnudase, buscaba una excusa. «Cuando vuelva a casa me espera una paliza». O: «Mañana tengo un juicio con los servicios sociales, no puedo ir colocada». En una ocasión, investigó a un comisario corrupto que pasaba drogas y armas a los miembros de una banda que estaban en la cárcel. Hendershot se ganó la confianza del sospechoso haciéndose amiga de un pandillero, que los presentó. Cuando arrestaron al policía corrupto, Hendershot apareció por allí. El pandillero — un tipo duro, con mucha calle— también estaba presente, esposado. Era incapaz de creer que en realidad Hendershot fuese poli. «Me siento muy orgullosa por aquello —dice—. Fui tan creíble que el tipo se lo tragó».

Hendershot cosechó muchas alabanzas, y acabaron nombrándola agente de formación de campo, un puesto de confianza cuyo cometido era orientar a los agentes más jóvenes. Durante doce años seguidos, cuando los superiores de Hendershot rellenaban su informe de evaluación, le concedieron la calificación más alta en trabajo en equipo: «Excepcional».

En 2007 hubo novedades en la vida privada de Hendershot, pues volvió a casarse —su primer matrimonio había acabado en divorcio unos años antes—. Su nuevo marido, Mike Hendershot, había sido subinspector de policía en Golden antes de ascender a inspector jefe en otro departamento de las afueras

de Denver. Le pidió matrimonio debajo de la Torre Eiffel, buscaron una casa donde cupiesen su perro y sus dos gatos, y se fueron a vivir juntos.

Hendershot decidió dejar el trabajo de incógnito —llevaba ya mucho tiempo en la brigada, los delincuentes podrían empezar a reconocerla—, aunque le inquietaba su nuevo destino: se preguntaba si alguna vez encontraría algo que se le diese tan bien. «Vale, ¿y ahora qué? —se decía—. He tocado techo antes de los cuarenta años. ¡Hurra!».

Su nuevo puesto fue en la Unidad de Delitos contra las Personas. De repente, descubrió un nuevo mundo. Sus víctimas eran personas que habían sido agredidas, violadas o asesinadas. Cuando rellenaba papeleo en su época en la Unidad Antidroga, la víctima era el «Estado de Colorado» o los «Estados Unidos de América». Ahora escribía el nombre de alguien. Alguien con quien se había sentado a hablar; alguien cuyo dolor había visto de primera mano, o cuya muerte había hecho tambalearse a una familia.

Resultaba un tanto abrumador.

«Sentía una reacción física ante aquello; literalmente. No es moco de pavo, cago en la hostia. Es gente que depende al cien por cien de ti. Está todo en tus manos».

Cuando acabó la entrevista en el hospital, Hendershot fue en su coche al apartamento de Sarah, al oeste de la ciudad. Eran las diez de la mañana y ya hacía calor. Los edificios del bloque eran de tres plantas, con la fachada cubierta de paneles naranjas y ladrillo. También había una piscina comunitaria, un club social y un sendero que los rodeaba. Los inquilinos eran gente de clase trabajadora: auxiliares de enfermería, instaladores de cable y empleados de locales de comida rápida.

En la puerta del apartamento, Hendershot vio al agente Chris Pyle, que se había pasado la mañana buscando testigos. Había hablado con los vecinos que llamaron a la policía cuando Sarah aporreó la puerta de su casa pidiendo ayuda. Ellos también eran nuevos en el edificio, y Sarah les contó los detalles de la violación, aunque a la mujer le costaba creer algunas partes.

Sarah, por ejemplo, les dijo a sus vecinos que el violador la había obligado a lavarse el pelo. Sin embargo, lo llevaba seco. A la mujer también le pareció que Sarah hizo varios comentarios peculiares. «Ah, ¿acabáis de mudaros? Pues qué poco oportuna he sido». La mujer no creía que Sarah estuviese mintiendo; no necesariamente. Pero su comportamiento le pareció muy

extraño.

«No es lo que habría hecho yo», le dijo a Pylar.

Su escepticismo no resultaba sorprendente. En los casos de violación, era habitual que las víctimas se enfrentasen a las dudas —no solo de la policía, sino también de familiares y amigos—. Existía la sensación, tanto en los departamentos de policía como en la opinión pública, de que no todas las denuncias de violación eran ciertas. El problema radicaba en que nadie sabía cuántas. Los criminólogos habían pasado décadas intentando determinar cuántas mujeres mentían al denunciar una violación, y había una amplia gama de resultados. En Inglaterra, un médico de la policía afirmó, en un estudio publicado en 2006, que el 90% de las acusaciones de violación eran falsas —la cifra recibió numerosas críticas, habida cuenta de que se basaba en una muestra ínfima, de dieciocho casos—<sup>18</sup>. La feminista Susan Brownmiller, cuya obra revolucionaria *Contra nuestra voluntad* influyó a toda una generación de activistas, hablaba del 2%, aunque sus resultados también se pusieron en tela de juicio<sup>19</sup>.

Los investigadores especializados en agresiones sexuales habían establecido una horquilla: entre el 2 y el 8% de las acusaciones de violación eran falsas<sup>20</sup>. Sin embargo, dicha horquilla estaba vinculada a una condición específica: solo incluía las acusaciones en que la policía lograba demostrar que la mujer había mentado deliberadamente. En realidad, aquello no ocurría muy a menudo, pues la policía se limitaba a abandonar los casos en que tenían dudas; no los seguían investigando. El porcentaje real de denuncias falsas resultaba escurridizo: quedaba enturbiado por la labor de los abogados, las distintas definiciones de agresión sexual y la imposibilidad casi absoluta de obtener información concreta de un delito envuelto en la vergüenza y el secretismo.

En sus casos, Hendershot tenía que encontrar lo que ella definía como prueba «definitiva» antes de desestimar una acusación de agresión sexual y calificarla como falsa. En una ocasión, un tipo llegó a urgencias con un testículo mutilado. La herida era tan grave que los médicos tuvieron que extirpárselo. El hombre explicó a los médicos que alguien lo había atacado con un cuchillo y lo había violado. Hendershot se pasó varias semanas siguiendo las pistas proporcionadas por aquel hombre, e incluso llegó a Wyoming en busca de pruebas. Hasta que descubrió que el tipo era miembro de un canal de chat pornográfico donde la gente practicaba la mutilación genital. Hendershot lo

acusó de presentar una denuncia falsa, pero antes tuvo que ver un vídeo del hombre cortándose con una cuchilla y una de esas cintas elásticas que se usan para castrar al ganado. En otras palabras: ponía el listón alto<sup>21</sup>.

Después de hablar con Pyle, Hendershot entró en el apartamento para echar un vistazo al escenario del crimen. Se alegró al encontrarse a una buena amiga, Katherine Ellis, una de las veteranas de la Policía Científica del Departamento de Policía de Westminster. Ellis llevaba allí desde las 7:38. Había acudido en cuanto se enteró de la violación por la emisora instalada en el laboratorio del departamento.

Se conocían desde hacía años, cuando ambas trabajaban de teleoperadoras en otro departamento de policía. Habían ascendido juntas a lo largo de sus respectivas carreras: el camino de Ellis la llevó al campo de la investigación del escenario del crimen antes de que se popularizara con la serie de televisión. «Yo ya era CSI mucho antes que *CSI*», solía decir entre risas. Con el paso de los años, se ganó buena fama por su meticulosidad. Había hecho cursos de formación en la selecta academia del FBI en Quantico, Virginia, y poseía una memoria eidética: pasados muchos años, era capaz de recordar el número de tal o cual expediente. Además, tenía una percepción realista de su trabajo: «No es glamuroso —solía decir—. Son contenedores de basura, niños descuartizados y sótanos».

Cuando Hendershot llegó, Ellis ya había analizado el apartamento habitación por habitación. Sus apuntes reflejaban su obsesión por los detalles:

El espacio es un apartamento de dos habitaciones y dos baños, con cocina, comedor y sala de estar [...] La puerta principal da a la sala de estar, situada en el lado sur del apartamento. Está decorada con un piano pegado a la pared este, un sofá de cuero a lo largo de la pared sur, una mesa de centro redonda situada frente al sofá, una mesita accesoria redonda a la izquierda del sofá, y una mecedora. En el sofá había una pila de periódicos y una funda de plástico con cupones para restaurantes y supermercados sobre el cojín izquierdo, una marca que podía ser una huella en el cojín central y una Biblia y un breviario abierto sobre el cojín derecho.

Durante más de cinco horas, Ellis buscó huellas dactilares en los alféizares, puertas y encimeras del apartamento. Pasó torundas por toda la casa: la ventana del salón, el colchoncillo, el lavabo y el retrete. Sacó cientos de fotos del caos del dormitorio principal, del salón y del porche trasero. Comprobó

las dos puertas que daban al exterior del apartamento y las ventanas, por si estaban forzadas. Recogió más pruebas: las sábanas verde pálido que el violador se había dejado, unos guantes de cocina violeta hallados junto al fregadero, y una colcha roja, naranja y blanca. También usó la linterna de luz ultravioleta para buscar material genético en el colchoncillo.

Hendershot le explicó a Ellis que el violador había cogido el temporizador Sunbeam blanco de la cocina de Sarah. Ellis entró en el baño y lo encontró en el borde del tocador. Era uno de los objetos del apartamento que el violador había tocado, y lo guardó como prueba para buscar restos de ADN.

Ellis siempre daba por sentado que el crimen había ocurrido según lo contaba la víctima. Sin embargo, mientras analizaba el escenario se centraba en las pruebas, para ver si eran contradictorias o confirmatorias. Para ella, su trabajo consistía en descubrir la verdad, fuera la que fuese. «En nuestro informe aparece lo que nos dicen las pruebas, no lo que nos cuenta la víctima. Quieres que sean las pruebas las que griten “Mentira, mentira”, y no tú».

Hasta entonces, Ellis apenas había encontrado pruebas en el apartamento de Sarah. Se percató de que había una mosquitera en el suelo, a los pies de una ventana junto a la puerta trasera —aunque podía haberse caído en cualquier momento—. En el sofá, debajo de otra ventana, había una parte ligeramente hundida, como si alguien hubiese pisado el cojín. Sin embargo, no encontró pruebas de que hubieran forzado la entrada: no había señales de palanca en los marcos de las puertas, ni ventanas rotas. Tampoco encontró huellas dactilares en los alféizares, el sofá o la habitación. Además, la luz ultravioleta solo reveló una pequeña cantidad de fluido corporal en la cama.

No obstante, algo había llamado su atención: en la barandilla que rodeaba el porche trasero, Ellis encontró unas señales peculiares, una hilera de pequeñas marcas hexagonales. «Como un panal», se dijo, mientras sacaba fotos para asegurarse de que no se perdían.

Pero no estaba segura de qué habría dejado esas marcas. ¿Quizá una manta colocada sobre la barandilla?

«Qué patrón más curioso», pensó.

Dos días después de la violación, Hendershot se reunió con Sarah en la comisaría de Westminster. Se sentaron en una sala de interrogatorios, con una mesa entre ambas. Hendershot encendió la grabadora, confiando en que hubiera pasado el tiempo suficiente para que Sarah recordase más detalles.

Comenzó suave: ¿cómo era su vida en los días y meses previos a la violación?

Sarah le contó su historia. Se había divorciado tarde, después de décadas en un matrimonio con resentimiento y sin amor. «Decidí que no iba a seguir viviendo así, punto», explicó. Volvió a encontrar el amor con un hombre veinte años mayor que ella. Él tenía una familia numerosa; ella no tenía hijos. Iban juntos a la iglesia, cantaban en el coro y solían cenar en Denny's. Se casaron en octubre de 2009 y se mudaron a un apartamento para dos personas. Entonces a él le diagnosticaron cáncer. Ocho semanas después de su boda, Sarah enterró a su marido. Su primer paso para asimilar la viudedad fue mudarse a una casa más pequeña, en otro bloque de apartamentos. Firmó el contrato de alquiler el 28 de julio de 2010. El violador la atacó trece días después.

Luego Hendershot le preguntó por la violación:

—Me contaste que te pusiste el camisón y te fuiste a la cama sobre medianoche. ¿Te acuerdas de lo que pasó después?

—Solo me acuerdo de que... de que había alguien encima de mí. Estaba boca arriba. Perdón, boca abajo; estaba boca abajo —dijo Sarah. Se detuvo, aturullada—. ¿Tenemos que volver a repararlo todo?

Hendershot la entendía. Había llevado más de cien casos de violación y sabía lo difícil que era hablar del tema —hasta tal punto que muchas mujeres preferían no denunciar—. Uno de los principales motivos era el miedo a no ser creídas. Aquello solía desconcertar a los agentes más jóvenes. Quieres pillar al tipo, ¿no? Entonces, ¿por qué no das todos los detalles?

Hendershot siempre les respondía igual: «Cuéntame cómo fue la última vez que tu mujer y tú os acostasteis. Cuéntamelo ahora mismo», decía, y quienes no soltaban una carcajada abochornada guardaban silencio, aturridos. Pillaban el mensaje.

En la sala de interrogatorios, Sarah repitió los puntos básicos de la historia, pero añadió nuevos detalles. Recordaba, por ejemplo, que el agresor le había puesto unas medias, aunque no de qué color eran ni de dónde las había sacado.

—¿Cómo te las puso? —preguntó Hendershot.

Sarah no supo decirlo.

—¿Y cómo es que no las viste? —preguntó Hendershot.

—Creo que estaba... creo que estaba boca abajo.

Sarah también se acordaba de que el violador le había preguntado si tenía tacones. Cuando le respondió que no, abrió su armario y volvió con un par de

zapatos.

—A lo mejor vi cuáles eran, pero no estoy segura —dijo. No sabía qué zapatos había cogido, ni si se los había llevado al marcharse.

Hendershot no se desanimó. Siguió probando, intentando que Sarah le diese una descripción mejor.

—¿Y qué me dices de los ojos? ¿Te acuerdas de algo?

—La verdad es que no recuerdo absolutamente nada de su cara, no.

—Vale, así que del color de ojos ni hablamos, ¿no?

—Mmm... No sabría decirte.

—¿Barba, bigote?

Sarah negó con la cabeza.

—No sé qué responder, no me acuerdo.

Pero, aunque la memoria visual de Sarah fallase, sus recuerdos auditivos eran muy precisos. Sabía que el violador llevaba una bolsa de deporte porque recordaba el ruido de la cremallera. Sabía que había ido al baño porque lo había oído orinar. No era capaz de describir la cámara que había usado, aunque la apuntó directamente con ella. De lo único que se acordaba era del ruido: clic, clic, clic.

Pero, por lo general, la historia de Sarah se perdía en un embrollo de momentos y recuerdos desordenados. Le costaba muchísimo recomponer la secuencia de acontecimientos. Le dijo a Hendershot que sabía la hora a la que el violador se había marchado porque había visto a unas niñas jugando en la puerta de su edificio y luego se quedó unos segundos pensativa: había llamado a la policía alrededor de las siete de la mañana. ¿Qué hacían unas niñas en la calle a esas horas? «No, eso no tiene sentido», dijo, casi para sí misma.

Sarah se fue frustrando por las lagunas de su historia.

—Estuve casi todo el rato con los ojos cerrados —le dijo a Hendershot—. Unas veces porque me obligaba y otras porque no quería ni mirar.

—No pasa nada porque no te acuerdes —la tranquilizó Hendershot.

El mundo fragmentado de Sarah no alarmó a Hendershot: sabía de sobra que las personas que viven episodios traumáticos suelen presentar recuerdos alterados. Muchas ya no recuerdan los acontecimientos en orden cronológico<sup>22</sup>. Los traumas pueden alterar el cerebro: un accidente de coche; la caída de un árbol muy cerca; tu compañero abatido en el campo de batalla. En esos segundos terroríficos, el subidón de adrenalina y cortisol crea una

alquimia violenta. La mente se convierte en un testigo vacilante de su propia experiencia, los acontecimientos se desvinculan del momento en el que ocurren, los recuerdos quedan enterrados. Las imágenes pueden resurgir días, meses o incluso años después, inesperadas e indeseadas, con una nitidez extraordinaria, como el paisaje iluminado de repente por un rayo.

La violación era un caso especial. La experiencia traumática y el sentimiento de indefensión alteraban los recuerdos de una forma que parecía diseñada para frustrar a los investigadores. Para soportar el espantoso presente de la violación, muchas mujeres apartaban la vista de lo que les estaba ocurriendo, no miraban a su agresor. Se concentraban en la pantalla de una lámpara o en un cuadro. O cerraban los ojos. Con lo que, a menudo, las mujeres no podían describir al violador, ni cómo iba vestido, ni la habitación, la hora o el entorno.

Los psicólogos han demostrado el papel que un detalle potente y central puede desempeñar en la creación de recuerdos<sup>23</sup>. En los momentos críticos, el cerebro se aferra ferozmente a algo que le ayude a sobrevivir. En algunos casos es la amenaza en sí, como cuando un policía es capaz de describir con todo lujo de detalles el arma con que le han apuntado, pero le cuesta recordar la ropa que llevaba el sospechoso. Sin embargo, en otros casos el detalle destacado no es la amenaza inminente. De hecho, puede ser algo que no tenga absolutamente nada que ver con la angustia de la violación —la lámpara de la mesilla, pongamos, o la luz de una farola lejana—. Al centrarse en ese detalle, la mente logra evadirse del horror inmediato y se sitúa en un lugar más seguro del plano cognitivo.

Rebecca Campbell, una de las principales investigadoras sobre agresiones sexuales en la Universidad del Estado de Michigan, asegura que a menudo las víctimas describen su experiencia de la violación usando la metáfora de un rompecabezas. Al abordar un puzle, lo primero que hace la mayoría de la gente es poner boca arriba todas las piezas. Luego se distribuyen en piezas laterales, esquinas e interiores. Por último, se observa la imagen de la caja para comprender cómo ensamblarlas.

Sin embargo, las víctimas de violación no pueden resolver el puzle, pues no tienen todas las piezas. Son incapaces de ordenarlas de manera significativa. Y ¿quién puede soportar esa imagen terrible, si es que consiguen recomponerla siquiera? «Un recuerdo traumático no viene bien ordenadito y nítido —explica

Campbell, que estudia los efectos del trauma en el cerebro—. Está desperdigado, literalmente, por todo el cerebro».

La misión de Hendershot consistía en ayudar a Sarah a completar el rompecabezas; sin embargo, al final de la entrevista, sintió que no había hecho avances para vincular a un sospechoso con el crimen. El violador era inteligente, apenas había dejado pistas sobre su identidad.

Antes de acabar la entrevista, Hendershot decidió darle a Sarah una buena noticia: los doscientos dólares no estaban, pero los agentes habían encontrado en el apartamento la cámara de fotos que creía robada. Quizá no había reparado en ella cuando revisó sus pertenencias después de la violación.

—Pero es que había dos cámaras —respondió Sarah.

—¿Cómo que había dos cámaras? —preguntó Hendershot, convencida de que solo había una en el apartamento de Sarah.

—Pues había una Sony rosa y otra cámara más grande, casi toda plateada.

Hendershot sabía que la policía había encontrado la cámara plateada. ¿Dónde estaba la Sony rosa? Envío a varios agentes a las casas de empeños de Westminster, por si alguien había dejado una cámara rosa. No hubo suerte.

Hendershot estaba preparando una entrevista con un operario de Comcast que había instalado el cable en el bloque de apartamentos de Sarah cuando recibió una llamada. Era una subinspectora de Aurora, otra ciudad a las afueras de Denver, con rentas más altas y unos cincuenta kilómetros al sureste de Westminster.

Charlando con otros policías, la subinspectora se había enterado de los detalles de la violación en Westminster. Le dijo a Hendershot que uno de sus oficiales llevaba un caso similar, y quizá podrían cotejar sus notas.

Acababa de encontrar su primera pista.

Dos semanas después de la violación de Sarah, Hendershot entró en una pequeña sala de conferencias del Departamento de Policía de Westminster. Al otro lado de la mesa se sentaba Scott Burgess, un oficial de policía de Aurora con pelo entrecano, camisa de manga larga, pantalón de vestir y corbata. Era un hombre metódico y preciso. Había días en los que repetía dos, tres y hasta cuatro veces hasta conseguir un nudo Eldredge perfecto (uno de los nudos de corbata más difíciles: en [ties.com](http://ties.com) le dan un cinco sobre cinco en dificultad).

El Departamento de Policía de Aurora había creado una unidad especializada en delitos sexuales cinco años antes, y Burgess fue uno de sus primeros

miembros. «Tuve la inmensa suerte de que me eligiesen», explica. Al igual que a Hendershot, le gustaba la idea de ayudar al prójimo. Y Burgess entendía a las víctimas. «Si algo he aprendido es que no existe una reacción idónea con la que una víctima afronta la agresión. He estado con víctimas que me han hecho llorar en una entrevista y acababa descubriendo que su denuncia era falsa. Y también he tenido a víctimas con las que pensaba: “Es imposible que haya pasado, no puedes estar así después de vivir algo tan atroz”. He aprendido que no hay una reacción estándar».

Aquel aprendizaje le vino muy bien para enfrentarse a un caso de violación en Aurora en octubre de 2009. La víctima se llamaba Doris y era una mujer divorciada de sesenta y cinco años, directora de una residencia de estudiantes de la zona. La habían violado en su casa, en un barrio al sur de Aurora. Burgess le explicó a Hendershot que, cuando habló con ella al día siguiente, Doris parecía «serena». Mostraba una actitud muy pragmática, para nada emotiva. «No recuerdo ningún arrebato; tampoco se vino abajo en ningún momento —explicó—. Fue en plan: “Ha pasado lo que ha pasado. Vamos a ver lo que se puede hacer”».

Luego, Hendershot escuchó a Burgess repasar los puntos principales de su informe sobre aquel caso:

- La víctima estaba durmiendo en casa un domingo de madrugada, sobre las 2:30.
- El sospechoso abrió la puerta, se puso a horcajadas sobre su espalda y la apuntó con una linterna.
- El sospechoso le ordenó que se pusiera boca arriba. Ella vio que llevaba la cara tapada con una máscara o un pañuelo negro, con una abertura para los ojos.
- El sospechoso era un varón blanco, de unos veinte años y más de metro ochenta, «corpulento» y fuerte, aunque no musculoso. Tenía el vello de color claro, o no tenía, y hablaba con voz suave.
- El sospechoso le dijo a la víctima: «No voy a hacerte daño, pero voy a violarte».
- El sospechoso la ató de manos por delante usando una cinta, sin apretar demasiado.
- El sospechoso llevaba una mochila negra grande.

- El sospechoso la violó en repetidas ocasiones. Le hizo fotos y la amenazó con subirlas a internet si llamaba a la policía.
- Al acabar, el sospechoso se vistió y le dijo que iba a llevarse las sábanas.
- Al final, la obligó a darse un baño en su presencia y le explicó cómo limpiarse. Por último, le dijo que esperase veinte minutos antes de salir.

Doris había descrito al violador como un hombre «cordial» y «amable». Durante la agresión, ella le dijo que tenía sesenta y cinco años, que estaba demasiado mayor para que la violase. «¿Cómo vas a estar mayor?», respondió el violador.

Doris le contó a Burgess que, justo antes de empezar a violarla, el hombre le quitó los rulos rosas que llevaba en el pelo.

—Sé que luego voy a sentirme mal por esto, pero no puedo evitarlo —le dijo.

—Tendrías que ir a un psicólogo —contestó Doris.

—Ya es demasiado tarde —respondió.

Doris intentó mostrarse empática: todavía era joven, quizá habían abusado de él cuando era un niño, pero aún tenía tiempo para cambiar.

El hombre rechazó la idea. Nunca habían abusado de él; sus padres eran muy cariñosos. No fumaba, ni bebía, ni se drogaba.

—Si supiesen lo que hago, se morirían —le dijo.

Tenía que violar, era una «compulsión», según le contó a Doris. Llevaba mucho tiempo luchando contra ella, pero había perdido una y otra vez.

—No puedo evitarlo —continuó.

Doris le explicó a Burgess que, cuando le ordenó que entrara en el baño, el hombre empezó a llenar la bañera. Por un segundo, se temió lo peor. «Lo primero que pensé fue que iba a ahogarme».

Sin embargo, le pidió que se lavase: «Dame veinte minutos, soy meticuloso y quiero dejarlo todo en orden», le dijo.

Cuando salió del baño, el reloj marcaba las 3:45. Estaba demasiado asustada para llamar a la policía, así que se vistió y, tras hacerse un café, se sentó al ordenador y empezó a buscar en internet.

Hasta que, sobre las 6:00, Doris se percató de que estaba sangrando por la

vagina. Cogió su coche y fue a una clínica de urgencias, donde le dijeron que siguiese hasta el Centro Médico de Aurora, con recursos para tratar a las víctimas de violación. Una vez allí, una enfermera llamó a la policía. En el hospital le practicaron un examen forense de tres horas para encontrar cualquier resto de ADN que hubiese podido quedar en su cuerpo.

Burgess le dijo a Hendershot que supo que el caso sería difícil: Doris recordaba muchos detalles de la violación, pero sus recuerdos no revelaban gran cosa sobre la identidad del violador. «Para empezar, ¿cómo presento el caso en el departamento?», se preguntó Burgess en aquel momento. «Ni siquiera puedo decirte con certeza de qué raza o grupo étnico es mi sospechoso, porque iba completamente tapado». También le explicó a Hendershot que se imaginaba al agresor como una especie de violador «ultrapreparado», experto. «Era un tipo muy meticuloso».

El informe de Burgess recogía su actuación. Envío a varios agentes a indagar por el barrio de Doris, un conjunto de casas humildes en una pequeña calle sin salida junto a una de las principales calles que atravesaba Aurora de este a oeste. Un agente inspeccionó treinta cubos de basura y tres sanitarios portátiles en un campo de béisbol cercano, y otro siguió a un hombre al que habían visto caminar por las inmediaciones del escenario del crimen con un arma que resultó ser una pistola de aire comprimido. Cuando la policía le dio el alto a otro hombre por acelerar al pasar junto al escenario del crimen, descubrieron una sábana rosa, varias toallas y dos bolsas negras en su maletero. Un agente las comparó con las sábanas de la casa de Doris: no coincidían. Para cerciorarse, el policía llamó a la novia del hombre, que corroboró su historia explicando que había dejado las sábanas en su maletero después de hacer la colada.

Las primeras sospechas de Burgess se centraron en los estudiantes de la residencia en la que trabajaba Doris, aunque ella no las compartía: «No ha sido uno de mis chavales», le dijo, argumentando que habría reconocido la voz. No obstante, Burgess se puso en contacto con la policía que patrullaba el campus para ver si habían registrado agresiones similares. Un subinspector le habló de un caso en el que se había visto implicado un estudiante de más de metro ochenta y setenta y pico kilos. La policía lo detuvo por mostrar una conducta anómala en noviembre de 2008. En el maletero de su coche encontraron material policial: una luz estroboscópica que podía montarse en el techo del vehículo, una porra, un alcoholímetro y una Beretta 9 mm. Sin

embargo, el hombre no tenía antecedentes, así que Burgess acabó dejando ese caso, y su teoría, de lado.

Doris había ofrecido una descripción detallada, pero era la descripción de un fantasma: un hombre enmascarado y vestido de gris. No había más pistas. Ningún testigo. Ninguna grabación de una cámara de vigilancia.

El 31 de diciembre de 2009, cuando el año tocaba a su fin, Burgess escribió el estado del caso en letras mayúsculas: INACTIVO.

No iba a cerrar el caso, pues siempre podía aparecer otra pista. Sin embargo, en su fuero interno sabía lo que significaba «inactivo»: «Son casos que no van a ningún sitio».

Para Burgess, aquella fue una conclusión demoledora. No podía dejar de darle vueltas al caso; consideraba que la violación de Doris había sido uno de los dos o tres casos más duros que había investigado en toda su carrera. Se preguntaba por qué se habían fijado en ella y se alegraba de no poder responderse. «Si llegara a entenderlo, mal asunto», solía decirse.

Burgess salió de la reunión con Hendershot con algo de esperanza. Las pruebas indiciarias sugerían una conclusión: a Sarah y a Doris las había violado la misma persona. Si Hendershot encontraba una pista en su caso, quizá él pudiese beneficiarse en el suyo. Ocho meses después de archivar el caso de Doris, Burgess lo recuperó: la investigación volvía a estar activa. Solo hacía falta un paso en falso del violador. Un paso en falso, dos delitos resueltos.

Los cálculos eran muy sencillos.

En las semanas posteriores a la violación de Sarah, Hendershot dirigió a un equipo de investigadores, policías de la Científica, analistas criminales y agentes de calle. Ordenó a media docena de agentes que comprobasen todas las papeleras en las inmediaciones del apartamento, con la esperanza de que el violador hubiese tirado algo en su huida. También les mandó rastrear las zanjas y un pequeño embalse. Y comprobó varios nombres en el registro de agresores sexuales de Colorado: el instalador de cable que había charlado unos minutos con la víctima mientras le ponía internet, los vecinos de su bloque de apartamentos e incluso los basureros de la zona. Ningún resultado.

Fueron llegando pistas y Hendershot fue descartándolas una tras otra. La policía había arrestado al exmarido de Sarah por violación en 1978, pero ella insistía en que lo habría reconocido aunque llevase máscara. La policía

también estaba investigando otra violación cometida por un desconocido en el bloque de apartamentos donde Sarah había vivido con su difunto esposo, pero el sospechoso era un saudí que ya se había marchado de Estados Unidos. Otro agente llamó para decir que se había acordado de un caso, de varios años antes, donde un hombre llevaba un «kit de instrumentos de violación». Sin embargo, el tipo resultó ser demasiado mayor.

Por último, estaba el joven de mochila negra al que habían visto caminando junto a un arroyo en una zona arbolada, a menos de tres kilómetros del edificio de Sarah. Era un estudiante universitario con vena ecologista. Aquella mañana había ido al arroyo a recolocar unos cantos rodados para facilitar la circulación de las aguas estancadas. Admitió haberse «rebotado un poco» cuando los agentes lo interrogaron, pero no era un violador.

Hendershot sabía que las violaciones —en especial las cometidas por desconocidos— suelen resolverse en la primera semana. Con cada hora y cada día que pasan se reducen las probabilidades de atrapar al agresor. Se estaba quedando sin pistas, se le amontonaban otros delitos y el caso se enfriaba.

En diciembre de 2010, Hendershot sintió un *déjà vu*: se encontraba en el mismo punto en el que Burgess se había visto un año antes. De hecho, era aún peor, porque ahora la policía tenía motivos fundados para creer que había un violador en serie suelto, que había pasado varias horas violando a dos mujeres, pero que se las había apañado para no dejar ni una sola pista a su paso: ni testigos, ni descripción, ni huellas dactilares, ni una cantidad de ADN suficiente para introducirla en una base de datos.

Y, por si fuera poco, Hendershot y Burgess veían muy probable que el violador volviese a atacar.

Lo único que podían hacer era esperar: esperar hasta que cometiese un error. O esperar hasta la próxima violación.

Los cálculos habían cambiado; ya no parecían tan sencillos.

¿Quién era ese tipo?

<sup>17</sup> «Fun Facts about Arvada», Ayuntamiento de Arvada, consultado el 22 de abril de 2017, [arvada.org/about/our-community/arvada-fun-facts](http://arvada.org/about/our-community/arvada-fun-facts).

<sup>18</sup> Rumney, Philip N. S.: «False Allegations of Rape», *Cambridge Law Journal* 65 (páginas 125-158), marzo de 2006.

<sup>19</sup> Susan Brownmiller, *Contra nuestra voluntad. Un estudio sobre la forma más brutal de agresión a la mujer: la violación*, editorial Planeta, 1975, traducción de Susana Constante.

<sup>20</sup> Lonsway, Kimberly; Archambault, Joanne y Lisak, David: «False Reports: Moving Beyond the Issue to Successfully Investigate and Prosecute Non-Stranger Sexual Assault», *The Voice*, publicado por el National Center for the Prosecution of Violence Against Women, 2009.

<sup>21</sup> Hendershot, Edna; Stutson, Alverd C. y Adair, Thomas W.: «A Case of Extreme Sexual Self-Mutilation», *Journal of Forensic Sciences* 55 (páginas 245-247), enero de 2010.

<sup>22</sup> Campbell, Rebecca: «The Neurobiology of Sexual Assault», presentación de un seminario, el 3 de diciembre de 2012, patrocinado por el Instituto Nacional de Justicia; transcripción consultada el 13 de junio de 2017, [nij.gov/multimedia/presenter/presenter-campbell/Pages/presenter-campbell-transcript.aspx](http://nij.gov/multimedia/presenter/presenter-campbell/Pages/presenter-campbell-transcript.aspx).

Algunos académicos han planteado que los defensores de las mujeres exageren los efectos del trauma en el cerebro para reducir el escepticismo de los investigadores hacia los recuerdos de las víctimas de violación. Consúltese, por ejemplo, Yoffe, Emily: «The Bad Science Behind Campus Response to Sexual Assault», *The Atlantic*, 8 de septiembre de 2017.

<sup>23</sup> Berntsen, Dorthe: «Tunnel Memories for Autobiographical Events: Central Details Are Remembered More Frequently from Shocking Than from Happy Experiences», *Memory & Cognition* 30, n.º 7 (páginas 1010-1020), octubre de 2002.

## 5. UNA BATALLA PERDIDA

Camp Casey, Dongducheon, Corea del Sur

Se acordaba perfectamente del momento en que había nacido el monstruo, aunque contárselo a la gente, la verdad sea dicha, le resultaba un tanto bochornoso. Con cinco años, sus padres lo llevaron a ver *Star Wars. Episodio VI: El retorno del Jedi*. Al principio de la película hay una escena en la guarida de Jabba el Hutt, gánster intergaláctico que tiene al heroico piloto Han Solo congelado en un bloque de carbonita. Jabba —una larva enorme y sibarita— descansa sobre una plataforma, rodeado de esclavos, enanos y alienígenas, con música exótica de fondo.

El niño y sus padres vieron a Luke Skywalker, encapuchado y misterioso, colarse en la guarida mientras Jabba duerme. Y ahí, echada en la base de la plataforma, está la princesa Leia, casi desnuda, vistiendo tan solo un bikini metálico, con los muslos, el abdomen y el cuello a la vista. Jabba la tiene sujeta con una cadena, cuyo collar metálico le rodea el cuello. Ella se despierta de un sobresalto cuando Luke entra en la sala y, con un tirón, intenta zafarse de la cadena en vano: es esclava de Jabba.

Con el paso de los años, recordó aquel momento más de una vez. Entonces, ni siquiera conocía las palabras para describir lo que sintió. Era algo vivo, eléctrico, peligroso, que lo llenaba de placer. Solo sabía que quería tener ese control sobre una mujer: poseerla y dominarla por completo. Se describía como un cachorro, que establece un vínculo con el primer ser vivo que ve. Sentía apego por el miedo, la humillación, la esclavitud. «Desde aquel momento, podría decirse que estaba dispuesto a atar a cualquier chica del barrio», recordaba.

A medida que fue creciendo, la excitación por lo prohibido se intensificó. Cuando tenía ocho años, entró en una casa con varios amigos y robó algo de dinero. Resultaba emocionante estar donde no debía. Empezó a allanar otras casas por el mero hecho de poder hacerlo. ¿Cuántas veces? Perdió la cuenta.

Lo hacía por pura diversión. «Tenía su punto: aunque solo fuese romper una ventana o forzar una puerta, sin ni siquiera poner un pie en la casa, era un subidón de adrenalina», decía.

No habló de su obsesión con nadie. ¿Quién iba a entenderlo? Su vida familiar era del todo normal. «Me han tratado con mucho cariño a lo largo de mi vida», afirmaba. Creció en Tennessee y era el mayor de tres hermanos. Sus padres se divorciaron, pero su madre volvió a casarse y su nueva familia se mudó a Longmont, Colorado, una localidad rural a una hora de Denver que rondaba los ochenta mil habitantes y estaba rodeada de tierras de cultivo, campos llanos de maíz y alfalfa por doquier. Al fondo se erigía la cumbre dentada del Longs Peak, que daba nombre a la ciudad y, con sus 4346 metros, era el más norteño de los picos de las Rocosas conocidos como «Cuatromiles».

Allí aprendió a llevar una doble vida: de cara al mundo era un chaval amable y divertido con el pelo de punta y una enorme sonrisa, al que le encantaban los gatos y los patines y que cuidaba de un hurón llamado Elvis que vivía en una zona de la casa que él llamaba Graceland. Se aficionó a la guitarra, empezó a tocar y mejoró bastante, hasta el punto de dominar *Little Wing*, el enigmático poema musical de Jimi Hendrix. Se lo tocaba a su madre hasta el final, cuando una mujer «de mil sonrisas» promete alivio contra el caos interior.

*Tranquilo, dice, tranquilo,  
Coge lo que quieras de mí, lo que quieras.*

La otra cara era caótica: interna, oscura, confusa. Sabía que sus fantasías con mujeres eran perversas y enfermizas; que estaban mal. Sabía que el voyerismo, esa intrusión ilícita en la vida de los demás, de la que tanto disfrutaba, era anormal. Pero se convencía diciéndose que esas ideas solo estaban en su cabeza, que podía controlarlas. Que podía controlarse. «Está en mi cabeza y ya está. Es cosa mía, de nadie más».

Cambió de instituto a los quince años y se matriculó en el Olde Columbine High School. Era un edificio bajo y alargado, en el extremo sur de la ciudad, con una tienda de recambios mecánicos, varios restaurantes de comida rápida y un centro comercial en los alrededores. Salía con un pequeño grupo de amigos y, los fines de semana, cogían el coche y se alejaban de la ciudad por las carreteras largas y rectísimas que conectaban aquel paisaje vasto y llano.

Luego paraban en el arcén y abrían unas cervezas. Una vez, a los dieciséis años, un ayudante del *sheriff* del condado de Boulder los detuvo a él y a otros cuatro colegas durante la operación Kegger contra el consumo de alcohol por parte de menores. Era la una y media de la madrugada de un sábado y llevaba dieciséis botellas de cerveza en el maletero. Pagó ochenta dólares de multa.

Tras graduarse en el Olde Columbine el 31 de mayo de 1995, se mudó a Denver y alquiló una habitación con un amigo del instituto cerca de Cherry Creek, un barrio pijo con mucha vida nocturna. Pasó un año trabajando de comercial para una empresa online, y otro en asistencia técnica, yendo de casa en casa para instalar internet. Jugaba al billar con sus colegas y una vez lo arrestaron por fumar marihuana, pero el fiscal retiró la acusación. Se matriculó en la Universidad de Denver, pero lo dejó al acabar el semestre. Volvió a casa de sus padres en Longmont y trabajó de camarero en el Oskar Blues, un bar oscuro y de decoración sobria en la cercana Lyons, Colorado, famoso en el panorama de cervecerías artesanales de la zona. Habían pasado seis años desde que se graduó y aún no estaba seguro de lo que quería hacer con su vida.

Luego llegó el 11-S. Él se consideraba un pacifista y llevaba el pelo largo —estilo hippie, estilo estrella de rock—. Le gustaba salir por Boulder, un bastión de izquierdas en el eminentemente conservador Colorado, y creía que los militares eran una panda de trogloditas paletos con el cerebro lavado. Pero al ver las Torres Gemelas desplomándose sintió algo por dentro: había encontrado una vocación, una misión que podía distraerlo del monstruo.

Entró en la oficina de reclutamiento del Ejército de Estados Unidos del centro de Denver el 22 de enero de 2002, tres meses después de que Estados Unidos invadiese Afganistán. A sus veintitrés años, apenas superaba la edad media de los reclutas. Podía hacer trece flexiones y diecisiete abdominales, y correr un kilómetro en cinco minutos y diecisiete segundos; medía uno ochenta y nueve, pero solo pesaba setenta kilos, lo que preocupó al reclutador: una ráfaga de viento medianamente fuerte se lo llevaría volando. «No puedes permitirte perder ni un solo kilo antes de empezar el entrenamiento básico», le advirtió el sargento.

Le costó hacerse a la idea de que iba a entrar en las fuerzas armadas de Estados Unidos. «Yo no era el típico militar, que digamos», escribió. También sorprendió a sus padres. «Nos reímos, pensamos que estaba de broma —afirma su madre—. Pero sintió de verdad, con toda su alma, que tenía que

defendernos, luchar contra lo que había pasado en nuestro país y a nuestra gente, ¿entiende? Quería protegernos».

No estaba convencido de poder encajar. Algunos reclutadores del Ejército dividen a los soldados en alfas y bravos según su puntuación en el examen de ingreso, el Cuestionario de Aptitud Vocacional de las Fuerzas Armadas. Los bravos obtienen puntuaciones inferiores, pero se les considera mejores soldados, pues tienden a ser maleables y propensos a seguir órdenes. Ascenden de rango con facilidad; la obediencia a los grandes valores del Ejército se impone al cerebro. Los alfas, en cambio, obtienen mejores puntuaciones y suelen ser pensadores críticos, lo que significa que también es más probable que cuestionen a la autoridad. Así pues, se les puede ver como independientes, rebeldes.

Él era un alfa<sup>24</sup>. Su puntuación lo colocaba en el nivel más alto entre los examinados. Solo tenía el título del instituto, pero estaba cualificado para realizar los trabajos militares más exigentes, tanto desde el punto de vista intelectual como del psicológico. Tenía potencial para ser ingeniero geoespacial, investigador criminal o experto en criptografía; trabajos que solían asignar a los oficiales y los graduados universitarios.

Sin embargo, se inscribió para ser soldado de infantería —un machaca, un mero átomo del Ejército de Estados Unidos—. En 2002, en Afganistán, los soldados de infantería eran los que marchaban por las aldeas de montaña embarradas, derribaban las puertas y disparaban a matar. Eran los que recorrían carreteras polvorientas en Humvees sin blindaje, rezando con el culo apretado para que una bomba colocada en la cuneta no les clavase un pedazo de metal en las tripas. Eran la punta de la lanza.

Pero, en vez de mandarlo a cazar talibanes, lo destinaron a Camp Casey, en Corea del Sur, una base de catorce kilómetros cuadrados, dieciséis kilómetros al sur de la frontera desmilitarizada con Corea del Norte. Su nuevo hogar también estaba rodeado de montañas, pero ahora la cumbre más alta era la del Kumkang, con sus 1638 metros. Lo asignaron a la Compañía D, Segundo Batallón, del Noveno Regimiento de Infantería: los manchús. El nombre rendía homenaje a una unidad legendaria que se había mostrado especialmente valerosa al ser atacada durante el levantamiento de los Boxers<sup>25</sup>. Era la primera vez que salía del país.

El pacifista destacó como militar. Dejó de fumar, ganó peso y desarrolló

músculo. Sobresalía en los ejercicios de entrenamiento y aprendió táctica militar. Antes de cada misión, hacía un reconocimiento para dar con el objetivo. Antes de atacar se cercioraba con particular minuciosidad de que tenía todo su equipo a mano y el arma preparada.

El Ejército reconoció su labor con las recompensas habituales. Ingresó en una guardia de honor especial y le concedieron medallas por buena conducta, aptitud militar y servicio a la defensa nacional. También obtuvo un reconocimiento por su pericia con las armas: resultaba particularmente letal con la M249, una ametralladora ligera, y en una ocasión eliminó a toda una escuadra de infantería rival que se aproximaba sigilosamente a una avanzadilla de su pelotón durante un ejercicio de entrenamiento. «Su madurez ha sido un ejemplo para sus compañeros, tanto en combate como en su tiempo libre», escribió un superior. Ascendió de soldado de primera a sargento. Se había transformado en un troglodita y se describía como un «muy buen soldado».

Le escribía a su madre con asiduidad para decirle lo mucho que disfrutaba de su trabajo: estaba en Corea del Sur, entrenando a soldados de la Segunda División de Infantería que luego destinarían a Afganistán e Irak. Su madre creía que estaba haciéndose una mejor persona. «Quería formar a aquellos jóvenes lo mejor posible para ayudarles a sobrevivir, pues sabía que algunos no volverían a casa —afirmaba—. La verdad es que vimos un cambio enorme en él, para bien».

En octubre de 2003, conoció a una camarera rusa en un bar de cócteles cerca de la base. Masha<sup>26</sup> hablaba inglés con algo de acento. Tenía el pelo corto y flequillo, cara grande y simpática y labios carnosos. Se hacía la manicura y era tres años menor que él. Al ser una ciudadana extranjera, Masha no podía vivir en la base militar, así que, todos los días, él salía a las cuatro de la tarde, se quedaba con ella hasta poco antes del toque de queda de medianoche y volvía a toda prisa a la base. Tras seis meses saliendo, se casaron el 11 de marzo de 2004. Entonces, lo trasladaron a una base en Seúl y se fueron a vivir juntos.

Eran el típico matrimonio en el Ejército: quedaban con amigos, en su mayoría soldados con sus mujeres y novias; algunas noches salían a tomar algo, organizaban fiestas en los apartamentos de la base y, de cuando en cuando, hacían senderismo.

No le contó a su mujer absolutamente nada sobre su lado oscuro. Seguía obsesionado con imágenes sexuales sádicas —mujeres encadenadas, mujeres sometidas, mujeres aterradas mientras él las violaba—, pero no le pidió a Masha que satisficiera esas fantasías. Una vez se grabaron en la cama, pero a ella no le gustó y él no volvió a intentarlo. Ni siquiera mencionó la posibilidad de atarla. Consideraba que su vida sexual era normal, o incluso descafeinada. Le costaba mucho proyectar su lujuria en mujeres que conocía, que le gustaban. Era más sencillo si las mujeres eran anónimas, desconocidas.

Había mantenido a raya su imaginación durante toda su adolescencia y hasta bien entrada la veintena. Las imágenes surgían hasta que, poco a poco, se iban desvaneciendo. Y él volvía a sentirse normal. Sin embargo, ahora empezaban a dominar sus pensamientos, como una especie de tintineo mental ininterrumpido. Luchaba constantemente contra sus obsesiones; era agotador, tanto a nivel mental como físico. «Lo sobrellevaba de la única forma que sabía: no contándoselo a nadie e intentando controlarlo en mi cabeza».

Buscó alivio lejos de Masha. Empezó a ver pornografía cada vez más violenta. Probó con prostitutas, pidiéndoles que interpretasen a víctimas de violación. Nada lo calmaba. Estaba empezando a perder el control. Cuando pensaba en su dilema, culpaba a su reacción al ver *Star Wars*. «¿Qué puedes hacer cuando tienes cinco años y ya te gustan las esposas?», se decía.

Empezó a preguntarse qué pasaría si llevaba a cabo sus deseos. ¿Cambiaría las cosas? Quizá, si los satisfacía una sola vez, por fin se sentiría en paz. «Me convencí de que sería como un picor: lo superaría rascándome una vez, como quien dice, y seguiría con mi vida», afirma. Lo que necesitaba, lo que el monstruo necesitaba, era miedo. Miedo auténtico.

Decidió atacar.

Tras los altos muros de muchas bases estadounidenses de Corea del Sur se encuentran barrios de calles estrechas y luces estridentes, atestados de clubes nocturnos en cuchitriles. Los de peor fama son los conocidos como «zumerías», donde los soldados piden un vaso de zumo por diez dólares y pasan un rato con jóvenes filipinas denominadas *drinkie girls*<sup>27</sup>. Por la noche, estas jóvenes inundan las calles y los callejones, con vestidos ceñidos y tacones, sin vergüenza ni temor.

«Objetivos perfectos», se dijo.

Empezó a seguir a mujeres por la noche, a través de calles abarrotadas y

callejones laberínticos. Llevaba un pasamontañas y guantes, pero no tenía un plan concreto. Se imaginaba que raptaría a una chica, la llevaría a algún sitio —una habitación de hotel, un coche aparcado en el bosque, quién sabe—, la violaría y, por fin, se curaría. No le preocupaba el riesgo. «Lo que pasa en Corea se queda en Corea», se repetía.

Sin embargo, no resultó tan fácil como pensaba. Se pasó meses siguiendo a chicas hasta bien entrada la noche. Y siempre, tras horas en la calle, acababa abortando el plan. Al llegar a casa sus emociones se encrespaban como un mar furibundo y venenoso. Temía llevar a cabo su plan y al mismo tiempo le asqueaba su incapacidad para actuar. Pero no se lo contó a nadie. Siempre tenía una excusa para Masha: había salido con unos amigos, se había quedado en el trabajo hasta tarde... Ella nunca sospechó nada.

Hasta que, una noche, sucedió. Faltaba poco para las doce cuando vio a una joven coreana, que tendría su edad, tambaleándose en un callejón. Iba sola. Parecía muy, pero que muy borracha.

«A tomar por culo —se dijo—. No puedo tirarme en la calle toda la puta vida».

Estaba en plena forma: ochenta y dos kilos, entrenado y musculoso. Se abalanzó sobre la mujer y la tiró al suelo. Ella forcejeó, intentando defenderse. Gritaba en un inglés con mucho acento, y centró su atención en el color oscuro de su ropa: «¡Déjame, hombre negro! ¡Déjame, hombre negro!».

Él soltó una carcajada. Estaba encima de una chica borracha y diminuta que intentaba plantarle cara. Era una situación cómica. ¿Dónde estaba el miedo, el terror? «Vale, esto no es lo que yo esperaba», pensó.

Se apartó y ella se puso en pie, vacilante, y empezó a alejarse, zarandeándose. No echó a correr. Caminaba. Él la siguió a unos pasos de distancia, riéndose. La chica volvió a girarse, cogió una piedra de la calle y se la tiró. «Vete, hombre negro», volvió a gritar.

Gritó con tanta fuerza que empezó a preocuparle que llamase la atención, así que decidió retirarse. Otra vez. Estaba decepcionado, confuso. Todo el episodio había sido ridículo. Era teatro del absurdo.

Pero había aprendido la lección. «Abordar a alguien en un callejón no es lo mío. No va a funcionar», se dijo.

La próxima vez, combinaría su plan para violar y la excitación de su infancia: allanaría una casa. Volvió a salir de caza, esta vez por los barrios residenciales, hasta que, una noche, vio su oportunidad. Era un apartamento

pequeño, en la planta baja. Las ventanas no estaban tapadas y podía ver el interior: la cocina, el pequeño baño y la habitación. Aquello lo excitaba. Era como mirar una casita de muñecas: cada habitación expuesta para su placer. En la cama había una mujer dormida. Eran las tres de la madrugada. No se veía a nadie más.

Echó un vistazo a la puerta, donde los coreanos dejan los zapatos al entrar en casa, y solo vio calzado femenino. Pensó que, si algún hombre vivía allí, no estaba en ese momento. Tanteó el picaporte. La puerta estaba abierta, era su oportunidad. Se puso el pasamontañas y los guantes y se coló sigilosamente.

Se detuvo para mirar a su alrededor. El apartamento era minúsculo. En la cocina vio varios paquetes con raciones de combate, de las que el Ejército entrega a los soldados en el campo de batalla. De pronto, le preocupó la posibilidad de que la mujer estuviese casada con un estadounidense. Echó otro vistazo, pero no vio más muestras de presencia occidental y se tranquilizó. El camino para cumplir su fantasía por fin se despejaba.

Mientras se encontraba en la cocina, el mar furibundo volvió a encrespase. Estaba paralizado, intentando convencerse a sí mismo para atacar y, al mismo tiempo, intentando convencerse para desistir. Pasó media hora en ese apartamento ajeno con una desconocida durmiendo en su cama a escasos metros de él. «¿Qué coño haces? —se dijo—. Sal ahora mismo de aquí y olvídate de esta historia».

De repente, oyó algo fuera. Salió de la cocina justo cuando un coreano mayor que él abría la puerta principal. El hombre, que se tambaleaba tras una larga noche de copas, levantó la mirada. Un intruso fornido, que superaría con creces el metro ochenta, con unos ojos castaños que destacaban tras la máscara negra, se abalanzó hacia él, inmóvil en el umbral de su casa en plena madrugada. El hombre, sorprendido, retrocedió de un salto y cerró de un portazo.

«Mierda —pensó—. Estoy atrapado». Empujó para abrir la puerta y escapar, pero el coreano, al otro lado, apoyaba todo su peso contra ella. «Voy a quedarme atrapado —se dijo—. Cago en la puta, voy a quedarme aquí atrapado».

Pero al instante la puerta cedió. El coreano la había abierto de golpe y estaba a un lado, cual portero de hotel.

No hacían falta tantas formalidades. Pasó apresuradamente junto al tipo y alcanzó la calle, donde corrió a más no poder, alejándose de aquel barrio y

atravesando la ciudad oscura hasta su casa, a poco más de un kilómetro y medio. Estaba jadeando. Le daba la sensación de que la sangre que corría por sus venas era ácido de baterías. Habían estado a punto de pillarlo. Había sido un necio.

Era él quien se había asustado.

«No puedo cometer estos errores idiotas ni, sobre todo, ser impulsivo —se dijo—. Si no quieres acabar en la cárcel, tienes que pensar las cosas un poco más».

Su periodo de servicio no tardaría en concluir. Estaba deseando volver a casa, a Estados Unidos.

Allí podría practicar.

<sup>24</sup> «Understanding the ASVAB Test», Ejército de Estados Unidos, consultado el 22 de abril de 2017, [goarmy.com/learn/understanding-the-asvab.html](http://goarmy.com/learn/understanding-the-asvab.html).

<sup>25</sup> «9<sup>th</sup> Infantry Regiment (United States)», Wikipedia, consultado el 22 de abril de 2017, [en.wikipedia.org/wiki/9th\\_Infantry\\_Regiment\\_\(United\\_States\)](http://en.wikipedia.org/wiki/9th_Infantry_Regiment_(United_States)).

<sup>26</sup> Seudónimo.

<sup>27</sup> Rabirot, Jon y Hae-Rym, Hwang: «‘Juicy Bars’ Said to Be Havens for Prostitution Aimed at US Military», *Stars and Stripes*, 9 de septiembre de 2009.

## 6. HOMBRE BLANCO, OJOS AZULES, SUDADERA GRIS

Lunes, 11 de agosto de 2008  
Lynnwood, Washington

La llamada al 911 llegó a las 7:55 de la mañana, y las palabras no dejaban lugar a dudas sobre la urgencia. Una joven afirmaba que acababan de violar a su vecina de abajo en su apartamento. El agresor había escapado hacía unos quince minutos.

El teleoperador le dijo a la vecina que no colgase, mientras tomaba nota de la cascada de detalles que le había dado la víctima —el violador llevaba un cuchillo; sacó fotos; la víctima no lo reconoció, y puede que hubiese estado en el apartamento toda la noche porque oyó una conversación de teléfono que había tenido—. A las 8:03, la vecina avisó de que la víctima acababa de encontrar el cuchillo en su habitación; a las 8:04, de que la madre de la víctima acababa de llegar. El bloque de apartamentos estaba a un kilómetro y medio de la comisaría, se llegaba en cuestión de minutos. Mientras el teleoperador seguía al teléfono, varios agentes se dirigieron al escenario: llegaron a las 8:03, a las 8:04 y a las 8:05.

Llamaron a una ambulancia. Y también a la unidad canina, con la esperanza de que un perro diese con el rastro del agresor.

Anne Miles, una técnico de la Científica, fue la agente que llegó a las 8:04, en segundo lugar. Aparcó junto al edificio y se dirigió al apartamento de la víctima, en la primera planta. Dentro encontró a una joven de dieciocho años, de pelo ondulado y ojos castaños, y le preguntó qué había pasado.

Fue la primera vez que Marie le contó a la policía lo ocurrido aquella mañana. Sin embargo, a pesar de la trascendencia del momento, su memoria lo acabaría borrando. Se acordaba de haber ondeado una sábana desde la esquina del edificio mientras llegaba la policía, de haber hablado con los sanitarios de la ambulancia, de haberse sentado en el sofá con Peggy; pero no

recordaba que la agente estuviese allí, por detallada que fuese la explicación que le dio.

Marie le contó a Miles que lo primero que vio, al despertarse abruptamente, fue a un hombre con un cuchillo, que apartó con gesto violento el edredón y la sábana y le pidió que se pusiese boca abajo. Se sentó a horcajadas sobre ella y, tras atarla, le vendó los ojos, la amordazó y le ordenó que volviera a girarse. Empezó a manosearla y la violó. Le daba la sensación de que llevaba guantes. El hombre le dijo que se había puesto un condón. Oyó varios clics y vio una especie de *flash*. Le dijo que le había sacado fotos y que las subiría a internet si llamaba a la policía. Luego se marchó por la puerta principal. La víctima oyó cómo se cerraba.

Miles le preguntó a Marie si podía describir al hombre. Ella respondió que no lo había visto bien: todo había sido muy rápido. Solo podía decirle que era blanco, tenía los ojos azules y llevaba una sudadera gris. Miles le preguntó si tenía algo peculiar, la voz, el olor, lo que fuese; pero Marie le repitió que todo había sido rapidísimo, que todo estaba borroso.

Miles quiso saber cuánto duró el ataque. Marie respondió que no tenía ni idea.

Le dijo que el violador había vaciado su bolso en el suelo, aunque no sabía por qué.

La labor de Miles consistía en recoger y procesar las pruebas físicas, así que empezó a inspeccionar el apartamento con Marie. Al llegar a la habitación, vio el bolso tirado en el suelo y el monedero sobre la cama. Faltaba la licencia de aprendizaje de Marie, pero Miles la encontró en la repisa de la ventana.

Cerca de la cama, sobre una caja de plástico, Miles vio un cuchillo grande con mango negro. Marie le explicó que era un cuchillo de su cocina —con el que el violador la había amenazado—. Sobre la cama, Miles vio un cordón —usado, al parecer, para atar de manos a Marie—. En un rincón de la habitación, sobre el monitor del ordenador, Miles encontró un segundo cordón, enhebrado en unas bragas. «El cordón atado a las bragas se usó para vendarle los ojos o se introdujo en la boca [de Marie] para impedirle gritar», escribió Miles en su informe. Marie le dijo que eran los cordones de sus zapatillas de deporte, que había dejado en el salón.

Miles le preguntó si había cerrado con llave aquella noche. Marie le respondió que no estaba segura. Miles comprobó la puerta principal y no vio

señales de que la hubiesen forzado. Luego echó un vistazo a la puerta corredera de cristal, que daba a la parte de atrás del apartamento: estaba ligeramente entreabierta. Miles salió al porche trasero e inspeccionó la barandilla de madera. Estaba cubierta de polvo, pero había un tramo, de aproximadamente un metro, algo más limpio, como si alguien hubiese pasado por encima.

Miles buscó muestras de ADN en la puerta de cristal, pasando torundas por los tiradores interior y exterior. Fotografió el apartamento por dentro y por fuera. Sacó al menos setenta fotos, captando los detalles que podrían esclarecer lo sucedido aquella mañana: la barandilla del porche; la licencia de aprendizaje sobre la repisa de la ventana de la habitación; el bloque de madera de la cocina donde faltaba un cuchillo; las zapatillas sin cordones que yacían junto al sofá del salón. En lo alto del sofá, apoyados en la pared, había un par de peluches: una vaca moteada y un perro con las patas blancas.

Tras salir del apartamento de Marie, Miles redactó un informe de dos páginas, una mera enumeración de los pasos que había dado. En su texto no había ningún indicio de su opinión personal; se limitaba a reseñar lo que había visto y hecho.

El Departamento de Policía de Lynnwood estaba formado por setenta y nueve agentes, que tenían en sus manos la seguridad de una ciudad de unas 34 000 personas. En 2008, la de Marie fue una de las diez denuncias de violación investigadas en el departamento; con tan pocos casos, la División de Investigaciones Penales carecía de una unidad especializada en delitos sexuales.

La mañana que Marie denunció su violación, el líder de la división, el inspector jefe James Nelson, se dirigió al bloque de apartamentos para colaborar y fue puerta por puerta hablando con posibles testigos. El hombre del 203 dijo que no había visto ni oído nada raro. Fue el único residente con el que Nelson consiguió hablar: en los apartamentos 103, 201, 301, 302, 303 y 304 nadie abrió la puerta.

Nelson también probó en un edificio cercano, donde habló con tres vecinos y obtuvo la misma respuesta: «No he visto ni he oído nada raro». En otros siete apartamentos nadie respondió.

Sobre las ocho y cuarto, la unidad canina llegó al escenario del crimen. El perro «siguió un rastro en dirección sur, hacia una torre de oficinas, pero no

llevó a ningún sitio», reseñó el agente. El animal tampoco captó ningún rastro hacia el norte, en las inmediaciones de un aparcamiento.

Avanzada la mañana llegó un segundo técnico de la Científica para colaborar. Al igual que Miles, el agente Josh Kelsey redactó un informe de dos páginas. A diferencia de ella, lo hizo once días después, cuando Marie ya se había retractado. Kelsey inspeccionó el apartamento y apuntó sus observaciones en el informe: las zapatillas sin cordones «estaban juntas, entre el extremo del sofá y la puerta de la habitación, de pie, como si las hubiese dejado ahí (en orden) [...] La cama estaba deshecha, pero había un pequeño ventilador en posición vertical, en la cabecera, junto a las dos almohadas... No vi ningún objeto que pudiera usarse como venda para los ojos».

Kelsey espolvoreó cerusa por la puerta corredera en busca de huellas dactilares. Obtuvo varias huellas parciales del cristal interno, que trasladó a una ficha. Aunque Marie había dicho que el violador salió por la puerta principal, Kelsey no apuntó haber examinado dicha puerta en busca de posibles huellas o ADN. Miles tampoco lo había hecho en su inspección previa.

Kelsey analizó la habitación con una linterna ultravioleta, en busca del característico resplandor de los fluidos corporales. No encontró nada en el edredón ni en las sábanas amontonadas en el suelo, pero distinguió dos pequeñas manchas en el colchón. En la cama también vio un par de folículos pilosos y varias fibras, que guardó.

En total, Kelsey recogió y etiquetó dieciocho pruebas y se llevó del apartamento algunos enseres de la joven: introdujo en bolsas toda la ropa de cama, desde el edredón rosa hasta la funda del colchón; sus zapatillas, su cartera y su licencia de aprendizaje.

El subinspector Jeffrey Mason, del cuerpo de Lynnwood, llegó sobre las nueve menos cuarto. En la puerta del apartamento estaban Wayne, supervisor de Marie en Project Ladder, y la vecina de arriba. Dentro, Marie estaba en el sofá con su madre de acogida, Peggy; envuelta en una manta, con ataques de llanto intermitentes.

Mason era el encargado de dirigir la investigación. Tras acercarse a Marie, se presentó.

Mason tenía treinta y nueve años, y lo habían ascendido a subinspector —además de trasladarlo a la División de Investigaciones Penales— apenas

seis semanas antes.

Se había pasado la mayor parte de su carrera en Oregón, donde empezó atendiendo llamadas en el condado de Wasco y se fue abriendo paso hasta llegar a la Policía Estatal de Oregón. Su etapa más larga había sido en el pequeño departamento de policía de la localidad de The Dalles, donde trabajó casi nueve años y recibió una medalla al valor.

A lo largo de los años había completado docenas de cursos sobre todo tipo de materias. Se había formado como francotirador. Había estudiado a las bandas criminales de moteros y había aprendido a interrogar a sospechosos y a interpretar su lenguaje corporal en busca de indicios. Pero había un tema que conocía aún mejor, como atestiguaban los programas de formación incluidos en su expediente personal: Cultivo interior de marihuana; Drogas en la calle; Análisis e identificación de drogas mediante test múltiples; Destacamento para el Reconocimiento y Prohibición (abreviado como RAID en la jerga militar estadounidense); Compartimentos ocultos; Metanfetamina mexicana. Sus cursos abarcaban desde la localización aérea —cómo detectar una plantación de marihuana entre la vegetación a decenas de metros del suelo— hasta la seguridad en laboratorios de drogas clandestinos. Vivía en un mundo de compras encubiertas y confidentes, donde los agentes navegaban entre drogadictos y traficantes.

Mason se incorporó al Departamento de Policía de Lynnwood en 2003. Antes de su reciente ascenso había pasado cuatro años patrullando las calles y un año como oficial en la Unidad de Drogas, cosechando alabanzas por su dedicación y su buen hacer. Sus superiores apreciaban su profesionalidad, desde la calidad de sus informes escritos («minuciosos y bien elaborados, con pocos o ningún error») hasta su forma de abordar el trabajo («proactivo») y su liderazgo («unas dotes innatas para dirigir»). «Ética de trabajo excelente», escribió un subinspector, elogiando la capacidad de Mason para trabajar sin apenas supervisión.

En sus diecinueve años en los cuerpos de seguridad, Mason solo había trabajado en un par de casos de violación. Había realizado algún curso sobre agresiones sexuales, pero hacía muchos años, a mediados de la década de 1990.

Cuando se conocieron, Marie le pareció a Mason una joven franca. «No tenía mucha experiencia en el trato con víctimas de agresiones sexuales —diría luego—, pero no entré con una expectativa concreta sobre su actitud. No

estaba histérica, fue muy pragmática: esto es lo que ha pasado». Al hablar con Mason y un segundo agente, Marie repitió buena parte de la historia que le había contado a Miles: la puerta corredera sin cerrojo, el desconocido con un cuchillo, la violación en su habitación. Mason le explicó que luego necesitaría más detalles, pero que, por el momento, debía ir al hospital para que le hiciesen un examen forense. Después tendría que pasar por comisaría para hacer una declaración completa.

Cuando Marie se marchó, acompañada por su supervisor y su madre de acogida, Mason inspeccionó el apartamento: el bolso vacío, la ropa interior con un cordón enhebrado, el colchón —torcido unos diez centímetros con respecto al canapé—. Mason también habló con Nattie, la joven de dieciocho años que vivía justo encima de Marie, que le dijo que no había oído nada raro durante la noche. Luego, por la mañana, a las 7:52 o a las 7:53, Marie la llamó por teléfono gritando, llorando, para decirle que habían entrado en su casa y la habían violado. Sin soltar el móvil, Nattie bajó corriendo y llamó al 911 desde el apartamento de Marie.

Aunque Mason era el investigador jefe del caso, contaría con la ayuda de Jerry Rittgarn, otro miembro de la División de Investigaciones Penales. Rittgarn era graduado en Zoología por la Universidad de Washington, había servido en el Cuerpo de Marines, donde se especializó en aviónica de helicópteros, y había trabajado de técnico en la industria aeroespacial. Llevaba en la policía de Lynnwood once años, los últimos cuatro como oficial. Una de sus tareas —indagar en el historial de los candidatos y recomendar o desaconsejar su contratación— daba fe de la confianza que tenía el departamento en su capacidad investigadora. No en vano, en 2006 lo habían nombrado agente del año en Lynnwood.

Al igual que los demás agentes que acudieron al bloque de apartamentos, Rittgarn redactó su informe cuando habían pasado varios días —después de que Marie se hubiese retractado—. En su texto afirmaba haber observado las muñecas de Marie antes de marcharse al hospital y no haber visto ninguna señal. Cuando examinó la habitación de la chica con luz ultravioleta, no vio manchas de líquido en la ropa de cama. Inspeccionó todo el apartamento —hurgando meticulosamente en las papeleras, escudriñando el baño y el aseo — en busca de un condón o un envoltorio, pero no encontró nada. También miró fuera, caminando por la ladera de una colina, en vano.

Peggy y Wayne llevaron a Marie al Providence Regional Medical Center, en Everett, una ciudad cercana. El Providence tenía una unidad de agresiones sexuales, con defensores de las víctimas y enfermeras con formación específica para recoger pruebas.

En agosto de 2008, el examen protocolario para víctimas de violación —que solía denominarse «kit de violación», por la caja en que se introducían las pruebas— llevaba unos treinta años en vigor. Se creó gracias a una defensora de las víctimas, un microanalista de la policía y la financiación de una fuente del todo inesperada.

A mediados de la década de 1970, Martha «Marty» Goddard fundó una organización sin ánimo de lucro en Chicago, el Citizens Committee for Victim Assistance. Por aquel entonces, la violación, marcada por el estigma, apenas recibía atención, y lo poco que se decía sobre ella solía ser más nocivo que otra cosa. Goddard, que se definía como una personalidad de tipo A —vivía pegada a la oficina, trabajaba los fines de semana y en vacaciones, y se gastaba cientos de dólares en las cuotas de un gimnasio que nunca pisaba porque siempre salía tarde del trabajo—, se propuso cambiar eso.

El desafío radicaba, entre otras cosas, en combatir la forma en que se escribía sobre la violación. Uno de los miembros de la junta de su organización compró una tarjeta en una tienda, se la llevó a Goddard y, «cabreadísimo», le dijo: «Léela». En la parte exterior de la tarjeta se leía: «Ayuda a acabar con las violaciones». Al abrirla, continuaba: «Di que sí». Goddard escribió un mensaje a la empresa de tarjetas: «Seguro que os parece desternillante. Pero no». La empresa, contrariada, retiró la tarjeta de las tiendas. En otra ocasión, Goddard leyó un artículo en la prensa de Chicago sobre una mujer que había denunciado su violación. Aunque su nombre no aparecía, la negligente ristra de detalles —que combinaba su descripción física con su trabajo, camarera, y el restaurante concreto donde trabajaba— lo hacía innecesario. Identificarla resultaría muy fácil. Goddard se dirigió al periódico para reunirse con un editor y parte de su equipo. Al principio estaban a la defensiva, pero acabaron disculpándose. «Y te diré que no volvieron a hacerlo», afirma Goddard. Para ella, sus días pasaban así: «Un incidente detrás de otro. Era eterno».

Goddard también se centró en el cumplimiento de las leyes sobre agresiones sexuales. Se reunió con policías, fiscales y médicos y enfermeros de urgencias, y descubrió un problema en la forma en que se investigaban las

violaciones. La recogida de pruebas físicas era un tanto aleatoria. Cuando se recogían muestras de pelo, tejidos, sangre, semen, arañazos, ropa u otras pruebas, que no siempre ocurría, solían conservarse o etiquetarse de forma errónea, poniendo en peligro su valor. La policía le explicó que, más de una vez, los sanitarios de emergencias habían guardado dos láminas juntas, contaminando ambas muestras. Otras veces, en las láminas no se especificaba la procedencia de las muestras. Los sanitarios de urgencias estaban entrenados para ver a las víctimas de violación como pacientes —no como pacientes y escenarios del crimen—. A menudo, los hospitales no tenían prendas de repuesto, y si la policía se quedaba con las de la víctima como prueba, había muchas posibilidades de que esta tuviese que volver a casa en coche patrulla, con zapatillas y bata de hospital, con lo que sus vecinos se harían alguna que otra pregunta.

En el Departamento de Policía de Chicago, Goddard encontró aliados para su causa, en particular el subinspector Louis Vitullo, un microanalista que dirigía el laboratorio de criminalística. Vitullo trabajaba en el centro, pero vivía a una hora de la ciudad. Chicago lo ponía nervioso (no dejó a su hija ir sola hasta que cumplió veinte años), y no sin motivo, pues por su laboratorio pasaban mucha sangre y cuchillos<sup>28</sup>. En la década de 1960 había trabajado en la investigación del infame Richard Speck, famoso por asesinar a ocho estudiantes de enfermería. En colaboración con Goddard —«El laboratorio acabó convirtiéndose en mi segunda casa, y no es un decir», afirma—, Vitullo diseñó una caja de cartón azul y blanca para protocolizar la recogida de pruebas en las agresiones sexuales. El kit incluía torundas y láminas específicas, y carpetas etiquetadas que había que rellenar y sellar.

Así pues, Goddard diseñó el kit con la ayuda de Vitullo. Lo que le faltaba era el dinero para comprar los artículos y montarlo. Las distintas fundaciones donaban cantidades muy generosas a investigaciones médicas o a orquestas sinfónicas. Cuando optaban por financiar proyectos para mujeres y niñas, podían elegir la YWCA o las Girl Scouts, pero no querían tener nada que ver con el tema de la violación. «La mayoría de los miembros de las fundaciones y las corporaciones eran hombres —afirma Goddard—. Ellos eran quienes tenían el dinero de verdad, los que abrían o cerraban el grifo. Y no parecían estar muy por la labor de aflojar». Al final, Goddard recurrió a una amiga, Margaret Standish, directora de la Fundación Playboy, brazo activista del

imperio editorial de Hugh Hefner. La fundación donó diez mil dólares y cedió las oficinas de *Playboy* para la cadena de montaje, donde los voluntarios, hombres y mujeres de la tercera edad en su mayoría, dispusieron de mesas plegables y café y sándwiches gratis mientras preparaban los primeros modelos de esos kits revolucionarios. «El movimiento feminista me puso a caldo, pero qué se le va a hacer —dice Goddard—. Si hubiera sido *Penthouse* o *Hustler*, no. ¿Pero *Playboy*? ¡Venga ya!».

En septiembre de 1978, veintiséis hospitales del área de Chicago empezaron a usar los kits<sup>29</sup>. Al año siguiente, el laboratorio de criminalística de Chicago analizó 2777 kits. En verano de 1979, los fiscales recurrieron a uno para acusar a un hombre de la violación de una conductora de autobús de la Chicago Transit Authority. El jurado votó que se le condenase y, tras el juicio, el juez permitió a la organización de Goddard preguntar a los miembros si el kit les había ayudado a llegar a un veredicto. Nueve respondieron que sí.

Ese mismo año, Goddard conoció a una graduada de la Universidad del Noroeste, Susan Irion, que trabajaba de relaciones públicas y era voluntaria en un grupo de jóvenes defensores de las víctimas, los Rape Victim Advocates. Irion hacía turnos de doce horas durante los que podían convocarla a una de las siete consultas de urgencias para que orientase a las víctimas de agresiones sexuales durante los exámenes forenses y los interrogatorios de la policía. Goddard contrató a Irion como subdirectora del Citizens Committee for Victim Assistance. Irion pasó dos años y medio dando cursos a los trabajadores de hospitales y a la policía sobre los kits de violación y las complejidades del trauma. «No sean rehenes de sus expectativas —les decía a sus alumnos—. A veces, el trauma no se muestra como uno espera».

Irion recurrió a la experiencia de Jon Conte, un profesor de trabajo social en Chicago que luego pasó a la Universidad de Washington y fue uno de los encargados de examinar a Marie. Irion también aprovechó las lecciones de *Rape: Crisis and Recovery*, libro publicado en 1979 por una enfermera psiquiátrica y una socióloga que habían realizado intervenciones de crisis a 146 víctimas de violaciones ingresadas en el Boston City Hospital. Las autoras descubrieron toda una gama de reacciones emocionales entre las víctimas. Algunas se mostraban enfadadas o nerviosas, otras sosegadas o en estado de shock. «Recuerdo que hice cosas raras cuando [el violador] se marchó, como morderme el brazo [...] para comprobar que podía sentir [...],

que era real», afirmó una mujer<sup>30</sup>. Entre las reacciones físicas había trastornos del sueño y dolores persistentes. «Me duele muchísimo debajo de las costillas —dijo otra víctima—. El dolor sigue ahí, no desaparece. Supongo que me hizo alguna lesión grave, aunque en los rayos X no se vea nada»<sup>31</sup>. Algunas víctimas tenían pesadillas y revivían situaciones parecidas a la propia violación, de las que no podían escapar. Otras se sumían en una especie de aislamiento autoimpuesto y rara vez se atrevían a salir, con lo que faltaban a clase o dejaban el trabajo.

En 1980, 215 hospitales de Illinois ya usaban los kits de Goddard y Vitullo<sup>32</sup>. De ahí se extendieron hasta formar parte del protocolo en todo Estados Unidos. La aparición de las pruebas de ADN a finales de la década de 1980 convirtió los kits en herramientas muy potentes, pues la medicina forense trascendió los límites de los grupos sanguíneos y el microscopio.

No obstante, por valiosas que fueran las pruebas, el proceso de recogida de muestras —que dura entre tres y seis horas— pasa factura.

En Providence, Marie estuvo acompañada por Jana, la coordinadora de Project Ladder, que se quedó con ella durante todo el examen para tranquilizarla, acariciándole la espalda, repitiéndole que no era culpa suya.

El equipo médico estaba formado por una enfermera que había recibido formación específica para esos exámenes —además, podía empatizar con Marie, porque también había sufrido abusos sexuales—. Una defensora de las víctimas también estuvo presente en todo momento, ofreciendo apoyo psicológico y respondiendo a las preguntas de la joven. Un informe médico la describía como «alerta y orientada, sin dar muestras de angustia aguda».

Una doctora examinó a Marie mientras la enfermera la ayudaba en todo lo requerido.

Le pidieron que describiese la agresión.

Le sacaron sangre.

Tomaron una muestra de orina.

Tomaron una muestra de fluido vaginal y la extendieron en una lámina.

Le hicieron la prueba de la gonorrea, así como de la hepatitis, la clamidia y la sífilis.

Le hicieron la prueba de la infección vaginal por hongos.

Le hicieron la prueba del VIH.

Todas y cada una de las veces, le dijeron que el resultado de las pruebas no

llegaría hasta más adelante. Tendría que esperar para saberlo.

El examen médico también incluía trabajo forense para colaborar en la investigación del delito.

Recogieron las prendas de Marie para analizarlas en un laboratorio de criminalística.

Luego la examinaron, en busca de lesiones. Si detectaban alguna señal, lo hacían constar por escrito.

«Se aprecian traumas en ambas muñecas», escribieron en un informe. Le fotografiaron las muñecas y midieron las abrasiones —longitud y anchura, con precisión milimétrica—. La más larga, enrojecida e hinchada, medía siete centímetros.

Para buscar lesiones genitales aplicaron azul de toluidina, un colorante que crea contraste entre el tejido sano y el dañado. «Abrasiones en la cara interna de los labios menores», escribieron en el informe.

Pasaron una torunda por la parte interna de su mejilla para tomar una muestra de ADN. Los médicos forenses necesitarían un perfil genético de Marie para distinguirlo de cualquier otro perfil de ADN que pudiese aparecer en las torundas incluidas en el kit.

Tomaron cuatro muestras vaginales.

Tomaron cuatro muestras rectales.

Tomaron cuatro muestras perineales.

Las torundas se introducían en una caja de secado y se guardaban bajo llave junto con las otras pruebas, para su posterior entrega a la policía de Lynnwood.

Medicaron a Marie contra una posible exposición a enfermedades de transmisión sexual: un gramo de Zitromax y cuatrocientos miligramos de Suprax.

Le dieron un anticonceptivo de urgencia: se tomó una píldora en ese momento, en el hospital, y se llevó otra para doce horas más tarde.

Le pidieron que las informase si notaba un sangrado excesivo. O unos flujos vaginales anómalos. O si dejaba de menstruar.

Le aconsejaron volver a urgencias si le faltaba la respiración. O le costaba tragar. O tenía urticaria. O pensaba en suicidarse.

Peggy se había quedado en el hospital con Marie después de acompañarla hasta allí en coche. Estuvo presente cuando le fotografiaron las muñecas. La cogió de la mano.

Sin embargo, el examen llevaría tanto tiempo que Peggy acabaría marchándose. Ahora tenía otras dos hijas de acogida, ambas adolescentes, y al cabo de unas tres horas volvió a casa para cuidar de ellas.

Acabado el examen, Marie se puso otra ropa que se había llevado al hospital. Cuando salió del Providence, la mañana había dado paso a la tarde.

En 2008, cuando Marie denunció su violación, los especialistas en delitos sexuales habían desarrollado protocolos de investigación con un concepto dominante: las pruebas prevalecen sobre las suposiciones. Un año antes, End Violence Against Women International, una organización sin ánimo de lucro que ofrece formación a la policía, presentó un curso digital muy completo sobre la investigación de violaciones<sup>33</sup>. Una de sus principales artífices fue Joanne Archambault, subinspectora jubilada que había dirigido la Unidad de Delitos Sexuales del Departamento de Policía de San Diego durante diez años.

Archambault había desarrollado su carrera policial a base de desafiar las suposiciones. A finales de la década de 1970 trabajaba en el Centro Cultural Educativo de San Diego, ayudando a otras personas a encontrar trabajo. Dos reclutadores de la policía le dijeron que solo los hombres estaban capacitados para ese trabajo. «Me cabrearon», dice Archambault. Hasta tal punto, que ella también presentó una solicitud. «Nunca me había planteado ser policía, solo quería demostrarles que a mí también podían contratarme». En su grupo en la academia de formación había 120 reclutas; solo cuatro eran mujeres. A Archambault el entrenamiento le parecía pensado para expulsarlas. La barra de dominadas, por ejemplo, era demasiado gruesa para las manos de la mayoría de ellas. Antes de que se cumpliese un año, Archambault era la única mujer que quedaba. El Departamento de Policía de San Diego la contrató en primavera de 1980 y, después de una etapa patrullando las calles, trabajó en otra media docena de unidades, hasta convertirse en la primera oficial especializada en bandas.

Para Archambault, sus veintitrés años en la policía se convirtieron en una tesis sobre la prevalencia y la corrosividad de la duda. Cuando investigaba casos de abusos infantiles, le sorprendía sobremanera la cantidad de madres que no creían a sus hijos<sup>34</sup>. Tras incorporarse a la Unidad de Delitos Sexuales, se enfurecía al recordar un consejo que leyó en un artículo de 1995 publicado por la Asociación Internacional de Jefes de Policía:

Por lo general, la actitud y el aspecto de una víctima legítima de violación no ofrece dudas de que se ha cometido un crimen. En esos casos, la víctima está muy agitada, harto inquieta desde el punto de vista emocional; suele presentar histeria y puede mostrar lesiones, cortes, cardenales o heridas. Lo habitual es que la ropa de la víctima tenga rasgones o esté rota, prueba de que se la arrancaron a la fuerza; y, cuando la violación se produce al aire libre, suelen tirar a la víctima al suelo, con lo que las prendas están manchadas. Se pueden tener dudas razonables sobre la validez de las acusaciones de violación si existen pocos o ninguno de estos indicios.

Archambault sabía que eso era completa y extraordinariamente falso. Estaba convencida de que los departamentos de policía no daban la suficiente importancia a la resolución de los delitos sexuales; no ofrecían a los agentes suficiente formación ni recursos. Las prioridades de la policía eran un reflejo de la opinión pública: la gente de la calle, que no formaba parte de los cuerpos de seguridad, no quería hablar de agresiones sexuales. Prefería que la policía se concentrase en las bandas y los asesinatos<sup>35</sup>.

El curso digital que Archambault contribuyó a crear advertía que, a veces, las víctimas confundían algunos detalles de su historia o incluso se retractaban. En el material del curso se incidía en que los agentes no debían dejarse llevar por los estereotipos —y creer, por ejemplo, que una víctima adolescente es menos creíble que una adulta—. Interrogar a la víctima es «del todo inapropiado». La policía tampoco debería usar o amenazar con usar un polígrafo, porque eso podría destrozar la confianza de la víctima en los cuerpos de seguridad; además, «se tiene constancia de que [la prueba del detector de mentiras] no es fiable con gente que sufre una crisis».

Archambault ha sido testigo de los impulsos que pueden frustrar una investigación. En sus cursos siempre pone una grabación de una mujer que llama al 911 para decir que acaban de violarla en su apartamento<sup>36</sup>. De fondo se escucha un estéreo. Según explica la mujer, cuya voz apenas se oye con la música, el violador la ha atado. Cuando escuchan esa grabación, los agentes en el curso de Archambault suelen pensar que es una broma. No se creen que la mujer pudiese llamar con las manos atadas. (Marcó con los pies). Y no entienden lo de la música a todo volumen. (El violador lo subió para ocultar los gritos). Pero la llamada no era una broma, ni mucho menos. A esa mujer la habían violado de verdad. «Las investigaciones demuestran que, cuanto más

íntimo es el delito, más gente se centra en el comportamiento de la víctima. Y, huelga decirlo, no hay delito más íntimo que la agresión sexual», explica Archambault<sup>37</sup>.

En 2005, la Asociación Internacional de Jefes de Policía publicó un protocolo modélico para investigar las agresiones sexuales, rechazando las ideas que impregnaban el artículo publicado diez años antes. A petición de la asociación, Archambault redactó el protocolo actualizado. Una de sus frases más representativas reza así: «La respuesta de la víctima al trauma de la agresión sexual no debería usarse, de ninguna manera, para evaluar su credibilidad»<sup>38</sup>.

Al salir del hospital, Wayne llevó a Marie a la comisaría de Lynnwood. Cuando aparcaron, ya eran casi las tres de la tarde.

El subinspector Mason acompañó a Marie a una sala de interrogatorios, donde se quedaron solos. Mason se percató de que la joven tenía cara de cansancio. Marie le dijo que había dormido menos de una hora esa noche. Que le dolía la cabeza.

Mason le ofreció un vaso de agua y le explicó por qué necesitaban su declaración en ese momento: era importante tener un relato con todos los detalles posibles cuanto antes. La información que Marie les diera podría llevarlos hasta otra pista, que quizá acabase con un arresto y un peligro menos en la calle.

Mason le pidió a Marie que recordase el día anterior y le diera una descripción detallada de lo que había pasado en su apartamento.

Esa fue la cuarta vez en que Marie describió la agresión. Se la había contado a Miles y, antes de salir del apartamento, se la había repetido a Mason y Rittgarn. Luego tuvo que explicársela a la enfermera, en el hospital, y ahora tendría que volver a pasar por aquello.

Marie le contó a Mason que esa noche pasó un buen rato hablando por teléfono con su amigo Jordan. Dijo que se despertó a eso de las 6:45 o las 7:00, y vio a un hombre en el umbral de su habitación, cuchillo en mano. Mason le pidió que describiese al hombre. Unas horas antes, Marie le había contado a Miles que tenía los ojos azules y una sudadera gris. Ahora le dijo a Mason que probablemente sus ojos fuesen azules y que llevaba una sudadera, gris o blanca.

Marie le explicó que el hombre parecía menor de treinta años.

Que mediría entre metro setenta y metro ochenta.

Que era de complexión delgada.

Marie dijo que le ató las manos a la espalda. Explicó que el hombre le subió la camiseta para sacar fotos y que la violó durante lo que a ella le parecieron unos cinco minutos.

Marie repitió —paso por paso— lo que hizo en cuanto el violador se marchó de su apartamento.

Fue corriendo a la puerta principal y echó el cerrojo.

Fue corriendo a la puerta corredera de cristal y echó el cerrojo.

Se dirigió a la cocina y, tras coger un cuchillo, intentó cortar el nudo que le ataba las muñecas.

Al ver que no podía, fue al baño y, con los pies, abrió el último cajón del armario para coger unas tijeras, con las que logró liberarse.

Buscó su móvil e intentó llamar a Jordan, pero no respondió.

Llamó a Peggy, que le dijo que iba de inmediato.

Llamó a su vecina de arriba, que bajó a su apartamento.

Mientras Marie hablaba, Mason iba tomando notas a mano. No la grabó.

Al acabar, le entregó un formulario para que autorizase al hospital a compartir sus informes médicos con la policía. Marie firmó el documento.

Mason también le pasó otro papel. Era un «Formulario de declaración», con dos docenas de líneas en blanco, que Marie tuvo que rellenar con todo lo que había sucedido. Con ese formulario —que en la parte inferior advertía de que hacer declaraciones falsas o engañosas a la policía es un delito— ya eran cinco las veces en que Marie tenía que describir su violación.

Marie le dijo a Mason que estaba exhausta. Le palpitaba la cabeza. El hombre le aconsejó que descansara un rato y que, en cuanto rellenase el formulario, lo llamara.

Antes de marcharse de comisaría, Marie vio a Josh Kelsey, el técnico de la Científica que aquella mañana había recogido las pruebas en su apartamento. Ya habían pasado al menos siete horas desde que Marie se liberase de los cordones. Kelsey sacó una docena de fotos de sus muñecas y manos. Al redactar su informe, más de una semana después, apuntó que había señales en ambas muñecas, y añadió: «Las señales eran rojas, pero no parecía haber abrasiones o cardenales».

Wayne se llevó a Marie de la comisaría.

Ese mismo día, Marie paró en el bloque de apartamentos para reunirse con todos los miembros de Project Ladder. Marie les contó a los demás lo que había pasado. Les dijo que tenían que llevar cuidado, que cerrasen siempre con llave. Apenas pudo hablar unos minutos antes de desmoronarse y romper a llorar.

Marie pasó esa noche en casa de una amiga.

Durante las primeras veinticuatro horas desde la llamada al 911, la investigación siguió un curso normal. La policía no mencionaba en ningún informe la posibilidad de que Marie estuviese mintiendo. Y a Marie no le dio la sensación de que alguien creyese tal cosa. Se sintió respaldada: por la policía, por los sanitarios del hospital, por sus amigos, por toda su familia de acogida y por los coordinadores de Project Ladder.

El 12 de agosto —martes, al día siguiente de que Marie denunciase su violación—, el subinspector Mason envió un fax al hospital donde se había realizado el examen para solicitar los informes médicos de Marie. Era el procedimiento habitual.

Sin embargo, ese mismo día, Mason recibió una llamada que acabaría envuelta en misterio, merced al críptico resumen que hizo al redactar su informe. El documento no identificaba a la persona que hizo la llamada, aunque él sabía quién era. Y con dos frases resumía el que resultó ser el momento más determinante de toda la investigación: «Me llamó por teléfono una persona que prefería conservar el anonimato. Afirmaba que [Marie] había intentado llamar la atención más de una vez, y ponía en entredicho que se hubiese producido la “violación”».

Para saber más detalles, Mason concertó una cita en persona.

<sup>28</sup> Ravitz: «The Story Behind the First Rape Kit».

<sup>29</sup> Brodt: «Vitulo Kit Helps Police».

<sup>30</sup> Burgess, Ann Wolbert y Holmstrom, Lynda Lytle, *Rape: Crisis and Recovery* (página 36), editorial Awab, 1979.

<sup>31</sup> Burgess y Holmstrom, *Rape: Crisis and Recovery* (página 36).

<sup>32</sup> Brodt: «Vitulo Kit Helps Police».

<sup>33</sup> Lonsway, Kimberly A.; Archambault, Joanne y Berkowitz, Alan: «False Reports: Moving Beyond the Issue to Successfully Investigate and Prosecute Non-Stranger Sexual Assault», End Violence Against Women International, mayo de 2007.

<sup>34</sup> Archambault, Joanne; Miller, T. Christian y Armstrong, Ken: «How Not to Handle a Rape Investigation», *Digg*, 17 de diciembre de 2015, [digg.com/dialog/how-not-to-handle-a-rape-investigation](http://digg.com/dialog/how-not-to-handle-a-rape-investigation)

<sup>35</sup> Archambault et al.: «How Not to Handle a Rape Investigation».

<sup>36</sup> Garrett, Ronnie: «A New Look at Sexual Violence», una entrevista a Joanne Archambault, *Law Enforcement Technology*, septiembre de 2005.

<sup>37</sup> Garrett: «A New Look at Sexual Violence».

<sup>38</sup> «Investigating Sexual Assaults», Model Policy, IACP National Law Enforcement Policy Center, mayo de 2005.

## 7. HERMANAS

6 de enero de 2011  
Westminster, Colorado

La oficial Edna Hendershot tomó asiento en su cubículo de la comisaría de Westminster con su café Starbucks de cada día: un *caramel macchiato* tamaño venti con más leche desnatada que café. A las 9:07 le llegó un correo. Lo habían enviado a una lista de distribución que leían agentes de toda el área de Denver. El asunto era una pregunta: «¿Agresiones sexuales parecidas?».

El correo describía una violación que se había producido la noche anterior en Golden. El agresor ató de manos a su víctima, la obligó a ducharse y la amenazó con colgar sus fotos en internet. Al final del mensaje había una petición directa: «¿Puede ponerse en contacto conmigo la oficial Hendershot, con relación a este informe?». La emisora era Stacy Galbraith, una oficial de Golden.

Hendershot no conocía a Galbraith, pero temió saber por qué preguntaban por ella. Habían pasado cinco meses de la violación de Sarah, y quince de la agresión a Doris. Llamó a Burgess, su homólogo en Aurora, y lo puso al tanto.

Al parecer, sus peores presagios se habían cumplido: el violador había vuelto a atacar.

Los policías suelen mostrarse recelosos a la hora de compartir información sobre sus casos por miedo a que pueda filtrarse y poner en jaque la investigación. Sin embargo, Hendershot vio de inmediato el potencial de colaborar con Galbraith y Burgess. «A veces, dos, tres o cuatro cabezas pensando son mejor que una, ¿no?», afirma. Galbraith coincidía: trabajaba en un departamento pequeño, poco más de cuarenta agentes para una localidad de unos veinte mil habitantes, y unir fuerzas tenía todo el sentido del mundo. «Yo no tengo reparo en pedir ayuda —dice Galbraith—. Hay que hacer todo lo posible para pillarlo».

Galbraith le dijo a Hendershot que necesitaban refuerzos. Tenían que ponerse

en contacto con la Agencia de Investigación de Colorado. Y con el FBI. «Esto es mucho más grande que Golden. Y que el condado de Jefferson», dijo. Hendershot se mostraba más cauta porque sus superiores preferían avanzar con más cautela. Propuso a Galbraith una reunión en su comisaría: «Burgess, tú y yo. Pondremos en común los hechos. No sabemos nada con certeza, hay que investigar mucho».

Varios días después, los tres oficiales se sentaron a una mesa de la sala de conferencias del Departamento de Policía de Westminster. Cada uno llevaba un expediente. Y cada expediente contenía una historia muy parecida.

La descripción del agresor por parte de las víctimas coincidía. Las mujeres calculaban que mediría entre metro ochenta y metro noventa y pesaría unos ochenta kilos. Amber era la que mejor lo había visto: tenía ojos castaños y pelo rubio.

El violador parecía relajado durante las agresiones, como si estuviera bajo los efectos del Xanax. Hablaba con las víctimas; parecía inteligente, educado. Podía ser una persona introspectiva. Sabía detalles privados de sus vidas —detalles que solo conocería un amigo íntimo o una pareja—. Y, por extraño que sonara, todas las mujeres describían su actitud, a ratos, como amable.

El violador cometía sus delitos de manera robótica. Cada agresión era idéntica, repetida con una eficacia implacable. Llevaba una máscara negra que le tapaba toda la cara, salvo los ojos. Ataba a sus víctimas, pero sin apretar demasiado. Pasaba horas violando a las mujeres, en varias sesiones. Posteriormente, las obligaba a ducharse.

Hendershot y Burgess explicaron que el violador había obligado a Sarah y a Doris a posar, y que había sacado decenas de fotos mientras las violaba. Las dos mujeres recordaban la gran cámara negra y el sonido de los clics.

Galbraith se percató de una diferencia: el agresor también le había sacado fotos a Amber, pero con una cámara digital rosa.

Hendershot recordó inmediatamente una de sus conversaciones con Sarah sobre una segunda cámara de la que no había rastro. Una Sony rosa. Que había robado el violador. Y cuya descripción coincidía con la de Amber. Hendershot no pudo evitar coincidir en la conclusión: era el mismo tipo.

Los tres agentes siguieron avanzando, concentrados. ¿Qué relación había entre las mujeres? ¿Tenían algo en común que pudiese llevar a la policía hasta el violador? Todas compraban en supermercados King Soopers, una cadena extendida por el este de Colorado y Wyoming. Todas tenían alguna relación

con universidades de la zona. Doris, la víctima de Aurora, era la directora de una residencia de estudiantes. Sarah, la víctima de Westminster, había vivido en un bloque de apartamentos cercano a un centro de educación superior. Y Amber era estudiante de posgrado.

Ahí acababan las similitudes. Doris tenía sesenta y cinco años y vivía en una casa de un barrio residencial. Sarah tenía cincuenta y nueve y acababa de mudarse a un apartamento en un bloque. Ambas eran mujeres blancas y de cierta edad. Ambas vivían solas. Pero Amber era una mujer de color en la veintena. Tenía una compañera de piso. Y novio.

Las diferencias —la edad de las mujeres, la raza y el aspecto físico— contradecían un patrón muy consolidado en las violaciones: el estudio de las características de las víctimas, lo que la policía denomina «victimología», afirma que los violadores en serie suelen atacar a objetivos parecidos. Podían ser jóvenes o ancianas, profesoras o doctoras, rubias o morenas, pero solían tener algún rasgo en común.

Sin embargo, habida cuenta de las diferencias entre las víctimas, los agentes llegaron a la conclusión de que no podía descartarse que hubiera más de un violador suelto. Quizá las similitudes en los ataques fuesen pura coincidencia. Aunque también cabía imaginar posibilidades más inquietantes: quizá los violadores fueran un grupo de hombres que coordinaban sus agresiones para confundir a la policía. Quizá se enfrentasen a alguna especie de banda que traficaba con pornografía. O quizá los alrededores de Denver estuvieran amenazados por un par de violadores con mucha experiencia y recorrido.

Los oficiales se percataron de otro patrón preocupante: habían pasado diez meses entre el primer ataque en Aurora, en octubre de 2009, y el segundo ataque en Westminster, en agosto de 2010. Cinco meses después, en enero de 2011, se produjo la violación en Golden. En las dos primeras agresiones, el violador había amenazado a las mujeres con sacar una pistola, pero las víctimas no vieron ningún arma. En Golden, sacó un arma corta: apuntó directamente a Amber y la amenazó con dispararle.

El tiempo que pasaba entre agresiones se reducía y el violador se mostraba más violento. Para los agentes, era señal de que tenía cada vez más confianza. Y también indicaba que iba mejorando con la práctica. La policía lo definía como «evolución del *modus operandi*»: cuando un delincuente dominaba la rutina habitual, solía acabar dando un paso más, corriendo más riesgos.

Burgess salió de la reunión atormentado por una pregunta: «¿Cómo lo

detenemos antes de que viole a alguien más?».

Galbraith tenía un buen hilo del que tirar. Frente al apartamento de Amber había una tienda con una cámara de seguridad apuntando hacia una de las entradas del edificio, y el dueño entregó la grabación a los agentes para que la analizaran. La tarea le correspondió a Matt Cole, compañero de Galbraith, otro agente de Golden que había acudido al escenario de la violación.

Cole se pasó un día entero frente a esa grabación borrosa. La veía y la rebobinaba, una y otra vez. Vio a un tipo con una mochila oscura en bicicleta. ¿Estaba mirando al apartamento de Amber? ¿Por qué el Chevrolet Celebrity plateado había cambiado de plaza en el aparcamiento?

Contó 261 vehículos entre la noche del 4 de enero y primera hora de la mañana del 5 de enero. Un vehículo cruzó la pantalla diez veces, cual espectro, a lo largo de la madrugada: era una camioneta blanca, que atravesaba lentamente el aparcamiento nevado.

Cole anotó la hora, minuto y segundo de cada aparición.

00:37:44.

01:16:25.

02:30:03.

05:03:00.

05:05:26.

05:14:02.

05:16:30.

05:17:14.

05:19:19.

05:19:59.

¿Sería la camioneta del violador? Cole y Galbraith repasaron el vídeo una y otra vez, buscando la forma de identificar el vehículo. En la parte trasera se leía «Mazda», el retrovisor del copiloto parecía estar roto y todo apuntaba a que era un modelo viejo de la camioneta. Pero la matrícula era ilegible. Decidieron enviar las imágenes a un analista especializado en mejoras de vídeo, que fragmentó la grabación en 1200 imágenes formadas por fotogramas individuales y solapados —una técnica conocida como *averaging*—. Nada. El vídeo era demasiado borroso.

La grabación también presentaba un problema cronológico. La última vez que se veía la camioneta, el reloj de la imagen indicaba que eran las 5:20 de la mañana. Sin embargo, el ataque comenzó dos horas después, sobre las 7:30. A

esa hora, la camioneta ya no aparecía en el vídeo. Quizá fuese un estudiante trasnochador que salía por café o tentempiés. Galbraith se rindió y se olvidó de la camioneta: le parecía un callejón sin salida.

El Departamento de Policía de Golden emitió un comunicado de prensa con una descripción somera del suceso. El agresor era un hombre blanco, de metro noventa y ojos castaños. No tenían más detalles para identificarlo: «El sospechoso llevaba una máscara, con lo que no disponemos de un retrato robot», rezaba. Galbraith se aseguró de que el comunicado hiciese hincapié en los detalles que habían llamado la atención de Amber. «El sospechoso tiene una mancha de nacimiento o un tatuaje en la cara externa del gemelo, del tamaño y la forma de un huevo grande», continuaba. Galbraith estaba haciendo un acto de fe: el recuerdo de Amber tenía que ser correcto.

A los pocos días, un estudiante de una universidad a las afueras de Denver llamó al número habilitado por la policía. Al dejar el mensaje le temblaba la voz, y decía que se sentía en la obligación de llamar a la policía: uno de sus amigos tenía una señal como la descrita en el comunicado. El tipo se llamaba Frank Tucker<sup>39</sup> y era un compañero de universidad.

Con la ayuda del confidente, Galbraith dio con la página de Facebook de Tucker. En una foto se veía su pierna, pero la imagen estaba oscura. ¿Sería una mancha de nacimiento? Galbraith llamó a Amber para que se acercase a comisaría, donde echó un vistazo a la fotografía recortada en la que se veía la pierna de Tucker. La joven le dijo a Galbraith que no podía estar segura: le daba la sensación de que la mancha en la pierna del violador estaba más abajo, pero tenía más o menos el tamaño y la forma de la de Tucker.

Galbraith comprobó los antecedentes de Tucker. Cuatro años antes, los agentes que patrullaban la universidad habían tomado declaración a una estudiante. La joven se emborrachó en una fiesta y se había encariñado con Tucker. Tras una conversación entre borrachos, la instó a acostarse con él. La amenazó con decirle a todo el mundo que era una zorra si se negaba. La mujer aceptó a regañadientes, pero, al poco de empezar, cambió de idea. Tucker no le hizo caso. Ella denunció la violación a los agentes de seguridad del campus, pero al final no presentó acusación.

Galbraith tuvo la suerte de que la mujer dio un paso al frente. Muchas son reacias a denunciar las agresiones sexuales: según varias encuestas, en Estados Unidos solo una de cada cinco mujeres llama a la policía después de

ser violada. El estigma que conlleva sigue siendo una enorme barrera a la hora de denunciar. Las mujeres tienen miedo de que sus amigos o su familia se enteren de lo ocurrido. O de que no las crean. O quizá consideren que la agresión no sea lo bastante grave para implicar a la justicia, o no quieren colaborar con la policía para encerrar al que puede ser su novio, marido o padre de sus hijos.

A Galbraith le bastaba la denuncia de la mujer para convertir a Tucker en sospechoso. Envío una orden judicial a la compañía telefónica para que le entregase una copia del registro de llamadas de su móvil y redactó a toda prisa una solicitud para colocar un rastreador GPS en el coche de Tucker. Su objetivo estaba claro: según le explicó a la jueza, necesitaba tener localizado el coche de Tucker «para identificar a futuras víctimas».

Hendershot pensó en usar el caso de Amber para repasar un rastro de pruebas que, hasta el momento, había resultado decepcionante.

Las series de televisión suelen presentar el ADN como la clave que desvela todos los misterios. Los investigadores hallan una mota de sangre en un arma, o restos de saliva en una colilla; envían la muestra al laboratorio, donde la comparan con el ADN de un sospechoso y ¡bum!, coinciden, con lo que el crimen queda resuelto en una hora, quitando anuncios.

La realidad es distinta. El FBI gestiona el repositorio más completo de Estados Unidos, el Sistema Indexado Combinado de ADN (CODIS, por sus siglas en inglés)<sup>40</sup>. La base de datos contiene el perfil genético de más de quince millones de personas, en su mayoría criminales condenados. Cada perfil se extrae de muestras de ADN recogidas en condiciones controladas en algún momento del proceso judicial —por ejemplo, cuando un sospechoso entra en la cárcel y se pasa una torunda por la parte interna de su mejilla—. A partir de ahí, un analista divide la muestra de ADN en fragmentos, que configuran el perfil de una persona —un patrón de franjas que recuerda a un código de barras sobre película radiográfica—. El FBI solo acepta el perfil si se incluye material genético de trece posiciones, o loci, del ADN de una persona.

El potencial de la base de datos entra en juego cuando un investigador encuentra algún tipo de fluido corporal en el escenario de un crimen: sangre, semen o saliva. Una vez procesada esa muestra, se puede comparar con los

millones de muestras almacenadas. Sin embargo, el FBI no realiza la comparación a menos que la muestra del escenario del crimen contenga material genético de esas trece posiciones, con contadas excepciones. Si la muestra de ADN está dañada o es limitada, y el análisis solo aporta información completa de cinco o diez posiciones genéticas, el FBI la rechaza. Al exigir unos criterios de correspondencia «tan rigurosos», el FBI calcula que la posibilidad de obtener una correspondencia errónea es de una entre mil millones.

Hendershot supuso que el violador estaría familiarizado con ese proceso. La policía los denominaba criminales «conscientes del ADN». Estaba intentando borrar su presencia a un nivel molecular. Y, hasta ese momento, lo había conseguido.

Burgess fue el primero en llevarse el chasco. A los pocos días de la violación en Aurora, Doris acompañó por toda su casa a Randy Neri, un agente de la Científica. En cada habitación, Neri le preguntaba: «¿Qué viste? ¿Dónde lo viste ir? ¿Qué le viste tocar?». Al llegar al dormitorio, Doris vio la televisión sobre la cómoda de madera, al lado de la cama. Encima de la tele había tres ositos de peluche, dos blancos y uno amarillo. Al verlos, Doris se detuvo en seco. El osito amarillo. Según le contó a Neri, el violador lo había tirado al suelo y se agachó para recogerlo.

Neri tomó muestras del peluche, guardó la torunda en una bolsita hermética y la envió al laboratorio de criminalística estatal, en la Agencia de Investigación de Colorado (CBI, por sus siglas en inglés).

La sede central del CBI estaba en un edificio bajo de ladrillo, rodeado de pinos, frente a una concurrida intersección vial y un restaurante Hooters. Al igual que el FBI, su homólogo federal, el CBI estaba especializado en el uso de la ciencia y la tecnología para resolver los crímenes más complejos. Con sus 250 trabajadores y oficinas por todo el estado, era el laboratorio de criminalística de la policía y las oficinas del *sheriff* locales. Analizaba huellas dactilares y ADN, realizaba análisis toxicológicos y rastreaba ventas de armas. El laboratorio del CBI se había hecho famoso por su trabajo hercúleo en el caso de JonBenét Ramsey, reina de un concurso de belleza infantil a la que hallaron muerta en casa de sus padres en Boulder en 1996, con solo seis años<sup>41</sup>. En aquel caso, los analistas del CBI recibieron 2509 muestras de laboratorio y realizaron 25 520 análisis a lo largo de 3116 horas.

El asesinato no se resolvió, pero los agentes de Colorado seguían considerando al CBI como su última esperanza en los casos complicados.

El 7 de diciembre de 2009, dos meses después de la violación de Doris, Sarah Lewis, analista del CBI, llamó a Burgess para darle buenas y malas noticias. El violador había sido muy meticuloso, pero no perfecto: el osito de peluche de Doris contenía un levísimo rastro del tipo —no más de siete u ocho células de la piel que se habían desprendido de las yemas de sus dedos al coger el peluche sin guantes—. El análisis del «ADN táctil», como se conocían esas muestras microgenéticas, fue un avance revolucionario en la investigación, pues permitía a la policía examinar cantidades minúsculas de material genético, algo imposible con los análisis de ADN tradicionales. No obstante, los nuevos tests presentaban un inconveniente: la escasez de células no ofrecía suficiente información para llegar a los trece marcadores genéticos exigidos por el FBI.

Lewis se había visto obligada a realizar un tipo de análisis de ADN más limitado: el Y-STR<sup>42</sup>. El análisis buscaba patrones, llamados microsatélites (*short tandem repeats*), en el cromosoma Y del ADN masculino. El resultado no ofrecía resultados en caso de que las sospechosas fuesen mujeres, e incluso con los hombres revelaba una cantidad limitada de información. Podía identificar el árbol genealógico de un sospechoso, pero no era lo bastante preciso para considerarse una huella dactilar genética. Lewis puso al corriente a Burgess, y en su informe se leía que el ADN hallado en el osito «no era concluyente o no ofrecía resultados. Este perfil no cumple los requisitos para entrar en la base de datos de ADN CODIS».

En Westminster, Hendershot se emocionó al enterarse de que Sarah había visto al violador coger el temporizador blanco de la cocina. Era uno de los pocos objetos que la policía sabía con certeza que había tocado. Y la memoria de Sarah no falló: Gentry Roth, analista del CBI, encontró un rastro de material genético en el temporizador. Sin embargo, como con el peluche de Doris, solo pudo obtener células para un análisis Y-STR. «La cantidad de ADN era insuficiente para realizar un perfil de ADN completo», escribió Hendershot.

En Golden, Galbraith había logrado recoger varias células del violador al pasar una torunda por la cara de Amber, al lado del coche patrulla. Pero, al igual que con el peluche de Doris y el temporizador de Sarah, no encontraron

suficiente material genético para desarrollar un perfil completo, con lo que los técnicos del CBI solo pudieron realizar un análisis Y-STR. La magia del ADN había fallado a Hendershot, Galbraith y Burgess: no podrían usar la base de datos del FBI para buscar una posible coincidencia.

Sin embargo, un técnico del CBI le dio una idea a Hendershot: quizá las tres muestras no sirviesen para identificar a un sospechoso concreto, pero no dejaban de ser útiles. El CBI podría comparar los perfiles Y-STR entre sí: si diferían, los investigadores sabrían que se enfrentaban a sospechosos distintos. Pero, si coincidían, tendrían la certeza de que un hombre —o, como poco, varios hombres con una relación paternofilial— estaban al acecho en los alrededores de Denver.

Sabrían que eran cazadores emparentados, no desconocidos.

Hendershot dio luz verde para que empezasen a trabajar.

Aunque no se conocían mucho, las vidas de Hendershot y Galbraith estaban entrelazadas. Eran miembros de una sororidad dentro de una fraternidad; eran mujeres policías.

Cuando Galbraith era una joven agente de patrulla, una compañera, oficial de policía, la había inspirado. Una mañana, el jefe de Golden reunió a sus agentes para ponerlos al tanto de una redada antidroga que iba a producirse ese mismo día en un restaurante de comida rápida. Una unidad de élite formada por miembros provenientes de departamentos de toda el área de Denver, la Unidad Especial Antidroga del Oeste Metropolitano, iba a entrar con todo para desarticular una banda. La mirada de Galbraith se cruzó con la de una de las miembros de la unidad, que irradiaba una intensidad sosegada. Llevaba un tiempo planteándose solicitar un puesto en el grupo antidroga, y en ese momento supo que lo haría. «Es una mujer —se dijo Galbraith—. Si ella puede, yo también». La oficial en cuestión era Edna Hendershot.

En Estados Unidos, las mujeres policías llevan más de cien años apoyándose en los éxitos de sus predecesoras<sup>43</sup>. En su día, las mujeres estaban condenadas a trabajar encerradas en los departamentos como colaboradoras civiles, por lo general en cuestiones relacionadas con mujeres y niños. Alice Stebbins Wells contribuyó a que eso cambiara al convertirse en agente —o «agente», como la llamaban a la sazón— del Departamento de Policía de Los Ángeles el 12 de septiembre de 1910. En su escudo se leía «Mujer policía», y en la parte

inferior de su placa dorada aparecía su número: 1. Se unió a la llamada «brigada de la pureza», encargada de patrullar por los salones recreativos, salas de baile, pistas de patinaje y otros nidos de inmoralidad. Wells «defendía que las mujeres, como miembros integrados en los departamentos de policía municipales, están particularmente cualificadas para llevar a cabo tareas preventivas y de protección con jóvenes y mujeres criminales», según reza su biografía oficial en la Asociación Internacional de Mujeres Policías, que ella misma fundó. Dos años después de que contratasen a Wells, otras dos mujeres entraron en la policía de Los Ángeles.

El argumento de Wells de que las mujeres aportaban habilidades especiales a la labor policial no siempre bastaba para obtener la aceptación de sus colegas hombres<sup>44</sup>. Pero, con el paso del tiempo, diversos estudios han demostrado que las policías benefician a los departamentos y comunidades en los que trabajan. Las mujeres son menos propensas que sus compañeros a usar una fuerza excesiva, y es menos probable que se vean implicadas en denuncias por brutalidad policial. Los ciudadanos suelen considerar que las agentes son más empáticas y comunicativas que sus compañeros; además, las mujeres son más proclives a abrazar los principios de la policía comunitaria: una filosofía de la labor policial que acentúa la cooperación y la interacción con los ciudadanos.

Asimismo, se ha demostrado que las agentes responden con mayor eficacia a la violencia contra las mujeres. Por ejemplo, un estudio de 1985 demostró que las mujeres policías eran más pacientes y comprensivas con las víctimas de violencia de género<sup>45</sup>. En otro estudio de 1998, con una muestra representativa a nivel nacional de 147 departamentos de policía, se demostró que las agentes eran más proclives que los hombres a realizar arrestos en los casos de violencia de género<sup>46</sup>. Y un estudio de 2006, llevado a cabo en los sesenta departamentos de policía metropolitana más grandes de Estados Unidos, reveló que cada aumento del 1% en el número de mujeres policía equivalía a un aumento del 1% en el número de denuncias por violación en una jurisdicción<sup>47</sup>.

Ninguno de esos estudios resta importancia a la extraordinaria labor de los agentes que investigan y arrestan a miles de violadores cada año; tampoco sugiere que una mujer es automáticamente mejor que un hombre para responder a los casos de violencia de género. Mientras que algunas víctimas

prefieren hablar con una mujer por el vínculo de género que comparten, otras afirman sentirse más seguras y tranquilas en presencia de un hombre. End Violence Against Women International, organización que forma a policías en esta materia, apunta a que el factor más importante a la hora de hablar con las víctimas es la implicación de los investigadores. «Lo que está clarísimo es que la competencia y la compasión de un agente son mucho más importantes que el género a la hora de determinar su eficacia para tratar con víctimas de agresiones sexuales», recalca la organización<sup>48</sup>.

A pesar de los beneficios de la diversidad de género, las mujeres siguen teniendo problemas en este trabajo<sup>49</sup>. Algunos hombres —desde agentes de calle hasta jefes de policía— siguen mostrándose reacios a contratar mujeres, y afirman que no son lo bastante fuertes o duras para ser policías. En diversos estudios, entre un 63 y un 68% de mujeres policías aseguran haber sufrido algún tipo de acoso sexual o discriminación en su trabajo. Entre las quejas más habituales está la hostilidad, la falta de oportunidades de promoción y las exiguas políticas para hacer frente a la maternidad y a otros asuntos familiares.

Sin embargo, incluso los departamentos que se han esforzado considerablemente por aumentar el número de mujeres en sus filas lo han tenido difícil: muchas apenas muestran interés por una profesión que —al menos en la cultura popular— va de armas y violencia. En consecuencia, ningún departamento de policía de Estados Unidos se acerca mínimamente a la paridad de género<sup>50</sup>. Es probable que la unidad de investigación penal de la Agencia Tributaria estadounidense tenga el porcentaje más alto de mujeres policías del país, con un 32%. Y en algunos departamentos de policía de las grandes ciudades, como Filadelfia y Los Ángeles, las mujeres representan en torno a la cuarta parte de agentes. Pero, en su conjunto, unas cien mil mujeres trabajan en los cuerpos de seguridad de Estados Unidos: alrededor de un 11% del total. El de la policía sigue siendo un sector eminentemente masculino, jerárquico y militarista. Las «agentas» escasean.

Unidas en la búsqueda del violador, Galbraith y Hendershot no tardaron en congeniar. Ambas eran extrovertidas, de broma rápida y sonrisa fácil. Galbraith era más joven y rebosaba energía; la experiencia de Hendershot complementaba el entusiasmo de su compañera.

Las dos mujeres se sentían cómodas trabajando en ese mundo impregnado de

testosterona. Los hombres constituían el 90% de los agentes de Golden y Westminster, pero ni Galbraith ni Hendershot se sentían incómodas o intimidadas. Ambas habían crecido con hermanos; ambas tenían pocas amigas y solían llevarse mejor con los hombres; y ambas se enorgullecían de ser tipas duras. «No soporto el melodrama. ¿Que una situación se pone melodramática? Puaj. ¿Que se pone emotiva? Puaj», dice Galbraith.

Además, las dos habían tenido la misma experiencia al entrar en la policía: cruzas el umbral, demuestras que vales y te aceptan en la hermandad, como a cualquier otro policía. Lo de ser mujer era lo de menos. «Puede que parezca lo más importante cuando entras por primera vez —dice Hendershot—, pero, cuando llevas un tiempo asentada como agente de patrulla, el tema no sale. Es lo que hay, y punto».

Les divertía el humor negro, pero redentor, que encontraban en cada comisaría, sala de urgencias y sala de prensa; comentaban los detalles de escenarios del crimen y accidentes de tráfico; soltaban tacos y compartían historias desagradables, como la sensación de ponerse una mascarilla rellena de toallitas para ahuyentar el hedor de un cadáver putrefacto, o pillar a un tipo masturbándose durante una operación encubierta de compraventa de drogas.

—El tipo va y abre la puerta sin camiseta. Solo llevaba unos calzoncillos negros y una tobillera electrónica —le cuenta Hendershot a Galbraith.

—Qué bonito —responde Galbraith.

—La sensualidad personificada, vaya. Irresistible.

Otras veces, se divertían incordiando a sus compañeros más jóvenes con una especie de novatadas verbales, donde solían mencionar funciones corporales u órganos sexuales femeninos.

—Si te soy sincera, es bastante entretenido ver cuánto pueden llegar a incomodarse —le dice Hendershot a Galbraith.

—Y automáticamente se van a Recursos Humanos con paso ligero —responde Galbraith.

—¡O corriendo!

Las dos sueltan una carcajada.

A veces, a sus superiores les preocupaba que algún compañero soltase un comentario ofensivo. En una ocasión, uno de los superiores de Galbraith la llevó a un aparte cuando le pareció que cierta conversación se había pasado de la raya. Le preguntó si estaba cómoda. «Y yo le dije: “Pues claro, ¡si la he empezado yo!”».

Aunque, por supuesto, ser mujer y policía tenía sus inconvenientes. Galbraith siempre tenía que hacerse un moño para que el pelo no se le pusiera perdido de barro o sangre. Hendershot nunca sabía dónde esconder su arma. Y a ninguna de las dos le gustaba mucho cómo le quedaba el chaleco antibalas. «No es glamuroso. Tampoco llevo zapatos bonitos. No tiene nada que ver con lo que, según la sociedad, debería ser el aspecto, el comportamiento y el pensamiento de una mujer», explica Hendershot.

Las dos mujeres también tenían otro vínculo. A menudo, los policías viven en un mundo endogámico, donde todos los agentes se conocen y los matrimonios y amistades quedan en familia. El segundo marido de Hendershot, Mike, y el segundo marido de Galbraith, David, habían trabajado juntos en el Departamento de Policía de Golden, antes de que David acabase recalando en Westminster y siendo compañero de Hendershot.

El 18 de enero de 2011, los oficiales volvieron a reunirse. Ahora había más carne en el asador, como reflejaba la multitud reunida en la sala: el FBI, la Agencia de Investigación de Colorado y la oficina del fiscal del condado de Jefferson enviaron representantes a la segunda planta del parque de bomberos de Golden, en el casco antiguo de la ciudad.

Una de las caras nuevas era Jonny Grusing, un veterano agente del FBI que trabajaba en la oficina de Denver. Era un hombre alto, delgado y de complexión atlética, con un sentido del humor árido —el típico agente del FBI—, y llevaba quince años trabajando en Denver —un periodo insólitamente largo para tratarse del FBI, cuyos agentes solían rotar con cierta frecuencia entre distintas ciudades—. Durante buena parte de su carrera, Grusing se había centrado en los atracos a bancos. Ahora lo habían asignado a la Unidad Especial de Seguridad en las Calles, creada tras el 11-S para aunar la pericia del FBI con las tablas y la experiencia de la policía local. Había colaborado en distintos casos con casi todas las agencias allí reunidas, y los presentes sabían que no era un pez gordo con la ambición de relevar de la investigación a los agentes locales. «No recuerdo un departamento o una jurisdicción a la que llegáramos y reaccionasen diciendo: “Joder, el FBI”», asegura Grusing.

El cometido de Grusing era colaborar en la búsqueda del violador con una herramienta con muchísimo potencial: una base de datos del FBI con información sobre miles de delitos, el Programa de Detención de Criminales Violentos (ViCAP, por sus siglas en inglés). La base de datos ViCAP estaba

diseñada para atrapar a asesinos y violadores en serie, y se basaba en el principio de que los criminales reincidentes muestran un patrón de comportamiento característico, casi tan singular como una huella dactilar o un ápice de ADN. Un violador en serie que usaba su cuchillo favorito en una jurisdicción podría recurrir a ese mismo cuchillo en otra. Cuando los investigadores de una zona sospechaban que se enfrentaban a un criminal en serie, introducían todos los detalles posibles sobre el crimen en la base de datos ViCAP. Entonces, los analistas del FBI revisan los archivos de los casos sin resolver con la esperanza de encontrar una coincidencia. En el mejor de los casos, el sistema pondría en contacto a dos agencias y les permitiría compartir los detalles de sus investigaciones mientras buscaban al mismo criminal.

Dawn Tollakson, una analista criminal de Aurora, había introducido en la base de datos detalles sobre las tres violaciones ocurridas en Colorado. En Quantico, los analistas del FBI habían comparado la información de Tollakson con miles de datos de ViCAP. Y Grusing tenía el resultado: habían encontrado una coincidencia. Al parecer, el agresor de Colorado compartía muchas características con un violador que había sembrado el pánico entre las estudiantes de la Universidad de Kansas durante casi una década: entre 2000 y 2008 había violado o atacado a trece jóvenes.

Las mujeres habían descrito al agresor como un hombre blanco de entre 26 y 35 años, que medía entre metro ochenta y metro ochenta y tres. Atacaba a primera hora de la mañana. Se ponía a horcajadas sobre las mujeres, en la cama, y les ataba las manos con cinta. Llevaba ropa oscura, una máscara negra y guantes. Y empuñaba una pistola.

Durante la agresión, sus órdenes eran breves y directas, con tono tranquilo. Agredía a las mujeres oral, vaginal y analmente. Llevaba una mochila donde guardaba lubricante y una cámara de vídeo que usaba para grabar las violaciones. Al acabar, les ordenaba que se duchasen para eliminar cualquier rastro de su cuerpo y les pedía que esperasen veinte minutos antes de salir del baño.

Atacó a su primera víctima el 1 de octubre de 2000. Al despertarse, la mujer lo encontró en su habitación. Intentó pulsar un botón de alarma, pero el hombre le apuntó a la cabeza y le dijo que no se moviese. Al parecer se asustó, pues se fue sin violarla. Justo antes de marcharse, se giró y le hizo una advertencia: «Haz el favor y, la próxima vez, cierra la puerta con llave».

El 14 de julio de 2004, violó a una mujer que, al despertar, se lo encontró a los pies de su cama mirándola fijamente. «Tengo un arma, como grites te mato», le dijo. Llevaba una mochila negra con lubricante K-Y Jelly. Al acabar, le ordenó que entrase en el baño y la obligó a lavarse los dientes.

La última mujer violada compartía habitación, pero su compañera se había marchado por el puente de Acción de Gracias. Esa violación fue más violenta que las anteriores. El agresor le propinó un puñetazo en la cara y le metió un calcetín en la boca para que no gritase. La violó varias veces, pero la joven no pudo describir al hombre: tenía tanto miedo que fue incapaz de abrir los ojos.

Tras ese último ataque, en diciembre de 2008, el hombre desapareció. Y ahora Grusing planteaba la pregunta: ¿había reaparecido diez meses después en Aurora, Colorado?

Él creía que sí.

«Había practicado hasta alcanzar cierto nivel de experiencia. Es como alguien que juega al baloncesto o al béisbol: se nota si tiene práctica, si sabe manejar la pelota —explica Grusing—. Pensábamos que era nuestro sospechoso».

Al recurrir a ViCAP, los investigadores estaban apostando por uno de los proyectos más olvidados del FBI.

Su creador era Pierce Brooks, un policía mítico, de mandíbula cuadrada, frente amplia y mirada letal. En sus veinte años en el Departamento de Policía de Los Ángeles, colaboró para mandar a diez hombres al corredor de la muerte. Trabajó como asesor técnico para Jack Webb, que interpretó al personaje del subinspector Joe Friday en *Dragnet*. Y se hizo famoso por encontrar a un par de asesinos de policías, una búsqueda y captura narrada por Joseph Wambaugh en *Campo de cebollas*, superventas de no ficción publicado en 1973. «La imaginación de Brooks era digna de admirar, pero su meticulosidad era legendaria», escribió Wambaugh.

A finales de la década de 1950, Brooks estaba investigando dos casos de homicidio<sup>51</sup>. Ambas víctimas, modelos de profesión, habían sido violadas y asesinadas, y sus cadáveres estaban atados de una forma que indicaba cierta pericia con las cuerdas. Brooks intuía que el asesino podría volver a matar, y se pasó un año hojeando los periódicos de otras ciudades en la biblioteca local. Cuando leyó un artículo sobre un hombre arrestado mientras intentaba atar a una mujer para secuestrarla, Brooks unió los casos. El hombre, Harvey

Glatman, fue condenado a muerte y ejecutado un año después.

Aquella experiencia convenció a Brooks de que los asesinos en serie solían tener «firmas» —formas características de actuar que podrían ayudar a identificarlos—. Brooks, uno de los pioneros en el uso de datos en las investigaciones, cayó en la cuenta de que podría crearse una base de datos informática con detalles de los casos de homicidio sin resolver de todo el país, y luego buscar patrones de conducta.

Tras pasar años insistiendo en las ventajas de ese sistema, Brooks consiguió la atención del Congreso. En julio de 1983, contó a los miembros de la Comisión Judicial del Senado, embelesados, la historia del asesino en serie Ted Bundy, que confesó haber matado a treinta mujeres en siete estados<sup>52</sup>. Aseguraba que el sistema ViCAP podría haber evitado muchas de esas muertes. Brooks explicó a los legisladores que, «cuando se implementase, ViCAP acabaría con un problema muy antiguo, pero aún vigente: la pérdida, olvido o demora en el envío de información crítica en casos en los que trabajasen distintas agencias de policía, separadas por cientos o miles de kilómetros». Al acabar la sesión, Brooks recibió una carta de la comisión con la que destinaban un millón de dólares al proyecto.

La agencia usó el dinero para comprar el que a la sazón se conocía como «Cadillac de los ordenadores»: un AVAX 11/985 al que apodaron «Superestrella», con 512 kilobytes de memoria. Aquel sistema informático revolucionario ocupaba casi todo el espacio de un refugio antiaéreo, dos plantas por debajo de la cafetería de la Academia Nacional del FBI, en Quantico, Virginia. El sótano del edificio también albergaba otro proyecto innovador: la Unidad de Análisis de Conducta, cuyos miembros acabarían haciéndose famosos gracias a *El silencio de los corderos*, libro de Thomas Harris. Por aquel entonces, los agentes del FBI veían aquella unidad inexperta y su programa ViCAP como una especie de proyecto secreto. Denominaban a aquella peculiar amalgama de psicólogos, policías y administradores como «los despojos del FBI» o la «colonia de leprosos»<sup>53</sup>. El sótano era un laberinto oscuro y mohoso lleno de mesas, estanterías y archivadores. «Estábamos diez veces más enterrados que los muertos», recordaba un agente<sup>54</sup>.

Otro agente del FBI, Art Meister, modificó el sistema ViCAP para dar con el paradero de violadores en serie. Para Meister, antiguo agente de la Policía

Estatat de Connecticut con pelo rizado y gafas, la actualización tenía todo el sentido del mundo. Varias investigaciones habían demostrado que los violadores eran mucho más proclives que los asesinos a convertirse en criminales en serie<sup>55</sup>. Los estudios aseguraban que entre un cuarto<sup>56</sup> y dos tercios de violadores<sup>57</sup> realizaban más de una agresión sexual, mientras que solo un uno por ciento de los asesinos eran seriales<sup>58</sup>.

Cuando se produjeron las violaciones de Colorado, ViCAP ya había acumulado una colección ingente de datos sobre crímenes violentos y extravagantes; hasta tal punto que, en una ocasión, varios investigadores académicos solicitaron acceso a la base de datos para escribir un artículo sobre canibalismo (Meister se lo denegó). Sin embargo, el programa sobrevivía a duras penas, como un hijo paliducho no deseado, y había sido reubicado: pasó del sótano de la academia del FBI a un pequeño centro comercial junto a una carretera de la Virginia rural. Además, la base de datos sufría de una escasez de fondos crónica, no era fácil de usar —había que rellenar 95 campos de información para introducir un caso— y generaba mucho ruido: los agentes la criticaban por ofrecer una ristra infinita de pistas malas. Pero, sobre todo, ViCAP había sido desbancado por CODIS, el sistema de comparación de ADN del FBI. Los vínculos conductuales de ViCAP jamás podrían igualar a la certeza científica de una correspondencia genética. Además, la lista de éxitos de CODIS era indiscutible: desde su creación, había conectado más de 346 000 delitos. En cambio, un repaso de la década de 1990 revelaba que ViCAP solo podía atribuirse la conexión de treinta y tres delitos en doce años.

En consecuencia, ViCAP apenas se usaba: de los aproximadamente 18 000 cuerpos de policía de Estados Unidos, solo unos 1400 introducían información en la base de datos, e incluía mucho menos del uno por ciento de las violaciones y asesinatos cometidos cada año. Aquella base de datos era una promesa trágicamente incumplida<sup>59</sup>. Sin embargo, solo en la mitad de los casos de violación se encontraba ADN. Para la otra mitad, cuando un violador en serie podía llevar un tipo concreto de máscara, o hablar de una forma particular, o atar usando un determinado nudo, ViCAP era el mejor (y único) instrumento a nivel nacional para ayudar en la búsqueda. «La necesidad es crítica —explicaba Ritchie Martinez, antiguo presidente de la International Association of Law Enforcement Intelligence Analysts—, pero ViCAP no la

cubre».

Hendershot no era una experta informática, pero sabía que los datos podían ser igual de útiles que un rastro de ADN para encontrar a un criminal. Mientras Galbraith y Grusing indagaban en el vínculo con Kansas, ella recurrió a un recurso mucho más cercano: la analista criminal de su departamento, Laura Carroll.

Junto con Ellis, la agente de la Científica, Carroll era una de las compañeras predilectas de Hendershot en el Departamento de Policía de Westminster. Había llegado a esa profesión tras dar algún tumbo: empezó la universidad queriendo ser profesora, pero acabó graduándose en Criminología. Trabajar en la policía le parecía más interesante, así de sencillo. «Consistía en pillar a los malos, en formar parte del proceso para hacer el bien», explica. No le apasionaba la idea de patrullar las calles con un arma, porque le parecía peligroso, con lo que sus primeros trabajos fueron de escritorio: primero en el registro de la policía, en la cercana Arvada, y luego en las oficinas del Juzgado Municipal de Westminster. El trabajo en sí no era emocionante, pero le gustaba sentir que formaba parte de algo más grande.

Luego descubrió su auténtico talento. Cuando empezó a trabajar en la Unidad de Tráfico del Departamento de Policía de Westminster, tuvo que hacer cursos en *software* analítico y de mapas. Se convirtió así en analista criminal: estudiaba largas filas de datos y mapas computarizados y avisaba a los agentes de las intersecciones peligrosas y las calles donde los conductores se saltaban el límite de velocidad. Había pasado a formar parte del equipo que luchaba contra los delitos, y le encantaba.

Era, eso sí, un trabajo solitario. La mayoría de los departamentos pequeños no contaban con un analista criminal, e incluso en los más grandes había como mucho dos o tres. Carroll comprendió que era crucial establecer contactos con los analistas de otras agencias, con lo que empezó a acudir a las reuniones mensuales de la Asociación de Análisis Criminal de Colorado. Era muy sencillo: un puñado de analistas, mujeres en su mayoría, se reunían en una de las salas de conferencias vacías de alguna de las agencias para repasar casos y patrones de datos. Sin embargo, esas conversaciones fueron todo un descubrimiento. Los datos y la colaboración, combinados, le parecieron un instrumento potentísimo. «Los analistas procuramos comunicarnos y trabajar juntos. El crimen no tiene fronteras», explica Carroll, que acabó siendo

presidenta de la asociación.

Hendershot se había puesto en contacto con ella por primera vez para rastrear a posibles sospechosos de la violación de Sarah, a partir de la descripción de la marca con forma de huevo del violador de Amber. Hendershot pensaba que quizá fuese un tatuaje, y sabía que Carroll tenía acceso a los tatuajes de todos y cada uno de los delincuentes que habían pasado por la cárcel de Westminster. Después de un arresto, los agentes introducían toda la información de los tatuajes de los sospechosos en una base de datos: tamaño, forma, color y posición en el cuerpo. Carroll encontró a 32 tipos tatuados en las piernas, con un total de 124 tatuajes. Dos de ellos llevaban tatuajes que, aunque no tuviesen exactamente forma de huevo, bastaron para que Carroll buscara más información. Uno no coincidía con la descripción física. El otro estaba en la cárcel cuando violaron a Sarah. «¿Y ahora dónde vamos?», se preguntaba Carroll.

Una semana después, llegó la respuesta. En la reunión mensual de la asociación de analistas criminales, expuso los detalles de las agresiones. ¿Le sonaban a alguien? Una analista de Lakewood recordó una denuncia por allanamiento: un hombre con una máscara negra había entrado en la casa de una mujer mientras dormía. La mujer logró escapar y el tipo huyó. Merecía la pena que le echasen un vistazo.

Cuando Carroll recibió el informe, a la mañana siguiente, supo que iba por el buen camino. En efecto, los agentes de Lakewood habían catalogado el suceso como un intento de robo y de agresión sexual. Su investigación no había dado demasiados frutos, pero la Científica de Lakewood había encontrado huellas y señales de guantes.

Carroll le enseñó a Hendershot el informe, y la oficial quedó intrigada. También había una huella en la nieve a pocos metros del apartamento de Amber, en Golden. Hendershot le envió un mensaje a Ellis: ¿podía ponerse en contacto con su homóloga de Lakewood para comparar las huellas?

Esa misma tarde, mientras Ellis almorzaba en su mesa del laboratorio, recibió un correo de la analista de Lakewood, una vieja amiga. Cuando las imágenes con huellas de zapatos y guantes ocuparon su pantalla, dio un respingo. No se lo podía creer. Corrió hasta el cubículo de Hendershot. «¿Dónde está Ed? ¿Dónde está Ed?», gritó. Cuando le dijeron que estaba reunida, Ellis le envió un mensaje de texto a toda prisa. Era urgente.

«Lláname. 911».

<sup>39</sup> Seudónimo.

<sup>40</sup> «Frequently Asked Questions on CODIS and NDIS», Federal Bureau of Investigation, consultado el 22 de abril de 2017, [fbi.gov/services/laboratory/biometric-analysis/codis/codis-and-ndis-fact-sheet](https://www.fbi.gov/services/laboratory/biometric-analysis/codis/codis-and-ndis-fact-sheet).

<sup>41</sup> Sebastian, Matt: «JonBenét Investigation the CBI's Largest Ever», *Daily Camera*, 3 de febrero de 1999.

<sup>42</sup> Archambault, Joanne; Lonsway, Kimberly A.; O'Donnell, Patrick y Ware, Lauren: «Laboratory Analysis of Biological Evidence and the Role of DNA in Sexual Assault Investigations», End Violence Against Women International, noviembre de 2015.

<sup>43</sup> «Alice Stebbins Wells», International Association of Women Police, consultado el 22 de abril de 2017, [iawp.org/history/wells/alice\\_stebbins\\_wells.htm](http://iawp.org/history/wells/alice_stebbins_wells.htm).

<sup>44</sup> Harrington, Penny E., *Recruiting & Retaining Women: A Self-Assessment Guide for Law Enforcement*, National Center for Women & Policing, una división de Feminist Majority Foundation, 2000.

<sup>45</sup> Homant, Robert J. y Kennedy, Daniel B.: «Police Perceptions of Spouse Abuse: A Comparison of Male and Female Officers», *Journal of Criminal Justice* 13 (páginas 29-47), diciembre de 1985.

<sup>46</sup> Chaney, Carole Kennedy y Saltzstein, Grace Hall: «Democratic Control and Bureaucratic Responsiveness: The Police and Domestic Violence», *American Journal of Political Science* 42, n.º 3 (páginas 745-768), julio de 1998.

<sup>47</sup> Meier, Kenneth J. y Nicholson-Crotty, Jill: «Gender, Representative Bureaucracy, and Law Enforcement: The Case of Sexual Assault», *Public Administration Review* 66, n.º 6 (páginas 850-850), noviembre-diciembre de 2006.

<sup>48</sup> Archambault, Joanne y Lonsway, Kimberly A.: «Training Bulletin: Should Sexual Assault Victims Be Interviewed by Female Officers and Detectives?», End Violence Against Women International, febrero de 2015.

<sup>49</sup> Harrington: *Recruiting & Retaining Women*.

<sup>50</sup> Langton, Lynn: «Women in Law Enforcement, 1987-2008», Crime Data Brief, estadísticas de la Oficina de Justicia, junio de 2010.

<sup>51</sup> Congreso de Estados Unidos: «Serial Murders: Hearing Before the Subcommittee on Juvenile Justice of the Committee on the Judiciary, United States Senate, Ninety-Eighth Congress, First Session, on Patterns of Murders Committed by One Person, in Large Numbers with No Apparent Rhyme, Reason, or Motivation», 12 de julio de 1983.

<sup>52</sup> Congreso de Estados Unidos: «Serial Murders: Hearing Before the Subcommittee on Juvenile Justice of the Committee on the Judiciary».

<sup>53</sup> DeNevi, Don y Campbell, John H., *Into the Minds of Madmen*.

<sup>54</sup> Pimentel, Stanley A.: «Interview of Former Special Agent of the FBI Roger L. Depue (1968-1989)», Society of Former Special Agents of the FBI, [nleomf.org/assets/pdfs/nlem/oral-histories/FBI\\_Depue\\_interview.pdf](https://www.nleomf.org/assets/pdfs/nlem/oral-histories/FBI_Depue_interview.pdf).

<sup>55</sup> Morton, Robert J., editor: «Serial Murder: Multi-disciplinary Perspectives for Investigators», Federal Bureau of Investigation (Unidad de Análisis de Conducta-2, National Center for the Analysis of Violent Crime), [fbi.gov/stats-services/publications/serial-murder](https://www.fbi.gov/stats-services/publications/serial-murder).

<sup>56</sup> Swartout, Kevin M.; Koss, Mary P.; White, Jacquelyn W.; Thompson, Martie P.; Abbey Antonia y Bellis, Alexandra L.: «Trajectory Analysis of the Campus Serial Rapist Assumption», *JAMA Pediatrics* 169, n.º 12 (páginas 1148-1154), diciembre de 2015.

<sup>57</sup> Lisak, David y Miller, Paul M.: «Repeat Rape and Multiple Offending Among Undetected Rapists»,

*Violence and Victims* 17, n.º 1 (páginas 73-84), 2002.

<sup>58</sup> Morton: «Serial Murder: Multi-disciplinary Perspectives for Investigators».

<sup>59</sup> Miller, T. Christian: «The FBI Built a Database That Can Catch Rapists—Almost Nobody Uses It», ProPublica, 30 de julio de 2015.

## 8. “ALGO EN SU FORMA DE CONTARLO...”

Martes, 12 de agosto de 2008  
Lynnwood, Washington

El subinspector Mason recordaba a la mujer, la había visto el día anterior.

Cuando entró en el apartamento de Marie por primera vez, estaba en el sofá con ella. Fue una de las primeras personas a las que la joven llamó para pedir ayuda, y la había acompañado al hospital.

Ahora, un día después, estaba sentada a su lado —en su acogedora casa de una planta, situada en una calle sinuosa flanqueada por árboles altos de hoja perenne—, diciéndole que se preguntaba si Marie se lo habría inventado.

La confidente de Mason no era una amiga con la que se había enemistado y que ahora contaba rumores a la policía, ni un ex movido por el resentimiento. Era la madre de acogida de Marie.

Cuando había llamado a Mason, esa misma mañana, Peggy se identificó con su nombre, pero le dijo que prefería conservar el anonimato. No quería que Marie acabara enterándose de lo que iba a decir. A Mason, acostumbrado al mundo clandestino de las investigaciones sobre drogas, aquella petición no le extrañó, con lo que accedió a proteger la identidad de Peggy. No mencionaría su nombre en el informe sobre la llamada de teléfono; y de la siguiente conversación, la que estaban teniendo en persona, ni siquiera redactaría un informe.

Hablaron en la sala de estar de Peggy, que escogió cuidadosamente sus palabras. No dijo: «Marie miente». No podía decir eso porque no lo sabía. Lo que Peggy tenía era una sospecha, la sensación de que había algo raro.

El escepticismo de Peggy no procedía de una fuente concreta. Tenía raíces profundas y enmarañadas, donde se mezclaba lo que sabía de Marie tras los años que había pasado cuidándola, lo que había visto el día anterior y lo que le había contado una persona muy cercana a la joven.

Peggy tenía un máster en terapia mental. Había sido coordinadora de

programas de acogida y en aquel momento era defensora del menor en un albergue para indigentes. Años después, trabajaría en distintos colegios como asistente para estudiantes con necesidades especiales. Peggy tenía en casa un ejemplar del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, un enorme compendio publicado por la Asociación Estadounidense de Psiquiatría que clasifica los trastornos y al que recurren médicos y otros especialistas. Creía que Marie podía encontrarse entre aquellos cientos de páginas; que su pasado turbulento le había causado algún tipo de trastorno de la personalidad que se manifestaba en relaciones superficiales y cierta tendencia al melodrama. «Y es comprensible. Probablemente se había pasado toda su vida recurriendo a su historia para recibir atención», explica Peggy. ¿Tendría un trastorno histriónico de la personalidad? Peggy no estaba segura, pero en ocasiones se lo preguntaba.

Unos días antes de denunciar su violación, Marie había ido de pícnic con Peggy, el novio de Peggy y las hermanas adolescentes que ahora acogía en su casa. «Y fue un auténtico espectáculo —dice Peggy—. Me dio la sensación de que intentaba acaparar toda mi atención». Peggy pensó que quizá Marie estuviese compitiendo, que estaría celosa de sus nuevas hijas de acogida. Y le preocupaba que no fuera consciente de la imagen que estaba dando. «Había un chico mirándola porque estaba armando un escándalo increíble. Intenté hablar con ella para que bajase un poco el tono, le dije: “Estás dando la nota muchísimo. Primero, es muy desagradable. Y segundo, hay un chico ahí mirándote, y no sabes qué...”».

El día anterior, cuando Marie la llamó para decirle que la habían violado, Peggy estaba indecisa. Sabía que tenía que tomárselo en serio. Y fue lo que hizo: se dirigió a toda prisa al apartamento de Marie y llegó al mismo tiempo que los primeros agentes. Sin embargo, de camino la atormentaba otra idea. «Una parte de mí me decía que, a veces, su *modus operandi* consistía en llamar mucho, muchísimo la atención, y decir cosas para que la gente reaccionase. Va con su personalidad». La propia llamada telefónica, la voz de Marie, sembró dudas en Peggy. «Tenía un tono peculiar, no sabría explicarlo. No me parecía real. Sonaba como si algo... sonaba un poco a teatro, en cierto sentido. En plan: “Oh, Dios santo”».

Al llegar al apartamento, Peggy encontró a Marie en el suelo, llorando. «Pero fue muy extraño, porque me senté a su lado, empezó a contarme lo que había pasado y tuve... A ver, a mí me encanta *Ley y orden*, y tuve una sensación

rarísima. Me pareció que me estaba contando el guion de un capítulo de *Ley y orden*». Por un lado, fue por lo que decía Marie: ¿cómo iba a usar el violador un cordón para atarla? Me pareció extravagante. ¿Es que un cordón es lo bastante resistente para sujetar a alguien? ¿Por qué no llevó una cuerda o esposas? Por otro, fue por cómo lo decía: «Estaba indiferente. Mostraba indiferencia. Indiferencia emocional con lo que decía».

A Peggy también le dio que pensar que Marie dijese que el violador había sacado fotos. La sospecha se convirtió en suposición. Se preguntó si Marie se habría metido en algún lío. A lo mejor había dejado que alguien le hiciese fotos explícitas, que ahora iban a subir a internet, y era una forma de cubrirse.

Peggy se sentía fatal por albergar ese escepticismo. No quería creer que Marie estuviese mintiendo. Además, al margen de sus dudas, mientras estuvo en el apartamento de Marie —viendo a la policía trabajar, viendo a distintas personas consolarla—, a Peggy le dio la sensación de que era la única que las tenía.

Luego descubrió que se equivocaba.

\* \* \*

A Shannon —la otra figura materna de Marie, la madre guay de la familia de acogida transitoria— las dudas le entraron en cuanto se enteró.

«Me acuerdo perfectamente —explica—. Estaba en el balcón cuando me llamó y me dijo: “Me han violado”. Con un tono muy neutro, sin emoción».

Marie había llamado a Shannon el lunes, al salir del hospital. Ella le preguntó cómo estaba y Marie le dijo que bien, que iba a dormir en casa de una amiga y poco más. Cuando el marido de Shannon volvió a casa, lo puso al corriente de la llamada de Marie. También le dijo que no sabía si creerla. «Había algo en su forma de contarlo que me hizo preguntarme si la habían violado de verdad. Era su tono de voz. No había ninguna emoción, era como si me contase que se había hecho un sándwich. En plan: “Acabo de hacerme un sándwich de pollo”».

Shannon sabía que Marie era muy sensible. La había visto llorar. Ese estoicismo no era propio de ella.

Además, Shannon tenía otro motivo más personal para dudar de Marie.

No tenía que imaginarse cómo sería estar en su posición, pues había vivido lo mismo, o al menos algo muy parecido. «De pequeña abusaron de mí

—explica Shannon—. Y, ya adulta, me violaron». En ambas ocasiones, cuando lo contó (pasados nueve años, en el caso de los abusos), Shannon no se mostró estoica en absoluto. «Estaba histérica, sensible, llorando. Sí. Avergonzada». Shannon y Marie se parecían muchísimo, ¿cómo era posible que ahora Marie fuese tan distinta?

Antes de que Peggy llamase a Mason el martes, Shannon y Peggy habían hablado por teléfono —la noche anterior o esa misma mañana—: dos madres compartiendo impresiones. Peggy le contó a Shannon que, poco antes de que Marie denunciase la violación, habían discutido. Marie tenía una bici en casa de Peggy y quería pasar a recogerla, pero ella le había dicho que no, que quería descansar un rato, y Marie se cabreó. Peggy le dijo a Shannon que, aunque le dolía pensarlo, a lo mejor Marie veía la historia de la violación como una forma de recibir la atención que no había tenido hasta entonces.

—No sé qué demonios pasa —le dijo Peggy a Shannon—. No sé si...

—Peggy, no eres la única que no la cree —le respondió Shannon.

A las dos les extrañaba que Marie estuviese contándole a todo el mundo su experiencia traumática, llamando a un amigo detrás de otro para decirle: «Me han violado». Algunas de las personas a las que llamó nunca habían estado ahí para ella; incluso la habían tratado con desdén. La joven no estaba manejando la cuestión como algo privado y personal. No estaba siendo selectiva a la hora de contarlo. Ni Peggy ni Shannon tenían a Marie por mentirosa —exagerada, sin duda; con tendencia a llamar la atención, por supuesto—, pero ahora sabían que compartían dudas sobre si Marie se lo habría inventado.

Las dudas de Shannon reforzaron las de Peggy. Y las dudas de Peggy reforzaron las de Shannon.

Los celos de Shannon aumentaron el martes, el mismo día en que Peggy llamó a la policía. A Marie y a Nattie, su vecina de arriba, les habían asignado otros apartamentos para protegerlas en caso de que el violador volviese. Shannon fue a casa de Marie para ayudarla con la mudanza y, cuando Shannon entró a la cocina, Marie rehuyó su mirada. «Me pareció muy raro —afirma—. Siempre nos abrazábamos, siempre te miraba a los ojos». Mientras estaban en la habitación, Marie actuaba con naturalidad; nada sugería que la hubiesen violado allí mismo la mañana anterior. «Hacía sus cosas como si no hubiera pasado nada». Varios amigos de Marie se dejaron caer por allí, junto con su supervisor de Project Ladder, y salieron un rato al aire libre. «Estaba tonteando un poco con el tipo que dirigía el programa. Estaba

tumbada en la hierba, dando vueltas, soltando risitas y carcajadas. Un comportamiento rarísimo».

Shannon pasó el día entero con Marie, reparando en todos esos detalles extraños. La auténtica sorpresa llegó esa tarde, cuando las dos fueron a comprar. Marie necesitaba sábanas nuevas porque la policía se había llevado las suyas como prueba. Fueron a la misma tienda donde Marie había comprado las sábanas y la colcha anteriores —las que tenía puestas cuando, según ella, la habían violado—, y se puso hecha una furia al no encontrar el mismo juego. Fue el único momento del día en que Shannon vio a Marie enfadarse; para ella no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Por qué quieres tener las mismas sábanas, que te lo recuerden? —le preguntó.

—Porque me gustan —respondió Marie.

A Shannon le chocó tanto la actitud de Marie que intentó ponerse en contacto con un centro especializado en crisis para entender mejor las distintas formas de reaccionar a una violación. Encontró un número en internet, pero no respondieron.

Ese martes, en casa de Peggy, Mason estaba escuchando las dudas de las dos madres de acogida. Peggy le pareció sincera, franca. Mostró su preocupación por Marie, pero se sentía en el deber de compartir esa información. Le dio su opinión sobre la personalidad de Marie; le comentó su hipótesis sobre las fotografías explícitas.

Al ser su última madre de acogida, Peggy creía conocer bien a Marie. Lo mismo les ocurría a los responsables de Project Ladder, el programa que la apoyaba en su transición a la independencia. Uno de los coordinadores le había mencionado a Mason que, antes de que Marie denunciase su violación, había pedido varias veces un cambio de apartamento. El coordinador no se presentó y dijo: «Creo que está mintiendo, creo que se ha inventado la historia para salirse con la suya». De hecho, Mason ni siquiera mencionó el comentario del coordinador en un informe, lo que indica el poco valor que le dio en ese momento. Pero se le quedó grabado. Y ahora lo sumó a las sospechas de Peggy. Por separado, ni una cosa ni la otra tenían demasiado valor. Juntas, cobraban cierto peso.

Cuando Mason se marchó de casa de Peggy, no sabía si Marie estaba mintiendo. Pero para él la cuestión ya estaba sobre la mesa.

«Y era una cuestión a la que había que responder», afirma.

El miércoles, Marie volvió a la comisaría de Lynnwood para entregarle a Mason su declaración por escrito. Había llenado las veinticuatro líneas del formulario, escribiendo unas cuatrocientas palabras sobre la violación y lo que había hecho justo después.

«Cuando se fue, cogí el teléfono (lo tenía justo al lado de la cabeza) con la boca e intenté llamar a Jordan otra vez».

Jordan no respondió, así que llamó a su madre de acogida.

«Cuando colgamos, intenté desatarme. Probé con un cuchillo de cocina, pero no podía, así que busqué unas tijeras y me solté».

Esa secuencia llamó la atención de Mason. No coincidía con lo que Marie le había contado. Dos días antes, cuando pasó por comisaría justo después del examen forense en el hospital, Marie había dicho que primero cortó los cordones; luego fue cuando intentó llamar a Jordan, y después a Peggy. En su declaración por escrito invertía el orden: sostenía que aún estaba atada cuando empezó a usar el teléfono.

Mason se apuntó mentalmente la contradicción. Le hizo a Marie varias preguntas más, sobre su relación con Jordan («exnovio y ahora buen amigo») y sobre los guantes que llevaba el violador («de látex, creo»), y luego le dio las gracias por ir y le dijo que volvería a ponerse en contacto con ella a medida que avanzase la investigación.

El jueves por la mañana, Mason entrevistó a Jordan en su casa. Era 14 de agosto, tres días después de la denuncia de violación.

Jordan le habló a Mason de su relación con Marie. Ya no salían, pero seguían siendo buenos amigos. La veía una o dos veces por semana en los grupos de estudio de la iglesia y hablaban por teléfono a diario, de todo un poco. Su conversación a altas horas de la madrugada justo antes de la agresión no tenía nada de extraordinario, según le confirmó Jordan al subinspector.

Mason le preguntó si Marie había intentado llamarlo el lunes por la mañana —tras el ataque— sin que él respondiera. Jordan comprobó su teléfono y ahí estaba la confirmación: una llamada perdida de Marie a las 7:43. Aquello encajaba: Marie probó a llamar a Jordan a las 7:43, luego habló con Peggy y, acto seguido, llamó a su vecina, que bajó a su apartamento y llamó a la policía a las 7:55.

Mason le preguntó si Marie le había contado lo ocurrido aquella mañana.

Jordan respondió que Marie le había dicho que marcó su número con los dedos de los pies, porque aún estaba atada. El policía apuntó el detalle en su informe. Si el relato de Marie del lunes era la versión 1 (cortó los cordones y luego llamó) y el del miércoles la versión 2 (llamó y luego cortó los cordones), aquella podía considerarse una versión 2A: primero llamó y luego los cortó, pero con un nuevo detalle: marcó con los dedos de los pies.

En ningún momento de esa entrevista Jordan dijo que Marie podía haber mentido sobre la violación. Mason tampoco se lo preguntó.

El jueves por la tarde, Mason llamó a Marie para preguntarle si podían verse. Dijo que podía pasar a recogerla para llevarla a comisaría.

«¿Ha pasado algo?», le preguntó Marie al subinspector.

Mason no fue solo a recoger a Marie. Lo acompañaba el oficial Jerry Rittgarn.

Mason le dijo a Rittgarn que ya no creía a Marie. Le repitió la pregunta de la joven: «¿Ha pasado algo?». Mason sabía por experiencia que cuando alguien preguntaba si había pasado algo, casi siempre había pasado. Mason también justificó su conclusión con otras razones, aunque el informe en el que Rittgarn plasmó esa conversación era irritantemente inexacto: «Me dijo que, a tenor de las distintas entrevistas y contradicciones entre Marie, su madre de acogida y su amigo Jordan, con el que había hablado por teléfono antes de llamar a la policía, él y otras personas creían que [Marie] se había inventado la historia».

El foco de la investigación había cambiado: esa tarde Mason y Rittgarn no entrevistarían a Marie como a una víctima; la interrogarían como a una sospechosa.

Durante más de medio siglo, los interrogatorios policiales en Estados Unidos se han abordado con un enfoque particular. Al igual que el kit de violación, este instrumento investigativo nació en Chicago de la mano de un policía, John E. Reid, que se hizo famoso por sonsacar confesiones sin recurrir a la fuerza. Reid aspiraba a conseguir la verdad mediante palabras, expresiones y muestras de simpatía, en lugar de porrazos y cables. Cultivó hasta tal punto esa capacidad que dejó la policía de Chicago para empezar a formar a otros agentes en la que acabaría conociéndose como Técnica Reid.

En 1962, Reid transmitió al gran público los cimientos de su técnica como coautor del libro *Essentials of the Reid Technique: Criminal Interrogation and Confessions*. Desde ese momento, su método empezó a ganar adeptos a

gran velocidad: cientos de miles de investigadores acudieron a seminarios «en Estados Unidos, Canadá, México, Europa, Sudamérica y Asia», según la bibliografía sobre la Técnica Reid<sup>60</sup>. La técnica «se convirtió en una suerte de poderosa sabiduría popular, interiorizada por generaciones de policías», señalaba un artículo de la revista *Wired*, que añadía: «A pesar de su apariencia científica, apenas hay una base de ciencia que la sustente»<sup>61</sup>. Tanto Mason como Rittgarn habían recibido cursos. Mason en 1994, cuando era agente en Oregón. Durante el curso de tres días, su profesor, Louis Senese, que llevaba décadas enseñando esa técnica, hizo hincapié en un principio para interrogar a cualquier sospechoso de estar mintiendo: «Nunca les permitas darte negativas. La clave está en callarlos»<sup>62</sup>.

Una entrevista policial es un proceso no acusatorio que busca conseguir información. Un interrogatorio, en cambio, es acusatorio; un acto de persuasión. «El interrogatorio se realiza únicamente cuando el investigador tiene una certeza razonable de la culpabilidad del sospechoso», explica *Essentials of the Reid Technique*<sup>63</sup>.

Con la Técnica Reid, los interrogadores usan preguntas provocadoras y se les enseña a evaluar las respuestas. Una de las preguntas estrella es: «¿Qué tipo de castigo crees que se merece la persona que ha hecho esto?». Cuanto más esquiva sea la respuesta («Hombre, depende»), más posibilidades de culpabilidad. El interrogador puede valerse del engaño y la confusión; puede afirmar que un testigo ha dicho algo que no ha dicho («Dice que te vio hacerlo») o que las pruebas físicas muestran algo que no es cierto («Hemos encontrado tus huellas en el arma»). Se supone que una persona inocente no morderá el anzuelo. Los interrogadores aprenden a evaluar la actitud verbal: ¿Una respuesta categórica? Creíble. ¿Una respuesta matizada con expresiones vacías como «por lo general» o «normalmente»? No tanto. Las sílabas recalcadas son buena señal: «Yo-no-he-si-do»; el balbuceo es mala: sugiere falsedad.

La Técnica Reid también otorga un enorme valor a la interpretación del lenguaje corporal. Los interrogadores estudian los pies, la postura y el contacto visual. «Los sospechosos que mienten no suelen mirar al policía a los ojos; miran al suelo, hacia un lado o al techo, como si buscasen la inspiración divina para responder», afirma *Essentials of the Reid Technique*<sup>64</sup>. Que un sospechoso se lleve las manos a la cara —para taparse la boca, por ejemplo

— también puede indicar que miente: «En este caso, el sujeto habla literalmente a través de los dedos, como si quisiera aferrar con las manos las palabras incriminatorias que pudieran salir de su boca»<sup>65</sup>.

Cuando los investigadores están convencidos de que un sospechoso es culpable, se muestran más cercanos, como haría un vendedor. Si un sospechoso empieza a negar su culpabilidad, el interrogador lo detiene en seco: levanta la mano, haciendo el gesto universal de «para», o gira la cabeza, sugiriendo desinterés. «Cuantas más veces niegue un sospechoso su implicación en un delito, menos probable es que acabe diciendo la verdad», sostiene *Essentials of the Reid Technique*<sup>66</sup>. Luego, el interrogador ofrece al sospechoso una forma de salvar la cara («Macho, con lo poco que te pagan, ¿quién puede culparte por trincar un poco más?») que minimice su culpabilidad moral. En cuanto a las repercusiones legales de la confesión, se instruye a los agentes para evitar el tema: «Desde el punto de vista psicológico, no conviene mencionar las consecuencias o los posibles efectos negativos a los que podría enfrentarse un sospechoso si decide contar la verdad»<sup>67</sup>.

¿Y qué pasa cuando el sospechoso confiesa? Los agentes empiezan a escribir.

Mason y Rittgarn encontraron a Marie fuera de su apartamento, sentada en la hierba a media tarde. La llevaron a comisaría y la acompañaron a una sala de interrogatorios.

A juzgar por lo que Mason escribió después, no se anduvo con demasiados rodeos y le explicó a Marie que había contradicciones entre sus declaraciones y los relatos de otros testigos. La joven no se defendió de inmediato, al menos no como los investigadores esperaban que hiciese alguien que decía la verdad. No «se opuso firmemente, insistiendo en que la habían violado», escribió Rittgarn. Marie les dijo que no era consciente de que hubiese contradicciones. Volvió a repasar la historia, pero en esa ocasión —y aquello resultó revelador para ambos agentes— dijo que creía que la habían violado, en vez de jurarlo sin la más mínima duda.

Marie describió entre lágrimas su pasado —los abusos, la inestabilidad— y la soledad que sentía en ese momento.

Años más tarde, Marie recordaría que el punto de inflexión del interrogatorio se produjo cuando los policías le dijeron que dos personas dudaban de su

versión.

—Peggy no se cree tu historia —le dijeron—. Jordan tampoco te cree.

Para Marie, esos dos nombres fueron un auténtico shock. No sabía qué pensar.

—¿Por qué ha dicho eso Jordan? —preguntó.

Pero solo obtuvo una respuesta suspicaz.

—No lo sé, dímelo tú.

Rittgarn le explicó a Marie que su historia y las pruebas no encajaban. Le aseguró que el kit de violación no corroboraba su versión; le dijo que creía que se la había inventado en un arrebato de improvisación, no de forma premeditada. A Rittgarn le pareció que Marie le estaba dando la razón, con lo que preguntó:

—¿De verdad hay un violador suelto y la policía tiene que buscarlo?

Marie, con la voz tenue y la mirada gacha, dijo que no.

«A juzgar por sus respuestas y su lenguaje corporal, estaba claro que [Marie] mentía sobre la violación», escribió Rittgarn.

Sin leerle la advertencia Miranda —el derecho a un abogado y a guardar silencio—, los investigadores le pidieron que escribiese la historia real, admitiendo que había mentido; admitiendo, en resumen, que había cometido un delito. Ella accedió, y la dejaron sola unos minutos. Puso su nombre, dirección y número de la Seguridad Social en el formulario, y luego escribió:

Esa noche estuve hablando con Jordan por teléfono de lo que había hecho ese día, de esto y de aquello. Al colgar, empecé a pensar en todas las cosas que me estresaban, y en que me daba miedo vivir sola. Cuando me fui a dormir, soñé que alguien entraba en la casa y me violaba.

Cuando los agentes volvieron, se encontraron con que la declaración de Marie describía la violación como un sueño, no una mentira.

—¿Por qué no has escrito que te inventaste la historia? —preguntó Rittgarn.

Marie, llorando, respondió que creía que la habían violado de verdad.

—Esto ya lo hemos hablado —le dijo Rittgarn—. Ya nos has dicho que no hay un violador por ahí suelto.

Marie dio un golpe en la mesa y dijo que estaba «casi segura» de que la había violado.

Mason no supo cómo interpretar aquello. Primero, contundencia; luego,

respuesta matizada: dos señales completamente distintas.

—¿Casi segura o segurísima? —le preguntó Rittgarn.

—A lo mejor me violó de verdad, pero me desmayé —respondió Marie.

—¿Qué crees que debería pasarle a quien miente sobre este tema?  
—continuó Rittgarn.

—Igual tendría que hablar con un abogado —dijo Marie.

Mason volvió a las pruebas. Le explicó que su descripción de la llamada a Jordan no coincidía con la del joven. Marie, llevándose las manos a la cara, miró al suelo. Luego «sus ojos se movieron de un lado a otro, como si estuviese pensando qué responder», escribió Rittgarn.

Los agentes retomaron lo que Marie había dicho antes —que estaba estresada, que se sentía sola—; al final, la joven pareció relajarse. Dejó de llorar, e incluso soltó una risita. Tras disculparse, accedió a redactar otra declaración que no dejase lugar a dudas: su historia era mentira.

Me han pasado muchas cosas estresantes últimamente, quería salir con alguien y todo el mundo estaba ocupado, así que me inventé la historia sin sospechar que llegaría tan lejos [...] Se ha convertido en un problemón [...] No sé por qué no se me ocurrió otra cosa. Esto no tenía que haber pasado.

Esa declaración satisfizo a los agentes. «A juzgar por nuestra entrevista [con Marie] y las contradicciones halladas por el subinspector Mason en varias declaraciones, estábamos convencidos de que ahora [Marie] nos estaba contando la verdad, de que no la habían violado», escribió Rittgarn.

A Marie le pareció que el interrogatorio había durado horas. Hizo lo que siempre hacía cuando se estresaba, «apagó el interruptor», como solía decir, eliminando las sensaciones con las que no sabía qué hacer. Antes de confesar que se había inventado la historia, era incapaz de mirar a los dos agentes, a los dos hombres, a los ojos. Luego pudo. Luego sonrió. Fue al baño a asearse. Apagar el interruptor era un alivio; por fin estaría tranquila.

Mason, que ya tenía una retractación escrita, firmada y con testigos, supuso que el caso estaba cerrado.

El viernes, Marie llamó a su supervisor de Project Ladder hecha un manojo de nervios. Le dijo a Wayne que el día anterior había hablado con la policía; que no la creían, que no creían que la hubiesen violado. No quiso darle más detalles por teléfono, prefería hablar en persona. Pero dijo que quería un abogado.

Cuando colgaron, Wayne llamó a Jana, una de las coordinadoras de Project

Ladder, que le aconsejó que se pusiera en contacto con el subinspector Mason.

Y eso fue lo que hizo Wayne. Llamó al subinspector, que le explicó que las pruebas no confirmaban la historia de Marie y que la joven había firmado una declaración escrita en la que admitía habérselo inventado todo.

Wayne puso a Jana al corriente y le sugirió que ella también llamase a Mason. Tras hablar con el policía, Jana le dijo a Wayne que dejaran a Marie pasar el fin de semana con sus amigos. El lunes abordarían la cuestión.

Después del interrogatorio con los agentes, Marie también hizo dos llamadas para ver qué estaba pasando.

—¿Cómo que no me crees? —le preguntó a Jordan.

—¿Qué dices? —respondió—. Pero ¿qué me estás contando? Pues claro que te creo.

—Pues la policía dice que no.

—Claro que te creo. Lo sabes de sobra.

Cuando Marie llamó a Peggy, la respuesta fue distinta. La mujer le confesó que sí, que tenía dudas sobre su historia. Peggy le dijo que cuando la llamó la mañana en que había denunciado la violación, sus primeras palabras no fueron: «Me acaban de violar». Lo primero que dijo Marie fue: «Me acaban de robar». Marie no recordaba haber dicho eso, pero habían vaciado su bolso en el suelo; quizá dijo algo sobre su licencia de aprendizaje o su cartera. Peggy también mencionó la discusión sobre la bici, y lo mucho que se había enfadado Marie cuando le dijo que quería descansar. Quizá esa historia fuese una forma de contraatacar.

Aquello le dolió muchísimo a Marie. ¿Creía que se había inventado una violación por eso?

El lunes, 18 de agosto, Jana y Wayne quedaron con Marie en su nuevo apartamento, en un edificio situado frente a su antigua casa, al otro lado de la calle. Ya había pasado una semana desde que Marie denunciase su violación.

Jana le explicó lo que el subinspector Mason les había contado sobre la retractación; Marie aseguraba que la habían coaccionado. La policía la tuvo tanto tiempo en comisaría que firmó la declaración para poder salir de allí.

—Entonces la policía debería estar buscando a un violador, ¿verdad? —preguntó Jana.

—Sí —respondió Marie.

—Pues eso tienes que decírselo a la policía.

Wayne no creía a Marie, como escribió en su informe sobre el caso. Tras oír la descripción de las pruebas por parte de la policía, Wayne estaba convencido de que no habían agredido a Marie. Le dijo que, de estar mintiendo sobre la violación, incurriría en una denuncia falsa. Eso era un delito, motivo suficiente para echarla de Project Ladder. Perdería su casa.

Sin embargo, Marie no se echó atrás. Así pues, los tres fueron a la comisaría para que Marie pudiera retractarse de su retractación; para que les contase a los agentes que la primera vez había dicho la verdad.

Al llegar, les dijeron que Mason no pasaría por allí en todo el día, pero que Rittgarn sí estaba en comisaría. El oficial quiso que hubiese un segundo agente en la sala, con lo que buscó al subinspector Rodney Cohnheim, supervisor de la Unidad de Delitos contra las Personas, y le pidió que lo acompañase. Cohnheim estaba en un seminario de formación en Dallas cuando Marie denunció su violación, así que Rittgarn lo había puesto al corriente sobre el caso y la retractación de Marie cuatro días antes. Luego llevaron a la joven a una sala de interrogatorios en el piso de arriba mientras Jana y Wayne esperaban abajo.

Marie le dijo a Rittgarn que la habían agredido, que no se estaba inventando la violación. Rompió a llorar, asegurando que tenía clavada la imagen del hombre sobre ella.

Rittgarn no se conmovió un ápice: cuando puso la declaración de Marie en un informe por escrito, entrecomilló la palabra «hombre». Rittgarn le dijo que ya habían pasado por ahí. Marie ya había admitido que no quería estar sola. Ya había admitido que mintió. Ya había admitido que falseó las pruebas.

—Quiero hacer la prueba del detector de mentiras —dijo Marie.

—Si te hago el polígrafo y no lo pasas, te mando de cabeza a la cárcel —respondió Rittgarn.

La amenaza estremeció a Marie, que dio marcha atrás, vacilante. Dijo que a lo mejor la habían hipnotizado para que creyese que la habían violado.

Para Rittgarn, aquello fue la gota que colmó el vaso. Era «la cuarta historia absurda», como escribiría en su informe, que Marie les contaba: la violaron, se desmayó, lo soñó, la hipnotizaron. El agente le dijo a la joven que, si la conectaban a un polígrafo, no le preguntarían: «¿Lo soñaste? ¿Te desmayaste? ¿Te hipnotizaron?». La pregunta sería: «¿Te violaron?». Y le garantizó que, si mentía, no solo la mandaría a la cárcel, sino que pediría a Project Ladder que le quitasen el alojamiento.

Esta vez, Marie se echó atrás.

Dijo que había mentido.

Volvió a la planta baja acompañada por los agentes. Wayne y Jana estaban esperándola.

«Entonces, ¿qué?», preguntó uno.

«¿Te violaron?».

\* \* \*

Esa misma semana, el Programa Estatal para la Compensación de las Víctimas de Delitos escribió al Departamento de Policía de Lynnwood para pedir información sobre el caso de Marie. En la carta se solicitaba el informe del delito, los informes de seguimiento y cualquier otro documento que pudiese ayudar a determinar si Marie tenía derecho a cobertura. «El objetivo del programa es prevenir que las víctimas con derecho a ayuda pasen por más adversidades y sufrimiento, ofreciéndoles prestaciones cuanto antes», explicaba la carta. El programa lo cubría todo: desde terapia mental a gastos médicos, pasando por salarios perdidos.

El 25 de agosto —dos semanas después de que Marie denunciase su violación—, la policía de Lynnwood llamó al coordinador legal del programa para decirle que se olvidara del caso, que se trataba de una denuncia falsa: Marie no era víctima de una violación. Era una mujer que había mentido diciendo que la habían violado.

Para Marie, esas dos semanas fueron una espiral. Antes de retractarse había dejado su trabajo en Costco: era incapaz de estar ahí, de cara al público; tenía la cabeza en otro sitio. Lo había intentado, trabajó un par de días más ofreciendo muestras de comida gratis a los clientes. Pero un día, al salir del trabajo y volver a casa, llamó para decir que no volvería.

Después de la retractación, las pérdidas se acumularon. La vida normal que anhelaba —esa liberación de las ataduras y reglas que separan a los adolescentes de los adultos— se fue disipando por momentos: en Project Ladder le impusieron un toque de queda a las nueve de la noche y duplicaron sus citas con los coordinadores.

Jordan, sentado con ella en el porche, haciéndole compañía, oía las llamadas de amigos y antiguos compañeros de clase. Con cada tono del teléfono, Marie

lloraba más fuerte. Sabía para qué llamaban; para decirle que no podían creerse lo que había hecho, que eran incapaces de entender el porqué.

Cuando la policía anunció que Marie se había retractado, su mejor amiga del instituto —la que le enseñó fotografía, la que había retocado esa foto de Marie saliendo del agua— creó una página web donde hablaba de Marie y su mentira sobre la violación. La policía no había dado su nombre, pero su amiga sí. Incluso llegó a subir una foto de Marie, sacada de su página de Myspace. Cuando vio la web, Marie perdió los estribos, destrozó su apartamento. Avisó a Peggy y las dos fueron a casa de la amiga.

—¿Por qué has hecho eso?! —le preguntó Marie.

—No lo sé —le respondió.

La chica eliminó la página web en ese mismo momento, pero Marie se marchó igual de cabreada. Lo menos que podía exigir era una respuesta franca, no un mero «no lo sé». «Después de aquello dejamos de ser amigas. A una amiga no se le hace eso».

Marie tenía la sensación de estar cayendo por un pozo sin fondo. Aunque quizá lo que más le dolió fue una decisión que tomó Shannon. Desde hacía mucho tiempo, Marie había encontrado en su casa una vía de escape. Marie y Shannon salían a caminar por el bosque o dar un paseo en bote y, al caer la noche, se quedaba en casa de Shannon. Pero ahora, por miedo a convertirse en objetivo de otra acusación falsa, el marido de Shannon decidió que sería mejor que no se quedase a dormir. Si había sido capaz de inventarse una historia, ¿por qué no iba a hacerlo otra vez? «Cuando eres padre de acogida, te expones a eso», dice Shannon.

Le tocó a ella darle la noticia: Marie podía ir siempre que quisiera, pero no quedarse a dormir. Decir aquello fue devastador para Shannon. Escucharlo fue devastador para Marie.

Antes de que acabase el mes, Marie encontró una carta en el buzón.

Al abrirla, fue consciente de que no había tocado fondo. A pesar de todo lo que había perdido, corría el riesgo de perder aún más.

<sup>60</sup> Inbau: *Essentials of the Reid Technique* (página viii).

<sup>61</sup> Kolker: «A Severed Head, Two Cops, and the Radical Future of Interrogation».

<sup>62</sup> Starr: «The Interview».

<sup>63</sup> Inbau: *Essentials of the Reid Technique* (página 5).

<sup>64</sup> *Ibid.* (página 83).

<sup>65</sup> *Ibid.* (página 83).

<sup>66</sup> *Ibid.* (página 138).

<sup>67</sup> *Ibid.* (página 21).

## 9. LA SOMBRA INTERIOR

Lakewood, Colorado

Firmó el alquiler el 24 de junio de 2009. Masha y él empezarían su nueva vida en el 65 de Harlan Street, una casa con dos habitaciones y dos baños en Lakewood, Colorado. Era una casa de una planta, con enlucido gris y una valla de alambre baja, situada en una calle concurrida, a media manzana de una gasolinera, un taller mecánico y una carnicería. Los árboles altos, con su exuberante follaje estival, se elevaban sobre el tejado. Era un barrio deprimido, de casas pequeñas y bloques de apartamentos. El alquiler costaba 1150 dólares mensuales.

Quizá ese cambio diese un vuelco a su vida. Su madre y su padrastro vivían en las inmediaciones, al igual que su hermana, que trabajaba en un albergue para indigentes de Denver. Empezó a salir con amigos del instituto; jugaban al billar y tocaban la guitarra juntos. Masha encontró trabajo de camarera a jornada completa en el Olive Garden. Él empezó a trabajar en un gimnasio abierto las veinticuatro horas. Tenían un Shar Pei muy mimado, Arias; compraban en el King Soopers y se planteaban ser padres.

Sin embargo, el monstruo no descansaba: tenía sus propios ritmos —que él llamaba ciclos—. Durante semanas, o incluso meses, se sentía normal, llevaba una vida normal. Hacía pesas en el gimnasio, cenaba con sus padres, llevaba al perro al veterinario. Sin embargo, nunca duraba demasiado: el monstruo hacía acopio de fuerzas y el deseo de controlar, de someter, volvía a crecer en su interior. Sus noches se convertían en cazas del tesoro y se pasaba horas recorriendo los barrios con su camioneta o a pie, echando un vistazo a las casas, patrullando bloques de apartamentos. El ciclo alcanzaba su punto álgido, irrumpía en una casa, violaba. «Hay un ritmo claro —explicaba—: por un lado, está el tipo normal; por otro, el violador».

No siempre le salía bien. Una noche, tras semanas hirviendo por dentro, forzó con una palanca la ventana de la casa de una mujer de Golden, Colorado.

La barra que bloqueaba la ventana cayó al suelo, con gran estruendo, y se vio obligado a huir mientras la mujer llamaba a la policía. En otra ocasión, realizó un «reconocimiento excesivo» de la casa de una madre divorciada de Littleton, Colorado. Una noche, la mujer abrió la puerta trasera para dejar salir al gato y lo pilló acechando en el patio. «¡Vete ahora mismo!», le gritó. Cuando, pasadas unas semanas, volvió sigilosamente, la mujer había instalado una alarma.

Era un estudioso de la violación. Aprendía de cada fallo y descubrió que podía obtener información muy útil en Myspace: escudriñaba los perfiles de mujeres en busca de pistas que indicasen que eran mayores y estaban solas. Le parecían una presa fácil.

Así encontró a Doris. Su perfil indicaba que tenía sesenta y cinco años y estaba soltera. Tenía una casa en un pequeño barrio de veintiséis viviendas, cerca de una concurrida carretera de Aurora. Detrás de la casa se extendía una urbanización con largas hileras de edificios de dos plantas separadas por un callejón. Apostado tras un muro bajo de ladrillo, que separaba el callejón del jardín trasero de Doris, la observaba.

La mujer no iba por allí a menudo —casi siempre los fines de semana—. En una ocasión, se acercó a hurtadillas a la puerta y encontró una llave bajo el felpudo. Supuso que la habría dejado para un vecino. Qué predecible. Hizo una copia en una ferretería y volvió a dejar la original en su sitio; la mujer no había tenido muchas luces. Entró tranquilamente en la casa y comprobó que no tuviese armas. «Más vale evitar posibles imprevistos», se dijo. Se aprendió su nombre y vio en qué habitación dormía.

La violó el 4 de octubre de 2009. Que la mujer le preguntase por su familia y le recomendase buscar ayuda profesional le molestó. Acabó la agresión antes de lo que había previsto. Al marcharse, se llevó unas bragas, que guardó en el fondo de un amplificador de guitarra Career negro de quince vatios que tenía en su habitación del 65 de Harlan Street. Un trofeo.

Masha estaba empezando a molestarle. No hacía demasiadas preguntas cuando él regresaba tras una larga noche de acecho, pero siempre tenía que estar inventándose historias para justificarse: que si estaba en el bar, que si había salido con los amigos del instituto. Quería libertad absoluta y aquello no lo era. Una noche de febrero, le dijo: «Quiero estar soltero. Quiero estar solo».

Masha se esforzó por salvar el matrimonio. Le dejó espacio, se marchó a

Georgia a pasar un tiempo con una amiga de su etapa en Corea del Sur. Cuando volvió, al cabo de un mes, encontró unas braguitas negras de encaje entre los cojines del sofá y se lo echó en cara, cabreadísima. Él le dijo la verdad: se había acostado con una mujer en su ausencia.

No podía seguir casado con ella; así de sencillo.

Masha se quedó otro mes. Había gastado buena parte de su salario de camarera en ayudarle y ahora necesitaba ahorrar algo de dinero. Acordaron los términos de la separación: ella se quedaría con el Chrysler Sebring blanco de 2004. Él se quedaba al perro, Arias, y el otro vehículo: la camioneta Mazda blanca de 1993.

El acuerdo no lo dejó satisfecho. El Sebring era un sedán de tamaño mediano y aspecto inocuo; nadie repararía en él si lo viese aparcado en una calle residencial. Pero ¿y la camioneta destartada? Llevaba más de 285 000 kilómetros encima, el asiento delantero tenía agujeros por los que asomaba espuma amarilla, el retrovisor derecho estaba roto y la parte trasera estaba llena de trozos de madera vieja: daba bastante pena.

«La camioneta es algo más llamativa», pensó.

El 16 de abril de 2010, Masha volvió a Georgia en el Sebring.

Él ya era libre.

Se matriculó en el Red Rocks Community College, un centro de formación superior de Lakewood, situado sobre una suave loma que domina la US Route 6. Desde los inmensos aparcamientos que rodeaban los edificios bajos del campus, los estudiantes oían el zumbido constante de la autopista de cuatro carriles que atravesaba el centro de la ciudad. Dentro de las clases —con paredes de ladrillo canela y luces fluorescentes— el ruido desaparecía. Red Rocks no pretendía ser un centro de élite, pero tenía mucho que ofrecer a un veterano con el título del instituto. Se consideraba un tipo inteligente, pero no culto; les dijo a sus profesores que lo más largo que había leído en su vida era una página web.

Se zambulló en el plan de estudios de Humanidades; era un estudiante de primero que anhelaba nuevos horizontes de conocimiento. Estudió historia, antropología y filosofía —todo lo que explicase la mente humana—; leyó al teólogo católico Tomás de Aquino y al escéptico escocés David Hume, al filósofo político John Stuart Mill y al filósofo ético alemán Immanuel Kant, al existencialista francés Jean-Paul Sartre y al lingüista estadounidense Noam

Chomsky. Llenó de apuntes cientos de páginas de cuadernos de espiral, desperdigados sobre el escritorio de su despacho del 65 de Harlan Street. Tenía pensado especializarse en psicología.

No se creía todo lo que los profesores de Red Rocks le enseñaban. Algunos parecían no tener ni pajolera idea de cómo era el mundo real. Pero le encantaba descubrir cosas nuevas —sobre el universo, sobre epistemología, sobre sí mismo—. Impresionó a sus profesores y a sus compañeros de clase. Una mujer que trabajó con él en un proyecto para clase de psicología dijo que era «muy inteligente, probablemente el mejor de la clase».

La educación era una oportunidad para redefinirse, como le dijo a su profesor de Introducción a la Filología Inglesa. Se estaba esforzando por escribir algo extraordinario. Pero necesitaba ayuda:

Cuando reflexiono sobre mis trabajos anteriores, no puedo evitar avergonzarme al caer en la cuenta de lo insulsos e incoherentes que eran. Los grandes autores me han dado una lección de humildad, y solo espero que, algún día, pueda ser la mitad de habilidoso con las palabras que los escritores a los que más admiro.

Las clases de Antropología le dieron la oportunidad de adentrarse en el estudio de la sociedad y el poder. Veía por doquier entidades poderosas e impersonales que dominaban a las masas. En un examen, despotricó contra el capitalismo.

A través de los medios de comunicación, el sistema educativo y numerosas instituciones nos enseñan que la «riqueza» material es importante y en muchos casos «vital» para nuestra supervivencia. Así pues, todos los sistemas, ya sean de subsistencia, sociales, económicos o políticos, giran, para bien o para mal, alrededor del «todopoderoso» dólar.

Pero fue Melinda Wilding, su profesora de Introducción a la Filosofía, quien le brindó la oportunidad de entender uno de los elementos más misteriosos de su vida: el monstruo. Se había formado cierta idea sobre la dualidad de los hombres. Creía que todo el mundo tiene dos caras: la pública y la privada. Y la idea era una filosofía útil; le ayudaba a comprender —que no a justificar— su problema. Sin embargo, Wilding le presentó las obras de alguien mucho más versado en la mente humana: el psicoanalista suizo Carl Jung. «He ahí un hombre que entendía el mundo», se dijo el ávido estudiante.

Jung introdujo en el mundo moderno el concepto de los arquetipos, estructuras psicológicas universales que surgían de lo que él llamaba el «inconsciente colectivo» y que compartían todos los seres humanos. Se trataba de ideas abstractas sobre las personas, las situaciones y los conceptos, que resonaban en los rincones más recónditos de la mente. Los mitos, por ejemplo, se valían de los arquetipos: contaban la historia del guerrero, del embaucador, del hombre sabio. Jung denominó a uno de los arquetipos más importantes «la sombra» —un interior oscuro presente en todas las personas, a menudo ocultado o negado por el yo consciente—. Jung creía que para sentirnos completamente realizados teníamos que enfrentarnos a la sombra: reconocer su existencia sin abrazar sus siniestras aspiraciones.

Jung describió esa sombra —y los potenciales efectos catastróficos de hacer como si no existiera— en su clásico de 1938 *Psicología y religión*.

Por desgracia, no cabe duda de que el hombre es, en su conjunto, menos bueno de lo que se imagina o querría ser. Todos albergamos una sombra, y cuanto menos representada esté en la vida consciente del individuo, más negra y densa será. Si un complejo de inferioridad es consciente, uno siempre tiene la posibilidad de corregirlo. Además, siempre está en contacto con otros intereses, de suerte que se ve continuamente sometido a modificaciones. Sin embargo, si se reprime y se aísla de la conciencia, nunca llega a corregirse, y corremos el riesgo de que estalle de repente, en un arrebatado de inconsciencia<sup>68</sup>.

La epistemología de Jung era música para sus oídos. «Claro», pensó: reprimido, aislado, con riesgo de estallar.

Encontró así un nuevo proyecto: aprendería todo lo posible sobre el monstruo.

Wilding propuso a la clase un tema para escribir un ensayo. «¿Cuál es la sombra de tu vida?». Empezó su texto explicando por qué se había alistado en el Ejército tras los atentados del 11-S a pesar de su ideología progresista. Las fuerzas armadas activaron su «mentalidad guerrera». Pero, cuando abandonó el servicio, se llevó una sorpresa.

Comprendí que encender la «mentalidad guerrera» era mucho más fácil que apagarla. Mi «antiguo yo» diría que en el Ejército me lavaron el cerebro. Sin embargo, el «nuevo yo» entiende que soy un librepensador, igual que siempre; puede que incluso más. En muchos

sentidos, percibo que la «mentalidad guerrera» ha intensificado mi personalidad, mi individualidad y otros muchos aspectos de mi vida. No obstante, empiezo a descubrir que esta «energía» no siempre se manifiesta de forma positiva.

En realidad, no explicó sus deseos sombríos. La negrura de su sombra. Cómo lo controlaba. Solo que la mantenía en la oscuridad. Escribió que, «como todas las sombras personales, era hartó difícil discernir su faceta negativa, y en cierto sentido, durante mucho tiempo, llegué a engañarme creyendo que esas facetas negativas eran en realidad positivas».

Quería que Wilding lo supiese: había entablado una batalla contra su sombra. Confiaba en ganar, pero no podía estar seguro de la victoria.

Al igual que Jung, no creo que una persona pueda extinguir por completo sus sombras. Antes bien, lo mejor es responsabilizarnos al cien por cien de lo que somos, e integrar nuestras sombras en nuestro yo consciente. Como es natural, se trata de un proceso difícil, que no sucede de un día para otro. No obstante, se vuelve mucho más accesible cuando empezamos a cuestionarnos y a rechazar la idea de que nuestro pensamiento consciente y nuestro ego siempre llevan el control y la razón. A veces hay que cuestionar a la autoridad interior.

Wilding le reprochó que no hubiese aportado detalles sobre su sombra personal. «Ese era el objetivo de este ejercicio, pero respeto tu derecho a no hacerlo», le escribió. Bajo su frase final sobre cuestionar «a la autoridad interior», la profesora garabateó: «¿Por qué? ¿Cuándo?». Quería que abordase esa pregunta. Le puso un 8,7.

A Wilding su nuevo estudiante le pareció interesado y entusiasta. Era mayor que casi todos sus compañeros, pero era inteligente y se implicaba en los debates.

Años más tarde, cuando se enteró de su pasado, se hizo preguntas sobre las clases que le había dado. Lo tenía por un estudiante «brillante y perspicaz», de esos que «parecía querer aprender», cosa no siempre habitual en sus clases de filosofía. Pero ¿había conseguido ayudarlo a entender quién era de verdad? ¿O se había limitado a proporcionarle una justificación envuelta en una teoría modernista erudita, una forma de absolverlo de sus actos?

«En mi opinión, hacer referencia a un arquetipo junguiano es para él una forma de trasladar la culpa —explica—. Con esa maniobra se explica la

diferencia entre el bien y el mal; mientras tanto, sigue satisfaciendo su deseo de abusar de las mujeres, sus miedos y sus cuerpos».

Pagar la educación no le resultó difícil. Tras sus años en el Ejército tenía derecho a una prestación para retomar los estudios, por lo que, cada semestre, la Veterans Benefits Administration transfería a Red Rocks 3834,35 dólares en concepto de matrícula y tasas. Además, todos los meses la agencia le enviaba un cheque de 1531 dólares para el alquiler. Esa cantidad, basada en una fórmula matemática, era más de lo que pagaba por el 65 de Harlan Street. Así pues, el Gobierno de Estados Unidos también le pagaba el gimnasio, alguna que otra comida en Hooters y una suscripción al popular videojuego en línea *World of Warcraft*.

Cuando necesitaba más dinero, recurría a su sombra.

Se había pasado años escudriñando los rincones más oscuros de internet en busca de pornografía que lo aliviase. Porno de *bondage* y sadomasoquismo. Porno de violaciones. Porno de ancianas y adolescentes. Porno de mujeres desnutridas y enfermas, cuyos huesos se marcaban en la piel como a las víctimas de la hambruna. Buscaba lo soez, lo lúbrico, lo obsceno. En la pantalla de su ordenador había imágenes cada vez más violentas y alejadas de la realidad. Se masturbaba sin cesar. La búsqueda de porno lo consumía. La definía como una «adicción».

Esa costumbre no contribuía a saciar al monstruo, pero ideó la forma de hacerla rentable y empezó a crear sus propias páginas pornográficas.

Por las noches, se metía en su despacho del 65 de Harlan Street y empezaba a trabajar. Le decía a su mujer y a sus amigos que era diseñador de páginas web, pero en realidad se pasaba las noches merodeando por internet en busca de nuevas imágenes y vídeos. Luego subía a sus páginas web los enlaces a la página original. Cada vez que alguien visitaba su página y pinchaba en un enlace, cobraba una pequeña comisión. Puro marketing afiliado, uno de los modelos de negocio más básicos de internet. Cada mes, recibía un cheque de una empresa alemana que hacía de intermediaria entre él y las páginas asociadas. El dinero llegaba en euros a su cuenta del Elevations Credit Union de Boulder. Era un goteo de cheques: 520,57 dólares un mes, 355,78 el siguiente...

Empezó a soñar a lo grande. Puso una hoja en blanco sobre su escritorio y, en la parte superior, escribió: «El plan». Aspiraba a conseguir un sueldo de 1000

dólares al mes con una de sus páginas más populares, [anilos.com](http://anilos.com), con vídeos de ancianas. También confiaba en estabilizar el flujo de dinero que cobraba de una de las páginas asociadas en 2000 dólares al mes. Su estrategia consistiría en construir cada vez más páginas nicho, a un ritmo de una por semana, para conseguir más fuentes de ingresos. Al especializarse en perversiones cada vez más enfermizas, podía ganar dinero de verdad.

En Myspace, escribió que trabajaba de «pornógrafo». Acumuló una colección de más de 1,7 millones de imágenes y vídeos; algunos para su uso personal, otros para colgarlos en internet. Los guardaba en el disco duro de su ordenador del despacho. Se descargó TrueCrypt, un *software* gratuito para encriptar los archivos con algoritmos matemáticos complejos. Los mejores *hackers* del mundo —entre ellos los del FBI y la Agencia de Seguridad Nacional— consideraban que la tecnología de TrueCrypt era virtualmente inexpugnable. Varios años antes, cuando realizó el examen para entrar en el Ejército, la nota le habría permitido estudiar para ser criptógrafo. Ahora lo era.

Creó docenas de páginas web diseñadas para atraer a sus sombras gemelas. Con las que más dinero ganaba eran [skinnyteen.net](http://skinnyteen.net), [abusedteenwhores.com](http://abusedteenwhores.com), [grannypanties.net](http://grannypanties.net) y [hotteachersex.net](http://hotteachersex.net). En otras páginas había vídeos de violaciones. Y hasta de incestos. Aparecían mujeres en posturas grotescas —amordazadas, humilladas—; ancianas de pelo gris abiertas de piernas en la cama, o con hombres más jóvenes; y las había que parecían peligrosamente jóvenes. Otra página, [thinfetish.com](http://thinfetish.com), estaba pensada para quienes se excitaban con la delgadez extrema.

Nunca era suficiente. Para que el dinero fluyese, tenía que buscar sin descanso imágenes nuevas para subirlas a su nido de páginas web: el material fresco atraía a nuevos clientes y garantizaba la fidelidad de los viejos. Le dijo a un amigo que estaba harto del porno «cutre».

Quería algo más auténtico. Más real. Todo lo real posible.

Un mes después de que Masha se marchara a Georgia, se zambulló en el amor moderno: las citas por internet. Como de costumbre, se preparó meticulosamente. En su despacho había una estantería repleta de guías para ligar. Era un estudioso de *El método. Todo lo que necesitas para ser un seductor profesional*, de Neil Strauss, y de *El maestro de la seducción*, de Erik von Markovik. Los dos libros describían la transformación de HDM (hombres del montón) en irresistibles AS (artistas de la seducción), capaces

de llevarse a la cama a cualquier TSB (tía superbuenas). Revelaban la existencia de sociedades secretas donde expertos donjuanes se reunían para compartir sus técnicas de seducción. Se hablaba de la rutina Tic Tac (darle un caramelo Tic Tac a la chica y luego decirle: «Es de Huelva») y plantarle un beso)<sup>69</sup>; de la entrada de la pelusilla (llegar a un bar con una bolita de pelusilla en la mano, fingir que se la quitas del hombro a la chica y preguntar: «¿Desde cuándo la llevabas ahí?»); y de las ventajas de los colgantes que brillan en la oscuridad (la mejor forma de destacar sobre los demás y llamar la atención).

En el universo de los AS, las mujeres son «objetivos»<sup>70</sup>, y los libros incluían guiones para que los AS se saliesen con la suya. Algunos se centraban en las humillaciones verbales, o «negas». Un ejemplo:

Si tu objetivo te interrumpe, puedes decir «Hola, estaba hablando yo, ¿no?» o «Perdona, ¿me dejas acabar la frase?». Acto seguido, preguntas al grupo: «¿Esta es siempre así?», y pones cara de paciencia.

En otras palabras: bájale los humos a la TSB y quizá la confundas lo suficiente para que se fije en ti. Era psicología práctica.

Para encontrar mujeres, se registró en páginas webs de citas como OkCupid. También buscaba en la sección de «encuentros informales» en la página Craigslist de Denver —un batiburrillo infinito con fotos de pollas, porno *amateur* y ofertas descaradas de sexo, de hombres en su mayoría—. Cuando una mujer colgó un anuncio buscando a alguien para cenar, él respondió con una broma sobre su vida rutinaria.

Tenía pensado quedarme en casa leyendo (fascinante, ya lo sé), pero he decidido repasar la Craigslist de pe a pa y he visto tu anuncio. Podríamos tomar algo y echarnos unas risas.

Información básica:

32 años

1,89 100 kg

Divorciado

Leído, viajado, seguro de mí mismo, divertido y con buena conversación

No espero nada, solo quiero salir un rato

No fumo, no me drogo.

La anunciante era una fotógrafa aficionada. Él le dijo que le encantaría que le diese clases de fotografía. «Tengo una Canon Rebel XTi, pero doy pena haciendo fotos jaja! Podrías enseñarme algún truquito», y acababa con un emoticono sonriente.

A algunas mujeres les resultaba amenazante. Una vez, le dijo a una chica de veintiocho años de Denver que le gustaban las bajitas, con ropa sexy y un montón de maquillaje. «Todas las mujeres tienen la fantasía de la violación», añadió. En otra ocasión, se burló cuando una mujer de treinta y un años con la que había quedado le confesó que le gustaba The Sanctuary, un club sadomasoquista del centro de Denver que daba fiestas donde hombres y mujeres practicaban sadomaso con límites. El «maestro de la mazmorra» controlaba el nivel de violencia; todo el mundo tenía una palabra de seguridad, con la que detener de inmediato una situación incómoda; y la sangre y los juegos con heces estaban prohibidos. «Esa gente no sabe lo que es la dominación», le dijo.

Pero él sí; y eso era lo que le movía a buscar mujeres. «Las tanteaba —decía—. Las agarraba por la nuca, o del pelo. Si reaccionaban, lo sabía». Mujeres que pudiera dominar. Les hacía ponerse tacones y pintalabios estridentes. A veces, les pedía que cumplieren sus fantasías de violación. Le gustaba el sexo duro. «Lo que me iba era la humillación, la degradación en general», explicaba. Pero siempre consentido. «Trataba a las chicas con respeto. Nunca abusé de ellas; solo hasta donde querían».

Sin embargo, esos encuentros sadomasoquistas no le satisfacían. Acababa conociendo a las mujeres, con lo que dejaban de ser objetivos: eran gente real. «Era capaz de hacer todo tipo de locuras con una mujer atractiva e inteligente, que me gustase muchísimo, pero ahí también radicaba el problema —decía—: me gustaban y las conocía, y eso era precisamente lo que me cortaba el rollo. No conseguía sensaciones tan intensas».

Un día, navegando por OkCupid, se encontró con una mujer llamada Amy<sup>71</sup>. Tenía treinta y tres años y trabajaba de camarera en un club de *swingers* del sur de Denver. Bajo su pelo moreno y flequillo recto había una cara redonda con ojos enormes y expresivos. Cuando servía en las mesas, vestía uniforme de colegiala o bikini. En su perfil se describía con tres adjetivos: «sibilina», «curiosa» y «retorcida».

«Mi tipo de chica», se dijo, así que le mandó un mensaje: «Tengo curiosidad.

¿Retorcida en qué sentido?».

En su primera cita, la recogió en su casa y fueron a un bar a jugar al billar. Ella lo describió como un «auténtico caballero», cautivador e ingenioso. Él le dedicó una valoración espectacular en OkCupid: «Además de ser preciosa, también es una mujer sofisticada, con una mente que viaja a una velocidad endiablada».

«Eres una de las pocas personas de este mundo con las que me siento identificado», le escribió a la chica en otro mensaje.

No salieron durante mucho tiempo, pero siguieron en contacto. A ella le costaba dormir y él trabajaba hasta tarde en el mantenimiento de sus páginas porno, con lo que intercambiaban correos y mensajes de madrugada. Veía a Amy como una amiga en la oscuridad.

En una ocasión, ella le habló de un susto que había tenido en su bloque de apartamentos. Mientras iba por un pasillo, un hombre apareció de repente e intentó agarrarla, pero ella forcejeó hasta escapar. «El tipo acabará volviendo. Aún no se le da lo bastante bien, pero volverá y lo conseguirá», le dijo. En otras circunstancias, podría haberse tratado de él. «Lo único que impide que yo sea como el tipo que te atacó son mi familia y mi vida», le confesó.

Le dijo que era un sádico y que quería muchas parejas sexuales. Presumió de sus páginas porno y le describió sus fantasías sobre relaciones violentas y humillantes. Le dijo que las mujeres eran masoquistas que querían que los hombres les hiciesen daño y las controlasen. Llegó a afirmar que algunas mujeres disfrutaban cuando las violaban. «A algunas mujeres les gusta que el sexo las deje llenas de moratones porque disfrutaban cuando se compadecen de ellas», le dijo.

En ocasiones, usaba las técnicas que había aprendido en sus guías de seducción. Una vez, Amy tardó más de la cuenta en responder y le mandó un mensaje por Facebook: «Si tienes ganas de hablar, dejo la página de Facebook abierta un rato más. Si no, ya puedes ir a follarte a un vibrador gigante apoyado en una pila de libros que probablemente nunca hayas leído». Un buen «nega»; descolocarla para luego acabar con otro mensaje que revelaba emoción y entendimiento: «Cuando estábamos juntos te dije que sentía que me faltaba algo en la vida. Por fin he empezado a rascar la superficie para descubrir qué era. Es complicado. Aunque también es verdad que las personas como nosotros son complicadas. Mucho más de lo que piensas», escribió.

En agosto de 2010 empezó a salir con Carla, una chica de Denver de

veintiocho años. Un día la llevó a Green Mountain Guns, una armería regentada por una familia y situada en un pequeño centro comercial, para enseñarle una pistola que deseaba comprarse: una pequeña Ruger negra y plateada calibre .380.

Ese mismo mes, el 10 de agosto, violó a Sarah. Tras marcharse del apartamento de la víctima, empeñó su alianza y la de Masha. Luego fue al Departamento de Tráfico para hacerse un nuevo carné de conducir, e hizo una última parada: Green Mountain Guns, donde, usando su nuevo carné —y pagando 328,13 dólares en efectivo, entre ellos los 200 que le había robado a Sarah y el dinero de los anillos—, se compró la Ruger.

Al llegar a casa, guardó unas bragas de Sarah en el amplificador negro que había en su habitación.

Le envió una foto de su nueva arma a Carla.

Tenía dos trofeos.

En octubre de 2010, se buscó a un compañero de piso que le ayudase a pagar las facturas: su hermano pequeño, Michael. Bastaba cruzárselos por la calle para saber que eran familia. Él tenía treinta y dos años, pesaba cien kilos, medía metro ochenta y nueve y tenía el pelo rubio y los ojos castaños. A sus treinta años, Michael pesaba ciento cinco kilos, medía metro ochenta y ocho y tenía el pelo rubio y los ojos verdes. Los habían confundido más de una vez.

Sin embargo, las similitudes exteriores escondían profundas diferencias en su interior. Eran familia, pero no estaban unidos.

A veces, Michael lo ponía de los nervios. Le encantaba el deporte y sentía devoción por los Tennessee Titans, por lo que había colgado una bandera enorme del equipo de fútbol americano en su habitación. Además, entraba al despacho una vez al día, como poco, para ver los resultados de sus equipos de fútbol americano y baloncesto en las ligas *fantasy*. Él intentaba advertir a Michael: los deportes profesionales eran para los débiles de mente; una pérdida de tiempo «pensada para atontar al personal».

De eso se trataba: Michael era un tipo corriente y moliente. Había servido en el Ejército al acabar el instituto y, cuando cumplió su servicio, quiso jugar al baloncesto en un equipo universitario. Encontró su oportunidad en York College, una pequeña universidad cristiana en una pequeña localidad en plena llanura del sureste de Nebraska. Después de graduarse, no le encontró mucha utilidad a su título de Empresariales, con lo que volvió a Colorado para

ganarse la vida repartiendo muebles. Hasta que decidió apostar su futuro al trabajo más típico entre los hombres típicos y se matriculó en un curso de barbería en el Emily Griffith Technical College de Denver. Así era como se veía él, como una persona normal. Tenía una novia estable, una joven cristiana practicante que había conocido en el instituto, y un buen grupo de amigos con los que salían a cenar y al cine. Su filosofía de vida era mucho menos enrevesada que la de su hermano: «Voy a limitarme a vivir la vida y a buscar lo que me hace feliz».

Michael sabía que su hermano era distinto. Lo describía como «un tipo muy profundo; pero mucho. Y más listo que la hostia». Su hermano mayor no bebía, no fumaba y no se drogaba. «No tiene demasiados amigos. De hecho, no creo que tenga un mejor amigo». Era un hombre retraído, que vivía encerrado en su despacho del 65 de Harlan Street, con su ordenador. Nunca dejaba que Michael viese lo que hacía e insistió en que tuvieran cuentas separadas. «Yo no miro sus cosas, y estoy convencido de que él no mira las mías», decía Michael.

A Michael le impresionaba la cabeza de su hermano, pero también veía su faceta extravagante. Tenía la estantería llena de extraños libros sobre simbología, religiones antiguas y sociedades secretas, y de cuando en cuando hablaba de estrambóticas teorías de la conspiración. Su hermano no pensaba como la gente corriente. «Comparado con la gente normal, con la forma de pensar de la gente normal, está en las antípodas».

Como ejemplo, mencionó a la mujer con la que su hermano había empezado a salir ese otoño. Ella tampoco era normal.

Se llamaba Calyxa Buckley<sup>72</sup>, tenía treinta y dos años y había crecido en la cuenca de San Miguel, una región con ciudades mineras venidas a menos y praderas vacías del suroeste de Colorado. Se había alistado en la Armada a los dieciocho años, pero desertó un año después, asqueada. Volvió a Colorado, donde la arrestaron, acusada de desvalijar una farmacia y una gasolinera en la pequeña localidad de Norwood. Acabó con un tipo mayor que ella, Chuck Travers<sup>73</sup>, malviviendo entre campings de caravanas y moteles en las ciudades semiabandonadas que salpican el desierto del territorio navajo, en el este de Arizona. Chuck hacía chapuzas puntuales como mecánico y Calyxa se concentró en escribir un manifiesto basado en la teología hopi. Lo llamaba la «teoría del todo».

Calyxa y Chuck llevaban trece años juntos y se consideraban una pareja casada. También abrazaron el poliamor: ambos salían y tenían relaciones sexuales con otra gente de forma habitual. Así pues, no resultó extraño que Calyxa se interesase por un hombre de Colorado que le había escrito a través de Craigslist. Al principio, hablaban por correo electrónico, hasta que acabaron dándose el teléfono. Sus llamadas duraban horas y horas: cine, libros, conversaciones de cama. A Chuck le parecía que «estaban más unidos que unos hermanos».

Calyxa decidió volar a Colorado para conocer en persona a su nuevo hombre. Chuck, antiguo marine, había trabajado en el campo de la inteligencia de señales y se tenía por un tipo hábil a la hora de calar a la gente. Él también habló por teléfono varias veces con el desconocido de Craigslist. Le pareció intenso, reservado. Su análisis final: un hombre «inteligente y leído; un sádico y un megalómano». Pero no era peligroso, Calyxa podía empezar a verlo. En octubre de 2010, Chuck la llevó al Aeropuerto Internacional de Phoenix-Sky Harbor, un viaje de seis horas entre ida y vuelta desde su habitación en el Desert Inn, junto a la antigua Ruta 66 a su paso por Holbrook, Arizona, con 5053 habitantes.

Él la recogió en el aeropuerto de Denver; iban a pasar dos semanas juntos en el 65 de Harlan Street. Tenía los pómulos marcados, la cara fina y la nariz estrecha; el pelo, moreno y rizado, le llegaba por debajo de los hombros. Sus ojos, que a veces se pintaba con rímel oscuro, parecían casi hundidos, amenazantes. Sabía que el mundo era un lugar complejo, repleto de grupos poderosos y secretos que controlaban a las masas. Él había encontrado a una mujer que veía el mundo de la misma manera y sintió el latido de la conexión. «Me gustaba mucho».

Su hermano, Michael, reaccionó justo al revés: Calyxa lo ponía de los nervios. La definía como «un bicho raro, ecologista y obsesionada con las teorías de la conspiración». La mujer tenía largas y profundas conversaciones telefónicas que él oía desde su habitación, en las que hablaba de alquimia, de arquetipos y del infinito, y dejó caer que era un importante miembro de una poderosa sociedad secreta. Una noche, Michael salió con Calyxa y su hermano, que le advirtió que debía llevar cuidado: la mujer era como un fantasma, ni siquiera el Gobierno sabía de su existencia —no tenía número de la Seguridad Social—. Un discreto servicio de protección velaba por ella desde las sombras, e incluso la había acompañado hasta Colorado. Michael le

prometió a su hermano que no diría nada: «No quiero acabar fiambre».

Por lo que Michael había entendido, su hermano creía pertenecer a una organización elitista de iluminados que sabían cómo funcionaba realmente el mundo y usaban ese conocimiento para dominar a los tipos corrientes. Michael sabía que sonaba a disparate, pero se lo creía. «Te puedo garantizar que no son un puñado de gilipollices —le decía a la gente que ponía en duda los esquemas febriles de su hermano sobre secretas estructuras de poder social—. Sé que es verdad porque vivo con él. No son fantasmadas, te lo digo yo».

Michael también sabía que su hermano y Calyx compartían un profundo interés por lo oculto. Consultaba con frecuencia *The Magus*, un grimorio del siglo XIX sobre cábala, la influencia de los planetas y la magia natural de unciones, amuletos y hechizos. Se consideraba un experto del *Corpus Hermeticum*, una colección de textos místicos que databa del 200 d. C. Se enorgullecía de ser un lector exigente, y le dijo a un amigo que no le convencía demasiado la versión neoplatónica cristiana del *Hermeticum* que había leído. «He visto otras versiones en internet que, al menos en mi opinión, están mejor traducidas del griego original».

Le fascinaba la numerología y tenía cuadernos llenos de garabatos y símbolos paganos. Buscaba textos difíciles de encontrar para estudiarlos, como los cuarenta y dos *Libros de Thot*, con la teosofía egipcia al completo. Abrazó la ciencia moderna que apoyaba sus teorías sociales, como *El superorganismo*, de Bert Hölldobler y E. O. Wilson, profesor de la Universidad de Harvard, que describe las sociedades jerárquicas de los insectos. El hipnotismo le intrigaba.

Quería documentar sus conocimientos con un blog, para el que barajó varios nombres: TeoriaColmena, LasCosasComoSon, MentePrimigenia o TribuDosCero. La temática, tal y como le escribió a un amigo, era «la espiritualidad, lo oculto, filosofía... Es un blog normal y corriente en el que escribo lo que pienso».

Calyxa volvió al 65 de Harlan Street en noviembre, esta vez para quedarse un mes. Él confiaba en que su relación pudiera volverse algo más permanente. Por primera vez desde que conoció a Masha, sentía un vínculo emocional. Y seguía queriendo tener hijos. «Había pasado mucho, mucho tiempo, sin que me gustase tanto una mujer», le decía a su gente. Cuando estaba con ella, era una persona distinta. Aquello lo dejó estupefacto. No veía porno, ni salía a acechar a otras mujeres: la mujer lo tranquilizaba, y el monstruo nunca se

agitaba. «Éramos tan compatibles y estaba tan a gusto con ella que ni siquiera pensaba en el tema —decía—. No tenía motivos para pensar en otra cosa».

Sin embargo, Calyxa lo veía de otra forma. Le explicó que no buscaba una relación más profunda. Tenía que escribir su libro, y su marido seguía en la soledad del desierto. Era hora de pasar página, y, de manera repentina e inesperada, pasó a ser una exnovia. Se fue el 15 de diciembre.

Volvía a estar solo.

«Podría haberme ayudado», se decía. Y, en cambio, había sido como la mujer de la canción que solía tocarle a su madre, *Little Wing*.

*Es en lo único que piensa,  
En cabalgar con el viento.*

El 5 de enero, violó a Amber.

Guardó otras bragas en el fondo de su amplificador.

El ciclo había vuelto a empezar.

<sup>68</sup> Jung, C. G.: *Psicología y religión*, editorial Paidós, 2018, traducción de Ilse T. M. De Brugger.

<sup>69</sup> Strauss, Neil: *El método*, editorial Planeta, 2005, traducción de Agustín Vergara.

<sup>70</sup> Mystery y Odom, Chris: *El maestro de la seducción*, editorial ViaMagna, 2010, traducción de Marta García Martínez.

<sup>71</sup> «M. O’Leary’s Ex-Girlfriend: “Something Was Off Between Us”», *48 Hours*, 19 de noviembre de 2016. Este segmento extra puede consultarse en internet en [cbsnews.com/news/marc-patrick-oleary-48-hours-hunted-the-search-colorado-serial-rapist/](https://www.cbsnews.com/news/marc-patrick-oleary-48-hours-hunted-the-search-colorado-serial-rapist/).

<sup>72</sup> Seudónimo.

<sup>73</sup> Seudónimo.

## 10. BUENOS VECINOS

25 de enero de 2011  
Westminster, Colorado

Hendershot y Ellis llevaban mucho tiempo trabajando juntas y compartían una vieja broma: si alguna estaba en una reunión especialmente aburrida —y en la policía no escaseaban—, podría pedirle un favor a la otra. «Mándame un mensaje diciéndome que salga de la reunión, y añade “911” para que parezca urgente». Era un plan de escape mutuo, aunque nunca lo habían puesto en práctica.

Así que, cuando Hendershot recibió el mensaje de Ellis —911 incluido—, pensó que se trataba de un mensaje de rescate. Hendershot había pasado la mañana en una reunión formativa obligatoria en el ayuntamiento de Westminster. Al principio le pareció gracioso, pero pronto descubrió que no era una treta.

Ellis tenía una noticia importante: le dijo a Hendershot que acababa de recibir las fotografías del guante y las huellas del escenario del intento de violación en Lakewood. La agente de la Científica que había descubierto las huellas, Sheri Shimamoto, era amiga suya. Las dos habían coincidido en una formación de dos semanas en la academia del FBI en Quantico, Virginia, y Shimamoto formaba parte de la «red azul», a la que pertenecían todos los policías científicos del área de Denver.

Tenía todo el sentido que Shimamoto hubiese descubierto las huellas, pues estaba obsesionada con los zapatos. En su casa había cincuenta pares —incluidos cinco pares de Adidas Superstar, las zapatillas de tres bandas tan ansiadas por coleccionistas de todo el mundo— y, antes de empezar en la policía, su trabajo favorito había sido de vendedora en un Lady Foot Locker. Shimamoto era graduada en Matemáticas, pero su zapatofilia la llevó a especializarse en identificación de calzado cuando entró en la Científica.

Las huellas de zapatos, huelga decirlo, no eran tan valiosas como las huellas

dactilares; no eran exclusivas de una persona. No obstante, con una pizca de suerte, podían decir algo sobre el malo, ayudar a identificarlo. Una huella podía apuntar a una marca concreta, Nike o Merrell, por ejemplo; y algunas señales —una muesca en el talón, un patrón de desgaste en la suela, un pie cavo— podían dejar huellas que un técnico de la Científica sabría vincular a un par de zapatos concretos. Para determinar el origen de una huella en un escenario del crimen, Shimamoto se pasaba horas en Zappos.com, la supertienda de internet con preciosas y detalladísimas fotos de suelas, empeines y laterales de miles de zapatos. O se acercaba al centro comercial de la zona para visitar las tiendas. Todo formaba parte de la investigación para acercarse al sospechoso.

Al llegar al escenario de Lakewood, Shimamoto había buscado huellas de zapatos espolvoreando por el suelo de la habitación y la cocina un polvo bicromático que revelaba restos de grasa o suciedad dejados por dedos o zapatos. Distinguió con claridad cuatro huellas que parecían de una zapatilla de deporte, y otra huella similar en la tierra húmeda del exterior, justo debajo de la ventana de la habitación. Cuando espolvoreó el marco de la ventana en busca de huellas dactilares, encontró lo que parecía una huella de guante.

Un guante cuya palma tenía un diseño con forma de panal.

En cuanto Ellis abrió las fotos que le había enviado Shimamoto, reconoció el patrón. La forma y el tamaño coincidían con las extrañas marcas con forma de panal que había descubierto en la barandilla del porche trasero de Sarah. En su momento no estaba segura de qué las habría dejado. Ahora lo sabía, y se lo dijo a Shimamoto, que, presa de la emoción, se dirigió a toda prisa a una tienda deportiva de Dick's Sporting Goods, donde encontró unos guantes Under Armour negros con los dedos y la palma cubiertos por un diseño en relieve con forma de panal.

El siguiente paso eran los zapatos. Ellis examinó la foto que otra colega de la Científica, Kali Gipson, había sacado después de rociar con spray la huella encontrada detrás del apartamento de Amber, en Golden. Parecían casi idénticas a la que Shimamoto había encontrado en el barro a los pies de la ventana de Lakewood. Matt Cole, el compañero de Galbraith, envió una imagen de las huellas a una página web especializada en identificar zapatos para la policía. Le devolvieron una coincidencia: las huellas pertenecían a unas Adidas ZX 700 de malla que habían empezado a venderse en marzo de 2005.

Cuando Hendershot vio lo que las dos agentes de la Científica habían encajado, lo tuvo claro: el hombre que había atacado a la mujer de Lakewood el 6 de julio de 2010 tenía que ser la misma persona que había violado a Doris y a Sarah.

Hendershot llamó inmediatamente al Departamento de Policía de Lakewood.

Era el caso más raro que le habían asignado a Aaron Hassell, oficial de policía de Lakewood. Lo habían avisado de un intento de violación en una casa de un barrio bonito. La mujer que hizo la llamada, Lilly, afirmaba que un hombre con máscara negra la había atacado mientras dormía. Cuando gritó pidiendo ayuda, el hombre fue a otra habitación para comprobar si había alguien más en la casa, y Lilly aprovechó la oportunidad para escapar. Se tiró por la ventana que había sobre su cama. Cayó de cabeza desde una altura de dos metros y se rompió varias costillas y una vértebra. Sobreponiéndose al intenso dolor, se tambaleó hasta la casa de sus vecinos y llamó a la puerta para despertarlos.

Sin embargo, cuando la policía llegó no encontraron indicios de que alguien hubiese forzado la entrada. No había marcas de palanca en las puertas y ninguna ventana rota. Todas las puertas estaban cerradas con cerrojo, como las ventanas. Hassell habló con cuatro vecinos: ninguno había visto u oído nada raro. Los técnicos tampoco encontraron ADN. «No hay absolutamente ninguna prueba», pensó Hassell.

Aquello no era del todo cierto: Shimamoto había encontrado las huellas de los zapatos y el guante, que no coincidían con ninguna de las pertenencias de Lilly, pero que tampoco apuntaban a ningún sospechoso —y ni siquiera confirmaban que se hubiese producido el ataque—. Un jardinero cuidaba el jardín de Lilly, distintos operarios pasaban por la casa de cuando en cuando y la mujer tenía un amigo mayor que ella que se quedaba en su casa algunas noches. Cualquiera podría haber dejado esas huellas.

Lilly también era un misterio de por sí. Era un alma libre que hacía peticiones estrambóticas. Había llamado a Hassell para informarle de que, desde el intento de violación, su gato arañaba a la gente que llevaba botas negras. Quizá la policía debería buscar a alguien con botas negras. «A ella le pareció que esa información podía ser útil para la investigación», escribió el agente en su informe. Le pidió a un dibujante ruso amigo suyo que hiciera un retrato robot del atacante basado en su descripción, y le rogó a Hassell que lo

distribuyera entre la prensa. En el dibujo aparecía un hombre con una máscara que le tapaba la cara, con una franja que solo mostraba unos ojos azules y unas cejas rubias. No había ningún otro rasgo que permitiera reconocer al sospechoso, con lo que Hassell optó por no publicarlo. En otra ocasión, Lilly le pidió a Hassell que peinara los gimnasios de la zona de Denver en busca de un hombre blanco de complexión atlética, de metro ochenta y pico y ojos azules. «Eso son muchas personas», le respondió el agente. Más de dos meses después de haber llamado a la policía, la mujer recordó que en la pantalla de su ordenador había aparecido una curiosa red wifi antes del ataque. Dijo que se llamaba «Pura Maldad».

Por último, le pidió a Hassell que un hipnotizador la interrogara en estado de trance. Hassell se puso en contacto con un investigador de la oficina del fiscal del condado de Jefferson con licencia de hipnoterapeuta. Los tres quedaron un día ventoso de octubre en la comisaría de Lakewood, unos tres meses después del ataque. El investigador comenzó la sesión con una técnica habitual para inducir la hipnosis. «Imagina que estás en un ascensor —le dijo a Lilly—. Vas bajando cada vez más y más».

Ella lo detuvo. «No, no estoy en un ascensor —le dijo—. Estoy caminando por una pradera». La mujer tenía su propia técnica, y le pidió al policía que le permitiese actuar de médium: así podría hablar por los gatos, las ardillas y los árboles que presenciaron el ataque. Durante la hipnosis, Lilly describió escenas de las que no había hablado hasta ese momento; y que no había visto. Afirmó ver al agresor colarse en su casa por el garaje. La había estado observando a través de las ventanas.

Las visiones de Lilly en el trance no impresionaron a Hassell ni al otro investigador, que «me dijo que no le había parecido una sesión productiva», escribió el primero en su informe. Lilly no estaba obstaculizando la investigación, pero, en opinión de Hassell, tampoco ayudaba en nada.

Lilly también estaba frustrada. No tenía demasiada fe en la policía en general. Unos meses antes del ataque, había tenido una mala experiencia con los agentes de Lakewood. Le gustaba alabar a un imponente árbol que había en una casa del barrio, pero, cuando llegaron los nuevos vecinos, llamaron a la policía al ver a una extraña mujer cantando y bailando en su jardín. Los agentes le pidieron a Lilly que se marchase, y ella puso una queja por hostigamiento.

En otra ocasión, después del ataque, oyó un ruido a las 3:30 de la mañana

fuera de su casa. Se puso en contacto con la policía y un agente de Denver respondió al aviso. Cuando llamó a la puerta, levantó la linterna llevándose la mano al hombro. A Lilly le pareció que estaba sosteniendo la linterna con el mismo gesto con que su atacante había empuñado el cuchillo, con lo que se negó a abrirle. Al día siguiente, le pidió a Hassell que investigase al agente como posible sospechoso, pero este se negó.

Estaba frustrada con Hassell, siempre le decía que no. Cuando solicitó que un dibujante de la policía hiciese un retrato robot del atacante, se opuso. Por eso había recurrido a su amigo ruso. La policía no la tomaba en serio. «No es tan importante. No es un caso tan grave», recuerda que le dijeron.

«Es un caso gravísimo —se quejó Lilly—. Sé qué aspecto tiene, sé cómo se mueve, sé mucho sobre él. Le vi los ojos, vi su cuerpo. Soy una artista, puedo ayudar».

Aproximadamente un mes después del ataque, estaba cuidando de su jardín cuando vio un cuchillo con el mango de madera clavado en el suelo, junto a su cerca trasera. Lo reconoció: era un cuchillo de su cocina que solía usar para abrir sandías. Tenía que ser el arma que había empuñado el violador. La habría clavado en el suelo antes de huir. ¿Por qué no la había encontrado la policía? ¿Por qué tenía que llamar ella para advertirlos de una pista tan importante? La mujer se quejaba de la «nula reacción» por parte de Hassell.

Los padres de Lilly tampoco estaban contentos con el agente y contrataron a un investigador privado para indagar. El detective, un oficial de policía de Denver jubilado, encontró lo que parecía un rasguño en la parte superior de la cerca de madera de metro ochenta que rodeaba el jardín trasero de Lilly, pero poco más. No obstante, el hallazgo era una señal clara para Lilly y sus padres: Hassell no estaba haciendo su trabajo. Un día, la madre de Lilly se presentó en comisaría para hablar cara a cara con él.

«Dígame la verdad. ¿Cree a mi hija?».

Era una pregunta difícil.

Hassell había crecido en una familia conservadora y cristiana, en un entorno militar. Su padre, un veterano de la Fuerza Aérea, arreglaba electrodomésticos, y su madre era maestra. Había estudiado en Cedarville College, una pequeña universidad baptista a las afueras de Dayton, Ohio<sup>74</sup>. Los alumnos de Cedarville estaban obligados a escoger varias asignaturas de estudios bíblicos, los profesores eran defensores del creacionismo y el lema

de la universidad, además de ser aliterado, dejaba muy clara su misión: «Por la corona y el compromiso con Cristo». En ese campus, la gente que creyese en la telepatía y los espíritus arbóreos no tenía demasiada cabida.

Hassell también sabía que las mujeres podían mentir al denunciar una violación. Unos años antes, se presentó en el apartamento de una mujer que afirmaba haber sido atacada. Decía que había echado al hombre rociándolo con espray de pimienta. En efecto, Hassell encontró espray de pimienta por todo el dormitorio, pero había otros elementos intrigantes. La mujer decía que el hombre le había arrancado los pantalones, pero él vio los vaqueros apilados en el suelo, como si se los hubiese quitado y los hubiera dejado ahí, sin más. Luego encontró un recibo que indicaba que la mujer había comprado el espray de pimienta el día anterior. Cuando le preguntó por sus hallazgos, la mujer se derrumbó, reconociendo que se había inventado la agresión. Hassell también descubrió que, unas semanas antes, la mujer había dicho a sus vecinos que otro hombre la había atacado. Supuso que tenía una «necesidad insaciable de atención», y la citó ante el juez por presentar una denuncia falsa.

No obstante, si algo sabía Hassell era que no lo sabía todo. A poco más de once kilómetros de Cedarville había otra universidad privada que ofrecía formación en un universo a todas luces alternativo. Antioch College era la quintaesencia de la pequeña facultad de artes progresista<sup>75</sup>. Fomentaba la democracia, el gobierno estudiantil y la justicia social. A los alumnos se les exigía que hiciesen trabajos para la comunidad y los profesores no se limitaban a poner notas, sino que hacían evaluaciones narrativas. El lema de Antioch era: «Avergüénzate de morir antes de lograr alguna victoria para la humanidad». Hassell tuvo ocasión de salir con muchos alumnos de Antioch y se dio cuenta de que se podía ser diferente sin estar trastornado. Eso le hizo titubear a la hora de juzgar a Lilly. «Un montón de compañeros me dijeron: “Está chalada”. Pero a mí no me lo pareció. Pensé que tenía unas creencias insólitas».

Gracias a la experiencia, también descubrió los riesgos de llamar mentirosa a una posible víctima. No creía haber tomado una mala decisión al comienzo de su carrera —las denuncias falsas se comen mucho tiempo y energía—, pero ahora que era oficial entendía que los confidentes podían sentirse algo incómodos compartiendo información si temían que los arrestasen por mentir. De hecho, los mandamases de Lakewood aconsejaban no arrestar a nadie por

poner una denuncia falsa, salvo en casos extremos.

Y luego estaban los riesgos específicos de las agresiones sexuales. La violación ya es de por sí un delito poco denunciado. Acusar a alguien que ha dado un paso al frente —y a la que no han creído— entraña el riesgo de disuadir otras denuncias, con lo que los violadores se van de rositas y pueden volver a atacar. Alimentaría el mito de que muchas mujeres mienten sobre su violación. En su bibliografía formativa para policías, End Violence Against Women International señala que las denuncias falsas de violación suelen tener su origen en «graves problemas psicológicos y emocionales [...] Quizá la mejor forma de tratarlas sea derivarlas a los servicios sociales, en vez de acusar a la mujer por poner una denuncia falsa»<sup>76</sup>.

Hassell tenía una teoría sobre lo sucedido en el caso de Lilly. La mujer le dijo que se había tomado una infusión antes de dormirse, y él, buscando por internet, había encontrado información que sugería que una dosis alta de té podía causar sueños vívidos. Quizá se había despertado tras tener una visión muy realista y saltó por la ventana antes de volver completamente en sí. Era una forma de conciliar la falta de pruebas con las declaraciones de Lilly sin llamarla mentirosa.

No obstante, titubeaba. Las misteriosas huellas y las marcas de los guantes no podían explicarse con facilidad. Y las lesiones de Lilly eran graves. Quizá fuese cierto que un monstruo había entrado en su casa. Quizá siguiera suelto. Le costaba muchísimo dejar de darle vueltas.

Aun así, y habida cuenta de la falta de pruebas para continuar, Hassell creía haber hecho todo lo que estaba en su mano.

En octubre de 2010, dejó de investigar de forma activa el crimen, aunque mantuvo el caso abierto por si más adelante aparecía información nueva.

Su última entrada fue: «No hay pistas viables».

Sharon Whelan era una buena vecina. Ella y su marido, Gary, llevaban quince años viviendo en el barrio de Applewood, en Lakewood. Ella era profesora de arte y teatro en varios colegios locales y él trabajaba de geólogo. Habían criado a sus tres hijos en su casa de cinco habitaciones, a una manzana del lago, y conocían a todo el mundo, como quien dice. Cuando un restaurante que colindaba con el barrio intentaba expandirse, ellos siempre encabezaban la oposición. Sharon describía su comunidad como «un barrio compacto».

La mujer prestaba especial atención a su vecina de enfrente, Kathleen Estes, una viuda de ochenta y nueve años. A última hora de un lunes de verano, el 14 de junio de 2010, Whelan vio una camioneta blanca aparcada en el arcén, delante de la casa de Estes. Aquello le extrañó: era demasiado tarde para que fuesen trabajadores, y casi toda la gente del barrio aparcaba en su garaje o su entrada.

Sharon llamó a Estes. «Hay una camioneta aparcada delante de tu casa. ¿Tienes visita?».

Estes no se había percatado. ¿Y si era de alguien que estaba en casa de otros vecinos? Tenían hijos adolescentes, y sus amigos iban y venían todo el rato. «Voy a vigilar yo también», le dijo a Whelan.

Una media hora después, a punto de irse a dormir, Whelan miró el reloj: eran las 22:49. La camioneta seguía delante de la casa de Estes, pero ahora también vio a un hombre al volante. Parecía estar ahí, sin más. Su marido apuntó el número de la matrícula y, cuando Whelan volvió a llamar, Estes decidió avisar a la policía, facilitando al teleoperador la matrícula que había apuntado el marido de Whelan: 935-VHX.

Cuando un agente de Lakewood llegó al cabo de unos minutos, la camioneta seguía ahí, pero el hombre se había ido. El policía echó un vistazo al vehículo, un Mazda blanco: todo en orden. Comprobó la matrícula: estaba limpia. Entonces, el agente llamó a la puerta de Estes y le dijo que no había encontrado nada raro. Al volver a comisaría, redactó un breve informe de campo sobre el incidente, que etiquetó como «vehículo sospechoso».

A primera hora de la mañana siguiente, Whelan miró por la ventana y vio que la camioneta se había marchado. Dejó de preocuparse, y Estes también.

El barrio volvía a la normalidad, y Whelan se olvidó de la camioneta blanca hasta que, ocho meses después, vio un telediario local.

A principios de febrero de 2011, un oficial de policía de Lakewood se acercó al cubículo de Danelle DiGiosio, una de las analistas criminales del cuerpo. Lo habían incorporado al caso para que encontrase más vínculos entre el ataque a Lilly y las otras denuncias de violación y, en una reunión informativa, se enteró de que el violador había vigilado a las mujeres y se había llevado ropa interior. El oficial sabía que DiGiosio tenía acceso a todo tipo de bases de datos, y se preguntaba si podría buscar algún robo en el que hubiesen denunciado que se habían llevado ropa interior. ¿Podía estar para el día

siguiente? La unidad especial tenía una reunión importante para repasar todas las pruebas del caso.

DiGiosio estuvo a punto de soltar una carcajada. Era capaz de encontrar muchas cosas usando su base de datos, pero esa no. «Si no encontrase mis bragas favoritas, pensaría que están metidas en la pernera de algún pantalón, o que la lavadora se las ha tragado. Ni en un millón de años se me ocurriría denunciarlo a la policía», le dijo al oficial.

DiGiosio estaba acostumbrada a que le pidieran imposibles. Se había criado en una pequeña localidad en los vastos y llanos campos agrícolas que rodean Greeley, Colorado. Un sitio seguro y tranquilo. Había hecho atletismo y había jugado al voleibol y al baloncesto con las Valley High School Vikings de Gilcrest, pero deseaba de todo corazón trabajar en el FBI. Se matriculó en la Universidad de Denver con la intención de graduarse en Justicia Penal, pero un profesor le dijo que necesitaría especializarse para entrar en la agencia, y le sugirió Estadística porque el FBI había empezado a invertir mucho dinero en el análisis de datos.

Las matemáticas no eran la asignatura predilecta de DiGiosio. «Se me daba muy bien el inglés. Me gustaba la música». Sin embargo, quería tener la oportunidad de entrar en los cuerpos de seguridad: si había que estudiar estadística, estudiaría estadística. «Me obligué a que me gustasen las matemáticas». Además, le intrigaba el poder de las estadísticas para resolver los problemas del mundo real. Las llamaba «matemáticas con objetivo». Se graduó en 1999, pero nunca solicitó trabajo en el FBI. Lo que hizo fue empezar a formar a otros agentes en el uso de los mapas para el análisis criminal. Se casó, tuvo hijos y decidió que prefería la estabilidad a la enseñanza y los viajes. En 2008 empezó a trabajar en Lakewood; era una de las pocas analistas criminales de Colorado graduada en Estadística.

Sobre su mesa de Lakewood había varios monitores, fotos de sus hijos y una cafetera. Al otro lado del cubículo, una enorme impresora de la que salían mapas de la ciudad en rollos que recordaban al papel de carnicero. La impresora era su arma favorita. La usaba para diseñar robos de coches y atracos a tiendas, y así ayudar a los policías a decidir cómo evitarlos. DiGiosio le dijo al oficial que no tenía una base de datos para robos de ropa interior, pero que podía usar su *software* de mapas para encontrar todos los informes de vehículos y personas sospechosas en medio kilómetro a la redonda de casa de Lilly.

«Es como buscar una aguja en un montón de agujas —le dijo—, pero puedo hacerlo».

Antes de que acabase el día, había encontrado su aguja: un informe de la llamada que Estes había hecho ocho meses antes, cuando avisó de la camioneta blanca sospechosa aparcada delante de su casa. La ubicación y el día llamaron la atención de DiGiosio. La fecha, el 14 de junio, era solo tres semanas antes del intento de violación en casa de Lilly, y Estes vivía a pocas manzanas de allí.

«Mmm, ¿qué haces por aquí a estas horas si no vives en la zona?», se preguntaba.

A la mañana siguiente, el 9 de febrero de 2011, Hassell y DiGiosio fueron al Departamento de Policía de Westminster. Cuando entraron en la sala, DiGiosio se quedó sorprendida: había una veintena de policías y agentes del FBI alrededor de una larga mesa de conferencias en la segunda planta de la comisaría. Estaban Hendershot y Galbraith. También Burgess y Grusing. Habían pasado treinta y cinco días desde la violación de Amber.

Las noticias no eran alentadoras. Galbraith había investigado el registro de llamadas del móvil del principal sospechoso, Frank Tucker, el universitario al que habían acusado de agresión sexual, y resultó que estaba esquiando en Vail cuando violaron a Amber. Además, cuando lo llevaron a comisaría para el interrogatorio, mostró la señal del gemelo que Amber había pensado que podría ser la mancha de nacimiento de su violador: era un tatuaje circular de una llama azul.

El programa ViCAP del FBI tampoco dio resultado. Grusing y Galbraith hablaron con los agentes de Lawrence, Kansas, que habían investigado las violaciones en serie que asolaron la ciudad universitaria. La posibilidad de que estuviesen relacionadas era tentadora, pero los investigadores de Kansas se toparon con el mismo problema al que ahora se enfrentaba aquella sala abarrotada de policías de Colorado: podían vincular las violaciones, pero no habían identificado a un sospechoso.

Lewis, la analista de la Agencia de Investigación de Colorado, informó del resultado de las pruebas solicitadas por Hendershot —comparar la muestra de ADN de Westminster con las de Aurora y Golden—. Solo habían tenido una oportunidad porque en el proceso se habían destruido las pocas células recuperadas, pero descubrieron que, en efecto, las muestras de ADN estaban vinculadas. Esa prueba no serviría para identificar a un individuo, pero ahora

los investigadores tenían una prueba concreta de lo que todos sospechaban: el mismo hombre —o varios hombres de la misma familia— había violado a Doris, a Sarah y a Amber.

El subinspector Trevor Materasso, el agente de Westminster encargado de hablar con los medios, comprendió que tendría que informar a un montón de periodistas de que había un violador en serie suelto en la periferia de Denver. Y tendría que admitir que la policía no tenía ni idea sobre su identidad. Las preguntas se le acumulaban en la cabeza: ¿Cómo debería informarse a la opinión pública? ¿Qué pistas podrían filtrar para acercarse al sospechoso? ¿Cómo respondería cuando los periodistas le hiciesen la inevitable pregunta de si la policía creía que el violador volvería a atacar?

DiGiosio escuchaba a los agentes compartir las pruebas que tenían. No estaba segura de querer intervenir con su hallazgo. A fin de cuentas, solo era un informe sobre una camioneta blanca aparcada cerca de casa de Lilly. Ni siquiera se lo había mencionado a Hassell en el coche de camino a la reunión. No quería parecer una tontaina; quizá los investigadores la desdeñasen por ser una analista criminal, no policía de calle. Además, algunos podrían mirarla con condescendencia por ser mujer: el de las fuerzas del orden era un mundo de hombres. Aunque Hendershot y Galbraith estuviesen allí, casi todos los presentes eran hombres blancos y altos con el pelo corto. «Las mujeres tienen que estar hechas de una pasta especial para aguantar en esta profesión —dice—. Tienes que ser lo bastante dura para aguantar, pero sin pasarte, si no quieres que te llamen tocapelotas. Tienes que encontrar tu sitio sin dejar de ser tú».

Hasta esa reunión, DiGiosio no se había dado cuenta de lo brutal que era el violador, ni de la cantidad de mujeres a las que había atacado. «Fue una novedad». Ahora la reunión empezaba a disgregarse; algunos agentes seguían hablando de pie en grupos pequeños, mientras otros empezaban a abandonar la sala.

DiGiosio decidió intervenir.

—He comprobado los vehículos y las llamadas sospechosas —dijo a los policías de la mesa alargada—. No sé si será relevante, pero he encontrado una llamada de una mujer avisando de que había alguien en una camioneta blanca.

Galbraith estaba hablando con otro agente, pero se detuvo en mitad de la frase. ¿Qué había dicho DiGiosio? «Camioneta blanca». Galbraith recordó la

camioneta blanca del vídeo de seguridad, pasando frente al bloque de apartamentos de Amber la noche de la violación.

—¿Tienes más detalles? —le preguntó Galbraith, poniéndose en pie.

DiGiosio le acercó su portátil. El número de matrícula pertenecía a una camioneta Mazda blanca de 1993.

La camioneta de la cámara de seguridad era de la marca Mazda.

—¿A nombre de quién está registrada? —preguntó Galbraith, escrutando la pantalla en busca de la respuesta.

DiGiosio también lo había buscado. Abrió otro archivo, la foto del carné de conducir del dueño de la camioneta blanca.

En la parte superior se leía el nombre.

<sup>74</sup> «Why Cedarville», Universidad de Cedarville, consultado el 3 de mayo de 2017, [cedarville.edu/About.aspx](http://cedarville.edu/About.aspx).

<sup>75</sup> Página «About», Antioch College, consultado el 3 de mayo de 2017, [antiochcollege.edu/about](http://antiochcollege.edu/about).

<sup>76</sup> Lonsway, Kimberly; Archambault, Joanne y Lisak, David: «False Reports: Moving Beyond the Issue to Successfully Investigate and Prosecute Non-Stranger Sexual Assault», *The Voice*, publicado por el National Center for the Prosecution of Violence Against Women, 2009.

## 11. UNA FALTA GRAVE

Última semana de agosto de 2008  
Lynnwood, Washington

Parecía una multa de tráfico. De hecho, el formulario era el mismo, una citación de una página con huecos en blanco y dos cuadrados en la parte superior: uno decía «Tráfico» y el otro «No tráfico». En la hoja que Marie tenía en la mano, el segundo cuadrado estaba marcado con una equis.

El sobre apareció en el buzón a finales de agosto, menos de tres semanas después de que denunciase su violación. Cuando lo abrió, se enteró de que iban a acusarla. «Denuncia falsa», decía la citación; las dos palabras estaban escritas a mano y en mayúsculas. El documento no especificaba de qué tipo de imputación se trataba (¿una falta?, ¿un delito grave?) ni cuál podía ser la multa, pero mencionaba la ley estatal que la acusaban de infringir: la RCW 9A.84.040. Con ese dato y Google, encontraría las respuestas. La denuncia falsa era una falta grave, la acusación más grave sin llegar al delito. Si la condenaban podría caerle hasta un año de cárcel.

El texto de la ley dice:

Una persona es culpable de denuncia falsa si, a sabiendas de que la información declarada es falsa, él o ella pone una denuncia o comunica una advertencia falsa sobre un supuesto o inminente incendio, explosión, crimen, catástrofe o emergencia, siendo consciente de que dicha denuncia falsa probablemente implique la evacuación de un edificio, lugar de reunión o centro de transportes, o pueda causar alarma o molestias públicas.

En resumidas cuentas: a Marie la acusaban de difundir un temor innecesario al afirmar que la habían violado aun sabiendo que era mentira.

Aquello la destrozó. Le había dado a la policía lo que querían —había firmado una declaración por escrito, no había insistido en su petición de usar el polígrafo—, y ahora le venían con estas. Cualquier esperanza de pasar página, de dejarlo todo atrás, se había esfumado. Marie no conocía el sistema

judicial; no tenía ni idea de cuánto se alargaría el procedimiento ni de cómo se resolvería. Pero sabía que, con toda probabilidad, estaría sola cuando se enterase. Ya apenas tenía amigos, y dudaba mucho que hiciesen cola para acompañarla al juzgado.

Marie tendría que comparecer en el Juzgado Municipal de Lynnwood para responder a la acusación. Si no acudía, podrían arrestarla.

Dejar un formulario escrito a mano en un buzón parece una manera un tanto informal de avisar a alguien de que puede caerle un año de cárcel. Pero el medio para notificar a Marie estaba en consonancia con la forma en que se había tomado la decisión. El proceso de acusación había sido sencillísimo: el departamento de policía no realizó la revisión obligatoria; no se requirió la firma del fiscal. El subinspector Mason rellenó la citación y la firmó él mismo. La decisión de acusar a Marie era única y exclusivamente suya, y no le había costado nada tomarla.

Mason no tenía ninguna duda de que Marie había mentido. La ley decía que su mentira era un delito y, si hay delito y hay culpable, hay acusación. «Era automático», dice Mason.

Las multas por presentar una denuncia falsa pueden ser muy duras. Una investigación de Lisa Avalos, profesora de Derecho de la Universidad de Arkansas, muestra que cuarenta y dos estados, entre ellos Washington, tratan la denuncia falsa como una falta, mientras que ocho la consideran un delito grave<sup>77</sup>. En Illinois y Wyoming, conlleva una pena de hasta cinco años de cárcel. En Arkansas son seis. La denuncia falsa también se considera un delito grave a nivel federal, donde puede suponer una condena de cinco años y una multa de hasta 250 000 dólares. Y Estados Unidos parece hartamente indulgente en comparación con Reino Unido, donde el delito de «pervertir el curso de la justicia» prevé una pena máxima de cadena perpetua<sup>78</sup>.

Para la policía, tiene sentido que el castigo sea ejemplar: una denuncia falsa equivale a desperdiciar recursos. En el caso de Marie, el trabajo de varios agentes, técnicos de la Científica, oficiales, un inspector jefe y los sanitarios que acudieron con su ambulancia al bloque de apartamentos, dejando de lado otros servicios. Luego, en el hospital, una doctora y una enfermera especializada le hicieron un examen forense completo, con lo que no pudieron atender a otros pacientes. Mason y sus colegas habían dedicado más tiempo al caso en los días siguientes. Por no hablar del efecto del caso en la opinión

pública. La historia de Marie se había difundido por los medios del área metropolitana de Seattle: un desconocido irrumpió en una casa y agredió a una mujer a punta de cuchillo. Aquello sin duda alarmaba a la gente; los vecinos de su bloque de apartamentos y los beneficiarios del programa de alojamiento habrían estado particularmente inquietos.

En el caso de Marie, la policía no tenía un sospechoso. Pero, de haberlo tenido, una persona inocente habría pasado por la desagradable experiencia de ser interrogado. Quizá hubiesen interrogado a la familia del sospechoso. A sus compañeros de trabajo. A sus vecinos. O, aún peor, podrían haber acusado, o incluso condenado, a un inocente. Las denuncias falsas pueden generar oleadas de publicidad, comprometiendo la reputación de alguien. En 2006, tres jugadores de lacrosse de la Universidad de Duke fueron acusados de violar a una *stripper*. No se retiró la acusación hasta el año siguiente; el abogado de la acusación, que había ocultado pruebas de ADN exculpatorias, acabó inhabilitado y pasó un día en la cárcel. En 2014, *Rolling Stone* publicó un artículo explosivo en el que una estudiante daba detalles sobre la violación en grupo a la que la habían sometido varios miembros de una fraternidad de la Universidad de Virginia. La historia de la estudiante no tardó en quedar desacreditada por otros medios y por la policía —y un año después la revista se retractó del artículo completo—. Un instituto de periodismo catalogó la historia como «el error del año»<sup>79</sup>. *Rolling Stone* tuvo que enfrentarse a las denuncias por difamación tanto de la fraternidad<sup>80</sup> como de una trabajadora de la universidad que alegaba que el artículo la presentaba, injustamente, como «la cara de la indiferencia institucional»<sup>81</sup>.

El caso de Marie en Lynnwood tenía un paralelismo reciente, apenas unos kilómetros más al sur. En marzo de 2008, cinco meses antes de que Marie denunciase su violación, una mujer del condado de King, Washington, se había declarado culpable de poner una denuncia falsa y había sido condenada a ocho días de cárcel<sup>82</sup>. Sin embargo, su historia causó más sufrimiento que la de Marie. Había acusado de violación a una persona concreta —un profesor de universidad—, e incluso había llegado a falsificar correos electrónicos enviados por él para que pareciera que el profesor sentía atracción por ella y que le prometía subirle la nota si cumplía «unas pocas condiciones». El profesor fue arrestado y pasó nueve días en la cárcel antes de que se retirase la acusación.

Para la policía de Lynnwood, la confirmación de que Marie había puesto una denuncia falsa implicaba que la investigación se suspendía: no había nada que investigar. Ya no se recogerían más pruebas; la inspección del barrio quedaría inconclusa. Ningún policía volvería a llamar a la puerta de los apartamentos donde nadie había respondido —seis en el antiguo edificio de Marie, siete en el de al lado—. Las pruebas que ya se habían recogido se eliminarían, siguiendo el protocolo del departamento. Llegado el momento, las sábanas de Marie se destruirían, así como los pelos y las fibras halladas en su cama, las torundas con el ADN de la puerta corredera de cristal y el kit de violación.

Incluso la versión de Marie —la propia historia— desaparecería de los registros oficiales. Cada año, el FBI recopila datos sobre crímenes de los departamentos de policía de todo el país. Los cuerpos policiales usan esos datos para planear presupuestos, los investigadores para estudiar tendencias y los legisladores para redactar los borradores de las leyes penales. En el expediente anual que se enviaba al FBI, Lynnwood catalogó la denuncia de violación de Marie como infundada —amplia etiqueta que abarcaba todas las denuncias sin fundamento o falsas—. En total, la policía de Lynnwood recibió en 2008 diez denuncias de violación, de las que cuatro se consideraron infundadas.

El 11 de septiembre, día de la lectura de la acusación, Marie no se presentó en el juzgado. La no comparecencia es un delito, con lo que el fiscal pidió al juez que emitiese una orden de arresto contra ella. El juez accedió, así que Marie se enfrentaba ahora a dos acusaciones y a la posibilidad de que la arrestasen, la esposaran y la metiesen en la cárcel la próxima vez que se cruzara con un policía.

El Juzgado Municipal de Lynnwood es un lugar confuso. Y atareadísimo, sin duda. En 2008, la de Marie fue una de las 4859 faltas. El juzgado también tramitó 13 450 infracciones, de tráfico en su mayoría. Para las personas acusadas o multadas, el juzgado puede parecer una colmena vertiginosa, donde un enjambre de personas trajeadas va y viene. Las funciones clave se subcontratan: un bufete de abogados privado, Zachor & Thomas, lleva los casos. Otra empresa externa, nCourt, se encarga de los pagos por internet y por teléfono, cobrando un recargo por el servicio. A medida que un caso avanza, las multas, las tasas y otras obligaciones legales pueden multiplicarse. Por lo general, a los acusados como Marie se les exige que acudan a todas las vistas, aunque una vista se celebre exclusivamente para aplazarla y establecer la

fecha de la siguiente, a la que quizá el acusado se presente sin saber que va a volver a posponerse.

En un mensaje publicado en internet, el juez titular, Stephen E. Moore, declara que el objetivo del juzgado «es corregir conductas, para que Lynnwood sea un lugar mejor, más seguro y más sano para vivir, trabajar, hacer compras y pasear». El «valor principal [del juzgado] es el servicio al cliente. Puede que a quienes reciben una multa o se les acusa de un delito les cueste a veces concebirse como “clientes”, pero lo son». Todo el mundo, ya sea víctima, testigo, miembro del jurado o acusado, «puede esperar que se le trate con profesionalidad y respeto», escribe el juez.

El 12 de septiembre, Marie se presentó en la recepción del Juzgado Municipal de Lynnwood para preguntar por su caso, ajena a que la vista estaba programada para el día anterior. No tenía ni idea de que había una orden de arresto contra ella. Un empleado revisó el papeleo y descubrió que la notificación de la vista, por algún motivo, se había enviado a una dirección de Seattle, no al domicilio de Marie en Lynnwood. Así las cosas, el juzgado fijó un nuevo día para la lectura de la acusación —y canceló la orden de arresto—. Sin embargo, de no ser por la diligencia de Marie —que se presentó allí para saber qué ocurría—, podría haber sido arrestada y haber pasado una noche entre rejas.

Durante la vista, el 25 de septiembre, Marie estuvo representada por un abogado de oficio, James Feldman. Al igual que el fiscal, Feldman trabajaba a tiempo parcial en el juzgado de Lynnwood. Dirigía un pequeño bufete privado, especializado en casos penales y civiles, que abarcaba desde casos de violencia de género hasta denuncias por conducir bajo los efectos del alcohol, pasando por mordiscos de perros y resbalones.

Cuando repasó el caso de Marie, Feldman, con treinta y cuatro años de experiencia, se sorprendió de que la hubiesen acusado. Su historia no le había hecho daño a nadie —no habían arrestado, ni siquiera interrogado, a ningún sospechoso—. Supuso que la policía se había sentido engañada; no les gustó que les hiciese perder el tiempo.

En la vista, Marie se declaró no culpable. Volvieron a citarla para seis semanas más tarde, el 10 de noviembre.

El 6 de octubre de 2008, una mujer de sesenta y tres años de Kirkland, Washington, denunció una agresión sexual.

Kirkland está al este de Seattle. La localidad, a orillas del lago Washington, está salpicada de galerías de arte, esculturas de bronce y puertos deportivos. La mujer, que era abuela, vivía sola en la planta baja de un bloque de apartamentos de dos pisos. Su urbanización se encontraba en un enclave boscoso, de árboles altos y claros soleados, con rododendros que le daban toques rosas y violetas y senderos cubiertos de hojas, trozos de corteza y piñas. Le dijo a la policía que se despertó sobre las cuatro de la mañana y encontró a un hombre con la cara cubierta por una malla negra, tapándole la boca con una mano enguantada. En la otra mano sujetaba un cuchillo pegado a su cuello. «No grites», le dijo. Le ató las manos con los cordones de una de sus zapatillas de deporte rosas. La manoseó, le hizo fotos y le puso la punta del cuchillo debajo de un ojo, diciéndole que podía sacárselo. En el forcejeo, el cuchillo cortó la piel de la mujer, entre el pulgar y el índice. Cuando le preguntó por qué hacía eso, él se rio. Luego le dijo que no llamara a la policía; que se enteraría.

La mujer explicó que el hombre tenía «la piel muy, muy blanca», los hombros caídos, las manos suaves y mal aliento. De la edad no tenía ni idea. «Podría tener cuarenta años como podría tener quince, no lo sé», le dijo a la policía. Tampoco se hizo una idea de su tamaño. «Tenía una complexión normal. No era grande ni musculoso. Tampoco pequeño ni delgado».

El Departamento de Policía de Kirkland asignó dos agentes al caso, el cabo Jack Keesee y la oficial Audra Weber. El crimen les pareció bastante insólito por su nivel de crueldad y planificación, para empezar. «A ver, estamos en Kirkland, no te esperas que pase algo así —dice Keesee—. Siempre decimos que esto es el Beverly Hills del norte».

Para Weber, el caso tenía todos los ingredientes del misterio «de habitación cerrada», como los que escribían Edgar Allan Poe o Ellery Queen. La mujer se había esmerado muchísimo para proteger su casa. La puerta principal estaba atrancada con una barra de metal, y puso cerrojos en los rieles de la puerta corredera de cristal trasera y en la ventana de su habitación. Weber se preguntaba cómo habría entrado el agresor. La mujer sugirió una posibilidad: esa noche estaba muy cansada y se había quedado dormida con la televisión encendida. Quizá cuando se despertó y apagó la tele, se fue a la cama sin acordarse de cerrar la puerta corredera.

Durante los dos o tres meses previos al ataque, según le contó a la policía, había tenido la sensación de que alguien la seguía. Cuando todo pasó y llamó

al 911, la voz del teleoperador la sorprendió: parecía la de su atacante. Pensó que habría interceptado su llamada a la policía; que decía la verdad cuando la advirtió de que se enteraría. Estaba tan convencida que se negó a responder a las preguntas del teleoperador.

Keesee tuvo una larga conversación con la mujer. En ocasiones, sus respuestas eran un tanto inesperadas.

—¿Has sospechado alguna vez de alguien? —le preguntó.

—Sí.

—¿Quieres hablarme del tema?

—Mmm, hay mapaches.

—Ya veo...

—Y la gente deja sueltos a sus perros y van de aquí para allá.

—Ya...

—Hay ardillas y otros animalillos, ya me entiende. En un par de ocasiones me ha dado un poco de repelús.

En comisaría, Keesee notaba el escepticismo de algunos compañeros. No podían creer que un delito así —tan malévolo y retorcido que podía ser carne de uno de esos programas de A&E sobre crímenes reales— se hubiese cometido en su plácida localidad. «Varias personas se acercaron a mi mesa diciendo: “No me fastidies, es imposible que haya pasado”. Y yo respondía: “No sé que no pasó”. Supongo que forma parte de la naturaleza humana, o a lo mejor solo ocurre en el mundo de la policía. Todos mienten. Todo el mundo le miente a la policía». Sin embargo, en ningún momento le dijeron que dejase de investigarlo. «Solo eran las típicas conversaciones de oficina».

Los agentes del caso se enfrentaban a sus propias dudas, pero, al final, la idiosincrasia de la mujer no desalentó a Keesee, que tenía mucha experiencia con el trauma después de especializarse en violencia de género y negociación con rehenes. «Nadie se comporta igual —explica—. He transmitido un número incontable de muertes, y he visto todas las reacciones que te puedas imaginar. Lo mismo pasa con las víctimas de violaciones y agresiones sexuales». Las contradicciones de la mujer en su descripción de lo sucedido tampoco disuadieron al policía. «La mayoría de las víctimas se... Lo fundamental lo tienen claro, pero suelen perderse con todo lo que lo rodea. Y no es algo infrecuente. Mientras no descubriese algún motivo para no creerla, creería en ella», sostiene Keesee.

\* \* \*

Shannon se enteró de la agresión de Kirkland en casa, viendo las noticias con su marido.

«Dios santo —pensó—. Me equivoqué. La policía se equivocó. Seguro que a Marie la violaron de verdad».

La agresión de Kirkland se produjo dos meses después y a veinte kilómetros de la que Marie había denunciado en Lynnwood, pero Shannon vio las similitudes —la irrupción en la casa, las manos atadas con cordones, las fotografías— y no perdió ni un segundo. Su padre había sido jefe de policía en Kent, al sur de Seattle; Shannon había crecido rodeada de agentes, confiaba en la policía y sabía cómo trabajaba. Fue al ordenador, buscó el número de teléfono y llamó sin dilación para alertar al departamento de Kirkland de la historia de Marie y todas las coincidencias. El agente que respondió dijo que tomaba nota, que lo investigarían.

Acto seguido, Shannon llamó a Marie. Le explicó lo que había visto en el telediario y la instó a llamar también a la policía de Kirkland, para contarles lo que había denunciado en Lynnwood y cerciorarse de que investigasen todas las conexiones posibles.

Marie se negó. Ya había tenido bastante y, con la acusación pendiente, aún tendría que enfrentarse a más. No tenía cuerpo para llamar a la policía —a ningún departamento de policía— y contar nada más. No obstante, se metió en internet y buscó lo que le había pasado a la mujer de Kirkland. Y, cuando leyó la noticia, rompió a llorar.

Para un agente, vincular un crimen sin resolver con otro puede resucitar una investigación. Las pruebas se multiplican, aparecen patrones. La oficial Weber llamó a la policía de Lynnwood no una, sino dos veces, para ver si había una conexión. En ambas ocasiones, desde Lynnwood le dijeron: «No tenemos ningún crimen con el que puedas vincularlo. Nuestra víctima no era una víctima, admitió que se había inventado la historia». Así que Weber lo dejó pasar: «Podría decirse que confiaba en su decisión. A fin de cuentas, era su caso; ellos sabían los detalles, yo no». Aun así, le «sorprendió un poco» enterarse de que habían presentado una acusación contra Marie. Cuando colgó el teléfono, se dijo: «Bueno, vosotros veréis».

«Es una decisión muy extrema», sostiene Weber, que supuso que habría una historia de fondo; quizá la mujer de Lynnwood tenía antecedentes por mentir y

hacer perder el tiempo a la policía. Keesee, el compañero de Weber en el caso de Kirkland, también llamó a la comisaría de Lynnwood, donde le respondieron lo mismo. Reaccionó exactamente igual que Weber al enterarse de la acusación por denuncia falsa: «Vaya tela», pensó. «Que esté en la ley no quiere decir que tengas que acusar automáticamente a alguien».

Uno de los agentes de Kirkland volvió a llamar a Shannon para ponerla al corriente de las novedades. El caso de Lynnwood estaba cerrado, con lo que en Kirkland no iban a seguir la pista de Shannon. Ella sugirió que fuesen a hablar directamente con Marie, pero los agentes no lo hicieron. «La cosa se quedó ahí», dice Shannon.

Ahora, Shannon estaba más confundida que nunca. La intensidad con la que se había aferrado a la historia de Kirkland le hizo darse cuenta de que no estaba tan segura de que Marie fuese una mentirosa. «Quería creerla —dice Shannon—. La quería».

Sin embargo, ante la reticencia de Marie a reafirmar su inocencia, todas las dudas regresaron de golpe. El caso de Kirkland le daba una segunda oportunidad para hablar con la policía —otra policía, no los agentes de Lynnwood— y reiterar que la habían violado, insistir para que reabriesen su caso y lo vincularan con el de Kirkland. Que Marie se negase volvió a convencer a Shannon: había mentido, no la habían violado. No obstante, aquel episodio la dejó con la duda, una vez más, de qué habría ocurrido de verdad en el apartamento de Marie.

En noviembre, Marie volvió al juzgado. Mientras esperaba su turno, no tenía ni idea de por qué acusaban a la gente a su lado. Podía ser exceso de velocidad o hurto; atropello con fuga o violencia de género. Cuando le tocó a Marie, Feldman, su abogado de oficio, le dijo al juez que la defensa no solicitaba vistas previas al juicio. Y ahí quedó la cosa ese día. Le dijeron a Marie que volviese al cabo de un mes.

Cuando regresó en diciembre, su caso se aplazó a enero. Al presentarse en el juzgado en enero, se enteró de que el caso se había pospuesto hasta febrero. Y, en febrero, el caso pasó a marzo.

Al final, la acusación le hizo una oferta. El denominado «acuerdo disuasorio previo al juicio» estipulaba que, si Marie cumplía unas determinadas condiciones durante un año, se retiraría la acusación de denuncia falsa. Debería acudir a terapia mental por haber mentido, estaría en libertad

condicional vigilada, tendría que ser honrada y no infringir más leyes y pagaría quinientos dólares por las costas del juicio.

A Feldman le parecía una buena oferta. Si Marie cumplía los términos del acuerdo, podría salir sin antecedentes.

Marie quería dejar todo aquello atrás.

Así que en marzo fue al juzgado por sexta vez, acompañada únicamente de su abogado, y aceptó el acuerdo.

En Kirkland, el cabo Keesee seguía trabajando en su caso. Fue de apartamento en apartamento en el edificio de la víctima, y en otro de las inmediaciones, preguntando si alguien había visto u oído algo. Buscó a los trabajadores de mantenimiento para hacerles preguntas. Entrevistó a un vecino que había estado en casa de la mujer, ayudándola a instalar una televisión dos o tres meses antes del ataque; y también habló con otra vecina que afirmaba que alguien había intentado entrar en su casa. Pasó por las tiendas cercanas —un supermercado, una gasolinera y una farmacia— para echar un vistazo a los vídeos de las cámaras de seguridad en la mañana de la agresión, y buscó información sobre otros ataques —en Seattle y en las localidades cercanas de Shoreline, Kenmore y SeaTac— para ver si había algún vínculo.

Sin embargo, pasados dos meses, agotadas todas las pistas, Keesee tuvo que dejar el caso. Volvería a patrullar las calles; cualquier novedad quedaría en manos de Weber. Entre Navidad y Nochevieja, aprovechando el traspaso del caso, los dos agentes repasaron la investigación y llegaron a la conclusión de que había una última esperanza: el ADN.

La investigación apuntaba a un posible sospechoso. La mañana en que la mujer había denunciado la agresión, el agente de Kirkland que respondió al requerimiento llegó al bloque de apartamentos sobre las cinco y media. En el aparcamiento vio a un hombre en el asiento del copiloto de un Toyota, con el motor en marcha. Cuando el agente se acercó y llamó a su ventanilla, el hombre le dijo su nombre y fecha de nacimiento. El policía comunicó los datos a comisaría para que los comprobasen en el ordenador.

El hombre le dijo que vivía en uno de los apartamentos con un amigo y que era mecánico. Su compañero de piso trabajaba en el mismo taller que él. Esa mañana estaba fumándose un cigarrillo, haciendo tiempo mientras esperaba a que su amigo bajase para ir juntos al trabajo. El agente le dio las gracias por su tiempo y empezó a alejarse. Entonces le llegó la información que había

solicitado: el mecánico tenía una orden de arresto, emitida en junio, por exhibicionismo.

Así pues, el mecánico estaba en la zona y tenía antecedentes por un delito sexual. También llevaba una sudadera que encajaba con la que estaba buscando la policía.

Pero el hombre aseguró que no había sido él, que había estado en su apartamento desde las dos de la tarde del día anterior. Y cuando la policía acercó a la mujer para que lo viese, ella dijo que creía que no era su agresor, aunque no tenía la certeza. Además, el tipo medía uno noventa y tres y pesaba ciento diez kilos: no era una complexión normal. No obstante, seguía siendo un sospechoso, al menos hasta que se le pudiera tachar de la lista.

En el laboratorio de criminalística de la Policía del Estado de Washington, un analista pasó una torunda por el cordón que habían usado para atar a la mujer y detectó ADN masculino. La muestra no bastaba para un perfil genético completo, pero permitía un análisis Y-STR, que identificaba una línea genealógica concreta. El Estado no realizaba esos análisis, pero algunos laboratorios privados sí.

Weber le pidió al mecánico una muestra de ADN para cotejarlas. Él accedió y permitió que la oficial pasara una torunda por la parte interna de su mejilla.

En julio de 2009, Weber envió las torundas de los cordones y la mejilla al laboratorio privado, y esperó.

Habida cuenta de sus limitaciones, el análisis no determinaría a ciencia cierta que el mecánico era el autor, pero podría decir con certeza que no lo era.

Seis semanas después, el último día de agosto, Weber tuvo noticias: el hombre quedaba descartado; el ADN pertenecía a otra persona.

Para Weber, aquello acababa ahí. No había nada más que hacer. El 2 de septiembre catalogó el caso como inactivo y pasó página.

El acuerdo de Marie con el fiscal eliminó la amenaza de cárcel, pero su sensación de pérdida no se desvaneció. Los meses y años que siguieron a aquella mañana en Lynnwood la vaciaron por dentro.

Dejó de ir a la iglesia. «Estaba cabreada con Dios». Al olvidarse de la iglesia, su relación con Jordan se fue apagando. «Seguimos siendo amigos, pero ya no hablábamos como antes».

Perdió el interés por la fotografía y pasaba muchísimas horas en su

apartamento, viendo la televisión.

Pospuso la idea de ir a la universidad y buscó trabajos que no fuesen muy exigentes. «Estaba tan herida, en un pozo oscuro tan profundo, que me costaba hacer casi cualquier cosa». Trabajó en una tienda de ropa, en la caja, etiquetando, en el almacén; trabajó en una empresa de cobros, respondiendo al teléfono e introduciendo datos; y fue vendedora en una tienda de artículos rebajados para fiestas.

En teoría, la licencia de aprendizaje que la policía había encontrado en su apartamento era temporal, un paso más en su camino hacia la independencia. Sin embargo, no dio el siguiente paso, no se sacó el carné, e iba al trabajo en autobús.

La autoestima se convirtió en odio hacia sí misma. Empezó a fumar, a beber y a engordar. Tomó malas decisiones y se juntó con personas con problemas que le robaban dinero.

Tenía la sensación de que todo el mundo la evitaba; y no era la única: Shannon también lo veía. «Ninguna persona de su círculo de amigos quería tener nada que ver con ella, tal cual».

Marie tuvo depresión y estrés postraumático, según el diagnóstico de la especialista a la que acudió tras su acuerdo con la fiscalía. Unos días decía estar contentísima y otros estaba cansada, sin ganas de nada; y era incapaz de ahuyentar la idea de que lo había abandonado todo, de que jamás alcanzaría esa normalidad que tanto ansiaba.

Por orden del juzgado, Marie pasó un año yendo a una terapeuta. Al principio le daba miedo, pero luego se acostumbró. «En terapia no te juzgan. Me sentaba bien contar mi historia y que me escuchasen». En teoría, tenían que repasar toda su vida hasta llegar al momento en que había mentado. Pero «un año no bastaba», asegura Marie. Después de haber abordado todo lo demás, solo le quedó una sesión para hablar de lo sucedido aquella mañana de verano en Lynnwood.

«Le conté toda la historia», dice Marie.

No sabría decir si la terapeuta la creyó o no.

<sup>77</sup> Avalos, Lisa; Filippova, Alexandra; Reed, Cynthia y Siegel, Matthew: «False Reports of Sexual Assault: Findings on Police Practices, Laws, and Advocacy Options», borrador del informe de un artículo de Women Against Rape, 23 de septiembre de 2013 (página 9). El informe se puede encontrar en internet en [womenagainstrape.net/sites/default/files/final\\_paper\\_for\\_war\\_9-23.pdf](http://womenagainstrape.net/sites/default/files/final_paper_for_war_9-23.pdf).

<sup>78</sup> Avalos: «False Reports of Sexual Assault», (páginas 8, 57-58). La investigación de Avalos no encontró casos en que se impusiera la pena máxima, pero contó trece casos de mujeres de Reino Unido condenadas a entre dos y tres años por denuncia falsa de violación.

<sup>79</sup> Silverman, Craig: «The Year in Media Errors and Corrections 2014», Poynter Institute, 18 de diciembre de 2014, [poynter.org/2014/the-year-in-media-errors-and-corrections-2014/306801/](http://poynter.org/2014/the-year-in-media-errors-and-corrections-2014/306801/).

<sup>80</sup> Shapiro, T. Rees: «Fraternity Chapter at U-Va. to Settle Suit Against Rolling Stone for \$1.65 Million», *Washington Post*, 13 de junio de 2017.

<sup>81</sup> Shapiro, T. Rees y Brown, Emma: «Rolling Stone Settles with Former U-Va. Dean in Defamation Case», *Washington Post*, 11 de abril de 2017.

<sup>82</sup> Whitely, Peyton: «Woman Pleads Guilty to False Rape Report», *Seattle Times*, 19 de marzo de 2008.

## 12. MARCAS

11 de febrero de 2011  
Lakewood, Colorado

Marc Patrick O’Leary.

Ese era el nombre que aparecía en el carné de conducir mostrado en la pantalla del portátil que Galbraith tenía delante. O’Leary medía un metro ochenta largo y rozaba los cien kilos. Tenía el pelo rubio y los ojos castaños. Su cara angulosa, seria, recordaba a una muñeca de arcilla. Tenía los labios gruesos, el pelo corto y la frente prominente. Vivía en el 65 de Harlan Street, en Lakewood, y su fecha de nacimiento era el 22 de junio de 1978. Galbraith hizo el cálculo: tenía treinta y dos años.

«Es él», pensó.

Galbraith sintió una punzada de arrepentimiento. No les había hablado a sus colegas de la camioneta blanca porque no le pareció una pista potente. Que DiGiosio lo encontrara había sido suerte pura y dura. Pero, a veces, no hace falta más. Galbraith les explicó rápidamente la conexión a los demás agentes en la sala de conferencias de Westminster.

Un Mazda blanco en las inmediaciones de la casa de dos de las víctimas.

La descripción del agresor que habían proporcionado las víctimas coincidía con la del carné de conducir de O’Leary.

Los agentes en la sala —Hendershot, Galbraith, Burgess y Hassell— habían vivido días intensos en el mes transcurrido desde la violación de Amber. Habían hurgado en contenedores y cunetas, habían interrogado a estudiantes universitarios e instaladores de cable, habían creado una unidad especial sobre la marcha, colaborando con los agentes de la Científica y los analistas criminales de los otros departamentos. Se habían exprimido al máximo, conscientes de que un violador en serie andaba suelto. Y ahora que por fin habían identificado a un sospechoso, trabajarían aún con más énfasis. La sala de conferencias del Departamento de Policía de Westminster se fue

despejando y los agentes regresaron a sus oficinas para indagar en una pregunta.

¿Quién era el tipo?

Galbraith comprobó el Centro Nacional de Información Criminal, donde no aparecían antecedentes penales —ni siquiera una multa—. Luego reclutó a su marido, David, para que la ayudase a buscar en internet; cada uno en un sofá, frente a frente, armados con un portátil. David encontró la primera pista: Marc P. O’Leary había registrado una página porno llamada teensexhub.net. El violador había amenazado con colgar fotos de las víctimas en internet; así que, en cuanto David vio el enlace, supuso que pasaría un tiempo sin verle el pelo a su mujer. «Stacy es muy resuelta cuando trabaja en un caso importante. Es capaz de trabajar treinta o cuarenta horas del tirón para avanzar en la investigación».

Grusing contactó con sus homólogos en la rama investigadora del Departamento de Defensa para comprobar si O’Leary había estado en las fuerzas armadas —algo que tanto Amber como Lilly sospechaban—. Le respondieron rápido, pero con pocos detalles: O’Leary se había alistado en el Ejército y llegó al rango de sargento, hasta que obtuvo la licencia con honores y abandonó el servicio activo.

DiGiosio continuó su búsqueda. El Departamento de Policía de Lakewood, como más del 70% de los cuerpos de policía en Estados Unidos, había invertido en una herramienta para agilizar las investigaciones: el lector de matrículas. Las pequeñas cámaras de alta velocidad —pueden sacar hasta 1800 fotos por minuto— están instaladas en la parte delantera de los coches y, mientras los agentes patrullan, el lector saca fotos de todas las matrículas con las que se cruzan. La información de la matrícula —además de la fecha, hora y ubicación— se envía automáticamente a una base de datos. Con el paso del tiempo, dicha base de datos ha demostrado ser mucho más eficaz que un registro de ropa interior robada.

La cuestión es que al volante de uno de los coches patrulla equipados con un lector iba un agente que pasó por el 65 de Harlan Street de camino al trabajo, así que, cuando DiGiosio introdujo el número de matrícula, obtuvo tres coincidencias. Una foto mostraba a O’Leary junto al Mazda blanco, aparcado en la entrada de su casa, y en otra se veía el retrovisor del copiloto, doblado exactamente igual que el de la camioneta Mazda blanca del vídeo de seguridad de Golden.

En su cubículo de Westminster, Hendershot analizó detenidamente los hallazgos de DiGiosio. En una de las fotos del lector aparecía el Mazda circulando por Lakewood el 10 de agosto de 2010. Hendershot cayó en la cuenta de que era el mismo día en que habían violado a Sarah. Miró la hora: 8:49:05. Apenas dos horas después de que el violador huyese del apartamento. Luego, Hendershot descubrió algo aún más sorprendente. Los registros del Departamento de Tráfico de Colorado indicaban que O'Leary se había sacado una foto para hacerse un carné nuevo a las 11:13 ese mismo día. En la foto llevaba una camiseta blanca. Y Sarah había dicho que su agresor llevaba una camiseta blanca. Era una serie de coincidencias asombrosa, pero Hendershot aún era prudente. ¿Quién sabe qué más descubrirían?

«Quiero que los culpables acaben para siempre entre rejas, ¿me explico? Pero uno no puede restringir el foco. Puedes sentir un poco la emoción, pero aún te queda muchísimo trabajo por hacer. No quiero ni pensar en lo terrible que sería llegar a una conclusión precipitada y condenar a quien no ha hecho nada, ¿entiendes? Estoy emocionada... pero aún queda muchísimo trabajo», decía Hendershot.

En esa mañana gélida, los dos agentes del FBI vigilaban desde un coche aparcado a unos metros de la casa de O'Leary, en el 65 de Harlan Street. Los coches pasaban como flechas y la temperatura apenas superaba los cero grados. El cielo estaba despejado. Era el viernes 11 de febrero de 2011.

A las 12:13, un hombre y una mujer salieron de la casa. Él mediría poco más de metro ochenta y cinco, tenía el pelo rubio y rondaba los noventa kilos. Ella tenía el pelo moreno y unos veinte años. ¿O'Leary y quién más? ¿Una novia? La pareja se montó en un Toyota Corolla y se alejó. Los agentes los siguieron, confiando en que O'Leary fuese a hacer deporte, o escupiese en el suelo, o hiciese cualquier cosa que dejara algún fluido corporal en un lugar público. Esos restos se denominaban «ADN abandonado»<sup>83</sup>; material genético que queda a la intemperie. Aunque la Cuarta Enmienda exigía una orden judicial para recoger la firma genética de la casa o el cuerpo de un sospechoso, los jueces habían dado su visto bueno a que la policía se sirviese del ADN abandonado. Los agentes podían recogerlo y el laboratorio de criminalística estatal podía analizarlo. Si el ADN de O'Leary coincidía con el perfil parcial del violador, sabrían que los dos hombres eran, cuando menos, familia, si no la misma persona.

O'Leary y la mujer aparcaron a poco menos de un kilómetro, en el Lookin' Good Restaurant and Lounge, un local de comida griega, estadounidense y mexicana. Los agentes esperaron fuera una hora y media mientras la pareja comía. Cuando se marcharon, uno de ellos entró a toda prisa y detuvo al camarero, que estaba llevándose los platos. Tras una breve conversación con el encargado del restaurante, el agente salió con la taza de café de la que había bebido O'Leary. El borde estaría repleto de ADN abandonado.

Mientras los agentes vigilaban a O'Leary, Grusing y un policía local se acercaron hasta la puerta principal del 65 de Harlan Street. Iban de paisano, con pantalones de vestir y camisa. Pretendían instalar una cámara de vigilancia para tener controlada la casa y querían cerciorarse de que no había nadie. Sin embargo, cuando Grusing llamó a la puerta, un hombre fue a abrir. Lo reconoció *ipso facto*.

Era Marc O'Leary.

«Cago en la hostia», pensó Grusing, que se había preparado ante la eventualidad de que hubiese alguien en casa, pero no esperaba que fuera el sospechoso que creían que acababa de marcharse. Repitió el diálogo que había practicado. Su compañero explicó que eran policías y Grusing se sacó un retrato robot del bolsillo y se lo enseñó a O'Leary.

—Ha habido un montón de robos en el barrio —dijo Grusing—. ¿Ha visto a alguien que se le parezca?

En realidad, el retrato era de un caso de asesinato del FBI. Grusing observó atentamente a O'Leary. ¿Sospechaba? El hombre cogió el dibujo y lo examinó. No daba absolutamente ninguna muestra de ser el violador. Parecía estar pensando, pero no alarmado.

—No, no he visto a nadie así —respondió O'Leary, devolviéndole el retrato robot a Grusing.

—¿Le importa decirme su nombre y fecha de nacimiento? —preguntó Grusing.

O'Leary respondió; no parecía asustado..

—¿Vive alguien más aquí?

—Mi hermano Michael, y ya está —dijo O'Leary, añadiendo que correría la voz sobre los robos.

Grusing se alejó convencido de que la estratagema había funcionado. Había estudiado a los criminales; sabía cómo pensaban. Cada poli que veían, cada coche patrulla que pasaba a su lado, era motivo de paranoia. «Los criminales

siempre creen que alguien los está buscando», dice.

También sabía cómo lo compensaban: acostumbrándose, sin más. O'Leary sospecharía de él, pero sería la misma desconfianza que sentía por todos y cada uno de los policías que se le acercaban demasiado. Lo asimilaría como otro «por poco», sin tener ni idea de qué poco exactamente.

Aclarar las cosas no llevó mucho tiempo. Los agentes habían seguido a Michael O'Leary y a su novia, y había ADN de Michael en la taza. ¿Podrían compararlo con el ADN del violador? Grusing llamó al director del laboratorio de criminalística estatal, que le dijo que sí: el ADN del violador podía compararse con la muestra de cualquier pariente varón; tendrían el análisis al día siguiente.

En efecto, el 12 de febrero, a las 14:15, Galbraith recibió el resultado. El ADN del violador —las pocas docenas de células halladas en el osito de peluche de Doris, el temporizador de cocina de Sarah y la cara de Amber— coincidía con las células del borde de la taza de Michael O'Leary. La posibilidad de que esa coincidencia fuese aleatoria era de una entre 4114 varones blancos: si te gustaba apostar, te lo jugarías todo a que el violador era un O'Leary.

Durante la investigación, Grusing y Galbraith se reunieron con frecuencia en la oficina del primero, situada en un edificio de ladrillo rojo de finales del siglo XIX, junto a los antiguos corrales de Denver. El edificio había albergado en su día la Denver Union Stockyard Company y recordaba a un banco, con columnas jónicas, escalinatas y paredes revestidas de madera antigua. La oficina del FBI estaba en la planta alta y recordaba a un club de caballeros. Los agentes habían decorado el interior con ejemplares disecados de animales cazados de forma ilegal e incautados por el Servicio de Pesca y Fauna Silvestre de Estados Unidos —un jabalí americano por aquí, una cabeza de uapití por allá—. En el baño de los hombres había un orinal de porcelana blanca del tamaño de un pequeño frigorífico. Las persianas venecianas de metal, detrás del escritorio de Grusing, estaban dobladas, víctimas de un partido improvisado de fútbol americano entre oficinas.

Ahora, ambos reflexionaban sobre los nuevos datos. El día anterior desconocían la existencia de Michael O'Leary; ahora sabían que él y Marc eran casi gemelos. Los dos se parecían muchísimo: medían casi lo mismo y se llevarían cinco kilos como mucho. Como el violador llevaba máscara, a las víctimas les costaría escoger a uno de ellos en una rueda de reconocimiento.

Además, Michael también era militar y había servido en el Ejército. ¿Y si era él quien conducía la camioneta de Marc para cometer las violaciones? ¿Y si trabajaban juntos, turnándose?

Seguían pensando que Marc O'Leary era el violador, pero los dos sabían que a un buen abogado no le costaría nada plantear una duda razonable en un juicio: «Señoras y señores del jurado. Ninguna de las víctimas puede decir con certeza qué hombre la agredió. Tampoco la ciencia moderna. Nuestro sistema legal dice que es mejor dejar libres a diez culpables que condenar a un inocente. Deben absolverlo».

Necesitaban algo más.

Aquella tarde, Galbraith escribió una declaración jurada solicitándole al juez una orden de registro para el 65 de Harlan Street. Enumeró todas las pruebas que apuntaban a Marc O'Leary: su aspecto físico, sus años en el Ejército, la coincidencia del ADN. Describió los crímenes y las vidas destrozadas. Usando el lenguaje seco de los documentos legales, escribió todos los objetos que confiaba encontrar en la casa para demostrar su culpabilidad:

- Los artículos desaparecidos de casa de las víctimas de los casos descritos más arriba: una cámara Sony Cyber-shot rosa, un camisón con flores azules y amarillas, bragas de mujer, una funda de almohada de raso verde, sábanas verdes, una sábana bajera rosa y dos fundas de almohada a juego, unas «bragas de abuela» blancas, una sábana fucsia, un pijama con copos de nieve y unas cintas de seda negra.
- Una camiseta blanca (probablemente con algún dibujo en la parte delantera), unos pantalones de chándal grises con agujeros en las rodillas, unos pantalones caqui, una sudadera gris, una máscara o una gorra negra, guantes u otro objeto con un diseño con forma de panal, unas Adidas negras con bandas blancas.
- Un macuto o mochila con cremallera, artículos de cuerda, sogas, bramante u otro material que podría usarse para atar; un dildo, lubricante, una botella de agua, toallitas, unas medias de nailon, un vibrador, una cámara negra.

A Galbraith se le hicieron las tantas aquel día. El juez de servicio no quería leer la declaración jurada por correo electrónico e insistió en que se la

enviase por fax. Así pues, Galbraith no perdió un segundo y recorrió toda la ciudad hasta encontrar un Safeway que abría hasta tarde y que tenía fax. El juez firmó la orden de registro a las diez de la noche del sábado. La redada sería a la mañana siguiente.

Galbraith sabía que encontrar las pruebas en casa de O'Leary ayudaría a los fiscales a fundamentar el caso. Pero solo necesitaba una cosa para tener la certeza de que Marc O'Leary era el violador.

Envió un correo a una analista criminal de otro departamento de policía, diciéndole: «¡Me MUERO de ganas de ver la pierna del tipo!».

\* \* \*

A las 8:15 del domingo, 13 de febrero, Galbraith llamó a la puerta lateral del 65 de Harlan Street. Era una mañana fría y despejada. La nieve había cubierto el jardín y los árboles que rodeaban la casa no tenían hojas.

«Policía. Tenemos una orden de registro. ¡Abran la puerta!», gritó. Grusing y otros seis agentes de Golden y Lakewood estaban detrás de ella, apoyados en la fachada sur de la casa. Llevaban chalecos antibalas, pantalones caqui y las armas desenfundadas.

Galbraith oyó un ruido en la casa y, al cabo de unos segundos, la puerta se abrió. Marc O'Leary apareció en el umbral. Su perro, Arias, y el perro de Michael, un pitbull, salieron escopetados de la casa. Al ver a los agentes, O'Leary empezó a arrodillarse.

«¡Sal, sal!», le ordenó Galbraith.

Cuando salió de la casa, bajo el sol oblicuo de invierno, parecía aturdido. Llevaba una sudadera gris, unos pantalones de chándal grises y unas zapatillas. Le dijo a Galbraith que su hermano, Michael, había pasado la noche fuera y no había vuelto. Estaba solo.

Galbraith lo llevó a un lado y lo puso de rodillas. Ella también se arrodilló para subir las perneras de sus pantalones.

Ahí estaba, en el gemelo izquierdo de O'Leary: una mancha de nacimiento oscura en forma de huevo grande.

Era él. Era el violador.

Galbraith se giró hacia Grusing y levantó el pulgar.

Grusing le explicó que tenían una orden para registrar la casa y O'Leary dijo que quería un abogado. Entonces, Galbraith se colocó a su espalda.

«Queda arrestado por robo y agresión sexual. Los hechos se produjeron en la ciudad de Golden el 5 de enero de 2011», le dijo. A las 8:35, Galbraith esposó a O’Leary, y luego vio cómo otro agente se lo llevaba para que ingresara en la cárcel del condado de Jefferson. Allí le tomaron las huellas dactilares. Un técnico pasó varias torundas por la parte interna de sus mejillas para obtener un perfil de ADN completo. En otra sala, se desnudó para que un fotógrafo de la policía sacase fotos de todo su cuerpo. En su primera comparecencia en el juzgado, el 14 de febrero de 2011, O’Leary fue acusado de agresión sexual, secuestro, robo y amenazas. Se estableció una fianza de cinco millones de dólares, pues el juez consideraba que O’Leary era «un peligro extremo».

Galbraith había estrenado botas la mañana del arresto. Desde aquel día, siempre que las veía recordaba la detención de O’Leary. Había insistido en prenderlo ella misma. «Quiero ver la cara que se le queda cuando descubra que lo hemos pillado».

Amanda Montano, de la Científica de Golden, dirigió el equipo de once agentes, investigadores del FBI y técnicos de la policía científica que registró la casa. Katherine Ellis, de Westminster, se había ofrecido voluntaria para ayudar. Así como el oficial Aaron Hassell, de Lakewood, y el oficial Marcus Williams y la técnico de la Científica Kali Gipson, de Golden. Todos se pusieron monos blancos con capucha, guantes de látex azules y cubrezapatos blancos. Parecían una unidad de riesgos biológicos pululando por un escenario tóxico.

El equipo peinó la casa, habitación por habitación. El dormitorio de Marc O’Leary estaba en el extremo noreste. Encontraron las ventanas tapadas por cortinas negras, la cama pegada a la pared y las sábanas beis amontonadas en el centro del colchón. El suelo estaba limpio y había una cómoda con una televisión encima. En los cajones todo estaba perfectamente ordenado. Las camisas y los pantalones estaban bien guardados, tres pilas por cajón. En el suelo del armario había varios pares de zapatos, uno junto al otro. Montano se percató de que uno de ellos eran las zapatillas negras con las tres bandas blancas: las Adidas ZX 700. «Justo como indicaba la página web», pensó Montano.

Se dirigió al despacho, en la parte trasera de la casa. Unas cortinas granates cubrían una ventana que daba a las Rocosas. En un rincón había un escritorio marrón con forma de ele. Encima, un ordenador, varios cuadernos de espiral y

un iPhone. Sobre el ordenador, en la pared, había un reloj enmarcado con un escudo de armas militar. Debajo, una placa grabada donde se agradecía al Soldado de Primera Clase Marc Patrick O’Leary su dedicación y servicio en el Tercer Pelotón «Gallos» de la Compañía A del Regimiento de Infantería de Asalto Aéreo n.º 503 —una de las unidades en las que había servido en Corea—. «Militar, como sospechaban las víctimas», pensó Montano.

Había varios estantes sobre el escritorio. Montano apuntó los títulos. *Breve historia del tiempo*, de Stephen Hawking; *Ética*, de Spinoza; *Ética promiscua*, de Dossie Easton y Janet Hardy; una biografía de Sigmund Freud; *El único libro de astrología que necesitará*; la Biblia; *Orígenes sexuales y otras cuestiones íntimas*.

En otro estante había una pila de CD en fundas de plástico azul. Sobre la pila, una cámara Sony Cyber-shot rosa.

«Se diría que es demasiado perfecto», pensó Montano.

A lo largo del día, Montano y el resto del equipo hurgaron en la vida de O’Leary. En la cesta del baño encontraron un trozo de tela negro, atado formando una especie de máscara. En la cocina, dentro de otra cesta, descubrieron un par de guantes Under Armour con un diseño en formal de panal. Debajo del colchón descubrieron una Ruger negra calibre .380 con seis balas en el tambor. En el interior de un armario del despacho encontraron una mochila Eagle Creek verde y negra, llena de bolsas. En una de ellas había unos tacones de plástico transparente con cintas rosas; otra era una bolsa hermética Ziploc, en la que estaban escritos, en mayúscula y con permanente negro, sus contenidos: MEDIAS. PINZAS. DILDO. MORDAZA.

En el fondo del armario, Williams reparó en un pequeño amplificador de guitarra negro. Al darle la vuelta, dos bolsas herméticas asomaron por la parte de atrás. Williams se las pasó a Montano, que las puso en el suelo. Dentro había varias prendas de ropa interior femenina: a rayas melocotón y blancas, fucsia, blancas, rosa claro, marrones, azul celeste y blancas con flores de colores. Diez, en total.

Sus trofeos.

La abundancia de pruebas dejó atónitos a todos los policías de la casa. Era como completar un puzle. Las piezas encastradas formaban una foto clara: la de Marc O’Leary.

«Los policías ejecutamos órdenes de registro constantemente. A veces, encuentras buen material; otras, poca cosa. Pero rara vez encuentras los

elementos que relacionan unos casos con otros —explica Hassell—. Había tantas cosas que parecía un disparate».

Tras el arresto, Galbraith se dirigió al nuevo apartamento de Amber. Habían pasado treinta y nueve días desde la violación y quería darle la noticia en persona.

Amber salió a su encuentro en el aparcamiento. Galbraith le dijo que el hombre se llamaba Marc O’Leary, que había violado a otras mujeres antes y que ella había contribuido a resolver el caso gracias a su atención por los detalles, su capacidad para hacerle hablar, sus sensaciones sobre su pasado y su llamada a la policía. Galbraith casi nunca se ponía sentimental, pero en ese momento se sintió abrumada —por el alivio, la satisfacción, la felicidad—. Los ojos se le llenaron de lágrimas. «He hecho esto por ti», pensó.

Amber no mostró ninguna emoción. Le dio las gracias a Galbraith, le dio un abrazo rápido y volvió a su apartamento. Galbraith esperaba una reacción más intensa, aunque sabía de sobra que no tenía por qué ser así: la experiencia de una víctima de violación era profundamente personal.

Hendershot llamó a Sarah y le dijo que tenían que verse. Sarah le respondió que estaba hasta arriba de cosas que hacer y no sabía si tendría tiempo de verla.

«A ver, es muy muy importante —le dijo Hendershot—. Voy donde estés. Me da igual dónde sea, voy a cualquier sitio».

Esa noche, Hendershot quedó con ella en un restaurante Denny’s. Hendershot la vio en un rincón, cenando sola. Sarah no tenía familia cercana y su marido había muerto. Había sufrido una y otra vez.

Hendershot se sentó y le contó la noticia.

«Ya está. Ya está. Lo tenemos», le dijo a Sarah.

Las dos mujeres se quedaron ahí sentadas, con la cara cubierta de lágrimas.

«Ahí fue cuando tuve mi momento de felicidad, por así decirlo; cuando pude sentarme frente a ella y decirle que después de todo lo que había pasado ya no tendría que volver a preocuparse por él nunca, jamás», explica Hendershot.

Michael O’Leary no entendía lo que estaba pasando. Cuando llegó al 65 de Harlan Street lo encontró abarrotado de policías; una muchedumbre se apelotonaba alrededor del cordón policial. Los equipos de televisión estaban aparcados delante de la casa y los periodistas hablaban ante las cámaras. Tras bajar del coche e identificarse ante un policía, lo esposaron y lo metieron en la

parte trasera de un coche patrulla.

Ahora estaba en una sala de la sede central de la Agencia de Investigación de Colorado, con dos policías frente a él. Uno dijo que se llamaba Scott Burgess; la otra era Edna Hendershot.

—¿Se hace una idea de lo que puede haber pasado? —preguntó Burgess.

—Ni de coña. No tengo ni idea —respondió Michael.

Sabía que habían arrestado a su hermano, pero no el porqué. Había visto en la tele una noticia sobre un tipo de Arizona al que habían trincado por disparar a un montón de gente, y el hombre le recordaba a su hermano: un lobo solitario, como un fantasma para el Gobierno. ¿Estaría preparando una bomba o algo así?

—Todo este jaleo no se monta por una multa de tráfico —le dijo Burgess.

Hendershot y él empezaron a hacer preguntas.

¿Cómo era su día a día?

Iba al curso de barbería por la mañana a las ocho y trabajaba repartiendo muebles por la tarde.

¿Había llevado la camioneta de Marc alguna vez?

Sí, una. La cogió para llevar un mueble de televisión a una casa a las afueras de Denver.

¿Usaba el ordenador del despacho?

Pues claro. Pero tenía su propio usuario y contraseña. Miraba los resultados de la liga *fantasy* de fútbol americano. A veces visitaba Plenty of Fish, una página de citas.

¿Había estado en Aurora? ¿O en Westminster? ¿O en Golden?

No. Sí. No.

—¿Tiene algún primo que viva en la zona de Denver, primos varones? —preguntó Hendershot.

No. Solo tenían a su padre, que vivía en Arizona. Luego, Burgess le hizo una última petición: ¿podía remangarse los pantalones?

Michael le mostró una cicatriz en el gemelo. Se la había hecho en un accidente de bici, de niño. ¿Qué tenía eso que ver?

—Bueno, ¿vais a decirme por qué lo han arrestado o qué? —preguntó Michael.

Burgess titubeó unos segundos. Decírselo iba a ser un palo: el tipo no tenía ni la más remota idea. Burgess le explicó que habían violado a varias mujeres. Habían descrito a su agresor como un varón de más de metro ochenta y unos

cien kilos. El ADN había vinculado al violador con la familia O'Leary y una mujer había visto una mancha de nacimiento en la pierna del hombre.

—Siento que se entere así, me imagino que para la familia será difícil de asimilar —le dijo a Michael—. Pero, por desgracia, estamos convencidos de que Marc es nuestro sospechoso.

Michael no dijo nada. Burgess y Hendershot siguieron haciéndole preguntas, pero él dejó de responder. Pasó varios minutos en silencio, mientras los dos policías esperaban a que hablase.

Por fin encontró la voz.

—Esto va a matar a mi madre —dijo—. No va a poder soportarlo, se lo garantizo. Ya está, está muerta, le va a amargar la vida. La va a carcomer por dentro para siempre. Ya da igual, no puedo hacer nada, nadie puede hacer nada.

Luego presionó a Burgess. ¿Estaban seguros de que habían arrestado al culpable? ¿Y si le habían tendido una trampa?

Burgess le dijo que no; habían encontrado muchísimas pruebas en la casa.

—Es una cantidad abrumadora —le confesó a Michael.

Michael no quería traicionar a su hermano. La familia es lo primero y tal. Pero aquello... aquello era demasiado.

—La verdad es que lo admiraba, creía que le iba bien en la vida. Ya no sé qué pensar. Me da... me da vergüenza. Me da vergüenza salir a la calle.

»Para mí está muerto. No quiero saber nada más de él en mi vida —continuó Michael—. Ojalá pudiese pegarle un tiro.

Luego confesó a los agentes que su hermano estaba metido en el ocultismo; le gustaban la astrología, la alquimia, las sociedades secretas... Su hermano y sus amigos tenían ideas estrambóticas sobre el orden social del mundo. Para ellos solo había dos tipos de personas: las que estaban arriba y todos los demás, a su servicio.

—En su mundo todo está dividido, en plan alfas y bravos —dijo.

Aquellas palabras le recordaron algo a Burgess. El violador le había hecho un comentario críptico a Amber sobre lobos y bravos. Ahora, el hermano del violador estaba usando unas palabras parecidas. Solo había que imaginarse lo que supondría presentar esa coincidencia ante un jurado. ¿Era posible que dos personas diferentes compartiesen la misma filosofía secreta? ¿Cuántas posibilidades había? Tenían la oportunidad de encajar otra pieza en el puzle.

—¿Ha oído alguna vez la expresión «lobos y bravos»? —preguntó Burgess.

—Claro, lobos y bravos —dijo Michael.

—¿Qué son lobos y bravos?

—En resumidas cuentas, los lobos son los alfas y los bravos son la mayoría de gente corriente. No son física ni mentalmente fuertes, no son nada; están un escalón por debajo. Así es como clasifican las cosas, como hacen los lobos.

—¿Y él se consideraba un lobo? ¿Esas son las cosas que estudiaba?

—Esencialmente, lo consideraban un alfa; y en esas sociedades los machos alfa pueden tener relaciones sexuales con muchas mujeres, no están atados —respondió Michael—. No sé qué tiene eso que ver con ir por ahí violando, joder, pero supongo que es demasiado profundo como para imaginárselo siquiera, ¿no?

»El tío está como una puta cabra —concluyó Michael.

Montano recorría la casa de O'Leary seguida de John Evans, un experto informático de cincuenta años. Evans, un investigador civil del CBI, sabía que el violador había amenazado con colgar las fotos de las víctimas en internet y que O'Leary tenía varias páginas pornográficas. Su cometido era llevarse todos los ordenadores, discos duros y teléfonos móviles de la casa. Montano buscaba las pruebas físicas de la culpabilidad de O'Leary, mientras que Evans se ocupaba de las digitales.

La historia de Evans con los ordenadores venía de lejos. De joven, por la década de 1980, había comprado uno de los primeros ordenadores domésticos, un Commodore 64. No podía hacer gran cosa: sumar cantidades, imprimir «Hola» y mostrar gráficos cuadrados, pero se enamoró de esa máquina de tosco teclado marrón y pantalla resplandeciente. A la sazón, aquello parecía magia.

Hizo de su afición una carrera y, tras servir en la Armada —había trabajado tres años en la Antártida, cautivado por las interminables noches y días polares—, Evans se mudó a Colorado. Encontró trabajo en una agencia de control de animales —en una perrera, vaya— y luego se incorporó al Departamento de Policía de Golden como registrador de pruebas y técnico de la Científica. Casi siempre trabajaba solo, en una oficina rodeada de estanterías, catalogando fichas de huellas dactilares y torundas con muestras de ADN, pistolas y fotografías, sábanas y ropa desgarrada. Su fascinación por la electrónica lo llevó a formarse en ciencias forenses aplicadas a la informática y al vídeo —el análisis de los medios digitales usado en los juicios—, y se convirtió en el primer forense informático certificado de

Golden y uno de los pocos en la zona de Denver.

La reputación de Evans como experto en ordenadores corrió como la pólvora, y otras agencias empezaron a enviarle sus crímenes informáticos. Al principio trabajaba sobre todo en Golden e intermediaciones, pero al cabo de poco tiempo ya solicitaban su ayuda policías de todo Colorado. ¿Que tu caso tenía un vídeo de seguridad borroso? Evans podía mejorarlo. ¿Que necesitabas abrir un disco duro? Evans también sabía. ¿Correos electrónicos encriptados? Evans era el indicado.

Y así fue como Evans descubrió que los ordenadores también encerraban magia negra. Muchos de los casos en los que trabajaba estaban relacionados con la pornografía infantil. Eso significaba que tenía que pasarse horas y horas viendo las imágenes más perturbadoras que uno pueda imaginarse. Acabó conociendo el canon, las típicas decenas de miles de fotos y vídeos de niños de los que abusaban sexualmente y que circulaban por internet entre los perversos de todo el mundo. Nunca resultaba fácil; nunca era normal. Pero se acostumbró, como se acostumbran los policías a los cadáveres. «Con el tiempo acabas creándote una coraza de inmunidad. Era duro. A veces no tenía más remedio que levantarme y airearme», dice. Evans se mantenía alerta en busca de nuevas imágenes, fotos que no había visto nunca: esos eran los niños a los que quizá aún podía salvar.

En el despacho, Evans catalogó los artículos informáticos de O'Leary. Había dos ordenadores, uno en su escritorio y otro guardado en el armario, junto a la mochila y el amplificador. También había un iPhone, dos USB en las estanterías, varios CD-ROM y dos tarjetas de memoria SSD en las cámaras de O'Leary, la Sony Cyber-shot rosa robada y la Canon Rebel XTi, el mismo modelo que había mencionado en su conversación con la mujer de Craiglist.

Evans se lo llevó todo al Laboratorio Informático Forense Regional de las Montañas Rocosas, situado en un anodino parque empresarial de Centennial, una de las zonas más meridionales de Denver. Financiado por el FBI, reunía a agentes federales e investigadores de Colorado, y era el laboratorio de criminalística de referencia para todos los casos relacionados con la informática forense. Las agencias de policía estatales llevaban archivos encriptados, documentos de contabilidad semiborrados y registros de direcciones IP con la esperanza de encontrar las pruebas de un crimen. Evans, al que el FBI había reclutado con carácter permanente desde el Departamento de Policía de Golden, disfrutaba de esa colaboración. «Intentas ayudar a todo

el mundo», afirma.

En su escritorio, situado en una planta alargada y repleta de cubículos, Evans tenía siete ordenadores, PC y Mac, con dos pantallas cada uno. No dejaban de zumbar en todo el día, desenterrando secretos digitales. Evans parecía un bróker en el parqué de la bolsa de Wall Street, pero sus catorce pantallas siempre mostraban pérdidas, nunca beneficios.

«Nos pasamos todo el día, todos los días, viendo cosas horribles».

El ordenador de O'Leary reveló pruebas casi de inmediato. Evans encontró una copia de seguridad del iPhone con las notas que había tomado mientras vigilaba a Amber, que se remontaban al 28 de septiembre —más de tres meses antes de la violación—. Aquel día registró varias entradas durante las cinco horas que pasó delante de su apartamento. La última era a las 2:30: Amber «vuelve a casa, se queda en bragas y se pasa un buen rato en el baño. Luego se sienta a su escritorio y empieza a escribir». El 10 de noviembre describió haber visto a Amber y a su novio: Amber «vuelve a casa con un novio blanco sobre las 22:30 o 22:45. El novio se pone el pijama. *Game over*». El 3 de enero se mostraba preocupado ante la posibilidad de que Amber se mudase. Veía que estaban llenando cajas en su casa. Esa noche forzó la cerradura de su puerta para dejarla lista para colarse en su apartamento. «Llegó sobre la 01:00, sola en casa», escribió el día antes de la violación.

En ese mismo iPhone, los investigadores encontraron pruebas de que O'Leary había estado vigilando a otra mujer, una divorciada de Littleton. No había indicios de que hubiese consumado el ataque, solo de que lo estaba planeando.

El iPhone también reveló los contactos de O'Leary, que no eran muchos. Estaban su hermano, Michael, su madre y su padrastro, varios amigos de la zona y un número con prefijo 602. Era de una mujer de Arizona. Se llamaba Calyxa.

Evans le envió todo lo que había encontrado a Galbraith y a Hendershot, escribiendo una nota rápida e informal: «Aquí van un par de cosillas interesantes que he encontrado hoy». El mejor amigo de Evans era Mike Hendershot, el marido de Edna. Se habían conocido en el Departamento de Policía de Golden, donde Evans también conoció a Galbraith; todos formaban parte de la «red azul».

Entre los archivos que O'Leary se había descargado, Evans encontró una copia digital de un libro con técnicas policiales: *Rape Investigation*

*Handbook*. Lo habían escrito dos policías con mucha calle que se pasaron décadas investigando agresiones sexuales: John O. Savino, expolicía de Nueva York, y Brent E. Turvey, elaborador de perfiles criminales. El manual estaba escrito con un estilo simplón e incluía un sinfín de anécdotas. Muchos eran perfiles de violadores y sus crímenes, pero el libro también describía técnicas de investigación: el análisis del «ADN táctil», el uso de ViCAP y las características de los violadores en serie. A Evans le pareció que O'Leary podía haberse estudiado el libro.

Era un estudioso de la violación.

Un día, Evans se topó con un curioso archivo almacenado en el disco duro del ordenador que había en el escritorio de O'Leary. Tenía un nombre llamativo: Desgraciado. Era enorme, casi setenta y cinco gigabytes: lo bastante grande para almacenar todos los libros de una planta de una biblioteca; lo bastante para almacenar decenas de miles de fotos y vídeos de gran calidad. Y estaba cerrado herméticamente. Evans descubrió que O'Leary había usado el programa TrueCrypt para proteger el archivo de las miradas indiscretas como la suya.

Se obsesionó con desvelar los secretos de Desgraciado.

Pese a estar encriptado, el archivo daba pistas. O'Leary había transferido imágenes a Desgraciado para almacenarlas. Esa acción, el movimiento de una carpeta de fotos, deja huella, y Evans descubrió que O'Leary había nombrado una de las carpetas como «Chicas». Dentro había más carpetas, cada una con el nombre de una mujer. Evans encontró los nombres de Amber y Sarah; encontró el nombre de Doris 1422 veces, en 211 archivos diferentes.

También vio otros ocho nombres; nombres que no reconocía. Se los guardó, pues podrían ayudar a los investigadores a dar con otras víctimas.

Según explica Evans, «si hubieses visto lo meticuloso que era, incluso para ordenar su cajón de la ropa interior, no te costaría entender» por qué había etiquetado las carpetas con los nombres de las mujeres. «Era sumamente meticuloso en todo lo que hacía».

Evans dedicó uno de sus ordenadores en exclusiva a hackear Desgraciado. Mientras esperaba, aplicó sus artes a los objetos más pequeños que se había llevado del 65 de Harlan Street: las dos tarjetas de memoria de las cámaras de O'Leary, del tamaño de un sello.

Allí encontró las pruebas que estaba buscando.

Las fotos de las víctimas.

O'Leary había intentado esconderlas. Evans supuso que el violador habría transferido las fotos de la cámara a Desgraciado. Luego, una vez copiadas y almacenadas en la seguridad máxima del archivo encriptado, borró todo lo que había en las tarjetas. Pero no por completo: los nombres de los archivos habían desaparecido, pero los bits que formaban las propias imágenes seguirían en la tarjeta hasta que quedasen sobrescritos para siempre por otra foto. El más escrupuloso de los violadores había vuelto a dejar huellas, esta vez digitales.

Usando un *software* para recuperar archivos borrados, Evans rescató más de cuatrocientas imágenes de Amber, posando con una cara que era la viva imagen del miedo. También había más de cien fotos de Sarah, a la que había obligado a abrirse de piernas en la cama, con las manos atadas a la espalda. No había lugar para la confusión: el hombre de las fotos era O'Leary y estaba violando a las mujeres tal y como ellas habían descrito.

Mientras bajaba con el ratón por aquel sinfín de fotos, Evans tenía que parar de cuando en cuando y salir a fumarse un cigarrillo. Calculaba que habría visto millones de fotos pornográficas —muchas violentas, muchas con menores— en sus veinticinco años en las fuerzas de seguridad; sin embargo, las personas que aparecían en ellas eran anónimas, desconocidas. Ahora sabía los nombres de las caras muertas de miedo que lo miraban desde la pantalla de su ordenador. «No puedes estar ahí como si nada —dice—. Acaba siendo bastante abrumador. Es real. Sabes que tienes delante a una víctima de verdad».

Cuando Evans llamó a Galbraith y a Hendershot para darles la noticia, acudieron a toda prisa al laboratorio para ver los archivos e identificaron a sus víctimas de inmediato.

Hendershot hizo un apunte sucinto: «No puedo imaginarme a un ser humano más infame».

También se percató de una foto en la que Sarah llevaba unas grandes sandalias rojas. Recordaba haberlas visto en una caja cuando registró su apartamento. La mujer había dicho que el violador le puso unos zapatos, pero no recordaba cuáles. Hendershot decidió intentarlo otra vez. Llamó a Sarah y, tras charlar unos minutos, le hizo la misma pregunta que le había hecho en su día. ¿Se acordaba, por casualidad, de qué zapatos eran?

Y el caso era que sí. Sarah le dijo que, unas semanas antes, mientras ojeaba un álbum, vio una foto en la que llevaba unas sandalias rojas y de repente se

acordó: eran las que había cogido el violador.

Hendershot estaba sorprendida. Seis meses después de la violación, la mente traumatizada de Sarah había recuperado una imagen perdida. Su memoria aún buscaba y encajaba piezas del rompecabezas.

Evans siguió desenterrando los archivos que O'Leary creía haber eliminado y encontró ocho fotos que había sacado varios años antes. Eran parte de un conjunto más grande, pero la mayoría de las imágenes quedaron sobrescritas a medida que O'Leary fue violando y sacando fotos de otras mujeres. Un ataque más y las ocho fotos habrían corrido la misma suerte, desapareciendo para siempre.

Pero, en cambio, Evans consiguió recuperarlas. Las revisó junto a Galbraith. Eran fotos de una chica joven; llevaba una camiseta rosa y en la cara se leía la misma expresión de pavor de las otras mujeres.

El corazón de Galbraith dio un respingo: otra víctima de O'Leary. Pero ¿cómo iba a encontrarla?

En la última foto estaba la respuesta: Marc O'Leary había puesto la licencia de aprendizaje de la mujer sobre su pecho. Clic.

En la foto se veía claramente su nombre. Y su dirección.  
Lynnwood, Washington.

<sup>83</sup> Hartnett, Kevin: «The DNA in Your Garbage: Up for Grabs», Boston Globe, 12 de mayo de 2013, [bostonglobe.com/ideas/2013/05/11/the-dna-your-garbage-for-grabs/sU12MtVLkoypL1qu2iF6IL/story.html](http://bostonglobe.com/ideas/2013/05/11/the-dna-your-garbage-for-grabs/sU12MtVLkoypL1qu2iF6IL/story.html).

## 13. COMO MIRAR UNA PECERA

Lunes, 11 de agosto de 2008

Antes de las 7:55

Lynnwood, Washington

Llegó antes del amanecer y esperó pegado a su apartamento, a su habitación, oyéndola hablar por teléfono. Esa noche no estaba lloviendo, y pudo ponerse cómodo; la pared era fina y se escuchaba su voz.

Le gustaban los árboles, por la protección que ofrecían, y junto a ese bloque de apartamentos había un montón. Los pisos le impedían gozar de la intimidad de una casa, pero tenían sus ventajas. Todas esas puertas correderas de cristal, por ejemplo —extraordinariamente fáciles de forzar; eso si no las dejaban abiertas, que era bastante habitual—. Y también las ventanas. En ocasiones, podía quedarse resguardado en la oscuridad escudriñando un edificio entero, con todas y cada una de las persianas abiertas, con todas las luces encendidas. Era como mirar una pecera.

La había visto un par de semanas antes, mientras iba conduciendo en busca de bloques de apartamentos que cumpliesen sus requisitos. Quería un edificio que le ofreciese oportunidades para ocultarse, facilidades para acechar desde las sombras. Si el exterior estaba despejado y sin árboles, estaría expuesto. Quería ventanas de habitaciones por las que pudiese mirar. Buscaba apartamentos con varias rutas de escape; no quería quedarse atrapado. A veces, mientras evaluaba un bloque de pisos, entraba en uno vacío o en el piso piloto, de haberlo, para estudiar la distribución y señalar exactamente dónde estaba cada cosa.

También quería que el edificio estuviese al menos a kilómetro y medio de su casa. «Donde se come no se caga», solía decir. El apartamento de la chica estaba a seis kilómetros y medio, diez minutos en coche. Y resultaba que pasaba mucho por Lynnwood —para comprar, como todo el mundo: Circuit City, Fred Meyer, Best Buy, Walmart—. Alguna vez comía en el Olive Garden o el Taco Bell, y le gustaba sentarse en el interior oscuro y cargado de humo

del Secret Garden, un restaurante coreano especializado en barbacoa. Justo la semana anterior había estado en el centro comercial Alderwood Mall, comprando en Barnes & Noble.

En Lynnwood había muchísimos barrios formados en su mayoría por casas. Y las casas tenían su atractivo: además de privacidad, ofrecían más predictibilidad. Había menos trasiego de gente; no había que preocuparse de tantos inquilinos. Sin embargo, un bloque de apartamentos era más fácil de vigilar; uno podía pasar por delante en coche o andando, o quedarse ahí enfrente, sin más, y no llamar demasiado la atención, integrándose en el ambiente. Sin embargo, sabía que no debía quedarse demasiado tiempo en un mismo sitio, aun tratándose de un edificio como ese, así que se alejó de la pared de la habitación en un par de ocasiones para dar un paseo cortito y no levantar sospechas.

Luego volvía y aguzaba el oído. Sabía que la chica estaba al teléfono porque no oía la otra voz. Esperó a que se quedase dormida.

Tenía dieciocho años. Sus preferidas eran las de entre dieciocho y treinta años. Por monstruoso que fuera, su depravación tenía límites, o al menos eso se decía a sí mismo. Dieciocho era lo mínimo. También evitaba hogares con niños, porque no quería que se viesen involucrados en una experiencia así. Prefería a las mujeres solteras y que vivían solas. Y procuraba evitar, claro, las casas con perros, porque los perros ladraban. Los perros eran peores que las alarmas.

Edad aparte, la verdad es que no era su tipo. Se había dado cuenta mientras la espiaba en su habitación, pero había pasado tanto tiempo de caza (como él decía), cientos de horas, quizá mil, que se acostumbró a incluir en sus fantasías a todo tipo de mujeres.

Llevaba dos años y medio en el estado de Washington. Tras marcharse de Corea se había mudado allí y había entrado en la reserva militar con el cometido de formar a los cadetes del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva. Rendía cuentas a Fort Lewis, pero vivía en Mountlake Terrace, al norte de Seattle.

En Washington, casi todos sus primeros intentos fueron tan patéticos como los dos de Corea. Era incapaz de recordar cuántas veces había fallado.

«Ni siquiera lo sé», decía. «Unas cuantas», insistía. «Al menos siete u ocho», confesó cuando le apretaron.

En una de esas ocasiones, entró en la habitación de una mujer cuchillo en

mano. Al verlo, ella salió corriendo, pasando por delante de él, sin más. Y la dejó marcharse. Si hubiese intentado agarrarla, podría haberla herido, y eso sí que no lo quería. Todo el trabajo invertido, toda la preparación, se escaparon con ella por la puerta, perdidos en la noche. La mujer había hecho una tontería, pero una parte de él la respetaba.

En otra ocasión, estaba vigilando un edificio y reparó en una mujer de unos sesenta años. Sin embargo, no podía verla bien: el jardín trasero estaba demasiado expuesto, así que la observó desde detrás de una valla, agazapado entre los árboles, a unos diez o quince metros de distancia. Esperó el momento y se coló en la casa. La mujer se había dejado la televisión encendida. Entró en su habitación y la vio dormida. Parecía bastante vieja, lo suficiente para hacerle dudar. «No sé, no sé», pensó. Se pasó quince o veinte minutos debatiéndose, hasta que volvió a la habitación y le tapó la boca para evitar que gritase. Parecía tan sumamente asustada que temió que pudiese darle un infarto. Cuando arrancó las sábanas se dio cuenta de que era incapaz de hacerlo. Era demasiado vieja. Volvió a tapparla y le dijo: «Me he equivocado entrando aquí. No voy a robar nada, no voy a hacerte nada, siento haberte asustado. Por favor, no llames a la policía. Voy a salir por la puerta de atrás».

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Pero luego empezó a inquietarse. En los días y semanas posteriores al episodio, se recriminó su actitud: estás desperdiciando tu vida; te pasas una noche tras otra vigilando, preparándolo todo, y luego, si una mujer no encaja en tus fantasías, te largas. Así pues, se comprometió a ampliar el terreno de su fantasía. Buscó porno de mujeres ancianas y se pegó un atracón para asegurarse de que la próxima vez su reacción fuese distinta. La próxima vez su trabajo no habría sido en vano.

La llamada de la chica se alargaba ya horas.

Mientras hablaba con Jordan, Marie se percató de algo en la oscuridad, pero no le dio mucha importancia.

«Estaba al lado de mi ventana, era una especie de sombra».

Pensó que sería alguien que pasaba por allí. La sombra estaba ahí, y luego desapareció.

Cuando la joven dejó de hablar, faltaban quince minutos para el amanecer. Saltó la barandilla, rozando la superficie metálica. En el porche trasero había un armario, junto al que pasó. La puerta corredera de cristal no estaba cerrada, y entró en la sala de estar.

Se conocía los sesenta metros cuadrados del apartamento: la sala de estar daba al pequeño comedor, por el que se accedía a la habitación. Desde que la había visto por primera vez, dos semanas antes, se había colado un par de veces en su casa para indagar. Había ojeado sus documentos y había hurgado en los cajones de su habitación para asegurarse de que no tenía un arma a mano.

En sus acciones se veía una curva de aprendizaje, que explicaba así: «A medida que te haces más competente, cometes menos errores». Esa era la palabra que usaba: «competente». Tenía todo un léxico propio para la violación; sus palabras deshumanizaban y, a menudo, imitaban la jerga militar. Una urbanización con bloques de apartamentos era un «entorno repleto de objetivos». Mientras realizaba las «misiones de reconocimiento» buscaba «múltiples objetivos potenciales», y a su preparación final —la noche en cuestión, cuando salía de casa y repasaba la máscara, las cintas y los guantes — la denominaba «inspección previa al combate».

En esta ocasión, estaba más o menos a la mitad de dicha curva de aprendizaje. Ya había cometido algún desliz, llamando la atención de la policía. En abril de 2007, un agente de Mountlake Terrace se cruzó con él a las cinco de la mañana. El policía no lo arrestó, pero apuntó su nombre y redactó un informe: «El sujeto merodea alrededor de apartamentos y casas con ropa oscura». Le contó al agente la patraña de que se le había roto el coche e iba llamando casa por casa para usar el teléfono de algún buen samaritano. Sin embargo, durante las dos semanas siguientes se percató de que la policía pasaba por la puerta de su casa, lentamente, echando un vistazo. «Joder. Me tienen fichado», pensó. Tras el episodio, se mantuvo inactivo un tiempo.

Sabía que sus obsesiones y sus rondas nocturnas también daban que pensar a la gente de su entorno. Una mañana, Masha lo vio volver a casa con la ropa sucia, como si hubiese estado arrastrándose por ahí. También iba a clase en el Instituto de Arte de Seattle, y le pagó a un compañero fotógrafo para que sacase fotos para una página web. Cuando el estudiante se presentó allí, descubrió un estudio fotográfico con objetos fetiche y una jaula de metal con cerrojo y candado. Había tres mujeres posando desnudas y, en palabras del fotógrafo, «peligrosamente delgadas». Su matrimonio se estaba desmoronando. Iba tan mal que le pidió a Masha que abrieran su relación; iba tan mal que ella aceptó. La mujer trabajaba para mantenerlos mientras él se pasaba horas delante del ordenador, fingiendo que diseñaba páginas web, cuando en

realidad daba sus primeros pasos en el negocio del porno.

Entre las páginas web y las rondas de vigilancia, sus obligaciones para con el Ejército se resintieron. Ya nunca aparecía por las «asambleas de combate», los ejercicios militares de la reserva con carácter mensual. Llevaba un año sin ni siquiera ponerse en contacto con sus comandantes.

En la sala de estar, justo al otro lado de la puerta corredera de cristal, vio unas zapatillas de deporte negras de la chica. Les quitó los cordones y volvió a dejarlas en su sitio. Luego, un oficial de policía repararía en lo bien colocadas que estaban, como si tanta pulcritud no encajase.

Estaba siendo ordenado, sin más; como hacía con todo.

Pasó uno de los cordones por unas bragas. El otro lo usaría para atarla.

No escogía siempre el mismo equipo. A veces llevaba esposas o vendas para los ojos; otras, improvisaba con lo que encontraba. A veces llevaba una pistola; en esa ocasión, usaría un arma que había descubierto en una de sus inspecciones previas del apartamento. A medida que sus fantasías evolucionaban, su lista de instrumentos cambiaba. Y esa noche estrenaba uno: había llevado una cámara de fotos.

Ya dentro, pasó una media hora, quizá más, preparándolo todo. Una parte del proceso era mental; tenía que convencerse para «saltar desde el acantilado», por usar su expresión.

En la cocina, buscó el bloque de cuchillos y cogió uno con el mango negro, a la izquierda de la fila superior.

Luego se dirigió con sigilo al dormitorio.

A eso de las siete de la mañana, quizá menos cuarto, estaba en la puerta, empuñando el cuchillo con la mano izquierda.

La vio despertarse.

«Date la vuelta», le dijo a Marie. Y ella obedeció. «Ponte boca abajo». Cuando lo hizo, se colocó a horcajadas sobre ella, acercándole el cuchillo a la cara.

«Las manos a la espalda». Le ató las muñecas y le tapó los ojos. Luego le metió una tela en la boca para atenuar cualquier sonido.

«Qué conversación más interesante, ¿eh?», le dijo, para que supiese que había estado ahí, escuchando, aguardando.

«Tendrías que saber que no hay que dejar las puertas abiertas».

«Ahora ponte boca arriba». Obedeció, y entonces la violó, y mientras la violaba le pasaba las manos enguantadas por todo el cuerpo.

Encontró su bolso, lo vació en el suelo y, después de coger su licencia de aprendizaje, se la puso sobre el pecho y sacó fotos.

Marie oía el trasiego, pero no se lo explicaba. Reconocía el clic de la cámara, un sonido de sobra conocido. Incapaz de hablar, incapaz de gritar, rezó. Rezó para sobrevivir.

Cuando acabó, el hombre le dijo que si se lo contaba a la policía colgaría las fotos en internet para que sus hijos, cuando tuviera, las viesen.

Le sacó la mordaza de la boca y le quitó la venda de los ojos, pidiéndole que no lo mirase y que se quedara con la cabeza en la almohada.

Una de las últimas cosas que hizo fue pedirle perdón. Dijo que se sentía un idiota, que se lo había imaginado mejor.

Salió de la habitación y se marchó por la puerta principal.

El 14 de agosto de 2008 —el mismo día en que llevaron a Marie a la comisaría de Lynnwood, donde la interrogaron y presionaron para que dijese que se había inventado la historia—, Marc O’Leary se pasó por Lynnwood Gun & Ammunition, una tienda de armas cerca de la Autopista 99, donde compró cuatro cajas de munición y un rifle.

Al mes siguiente, registró otras cinco páginas porno, entre ellas [teensexhub.net](http://teensexhub.net) y [porninjector.com](http://porninjector.com). Un mes después estaba en Kirkland, al este de Seattle, violando a otra mujer de sesenta y tres años, con un *modus operandi* casi idéntico al de Lynnwood, hasta el punto de usar los cordones de la víctima para atarla.

Al año siguiente lo expulsaron de la reserva militar. Durante su servicio activo había recibido una licencia con honores, pero su desempeño cambió de manera radical en la reserva, donde calificaron su situación como «muy poco honorable». En una lista de valores —con calificación binaria: sí o no—, recibió un «no» en todo: lealtad, deber, respeto, abnegación, honor, integridad y valor. Su informe de evaluación decía, literalmente: «No puede contarse con él para desempeñar ninguna tarea, ni siquiera las encomendadas al más bajo nivel». Llevaban unos dos años sin tener noticias de él.

En verano de 2009, O’Leary enfiló la Interestatal 90 y abandonó el oeste de Washington. Condujo hacia el este y luego al sur, franqueando las montañas en dirección a Yakima. Allí cogió la I-84, rumbo a Baker City, Oregón; Burley, Idaho; Ogden, Utah, y luego la I-80 hacia Rock Springs, Wyoming. Siguió hacia el este, atravesando Wyoming hasta casi llegar a Nebraska, y luego giró al sur, rumbo a casa, a Colorado, para instalarse a las afueras de Denver y

empezar de cero.

## 14. UN CHEQUE DE 500 DÓLARES

Marzo de 2011  
Lynnwood, Washington

Para la oficial Galbraith era una oportunidad que no podía dejar pasar. Iba a ayudar a otro departamento de policía a cerrar un caso importante, extendiendo una mano a través de cuatro estados para decir: «Eh, mirad lo que tengo para vosotros». O al menos eso era lo que se imaginaba.

Cuando llamó a la policía de Lynnwood, el jueves 3 de marzo, Galbraith se identificó y, después de dar el nombre de Marie, preguntó si en el departamento había algún caso relacionado con ella. Cuando le respondieron que sí, Galbraith solicitó una copia.

«Envíenos su solicitud por fax y en papel timbrado», le pidieron desde Lynnwood. Querían cerciorarse de que Galbraith era policía. Así que Galbraith cogió un papel estampado con el escudo de su departamento de policía y escribió: «Por favor, envíen en cuanto les sea posible el expediente de este caso a mi atención. Tenemos cuatro casos similares y un detenido. ¡Gracias de antemano! Stacy».

Unos veinte minutos después, Galbraith recibió un fax del departamento de registros de Lynnwood. Miró la primera página, y luego volvió a mirar, intentando entender lo que leía en la parte baja. Ahí, escritas a mano, estaban las últimas palabras que esperaba encontrarse:

La víctima fue acusada por denuncia falsa en nuestro caso.

Denuncia falsa. La mujer de la foto. «La víctima fue acusada».

Galbraith se estremeció al leer esas palabras.

Su corazón dio un vuelco, y acto seguido soltó un improperio, pues sabía con certeza lo muy equivocada que estaba esa acusación.

Galbraith pidió a sus compañeros que se acercasen. «Mirad esto». Luego repasó el expediente. Las investigaciones en Colorado habían generado miles

de páginas de informes, documentando las pistas que se habían seguido, el trabajo de laboratorio y las inspecciones realizadas. El fax de Lynnwood solo tenía cuarenta y cuatro páginas. Galbraith analizó detenidamente lo poco que había. Leyó que, el primer día, Marie le dijo a la policía que la habían violado; y Galbraith sabía —porque había visto las fotos de O’Leary— que su historia era verdad. Las imágenes encajaban con las palabras de la chica.

Entonces, Galbraith comprendió que no iba a ayudar a unos compañeros a resolver un caso abierto: iba a advertirlos de un error inimaginable, uno de los peores que podía cometer un policía. Mientras repasaba la investigación de Lynnwood —viendo dónde empezaban las dudas, cómo se extendían y cómo Marie había cedido a la presión hasta el punto de aceptar un acuerdo con la fiscalía—, Galbraith no quería ni imaginarse el calvario por el que habría pasado la víctima. Y no quería ni imaginarse los días que esperaban a la policía de Lynnwood.

El subinspector Mason iba de camino al trabajo cuando recibió la llamada.

Dos meses antes lo habían trasladado de la División de Investigaciones Penales a la Unidad Especial de Drogas, el campo que mejor conocía. Seguía yendo a clase después del trabajo: estaba acabando un curso de Derecho Procesal Penal en el Skagit Valley College, donde cosecharía un sobresaliente que se sumaría a todos los sobresalientes de su certificado académico universitario.

Habían pasado dos años y medio desde que cerró el caso de Marie, y en todo ese tiempo no se había cuestionado ni una sola vez su decisión: «No tenía ningún motivo para pensar que la forma en que se había cerrado la investigación no era perfectamente correcta».

La investigación de Mason había seguido la llamada de Peggy, en la que le decía que sospechaba que Marie estuviese mintiendo. Ahora, una llamada de Rodney Cohnheim, otro subinspector de Lynnwood, le informaba de que Marie había dicho la verdad. La violaron, y los agentes que ahora habían arrestado a su violador habían encontrado fotos que corroboraban la historia de Marie.

Su increíble historia.

Se había enfrentado a una mujer a la que habían violado a punta de cuchillo; la había convencido para retractarse y la había acusado. En su coche, solo, asimiló la noticia. El impacto fue tal que todo a su alrededor se volvió borroso. Lo más probable es que parase en el arcén, aunque no se acuerda:

«La ley dice que hay que parar; seguro que paré». Lo más probable es que Cohnheim le dijese unas palabras de aliento: «Seguro que sí, pero no las asimilé».

Fue a comisaría y se reunió con sus superiores. Todos hablaban de reabrir la investigación, extraditar a O’Leary, informar a Marie, reembolsarle las costas del juicio y eliminar sus antecedentes; pero Mason solo oía un zumbido, y sus compañeros se sentían fatal, sin saber muy bien qué decirle a quien estaba en medio de aquel follón.

Mientras los otros agentes se ponían a trabajar, Mason reflexionó sobre el caso, volviendo sobre los pasos que había dado, rumiando sobre el momento en que se había extraviado. La llamada de Peggy. El coordinador de Project Ladder diciendo que Marie quería cambiar de apartamento. La pregunta de la chica cuando le pidieron que fuese a comisaría: «¿Ha pasado algo?». Nada, por sí solo, tenía demasiada importancia. Pero en aquel momento todo parecía encajar. Llevaba más de veinte años en la policía y, por primera vez, se preguntó si estaba cualificado para hacer ese trabajo. Como todos los policías, había sufrido experiencias traumáticas; había visto la muerte, se había enfrentado al peligro. Pero siempre había salido adelante: tras recuperarse, pasaba página. Sin embargo, aquello era distinto. Y aunque pensaba en sí mismo y en todas las preguntas que tendría que responder, pensaba aún más en Marie. Si podía confundirse hasta tal punto en algo tan importante, ¿debería seguir haciendo lo que hacía? Quizá hubiese llegado el momento de dejarlo.

\* \* \*

Los investigadores de Colorado no solo ayudaron a resolver el caso de Lynnwood a dos mil kilómetros de distancia, sino que también contribuyeron a cerrar el caso de Kirkland, Washington, con la ayuda del Servicio de Investigación Criminal Naval (NCIS, por sus siglas en inglés).

En 2004, el NCIS creó un sistema de intercambio de información entre cuerpos de policía, el LInX<sup>84</sup>. Para velar por los intereses de la Armada, el objetivo del programa era recopilar documentos de las investigaciones realizadas por los cuerpos de seguridad federales, estatales, de los condados y municipales. El análisis de dichos documentos podía indicar patrones o vincular casos entre distintas jurisdicciones. En 2011, al menos 275 agencias

de la región noroeste de Estados Unidos participaban en el programa, compartiendo la información de más de trece millones de investigaciones criminales. Esa participación entusiasta permitió que LInX alcanzase el potencial que el programa ViCAP del FBI nunca había tenido.

Tras vincular a O'Leary con la violación de Lynnwood, Galbraith usó esa base de datos para buscar otros casos sin resolver con características similares en el estado de Washington. Así fue como dio con el caso de Kirkland, donde una mujer de sesenta y tres años había sufrido una agresión sexual dos meses después que Marie. A partir de ahí, todo fue encajando. Una búsqueda en el ordenador de O'Leary arrojó un resultado con el nombre de la víctima de Kirkland. Luego el ADN de O'Leary se comparó con el perfil genético obtenido del cordón de la zapatilla de la mujer: coincidían.

Antes de imputarlo por la violación de Kirkland, un fiscal del condado de King, Washington, escribió a Galbraith para pedirle que revisara su escrito y comprobase la precisión de las pruebas. Galbraith hizo varios apuntes en el documento y le respondió:

¡¡IMPUTA, IMPUTA, IMPUTA!! De cabeza, macho.  
Buen fin de semana.

\* \* \*

En el Departamento de Policía de Lynnwood, la tarea de enmendar las cosas recayó en el inspector jefe Steve Rider y en Cohnheim, el subinspector que había estado presente en el último intento de Marie, en vano, para convencer a la policía de que el violador existía de verdad. Tenían que reunirse con sus homólogos de Colorado, algo que se les antojaba humillante, y encontrar a Marie para contarle lo de O'Leary.

«Una de las peores cosas que nos iba a tocar hacer en la vida», afirma Rider.

Primero fueron a Colorado. El 14 de marzo, los dos hombres se presentaron a las oficiales que habían pillado al violador. Aunque los policías de Lynnwood estaban afectados por la pésima gestión que su departamento había hecho del caso, su forma de abordar las consecuencias hizo que Galbraith valorase su actitud. «Fueron amables. Muy amables. Se notaba que les preocupaba sinceramente la víctima e iban a intentar arreglar la situación por su bien. No fueron arrogantes, no había un muro. No tuve la sensación de que

estuviesen a la defensiva. Fueron en plan: esto es lo que hay, ahora toca cumplir». Galbraith y Hendershot los pusieron al corriente de sus casos y les entregaron una copia de las huellas dactilares de O'Leary obtenidas tras su arresto.

En Kirkland, la policía había conservado las pruebas físicas, entre ellas el ADN que resultó coincidir con el de O'Leary. Sin embargo, la policía de Lynnwood, después de llegar a la conclusión de que Marie era una mentirosa, había destruido las sábanas, los pelos, las fibras e incluso el kit de violación con las pruebas recogidas en el hospital, cuando Marie hizo todas las cosas desagradables que le pidieron para ayudar a la policía a pillar a aquel desconocido armado con un cuchillo. Había desaparecido toda esperanza de obtener una correspondencia de ADN. Cuando les pidieron que comprobasen si aún conservaban algo, lo único que encontraron en Lynnwood fue una tarjeta con unas huellas parciales halladas en la puerta corredera de cristal. Esa tarjeta, junto con la copia de las huellas de O'Leary, era la única posibilidad de que en Lynnwood demostrasen su culpabilidad a partir de una prueba física que hubiese dejado.

El mismo día en que se reunieron con las oficiales de Colorado, Rider y Cohnheim fueron a la cárcel del condado de Jefferson para ver si O'Leary quería hablar. Sin embargo, en cuanto supo quiénes eran y lo que querían, pidió un abogado y se negó a responder a cualquier pregunta.

Al día siguiente, los dos acudieron a las oficinas de la Agencia de Investigación de Colorado, en Lakewood. Juntos, en una misma sala, varios investigadores de todas las agencias que participaron en el arresto de O'Leary —los Departamentos de Policía de Golden, Westminster, Aurora y Lakewood, el CBI y el FBI— se reunieron con los policías de Lynnwood, cuyo departamento podría haber evitado las violaciones de Colorado si sus agentes hubieran trabajado el caso en vez de cerrarlo y catalogarlo como infundado. La reunión no fue cómoda.

«Estábamos ante un grupo de investigadores excepcionales que habían armado un caso increíblemente bueno y habían resuelto el nuestro. Los dos nos mirábamos como si no nos mereciésemos estar ahí; nuestro departamento la había cagado pero bien —dice Rider—. Nos miraban en plan: ¿cómo pudisteis dejar que pasara eso?».

A los hombres de Lynnwood les sorprendió cómo se habían coordinado las distintas agencias de Colorado. «Eran el puro espíritu de la cooperación»,

afirma Cohnheim. Compartían información, se reunían con frecuencia. «Todos se conocían —continúa—, se notaba que la comunicación no era forzada, ni una novedad». En el estado de Washington, la policía de Lynnwood había desatendido el intento desde Kirkland para coordinarse, aunque las dos ciudades apenas distaban veintiséis kilómetros. A pesar de la advertencia de Shannon —y de su insistencia en que los dos casos podrían conectarse, en que solo había que repasarlos—, los agentes de ambos departamentos nunca se reunieron en persona. Ni apuntaron la información que intercambiaron por teléfono. En los documentos de las investigaciones de las dos agencias no había ni una sola palabra sobre el contacto entre ambas.

En Colorado, Rider y Cohnheim fueron testigos del poder de las relaciones. También comprobaron que la policía de Colorado disponía de unos instrumentos de investigación de los que carecían en Lynnwood. De regreso a Washington, se aseguraron de que su departamento adquiriese un lector automático de matrículas.

Una vez superada la primera prueba, Rider afrontó la siguiente, la que más miedo le daba: ahora tocaba decírselo a Marie.

Por extraordinario que fuese su caso —una víctima violada y luego acusada—, no era el único en el país; fiel reflejo de que algunos departamentos de policía mostraban un desdén por las denuncias de violencia sexual que a veces rayaba la hostilidad.

Para Marie, la exculpación llegó con una imagen; una foto que el violador le había hecho y que confirmaba la veracidad de su historia. En el caso de una adolescente de trece años de White Bear Lake, Minnesota, fue un vídeo. En 2001, la chica denunció que la habían secuestrado y habían abusado sexualmente de ella, antes de abandonarla en un centro comercial. «Tú no estuviste ahí. No te dejaron ahí tirada», le dijo un agente, asegurándole que había visto los vídeos de seguridad del centro comercial y que no corroboraban su historia<sup>85</sup>.

«Mientes, mientes, mientes, mientes todo el rato», le recriminó.

Más de una semana después, los padres de la niña revisaron los vídeos de seguridad y descubrieron imágenes que demostraban que su hija había dicho la verdad desde el principio.

En Vallejo, California, la fisioterapeuta Denise Huskins desapareció de su

casa en 2015. Cuando volvió a aparecer, dos días después, la policía se negó a creer que la hubiesen secuestrado y violado, tal y como contaba, y le dijeron que se parecía mucho al argumento de la novela *Perdida*. Los agentes tildaron su historia de bulo, y un inspector llegó a decir que Huskins «tiene que pedir perdón a esta comunidad»<sup>86</sup>. Varios meses después, la policía descubrió que la historia de Huskins era cierta. Encontraron un vídeo de la violación junto con otras pruebas. Un abogado inhabilitado que había estudiado en Harvard se declaró culpable del secuestro de Huskins y fue condenado a cuarenta años. No obstante, Huskins siguió recibiendo amenazas por internet. Un hombre publicó lo siguiente en Facebook:

Vas a ir al infierno por la mierda que has hecho... Vete a tomar por culo, zorra<sup>87</sup>.  
Huskins también publicó un comentario en Facebook:

Lo único que hice fue sobrevivir, y me criminalizaron por ello<sup>88</sup>.

En Estados Unidos no hay forma de saber cuántas mujeres han sido acusadas de poner una denuncia falsa de violación que acabara resultando verdadera. Esa estadística no se registra. Pero incluso un caso como el de Marie —el ejemplo extremo, cuando la agresión se convierte en acusación, cuando a una víctima no solo la acusan de mentir, sino que la acusan de poner una denuncia falsa— no es el único. Al menos tres casos similares han aparecido en los medios desde la década de 1990.

En Madison, Wisconsin, una mujer con ceguera legal llamada Patty denunció que la habían violado a punta de cuchillo en 1997. Sin embargo, a la policía su actitud no le pareció propia de una víctima de violación, según *Cry Rape*, libro que el periodista Bill Lueders escribió sobre el caso. El investigador principal la interrogó y la engañó. Se inventó que la policía había buscado restos de látex del condón del supuesto violador y la prueba había sido negativa (esa prueba no existía)<sup>89</sup>. Le dijo que la enfermera no había encontrado señales de lesiones (cuando en realidad sí). Le recriminó su historial de depresiones y su consumo de Prozac, y llegó a poner en entredicho su grado de ceguera. Patty acabó cediendo, dijo que había mentido y la acusaron de obstrucción a la justicia. «A lo que se enfrenta es a un mundo que se ha vuelto loco —le dijo su abogada al juez—<sup>90</sup>. Es una situación

verdaderamente kafkiana. “Estoy ciega”. No estás ciega. “Me violaron”. No te violaron. “Hay pruebas físicas”. No las hay». Hasta que no la acusaron, la policía no comprobó las sábanas de Patty. Y, al encontrar semen, se retiró la acusación. En 2004, un delincuente sexual ya condenado fue juzgado y declarado culpable de la violación de Patty. La mujer demandó a la policía, pero su petición fue desestimada. No obstante, los representantes políticos de Madison aprobaron una resolución que expresaba «sus más sinceras disculpas y su enorme arrepentimiento», además de ofrecerle 35 000 dólares.

En 1997, el mismo año que violaron a Patty, una adolescente neoyorquina fue violada en su dieciséis cumpleaños. Los agentes de Queens se enteraron de que la chica, Fancy Figueroa, estaba embarazada de dos semanas, y dieron por sentado que la denuncia de violación era una excusa. Figueroa, que dio a conocer su identidad, se declaró culpable de poner una denuncia falsa y fue condenada a pasar tres días recogiendo basura. En 2003, una prueba de ADN incriminó al violador de Figueroa —un hombre que había violado a otras dos adolescentes—. En 2004 lo declararon culpable y lo condenaron a veintidós años de cárcel. En los años previos al arresto de su violador, Figueroa se enfrentó a la depresión y se mudó a Carolina del Norte para evadirse. «Sentí que me hicieron más daño del que me había hecho el violador —dijo, en referencia a los dos agentes que la acusaron de mentir—. Él llegó y desapareció, pero durante seis años nadie me creyó. Perdí a mi familia, perdí mi libertad, perdí un poco de cordura»<sup>21</sup>. La madre de Figueroa describía sus sentimientos encontrados al *New York Daily News*: «Me alegro de que Fancy pueda cerrar ese capítulo de su vida, pero la verdad es que habría preferido que se descubriese que había mentido. Habría sido mejor que no la violasen»<sup>22</sup>.

En 2004 —el año en que el violador de Patty fue condenado en Wisconsin, el año en que el violador de Figueroa fue condenado en Nueva York—, una joven de diecinueve años, Sara Reedy, trabajaba de cajera en una gasolinera de Cranberry Township, Pensilvania. Reedy, que estaba embarazada, iba a la universidad y se estaba costeadando los estudios. Una noche, un hombre atracó la gasolinera, se llevó unos seiscientos dólares y violó a Reedy a punta de pistola. Tras el episodio, en el hospital, un policía la entrevistó. «Lo primero que me preguntó fue: “¿Cuántas veces al día te drogas?”»<sup>23</sup>. La acusaba de haber robado el dinero e inventarse una agresión sexual para ocultarlo. «De

hecho, cuando por fin rompí a llorar, llegó a decirme: “Por mucho que llores ahora no vas a librarte”. Fue como un horrible telefilme»<sup>94</sup>. Arrestaron a Reedy, acusada de robo y denuncia falsa, y pasó cinco días en la cárcel hasta que pudo pagar la fianza. Un mes antes del juicio contra Reedy, arrestaron a un albañil por agredir sexualmente a una mujer en un pequeño supermercado de Brookville, Pensilvania. Con el tiempo, confesó haber violado a varias mujeres por todo el estado, entre ellas a Reedy. La acusación contra ella se retiró, y la joven, que decidió dar a conocer su identidad, denunció a la policía y recibió una indemnización de 1,5 millones de dólares.

El desdén en el núcleo de todos estos casos tiene raíces profundas. En *Contra nuestra voluntad*, libro de Susan Brownmiller publicado en 1975, la autora explica que acudió a una comisaría del barrio neoyorquino de Greenwich Village y pidió las estadísticas de las violaciones. Descubrió que el distrito había recibido treinta y cinco denuncias ese mes y solo había hecho dos arrestos.

—La cifra no impresiona mucho —le dijo a un subinspector<sup>95</sup>.

—¿Sabe qué representan estas denuncias? —respondió el hombre—. Prostitutas que no han cobrado.

Para Brownmiller, la actitud del subinspector reflejaba un rasgo profundamente inquietante de las fuerzas de seguridad: «Un agente que cree que la violación no es un delito solo puede llegar a una conclusión», escribió<sup>96</sup>.

Los paralelismos recientes también abundan y empezaron a aparecer en los medios de comunicación y en la bibliografía académica en los años que han pasado desde la violación de Marie. Entre 2009 y 2014, el Departamento de Policía del Condado de Baltimore desestimó el 34% de las denuncias de violación, tildándolas de falsas o infundadas. El porcentaje ya era preocupante de por sí, pero lo era aún más la forma en que se alcanzaba. Una investigación de *BuzzFeed News* descubrió que el departamento solía desestimar las denuncias sin dar ni siquiera el paso más básico: que un experto en delitos sexuales entrevistase a la presunta víctima<sup>97</sup>.

En 2014, una profesora de Trabajo Social de la Universidad de Michigan publicó un estudio basado en una serie de entrevistas a policías de una «ciudad de tamaño medio de la región de los Grandes Lagos»<sup>98</sup>. Un agente hablaba de mujeres infieles que «salían toda la noche y lo típico; bla, bla, bla,

“Ay, me han violado”». Otro afirmaba: «Hemos descubierto que las chicas usan la carta de la violación para fastidiar al personal... Para vengarse de un novio o porque buscan atención, porque están en una semana mala, ¿me explico? En plan: “Si digo que me han violado, toda mi familia me hará caso, que es lo que quiero”». En 2016, el *sheriff* del condado de Bingham, Idaho, declaró a una cadena de televisión local: «La mayoría de nuestras violaciones, y no quiero decir que no tengamos violaciones, porque alguna hay..., pero la mayoría de las denuncias de violación que nos llegan son en realidad sexo consentido»<sup>99</sup>.

Marie había regresado a Puyallup, al sur de Seattle. Ya tenía veinte años, casi veintiuno, y se había mudado a la casa de una antigua familia de acogida, aquella con la que estaba aquel primer día de instituto en el que todo parecía empezar a encajar. Pero ahora, como entonces, algo se torció. Marie y la familia habían discutido, así que la joven se mudó con otra de las familias con la que ya había estado y que vivía en esa misma calle.

Como si hubiese dado marcha atrás en el tiempo, iba pasando de un hogar de acogida a otro. Vivía inquieta, como siempre; aún no se había sacado el carné de conducir y sus perspectivas laborales eran limitadas: pasaba de un trabajo de dependienta a otro. Su vida estaba en un bucle.

Unos días después de su última mudanza, Marie vio que tenía un mensaje de la policía de Lynnwood en el móvil. Decían que estaban buscándola, que tenían que hablar con ella, pero no explicaban por qué. Marie recordó de repente la llamada del subinspector Mason, tres días después de la violación, en la que le decía que tenía que hablar con ella. Ahora se le pasó la misma pregunta por la cabeza: «¿Ha pasado algo?».

«A lo mejor falté a alguna vista del juicio», se dijo. Fuera lo que fuese, Marie no quería que la policía se pusiera nerviosa por tener que dar con su paradero. No le costaba nada imaginárselos echando la puerta abajo, orden de arresto en mano. Así que les devolvió la llamada y dio su nueva dirección.

Llegaron el 18 de marzo, dos años, siete meses y una semana después de que la violasen. Eran tres: el inspector jefe Rider, el subinspector Cohnheim y una mujer que trabajaba como coordinadora para la violencia de género, lo más parecido que había a una defensora de las víctimas en la policía de Lynnwood.

Le preguntaron si podían hablar en algún lugar tranquilo. Marie los condujo a

su habitación y cerró la puerta.

Rider se había preparado para ese momento, pero, cuando llegó, no supo qué decir. ¿Cómo se dice: «Ahora te creemos, ahora esperamos que confíes en nosotros y colabores para ayudarnos a llevar ante la justicia al hombre que te violó, ahora queremos tratarte como a una víctima que necesita ayuda, y no como a una delincuente»? Sabía que, por mucho que Marie hubiese logrado cerrar la herida, «estábamos a punto de abrirla de golpe».

Cuando, unos años después, le preguntamos por las palabras que usó, Rider no se acordaba. Pero recordaba la cara de Marie. «Estupefacta». Cuando la chica asimiló sus palabras, rompió a llorar, sintiendo a la vez conmoción, alivio y rabia.

Le dijeron a Marie que eliminarían sus antecedentes.

Le entregaron un cheque de quinientos dólares, para reembolsarle las costas del juicio.

Le entregaron un sobre con información sobre terapia para víctimas de violación.

La última vez que Cohnheim había visto a Marie fue cuando intentó retractarse de su confesión de haber mentado. Había visto al oficial Rittgarn amenazándola con la cárcel si no superaba el polígrafo. Al volver a ver a Marie, Cohnheim comprendió que había sido «víctima por partida doble»: primero de un violador y luego de su departamento de policía.

Se preguntó cómo podrían reparar el daño.

Y se dijo que le parecía imposible.

«Tengo que contarte una cosa —dijo Marie por teléfono—. La policía acaba de venir. Dicen que han arrestado en Colorado al hombre que me violó. Ahora... me creen».

Para Shannon era imposible reaccionar de una sola forma ante esa noticia; sentir una sola emoción. Alivio, dolor y culpa: todas esas sensaciones la abrumaron. El arresto de O'Leary significaba que se había hecho justicia con Marie. Significaba que la habían violado y que la habían abandonado «en el momento más desesperado de su vida».

«Es muy complicado —continúa Shannon—. Te enteras de que lo han pillado y al mismo tiempo eres consciente de que pasó de verdad. De que la violaron y nadie la creyó, sobre todo la gente que la rodeaba, la que había estado apoyándola hasta entonces, la que cuidaba de ella e intentaba curarla,

ayudarle. No la creímos. Fue horroroso».

Shannon le preguntó a Marie si podían verse. Lo que tenía que decirle quería decírselo a la cara.

Como solían hacer con tanta frecuencia años atrás, las dos fueron a dar un paseo por el bosque. Apenas llevaban recorridos treinta metros de sendero cuando se detuvieron. «Estaba preparada para pedirle perdón», recuerda Shannon. Le dijo a Marie que sentía muchísimo no haberla creído; se disculpó por haberle dicho que ya no podía quedarse a dormir en su casa; le aseguró que, si decidía no perdonarla y no volver a hablar con ella en la vida, lo entendería.

Marie abrazó a Shannon y le dijo que no pasaba nada, que la perdonaba.

Nada de «Te lo dije», nada de «¿Por qué no me creíste?»: la absolución de Marie fue inmediata e incondicional. «Me sorprendió muchísimo que estuviese dispuesta a perdonarme aquello —admite Shannon—. Porque había sido algo enorme, había durado mucho tiempo».

«Soy una persona a la que no le cuesta perdonar —dice Marie—. Supongo que es innato o algo así. A lo mejor me lleva un tiempo perdonar o confiar, pero sé perdonar».

Marie llamó a Wayne, su antiguo supervisor de Project Ladder.

«Sabía que no habías mentado», le dijo.

Las palabras de Wayne la pillaron por sorpresa. Marie no sabía qué decir. Un torrente de pensamientos se acumuló en su cabeza («Entonces ¿por qué no dijiste algo? ¿Por qué no diste la cara por mí? Eras mi supervisor...»), pero se los quedó para ella.

Quizá a Wayne le resultase más fácil recordarlo así, o decir aquello. Sin embargo, sus palabras contradecían lo que escribió en su momento. Su informe sobre el caso, redactado una semana después de la agresión, decía que no creía que hubiesen violado a Marie.

Marie llamó a Jordan.

Jordan le dijo que sentía con toda su alma que le hubiese pasado aquello.

Al hablar con él, Marie nunca había titubeado, nunca había negado que la violaran. Y Jordan nunca había vacilado a la hora de creerla. Sí, se planteó que pudiese estar mintiendo, pero descartó la idea rápidamente. Ella no era así. A veces las cosas se saben, sin más. «Además, yo la conocía de antes y la conocí después, cambiada. No era la misma persona, porque le habían hecho

daño».

Pero es que la policía no solo había amenazado la libertad de Marie, sino que también deterioró la relación entre ambos. Lo último que le hicieron creer era que Jordan desconfiaba de ella. Él le había dicho que no era verdad, pero, aun así, Marie albergaba dudas sobre todo lo que habrían dicho a sus espaldas. En aquellos años, Marie y Jordan se habían distanciado.

Ella no había leído los informes de la policía, con lo que no sabía que no se mencionaba en ningún sitio que Jordan pusiera en duda su versión. El joven le había dicho la verdad a Marie: no la había llamado mentirosa.

Marie llamó a Peggy.

«Dijo que lo sentía —recuerda Marie—, pero no parecía muy impactada cuando se lo dije. Como cuando alguien se encoge de hombros o algo así».

Esa reacción tenue decepcionó a Marie. Esperaba algo más de Peggy, pero Peggy, al menos en un principio, era incapaz de dárselo. No quería reflexionar sobre su papel, sabedora del lugar al que la conduciría su mente. El acuerdo de Marie y Shannon había sido limpio: tanto la disculpa de Shannon como el perdón de Marie fueron sin reservas. Con Peggy, la expiación sería más complicada. Pasados unos años, Peggy no recordaba a ciencia cierta cómo se había enterado del arresto de O'Leary. Puede que Shannon se lo dijese, antes incluso de que Marie la llamara. O quizá fue su propia madre la que le había dado la noticia. Peggy se acuerda de que su madre le entregó un recorte de periódico sobre la detención de O'Leary. «El sentimiento de culpa seguía siendo tan fuerte que podría decirse que lo pospuse, me dije: “Sí, vale, ocurrió de verdad”. Pero aún me duele muchísimo admitirlo», afirma Peggy.

Y continúa: «Creo que hubo mucho rechazo mental por mi parte. Me dolía tanto... Yo... Supe que era cierto cuando escuché todas las pruebas, pero seguía horrorizándome que hubiese pasado de verdad. Y ser una de las personas que no la había creído».

Con el paso de los años, Peggy recordaría con profundo arrepentimiento la llamada que hizo a la policía para decir que dudaba de la historia de Marie. «Creo que, si me hubiese quedado callada, ellos habrían hecho su trabajo, en vez de ceñirse a lo que solo fue un arrebató de sinceridad por mi parte», sostiene.

«La cuestión es que intenté ser una buena ciudadana, ¿me explico? No quería que desperdiciasen sus recursos en algo que podía ser puro teatro.

»Parece mentira que no lo supiera: siempre hay que creer a la víctima hasta que se demuestre lo contrario. Ese fue mi error. Cometí ese error. Y lo siento con todo mi corazón».

Peggy acabó poniéndose en contacto con Marie y le dio algo más de lo que le había dado en aquella primera llamada, algo parecido al paseo por el bosque con Shannon. «Al final, la invité a cenar, pudimos vernos cara a cara y le pedí perdón por no haberla creído. Intentamos hablarlo con el corazón en la mano, y sé que le llevó un poco más de tiempo perdonarme. Ahora tenemos una relación decente, pero tardamos lo suyo».

Marie le dijo a la policía de Lynnwood que quería una disculpa. No del departamento en sí, ni de algún superior que hablase en nombre del cuerpo.

Quería que le pidiesen perdón los agentes que no la habían creído.

El día acordado, Marie entró en una sala de conferencias de la comisaría de Lynnwood y esperó. De Rittgarn no oiría una disculpa: ahora vivía en el sur de California y trabajaba de investigador privado. Su página de LinkedIn decía que hacía vigilancias para casos de divorcio e indemnizaciones a trabajadores. Según su perfil, también colaboraba con el área de recursos humanos del gobierno federal, investigando el pasado de sus posibles empleados.

Sin embargo, Mason seguía allí. Entró en la sala de conferencias con cara «de cachorro abandonado —dice Marie—. No dejaba de rascarse la cabeza, parecía morir literalmente de vergüenza por lo que habían hecho». Le dijo que lo sentía, que «lo sentía muchísimo», recuerda la joven. Le pareció sincero.

Su disculpa ayudó «un poco. Es imposible volver atrás en el tiempo dos años y medio y arreglar todo por lo que tuve que pasar. Está claro que eso no lo arregla una disculpa».

Marie podría haber aprovechado el encuentro para indagar en los motivos por los que Mason no la había creído. Pero no encontró las fuerzas para preguntárselo porque, afirma, «no sé si quería saber la respuesta».

- <sup>84</sup> *Law Enforcement Information Exchange (LInX) Information Brief*, preparado por el Servicio de Investigación Criminal Naval, 29 de octubre de 2009.
- <sup>85</sup> Brzezinski, Mika: «Child Who Was the Victim of a Kidnapping Is Further Victimized by Police Detective in Minnesota», *CBS Evening News*, 23 de febrero de 2004.
- <sup>86</sup> L'Heureux, Catie: «Police Thought This Gone Girl-Like Kidnapping Was a Hoax Because the Woman “Didn’t Act Like a Victim”», *The Cut*, 3 de agosto de 2016.
- <sup>87</sup> Paiella, Gabriella: «Woman Falsely Accused of Faking Her Gone Girl-Like Kidnapping in 2015 Says She’s Still Being Harassed Online», *The Cut*, 4 de enero de 2017.
- <sup>88</sup> Paiella: «Woman Falsely Accused of Faking Her Gone Girl-Like Kidnapping in 2015 Says She’s Still Being Harassed Online».
- <sup>89</sup> Lueders, Bill: *Cry Rape: The True Story of One Woman’s Harrowing Quest for Justice* (páginas 59-60, 123-125), editorial Terrace Books, 2006.
- <sup>90</sup> Lueders: *Cry Rape* (página 126).
- <sup>91</sup> Shifrel, Scott: «Victim’s Vindication: Con Admits Raping Queens Girl», *New York Daily News*, 19 de marzo de 2004.
- <sup>92</sup> Shifrel, Scott y Standora, Leo: «Rape Strains Family Bond; Mom’s Doubts Scarred Teen», *New York Daily News*, 20 de marzo de 2004.
- <sup>93</sup> Elliott, Natalie (entrevista con Sara Reedy): «I Was Raped—and the Police Told Me I Made It Up», *VICE*, 8 de enero de 2013.
- <sup>94</sup> Elliott: «I Was Raped— and the Police Told Me I Made It Up».
- <sup>95</sup> Susan Brownmiller, *Contra nuestra voluntad*, editorial Planeta, 1975, traducción de Susana Constante.
- <sup>96</sup> Brownmiller, *Contra nuestra voluntad*.
- <sup>97</sup> Campbell, Alex y Baker, Katie J. M.: «Unfounded: When Detectives Dismiss Rape Reports Before Investigating Them», *BuzzFeed News*, 8 de septiembre de 2016.
- <sup>98</sup> Venema, Rachel M.: «Police Officer Schema of Sexual Assault Reports: Real Rape, Ambiguous Cases, and False Reports», *Journal of Interpersonal Violence* 31, n.º 5 (páginas 872-899), 2016. El artículo completo se publicó por primera vez en internet en 2014.
- <sup>99</sup> Shaver, Natalie: «Local Sheriff Reacts to Rape Kit Legislation», *KIFI* ([LocalNews8.com](http://LocalNews8.com)), publicado el 17 de marzo de 2016. Consúltese también Hernandez, Salvador: «Idaho Sheriff Says ‘Majority’ of Rape Accusations in His County Are False», *BuzzFeed News*, 16 de marzo de 2016.

## 15. 327 Y MEDIO

Marzo-diciembre, 2011  
Golden, Colorado

El teléfono de Bob Weiner sonó a las siete de una mañana de marzo. Estaba en la banda de un campo de fútbol en un barrio periférico al oeste de Denver, viendo a su hija echar una pachanga antes de entrar al colegio. La llamada era de la oficial Stacy Galbraith.

—Madre mía, no puedes imaginarte lo que acabamos de encontrar —le dijo.

Habían descubierto a otra víctima del depredador O’Leary. Le explicó que Evans había encontrado las fotos de Marie en Washington, atada, amordazada y muerta de miedo.

—No te lo vas a creer: la acusaron de denuncia falsa —concluyó.

—No me lo puedo creer —respondió Weiner.

Era el último giro de uno de los casos más horribles en sus quince años de carrera en la oficina del fiscal del condado de Jefferson. Weiner era uno de los fiscales más veteranos de la oficina, que abarcaba dos condados al oeste de Denver. Los fiscales y los policías no siempre se llevan bien: a veces los agentes consideran a los primeros demasiado meticulosos, y los fiscales creen que los segundos tienden a tomarse las reglas a la ligera. Pero no era el caso: Galbraith y Weiner habían estado en contacto casi desde el principio. Hablaron con asiduidad durante las seis semanas de búsqueda, intercambiándose consultas sobre las órdenes de registro y la coordinación del arresto de O’Leary.

Cuando el violador estuvo entre rejas, Weiner se concentró en armar el caso. Galbraith y Hendershot habían llevado a cabo lo que Weiner definía como una «investigación fantástica, increíble». Sin embargo, O’Leary se enfrentaba a cadena perpetua: con todo lo que había en juego, parecía poco probable que aceptase un acuerdo con la fiscalía. La acusación tenía que aguantar todos los ataques que preparase la defensa y convencer a un jurado para que declarase

culpable a O’Leary. A medida que Weiner repasaba los hechos, iba descubriendo lagunas. «No estaba listo para ir a juicio», decía.

Al principio, le preocupaba el parecido físico entre Marc y Michael. Cualquier abogado defensor decente intentaría plantear una duda razonable, arguyendo que Michael O’Leary era el auténtico violador. ¿Y si Michael había perpetrado los ataques mientras su doble y hermano dirigía un imperio de páginas porno? «Tenemos que buscar una coartada para el hermano», les explicó a Galbraith y a Hendershot. Le pidió a Galbraith que consiguiera todas las tarjetas con las que Michael O’Leary fichaba en la tienda de muebles donde trabajaba de repartidor, remontándose hasta agosto de 2008. Pero no hubo suerte: Michael no trabajaba ahí cuando se produjeron la mayoría de las violaciones.

Hendershot y Ellis se involucraron para colaborar con Weiner, emprendiendo el denominado «Proyecto Mazda». Hendershot buscó todas las matriculaciones de camionetas Mazda blancas de 1993 en Colorado. Había setenta y siete. Reclutó a diez agentes de Westminster y los mandó por todo el estado para sacar fotos de las camionetas en cuestión. La estrategia era sencilla: si la defensa intentaba argumentar que la Mazda blanca del vídeo de la violación de Amber era distinta de la de O’Leary, Weiner sacaría las fotos de todas las Mazdas de Colorado; la camioneta de O’Leary sería la única que coincidiría.

Sin embargo, tras el descubrimiento de las fotos en las tarjetas de memoria de las cámaras de O’Leary —primero de Amber y Sarah y ahora también de Marie—, los agentes detuvieron la búsqueda. Weiner vio las fotos en su despacho, con la pantalla de espaldas a la puerta para evitar que alguien pudiese verlas al pasar. Aunque no aparecía la cara de O’Leary, las fotos mostraban su mancha de nacimiento. Además, Weiner pidió a un técnico de la Científica que comparase los lunares del cuerpo de O’Leary con los que se veían en el cuerpo del violador. El mapa de lunares, con líneas y flechas que unían las señales similares, demostraba que Marc y el violador eran la misma persona. Weiner supo que tenía pillado a O’Leary: la identidad errónea no sería una preocupación. «En cuanto encontramos las fotografías, pensamos: “Ya está”».

No obstante, a Weiner le preocupaba algo más relacionado con las imágenes. Le pidió a Galbraith y a Hendershot que comprobasen las páginas porno de O’Leary para ver si había colgado alguna de las fotos. Una mañana, las dos

mujeres se reunieron en la sede regional del FBI de Stapleton, barrio construido sobre la antigua ubicación del aeropuerto de Denver. En una sala alargada de techo bajo repleta de ordenadores, se sentaron dándose la espalda, cada una mirando a su pantalla, y empezaron a buscar en todas las páginas que O’Leary había registrado o que simplemente había enlazado.

—Nos pasamos todo el día viendo porno —dice Galbraith.

—Todo el día. Todo el día —añade Hendershot—. Lo juro por Dios, no exagero: todo el santo día viendo porno.

—Cosas asquerosas —apunta Galbraith.

Al final no encontraron ninguna imagen de las víctimas. No podían descartar que las fotos estuviesen colgadas en algún lugar recóndito de internet, pero al menos podrían decirles a las mujeres que no habían encontrado pruebas de que O’Leary hubiera cumplido sus amenazas. Aquello dio cierto sosiego mental a las víctimas y a Weiner.

Weiner, hijo de un agente del FBI, había trabajado en algunos de los casos de violación y asesinato más graves de la región<sup>100</sup>. Frente al tribunal tenía un porte imponente, parecía vibrar de intensidad. Era alto y delgado, con la frente amplia y la complexión fibrosa de un corredor de larga distancia, que es justo lo que lo era. Porque Weiner corría maratones. Para entrenar, salía por las montañas que rodeaban su casa, en un barrio residencial de Denver en las faldas de las Rocosas, a más de 2000 metros sobre el nivel del mar. Con cuarenta y dos años había acabado el maratón de Boston en 2:31:20, segundo de su categoría<sup>101</sup>. Era tan bueno que lo patrocinaba una empresa de zapatillas.

Correr le daba lucidez. Le ayudaba a despejar la mente de las imágenes abrumadoras de las víctimas y le permitía concentrarse en la mecánica del caso. Y es que había mucho en lo que pensar, aun disponiendo de las fotos.

A Weiner le preocupaba, por ejemplo, la cantidad de tiempo que había durado cada violación. Todas las mujeres habían tenido que soportar tres o cuatro horas de agresión. «El típico miembro del jurado va a pensar: “A ver, gritar, no gritó. ¿Por qué no gritaste? ¿Por qué no le plantaste cara? Podrías haberte escapado sin problemas”». También le preocupaba que O’Leary conociese tan al detalle a cada víctima. Los miembros del jurado podrían preguntarse: «¿Conocían a este hombre?».

Ese tipo de cuestiones entorpecen la investigación de las violaciones. Los investigadores lo denominan «cuesta abajo», y es la tendencia que tiene cada

miembro de la cadena investigadora a plantearse cómo verá la acusación la siguiente persona que la examine<sup>102</sup>. Empieza con la propia víctima: con su miedo a que los policías puedan juzgarla por la longitud de su vestido o por los chupitos de tequila que se tomó. A continuación, afecta a la policía, que se pregunta qué pensará el fiscal de un caso sin pruebas físicas, donde solo hay una palabra contra otra. Por último, se extiende al fiscal, que ha de sopesar cómo verá el jurado la declaración de la mujer. En las violaciones, las dudas impregnaban cada fase de la acusación.

Weiner creía que podía demostrar los hechos —a fin de cuentas, tenía fotos del violador cometiendo el crimen—, pero el escepticismo que siempre acompaña a las víctimas de violación hacía que el caso no fuera pan comido. En especial, le preocupaban las mujeres a las que O’Leary había violado, que tendrían que declarar como testigos. ¿Resistirían? Se enfrentarían a un interrogatorio hostil. Tendrían que soportar que se aireasen detalles íntimos y dolorosos de las agresiones ante un tribunal repleto de desconocidos, y que se publicasen en la prensa. Subirían al estrado de los testigos y O’Leary se encontraría a apenas unos metros de ellas. ¿Estarían dispuestas a testificar?

El juicio se fijó para octubre de 2011. Weiner sabía que tenía que prepararse bien. No en vano, no solo iba a enfrentarse a la defensa de O’Leary. También se enfrentaría a cientos de años de historia legal.

\* \* \*

El caso de Marie planteó dudas a un departamento de policía, que hizo una investigación chapucera y provocó que un tribunal la considerara una mentirosa. Sin embargo, su experiencia no podía considerarse anormal. Cuando se trata de denuncias de violación, el sistema penal abraza desde hace mucho tiempo, como escribió Susan Brownmiller, la «muy querida premisa masculina de que las mujeres son proclives a mentir»<sup>103</sup>. En los tribunales a lo largo y ancho de Estados Unidos, la posición histórica por defecto ha sido la duda.

El jurista con más influencia en la forma en que el sistema legal estadounidense responde a las acusaciones de violación vivió hace cuatro siglos. *Sir* Matthew Hale, contemporáneo de Oliver Cromwell y Carlos II, se convirtió en el Lord Presidente de los Tribunales de Inglaterra en 1671. Era,

«con mucho, el juez más famoso y respetado de su época», según se cuenta<sup>104</sup>. En los círculos legales se veneraba su nombre, y un biógrafo escribió en 1835: «Sus virtudes, en suma, eran tan resplandecientes que, hasta la fecha, si hay que nombrar un ejemplo singular de virtud e integridad, en especial en el ámbito del derecho, la mente se dirige al instante a lord Hale como la brújula al Polo»<sup>105</sup>. Podemos encontrar un lenguaje igual de obsequioso en numerosos textos posteriores.

Hale, famoso por su piedad, integridad y sobriedad judiciales, escribió un enorme tratado de dos volúmenes sobre derecho penal: *La historia de las súplicas de la Corona*. Definía la violación como «uno de los crímenes más detestables», y luego añadía unas palabras citadas en un sinnúmero de ocasiones desde entonces: «Hemos de recordar que se trata de una acusación fácil de hacer y difícil de demostrar, y aún más difícil de defender desde la parte acusada por muy inocente que sea»<sup>106</sup>.

Hale evocaba el temor a la acusación falsa —cuyas raíces llegan incluso hasta la Biblia, donde la mujer de Potifar, rechazada por José, lo acusa de violación— y creaba un marco legal para enfrentarse a ese temor. Describía dos casos de hombres a los que consideraba injustamente acusados, uno de ellos por una chica de catorce años que pretendía chantajearlo. Hale escribió que los miembros del jurado debían plantearse lo siguiente: ¿la mujer que denuncia la violación tiene «buena o mala fama»? ¿Gritó pidiendo auxilio? ¿Intentó huir? ¿Denunció los hechos de inmediato? ¿Hay otras personas que respalden su testimonio? Los jueces y los jurados han de permanecer vigilantes, continúa Hale, no sea que la atrocidad del crimen los enardezca «con tanta indignación que se precipiten en condenar al acusado tras oír el firme testimonio de testigos en ocasiones malintencionados o perjuros»<sup>107</sup>.

El juez inglés tenía consejos para dar y regalar, que a veces incluso trascendían la ley. De hecho, escribió una carta de 182 páginas a sus nietos, ofreciendo consejo a todos y cada uno de ellos. A Mary: «Si no consigue gobernar la grandeza de su espíritu, será orgullosa, arrogante y vengativa...»<sup>108</sup>. A Frances: «Si logra cultivar el temor reverencial, en particular frente a la mentira y al engaño, será una buena mujer y ama de casa»<sup>109</sup>. En cuanto a Ann, percibía su «naturaleza débil», y por ende le prohibía obras de teatro, baladas y libros melancólicos, «pues dejarán una huella indeleble en su mente»<sup>110</sup>.

En su carta, Hale se estremece al observar el mundo que lo rodea: «Todo el pueblo de este reino está corrompido por el libertinaje, la embriaguez, la glotonería, las prostitutas, el juego, la abundancia y la prodigalidad más necia y beoda que uno pueda imaginarse...»<sup>111</sup>. En particular, desprecia aquello en lo que se han convertido las jovencitas: «aprenden a ser descaradas» y a «hablar en voz alta». Dedican «su tiempo a pintarse o empolvarse la cara, a rizar sus rizos y a buscar las prendas más nuevas y costosas. Cuando se levantan antes de las diez, se pasan la mañana entre el peine, el espejo y el estuche del maquillaje; y, como no saben cuidarse solas, necesitan que les hagan la comida...»<sup>112</sup>. Sus quejas continúan, y la frase llega a las 160 palabras. Hale se casó dos veces. Corría el rumor de que su primera mujer le había sido infiel, y lo apodaban el «cornudo mayor»<sup>113</sup>. Se refiere a las damas inglesas como «la ruina de las familias»<sup>114</sup>.

«Hay [...] pruebas de que *sir* Matthew Hale podría estar un poco atrasado a su época en lo que atañe a su opinión sobre las mujeres», escriben Gilbert Geis e Ivan Bunn en su libro *A Trial of Witches*<sup>115</sup>. La obra describe un acontecimiento que empañó el legado de Hale, «aunque fuese mínimamente». En 1662, en Bury St. Edmunds, Hale presidió el juicio de dos ancianas acusadas de brujería. Advirtió al jurado que las brujas existían, asegurando que así lo afirmaban las Escrituras. Cuando el jurado pronunció el veredicto de culpabilidad, Hale condenó a Amy Denny y a Rose Cullender a la horca. (Cuatro años antes ya había condenado a otra bruja hallada culpable). Treinta años después, la forma en que Hale llevó el juicio, que había quedado registrada por escrito, sirvió de modelo en Massachussetts. «De hecho, es probable que los juicios de Salem no hubiesen tenido lugar de no haberse producido el juicio en Bury St. Edmunds: los acontecimientos de Salem imitaron, tristemente, a los de Bury», concluyen Geis y Bunn<sup>116</sup>.

La influencia de Hale en los juicios por brujería desapareció a medida que fue menguando la creencia en las brujas. Sin embargo, su influencia en los casos de violación perduró. Incluso trescientos años después de su muerte, allá por 1676, a muchos jurados de Estados Unidos se les seguían recordando sus palabras. Los tribunales lo llamaban «advertencia de Hale», e instruía a los miembros del jurado en los juicios por violación para que se mostrasen cautelosos ante las acusaciones falsas, difíciles de defender y fáciles de hacer.

El 16 de diciembre de 1786, Thomas Jefferson le escribió una carta a James Madison desde París. Se quejaba de su muñeca derecha dislocada —«la hinchazón no baja»—, que solo le permitía escribir con «gran dolor»<sup>117</sup>. Le decía que pronto pondría rumbo al sur de Francia, con la esperanza de que las aguas termales le curasen, y le hablaba de comercio —pescado, harina, aguarrás y tabaco— entre Estados Unidos y Francia. Luego, casi de pasada, le decía que no era partidario de los castigos severos por violación, «habida cuenta de la tentación que tendrían las mujeres de convertirlos en un instrumento de venganza contra un amante veleidoso o después de un desengaño ante una rival»<sup>118</sup>.

El autor de la Declaración de Independencia le estaba escribiendo al hombre que años más tarde redactaría la Carta de Derechos, advirtiéndole sobre las mujeres desechadas que denunciaban violaciones.

Siete años después, un juicio penal en la ciudad de Nueva York fue el fiel reflejo de cómo el sistema legal estadounidense original usaba los criterios de lord Hale para socavar la credibilidad de las mujeres. Henry Bedlow se enfrentó a un juicio en 1793, acusado de violar a Lanah Sawyer. Bedlow era un aristócrata, descrito en los anales como «libertino» y «vividor». Sawyer era una costurera de diecisiete años, hija de un marinero. Los dos se conocieron cuando unos hombres acosaron a Sawyer, que estaba dando un paseo una tarde de verano, y Bedlow intervino. Él le dio un nombre falso a la chica, diciéndole que era un abogado apellidado Smith. Ella accedió a dar un paseo por la noche con él, unos días después. Según contó, esa noche Bedlow la obligó a entrar en un burdel y la violó. Él decía que la había seducido.

En el juicio, cinco abogados defensores hablaron en nombre de Bedlow. Uno advirtió a los doce hombres del jurado de que ese caso ponía «la vida de un ciudadano en manos de una mujer, que dispondría de ella casi a su entera voluntad y placer». Otro afirmó: «Cualquier mujer que no sea una prostituta perdida parecerá mostrarse reacia a lo que, en su fuero interno, anhela». Un tercero se preguntaba cómo una «costurera» podía aspirar a que un abogado le prestase la más mínima atención, «a no ser que fuese ante la perspectiva de promover un comercio ilícito». Había paseado con él en plena noche. «¿Cuántas posibilidades hay de que una chica que abandona las defensas de su castidad y deja desprotegidos todos los accesos se demore en rendir la ciudadela?».

El abogado defensor que más habló fue Henry Brockholst Livingston, que luego sería nombrado juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos. (Nombramiento auspiciado por Thomas Jefferson). Al dirigirse al jurado, Livingston citó a Hale («una acusación fácil de hacer») y sometió a Lanah Sawyer a las preguntas prescritas por el juez inglés. ¿Tenía buena fama? Aunque «una nube de testigos» afirmó que sí, Livingston le dijo al jurado que «podía ser que dominase el arte de mostrar un exterior puro a pesar de estar podrida por dentro». Sawyer también aseguraba que gritó. ¿Pataleó, además? ¿Y por qué, si había accedido a parar para tomarse un helado, decidió alargar la noche? «En lugar de tomarse una tarrina y volver a casa, como haría cualquier chica celosa de su reputación, se queda con él toda una hora y media». Livingston argüía que Sawyer se había inventado la historia de la violación al descubrir que Bedlow no tenía mayor interés por ella. «Todos sabemos lo intensas que son las ansias de venganza que anidan en el seno de las mujeres; la ira de una mujer despechada no conoce límites».

El juicio duró quince horas; el jurado tardó quince minutos en deliberar. Veredicto: «No culpable».

John Henry Wigmore fue el mayor experto del siglo xx en el campo de las pruebas legales. Este académico bigotudo, que dominaba doce idiomas, contribuyó a fundar la revista *Harvard Law Review* y fue decano de la Facultad de Derecho de la Universidad del Noroeste durante veintiocho años<sup>119</sup>. Los profesores y estudiantes de Derecho llaman a su obra maestra *Wigmore on Evidence*, que es más sencillo que decir *A Treatise on the Anglo-American System of Evidence in Trials at Common Law: Including the Statutes and Judicial Decisions of All Jurisdictions of the United States and Canada*. Un profesor de la Universidad de Chicago definió la obra de Wigmore como, «probablemente, el mejor tratado legal moderno», asegurando que su análisis constituye «la estructura misma del código probatorio actual»<sup>120</sup>.

Wigmore también investigaba sobre psiquiatría y psicología, y se convirtió en «el mejor amigo que tuvo la psicología en el mundo del derecho»<sup>121</sup>. En los casos donde una mujer denunciaba una violación, recomendaba fundir el derecho con la psiquiatría. En la tercera edición de su tratado, que se convertiría en la versión final y acreditada, publicada en 1940, Wigmore

desarrolló con mayor profundidad una idea sobre las mujeres y la credibilidad que había expresado a lo largo de la década de 1930. Partía de una noción acuñada por Henry Brockholst Livingston siglo y medio antes —un exterior puro, podrido por dentro— y le daba un toque de Sigmund Freud.

Los psiquiatras modernos han estudiado en profundidad el comportamiento de las jóvenes y las mujeres descarriadas que se presentan ante los tribunales en todo tipo de casos. Sus complejos psíquicos son múltiples y variopintos, y están distorsionados por defectos inherentes, por desviaciones enfermizas o instintos anormales, por un entorno social perjudicial y por trastornos fisiológicos o emocionales transitorios. Una de las formas que adoptan dichos complejos es la de inventar una acusación de violación contra un hombre. Su mentalidad impura (por qué no llamarla por su nombre) encuentra su expresión fortuita pero directa en la narración de incidentes sexuales imaginarios, donde la narradora es la heroína o la víctima. En la superficie, la descripción es franca y convincente. Sin embargo, la auténtica víctima de estos casos es, con demasiada frecuencia, el hombre inocente...<sup>122</sup>

En resumidas cuentas: la mujer se lo imaginó.

«Sin lugar a dudas», recalcaba Wigmore, todos los jueces y fiscales habían visto casos por el estilo. Así las cosas, continuaba: «Ningún juez debería permitir jamás que una acusación de agresión sexual llegase ante el jurado a menos que el historial social y la integridad mental de la denunciante hubiesen sido examinados y garantizados por un médico cualificado»<sup>123</sup>.

Wigmore murió en 1943. Cuarenta años después, Leigh Bienen —a la sazón abogada de oficio, luego miembro del claustro de la Universidad del Noroeste de Wigmore— analizó las fuentes científicas en las que Wigmore fundamentaba su argumento y le resultaron deficientes. Sin embargo, a pesar de la dudosa investigación de Wigmore y de su «postura represiva y misógina»<sup>124</sup>, sus opiniones siguieron siendo muy influyentes entre abogados y jueces. «De hecho, la única fuente sobre la preocupación del sistema legal ante las denuncias falsas en los casos de delitos sexuales es la doctrina Wigmore», escribió Bienen<sup>125</sup>.

Para las mujeres que denunciaban violaciones, la premisa fundamental de esa doctrina («se lo imaginó») no era más que una variación del «en el fondo quería», una suposición que llevaba mucho tiempo oyéndose en los juzgados y leyéndose en la bibliografía legal. «Aunque la mujer nunca dijo que “sí”,

aunque repitió constantemente que “no” y mostró una decente resistencia hasta el final, aún podría darse el caso de que consintiese parcialmente la violación», escribió en 1842 Greene Carrier Bronson, juez del Tribunal Supremo de Nueva York<sup>126</sup>. En 1952, un artículo del *Yale Law Journal* aseguraba que «muchas mujeres» demandaban una «actitud agresiva por parte del hombre. A menudo, su placer erótico puede verse incrementado, o incluso depender, de que lo acompañen de cierto grado de violencia física»<sup>127</sup>.

En las décadas de 1970 y 1980, el potente impulso del movimiento feminista contribuyó a que se reformasen las leyes en materia de violación a lo largo y ancho de Estados Unidos. Mientras Marty Goddard y Susan Irion colaboraban para implementar los kits de violación y la formación sobre el trauma, el poder legislativo promulgaba leyes «escudo» —para proteger a las denunciantes, restringiendo las pruebas sobre su historial sexual— y los tribunales dejaban de dar instrucciones al jurado usando el lenguaje de *sir Matthew Hale*.

Como algunos expertos en derecho han apuntado, el repudio de Hale llegó con unos tres siglos de retraso. Sus palabras no pueden considerarse ciertas hoy día: considerando que la mayoría de las violaciones no se denuncia, no puede decirse que la acusación sea «fácil de hacer». Pero tampoco lo era por aquel entonces: aquella época ofrece un sinfín de ejemplos de mujeres a las que hicieron sufrir por dar la cara y denunciar. En 1670, dos criadas de Virginia con contrato forzado acusaron a su amo de violación; en consecuencia, las castigaron con más años de servidumbre obligatoria<sup>128</sup>. A principios del siglo XVIII, en dos juicios entre los que pasaron siete años, dos mujeres de Maine denunciaron haber sido violadas. Una recibió una advertencia por grosería pública y la otra quince latigazos por indecencia<sup>129</sup>.

Y aunque Hale se haya desvanecido, su legado aún perdura, al acecho. En 2007 —un año antes de que Marie denunciase su violación—, un legislador del estado de Maryland, abogado penal que presidía la Comisión de Justicia de la Cámara, recordó la advertencia de Hale en una sesión para decidir si se denegaba la patria potestad a los violadores cuyas víctimas quedaban embarazadas. El legislador en cuestión, Joseph Vallario Jr., dijo citar a Hale a modo de clase de historia. Sin embargo, sus palabras fueron motivo de «indignación», según un titular del *Washington Post*. Un grupo de defensores de las víctimas criticó a Vallario por citar «una doctrina arcaica y

misógina»<sup>130</sup>. La ley no prosperó. Diez años después, cuando la representante estatal Kathleen Dumais intentó por novena vez que se aprobase la medida, un comité formado exclusivamente por hombres de las dos cámaras dejó que la ley muriese por inanición, con lo que Maryland es uno de los dieciséis estados que no permite a una víctima de violación quitarle la patria potestad a su agresor<sup>131</sup>.

Una mañana de julio, Weiner recibió una llamada del abogado de O'Leary, Jeffry Dougan, un joven letrado de oficio con tres años de experiencia. Dougan le trasladó un mensaje de O'Leary.

«Mi cliente quiere declararse culpable para quitarse de encima toda esta historia. No quiere que las víctimas tengan que pasar por esto», recuerda Weiner que le dijo Dougan. A pesar de que su abogado le aconsejase no aceptar un acuerdo con la fiscalía, O'Leary insistió. Solo ponía una condición: que Weiner retirase todas las acusaciones de secuestro.

La petición de O'Leary sorprendió al fiscal. Sin embargo, se imaginó el motivo, que no era un cambio de actitud repentino.

Weiner sabía que O'Leary estaba nervioso. En una llamada pinchada desde la cárcel, le había dicho a su madre que creía que los agentes iban a encontrar más cosas en su ordenador, aunque no sabía exactamente cuántas.

Lo supo cuando Weiner compartió su hallazgo con el abogado de O'Leary. A diferencia de lo que ocurre en los «momentos sorpresa» de las series y películas de juicios, el sistema judicial no ve con buenos ojos las novedades. Para facilitar la investigación previa al juicio, cada parte debe mostrar a la otra las pruebas que se dispone a presentar. Weiner acababa de entregarle a Dougan las fotos que Evans había recuperado, con lo que advertía a O'Leary de que la policía había logrado rescatar fotos de él —o, al menos, de alguien con idénticas señales en el cuerpo— violando a mujeres. Fotos que creía encriptadas y a salvo tras numerosas capas de código informático inexpugnable.

Ahora estaba expuesto.

Aun así, Weiner no acababa de entender qué pretendía sacar O'Leary del acuerdo. Aunque retirase las acusaciones por secuestro, seguiría enfrentándose a cadena perpetua; no obtendría una reducción de condena. Así pues, ¿de qué le servía? ¿Por qué no pelearlo, por abrumadoras que fuesen las pruebas? A

fin de cuentas, ¿qué tenía que perder? «Era algo insólito, pero también estábamos ante un caso insólito», dice Weiner. El fiscal supuso que sería algo importante desde el punto de vista psicológico: quizá O’Leary podía aceptar ser un violador, pero no un secuestrador.

Weiner imaginó que, con independencia del motivo, O’Leary podría sacarle alguna ventaja. Al igual que Evans, Weiner se había obsesionado con Desgraciado, el archivo encriptado del ordenador de O’Leary. No era un experto en tecnología —llamaba «recipiente» al archivo informático—, pero estaba claro que si alguien se molestaba tanto en ocultar su contenido era porque tenía algo muy valioso que ocultar. Lo único que no sabía con certeza era el qué. ¿Podría haber otras mujeres, otras violaciones? ¿O pruebas de algún club secreto de hombres que violaban a mujeres y se intercambiaban las fotos? ¿Pornografía infantil?

Tenía que descubrir qué había dentro.

«Me imaginé que sería algo horrible», afirma.

Weiner llamó a Dougan con una contraoferta: la fiscalía se plantearía la posibilidad de ofrecer un acuerdo, pero O’Leary debía entregar la contraseña de Desgraciado. Dougan no tardó en devolver la llamada: no, de ninguna manera. La velocidad y contundencia de la respuesta aumentaron las sospechas de Weiner. «Me dio a entender que ahí dentro había algo importantísimo». El 7 de julio de 2011, Galbraith envió un correo a Hendershot, Burgess y Hassell para ponerlos al tanto: «O’Leary NO va a dar el código de encriptación. PUNTO».

No obstante, aunque O’Leary no revelase su secreto, a Weiner le parecía que seguía habiendo mimbres para un buen acuerdo: retirar las acusaciones de secuestro a cambio de la admisión de culpabilidad. Antes de firmar, Weiner consultó a las víctimas, una por una, en su despacho.

Cada mujer reaccionó de una forma distinta. Doris tenía sus dudas a la hora de retirar cualquier acusación: no le daba miedo el juicio. «Se mostró muy fuerte, en plan: “Ese tipo no me asusta”», recuerda Weiner. A Amber le inquietaba que las noticias del caso llegaran a oídos de su familia y amigos. Sarah seguía destrozada emocionalmente y estaba dispuesta a aceptar el acuerdo. Y Lilly se mostraba recelosa. Y un tanto molesta con Hassell: si hubiera investigado su caso más a fondo, podría haber evitado las violaciones en Golden y Westminster.

Weiner explicó a las mujeres las consecuencias del procedimiento si el caso

llegaba a juicio: la declaración pública; el arduo contrainterrogatorio; la posibilidad de que O'Leary intentase influenciarlas mediante palabras o gestos durante el juicio. «Los delincuentes sexuales son las personas más manipuladoras que existen», les advirtió.

En ocasiones, podía dar la impresión de que la ley no se preocupaba demasiado por las víctimas. En el sentido legal más estricto, esos delitos se habían cometido contra el Estado, no contra las cuatro mujeres. Weiner tendría muy en cuenta sus preocupaciones, pero no tenía la obligación de seguir sus deseos —pues su cliente era el pueblo en su conjunto—. Y O'Leary era inocente hasta que no se demostrase lo contrario. El juez y los letrados respetarían su derecho a un juicio justo. «A menudo os sentiréis frustradas, pues parecerá que el foco de atención no se pone en vosotras, sino en el violador —dijo Weiner a las cuatro mujeres—. Pero os garantizo que nunca os perdemos de vista».

Al final, todas accedieron a aceptar el acuerdo. Weiner creía que era lo mejor: les ahorraría la humillación del juicio y, en todo caso, O'Leary se enfrentaría a una larguísima pena de cárcel; aunque sería el juez quien determinase la condena definitiva.

Antes de firmar el acuerdo, Weiner volvió a preguntar a O'Leary: ¿estaba dispuesto a entregar la contraseña?

Y, una vez más, la respuesta fue tajante: no.

La condena de O'Leary llegó un día gélido de principios de diciembre, en el imponente y curvilíneo Palacio de Justicia del distrito del condado de Jefferson. La cúpula de cristal resplandeciente se veía desde el bloque de apartamentos en que O'Leary había violado a Amber casi un año antes. Era inevitable pensar que el hombre la habría contemplado más de una vez, recortándose contra las Rocosas nevadas, durante los cientos de horas que espío a la estudiante de posgrado.

La pequeña sala gris y marrón era un hervidero de gente. Galbraith, Hendershot, Burgess y Grusing estaban allí. También Ellis y Shimamoto. Lilly y Doris estaban a un lado. La madre, el padrastro y la hermana de O'Leary a otro. El acusado ocupaba el centro de la sala, con una mesa larga y reluciente, justo enfrente del juez. Llevaba el pelo rapado, una camisa negra y un grueso cinturón de seguridad marrón. Su cara alargada y pálida se contraía con violencia cada pocos minutos, un tic nervioso que concentraba todos sus

rasgos faciales en la nariz.

El juez Philip McNulty presidía la sesión. El pelo blanco a los lados dejaba paso a una coronilla calva. En quince años de servicio, se había labrado una buena reputación por su ecuanimidad, su compasión y su actitud harto sosegada<sup>132</sup>. De hecho, acabarían nombrándolo juez titular del tribunal del distrito. McNulty pidió orden en la sala: *El pueblo del Estado de Colorado vs. Marc O'Leary* había empezado.

Weiner fue el primero en tomar la palabra. Describió la imagen de un sociópata frío y metódico que actuaba cada vez con más violencia. Explicó que O'Leary había comenzado con Doris, en Aurora; que había fallado con Lilly, en Lakewood; que luego compró un arma tras robar dinero en efectivo del apartamento de Sarah, en Westminster; y que amenazó a Amber con un arma similar en Golden. Se trataba de un hombre para el que la violación era un trabajo —un trabajo que decía amar—. Un hombre que debería estar encerrado para siempre. En opinión de Weiner, O'Leary merecía un mínimo de 294 años.

La noche anterior, Weiner había entregado al juez impactantes fotos de las mujeres, parcialmente editadas para proteger su intimidad. «Mire la cara de las víctimas, el dolor y las torturas por las que tuvieron que pasar. Lo que arrebató a estas mujeres, de la forma en que lo hizo, jamás podrán recuperarlo», le dijo a McNulty.

Weiner también explicó al juez que, cuando se produjo su arresto, O'Leary estaba planeando otro ataque en un barrio periférico de Denver. Los investigadores habían encontrado sus apuntes sobre la vigilancia. «Es un depredador, como un lobo».

Las víctimas de O'Leary fueron las siguientes en intervenir. Galbraith y Hendershot leyeron declaraciones en nombre de Amber y Sarah.

Amber afirmaba que la violación la había cambiado. Había puesto tres cerrojos en la puerta y los echaba en cuanto entraba en casa. Antes solía dormir con las ventanas de su habitación abiertas para que entrase el fresco del verano, pero ahora siempre estaban cerradas. Las vacaciones le traían recuerdos horribles. Los colores que más le gustaban —con los que había decorado su habitación— le recordaban a su violación. «Aún estoy en pleno proceso de olvidar esta experiencia y pasar página, pero al menos tengo la suerte de saber que han encontrado a la persona que lo hizo —escribió—. Ya

no tengo que vivir con miedo».

Sarah acababa de levantarse después de un batacazo vital cuando se produjo la agresión. Su marido había muerto y acababa de mudarse a un nuevo apartamento. La violación le robó aún más cosas. Pensaba que tenía el teléfono pinchado; creía que un *hacker* se había infiltrado en su correo electrónico; se asustaba al cruzarse con su vecino de arriba, de complexión similar a la del violador. Las llamaba «pérdidas en su vida»: pérdida de libertad y seguridad, pérdida de confianza, pérdida de la sensación de tranquilidad. «Esta experiencia no me ha derrotado. Me tumbó durante un tiempo, pero he vuelto a ponerme en pie. Puede que ya no haga todo lo que me gusta; ahora estoy mucho más alerta, pero sigo viva y estoy viviendo mi vida».

Cuando Hendershot acabó de leer la declaración de Sarah, se giró hacia McNulty. Tenía una petición insólita, que solo había hecho en contadas ocasiones a lo largo de su carrera. ¿Podía intervenir ella también? El juez le dijo que sí.

Hendershot se giró hacia el estrado, pero con los ojos clavados en O'Leary, confiando en cruzarse con su mirada. «Señor, este crimen ha tenido un gran impacto en mi vida, tanto a nivel personal como profesional —comenzó—. El señor O'Leary ha demostrado un grado de arrogancia y desdén incomprensible. En cada agresión había una falta de respeto total por los valores de la sociedad; mostraba una carencia absoluta de límites éticos o morales». Hendershot acabó pidiendo al juez que encerrase a O'Leary de por vida.

Las mujeres a las que O'Leary había agredido en Lakewood y Aurora se levantaron para tomar la palabra. Lilly le dijo al juez que era una persona espiritual, consagrada a la oración, amante de todas las formas de vida. Sin embargo, después del ataque, tuvo problemas para reencontrar esa parte de sí misma. Era incapaz de quedarse sola en casa, tenía ideas violentas, se alejó de sus amigos y contrató a vigilantes privados para que protegieran su casa. Además, acumuló gastos médicos de decenas de miles de dólares y, al no tener seguro, las empresas de cobros la llamaban constantemente. Se presentaba gente en la puerta de su casa para que saldase sus deudas. «Tenía problemas para conciliar el sueño. Tenía muchísimas pesadillas, un profundo trauma», afirmó.

Además, le dijo al juez que creía que O'Leary necesitaba ayuda. Lo definió como un «ser humano confundido». Pero también consideraba que debía pasar

el resto de su vida en la cárcel. Lilly le dijo a McNulty que, al pedir justicia, las mujeres a las que había agredido estaban imponiéndose a su barbarie. «Me estoy recuperando, todas nos estamos recuperando. Ha sido... Ha causado cambios, pero estamos haciendo todo lo posible por reinventar nuestra vida».

Doris, que ya tenía sesenta y siete años, fue la siguiente en ponerse en pie. La directora de la residencia de estudiantes recordó el miedo que había sentido durante el ataque. Después de aquella traumática experiencia, adquirió un sistema de seguridad que activaba siempre que se metía a la ducha. Relató las varias visitas a su médico para hacerse pruebas y cerciorarse de que no estaba infectada con el VIH. «Cada vez que esperaba el resultado la sensación era de miedo, angustia, inquietud». En apariencia, había retomado su vida con normalidad, pero su cabeza aún tenía que recuperarse. «Nadie sale emocionalmente indemne de algo así», le explicó al juez.

Casi al final de su declaración, Doris se giró hacia O'Leary y le preguntó, directamente, cómo la había encontrado. «¿Por qué estabas en Aurora? ¿Tienes un amigo o pariente que viva en mi barrio por el que tenga que preocuparme? ¿Hay algún motivo por el que debería seguir teniendo miedo? ¿Por qué te parecí tan vulnerable?», preguntó al hombre que la había violado.

Por parte de la defensa, el primero en hablar fue Marc O'Leary.

«Estoy aquí porque tengo que estar en la cárcel —comenzó—. Probablemente lo tenga más claro que cualquiera de los presentes en la sala. Lo sé desde hace mucho tiempo.

»Soy un depredador sexual violento y descontrolado.

O'Leary le dijo al juez que quería pedir perdón. Y también explicarse.

Declaró que sufría arrebatos periódicos e incontrolables para atacar a mujeres. Había tenido que luchar contra ellos desde pequeño. Había tenido una familia que lo quería y una vida feliz. «Era, y no encuentro otra palabra para describirlo, esclavo de algo que he aborrecido toda mi vida; y sin embargo, era incapaz de desobedecerlo; y, al final, he perdido. Y no solo he perdido mi vida, sino que he destruido otras muchas.

»No sé qué lo originaba —continuó, sin citar a Jung, ni la teosofía de la dualidad de la que hablaban sus libros ocultistas, sino yendo a lo fácil—: sé que suena a tópico, pero es una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde en la vida real».

O'Leary le dijo a McNulty que no esperaba piedad, pero que confiaba en que

la gente pudiese entender, si no a él, sí a otros como él. «Mucha gente me describiría como un monstruo, pero es mucho más complicado», dijo.

O'Leary se giró hacia Doris para responder a sus preguntas. Le dijo que encontró su nombre en una red social de internet. Nada más. No tenía por qué temer a nadie de su barrio. «La triste realidad es que... A ver, era... para mí era una oportunidad, sin más. Y sé que es asqueroso, pero es... es la verdad. Tú no me habías hecho nada».

Mientras O'Leary hablaba, su madre lo escuchaba en silencio. Sabía que Marc era culpable, pero nunca lo había oído hablar de la tortura secreta de su infancia. Nunca le había dicho que se sentía como dos personas. Nunca lo escuchó decir nada sobre perseguir a mujeres.

Sheri Shimamoto estaba justo detrás de la madre de O'Leary y reparó en que la mujer tenía varios folios en la mano. Shimamoto supuso que era la declaración que iba a hacer, ensalzando sus virtudes y pidiendo clemencia. Mientras O'Leary describía sus crímenes, Shimamoto vio a su madre arrugar las hojas y hacer una pelota de papel.

Cuando se puso en pie para dirigirse a la sala, la madre de O'Leary dijo que el arresto de su hijo mayor la había traumatizado. Marc había sido un niño feliz: hablador, juguetón, amante de los animales. «De haber sabido o sospechado mínimamente que estaba sufriendo por dentro y necesitaba ayuda, habríamos hecho cualquier cosa para ayudarlo... Pero es que no vimos nada». A lo mejor habían tenido algo que ver sus años en el Ejército. Cuando volvió de licencia parecía otra persona, más taciturno y retraído. Dijo que creía que su hijo podía tener un trastorno mental y esperaba que pudiesen ayudarlo en la cárcel.

Luego compartió con la sala una experiencia dolorosa de su propio pasado. Ella también había sido víctima de una violación, en una fiesta, cuando tenía quince años. Fue en 1963. Nadie hablaba de sexo. Nadie hablaba de violaciones. Le había contado la experiencia a su hija, pero nunca sacó el tema ni con Michael ni con Marc. Ahora se arrepentía. Quizá habría servido para hablarlo. Les dijo a las víctimas que entendía su sufrimiento. Pidió clemencia para su hijo. Y para sí misma. «Como madre, mucha gente me ha dicho: “No puedes culparte por esto”. ¿Por qué, por qué no puedo echarme la culpa? Soy su madre, yo lo críe; y si no fue por algo que hice, probablemente fue por algo que no hice».

Dougan, el abogado de O'Leary, se dirigió al juez. Según sus cálculos,

McNulty podía condenar a O’Leary a un mínimo de veintiséis años. Él también pidió clemencia.

Entonces le tocó hablar al juez.

«Señor O’Leary, permita que me dirija a usted en primer lugar —comenzó McNulty—. Ha señalado que es probable que la gente le odie, que le considere un monstruo. Mi trabajo no es vilipendiarle; mi trabajo no es juzgarle a usted. Mi trabajo consiste en juzgar sus actos».

McNulty señaló que las acusaciones contra O’Leary podían derivar en un amplio rango de condenas. Le reconoció a O’Leary la ausencia de antecedentes y el arrepentimiento mostrado: «Creo que ha sido usted sincero al hacer esas declaraciones», dijo McNulty.

Luego, el juez enumeró las pruebas contra O’Leary: el acecho, los instrumentos para llevar a cabo sus violaciones, el terror causado. «Las pruebas más concluyentes en este caso son las que usted mismo creó —continuó McNulty—. Se trata de fotografías de mujeres siendo violadas; fotografías que usted mismo hizo mientras las violaba. Mirando la cara de estas mujeres, he visto angustia y miedo, desesperación e impotencia. Y me pregunto, ¿cómo puede alguien que está viendo eso pulsar el botón para hacer la foto?».

Para dictar una sentencia adecuada, McNulty sopesó los crímenes de O’Leary comparándolos con otros que había juzgado. El juez no había visto nunca nada tan abominable.

«Señor O’Leary, acechó a las víctimas de este caso como si fuesen sus presas, y luego las sometió durante horas y las obligó a hacer cosas horribles —dijo, con voz baja y firme—. Sus actos juzgados en este caso son pura maldad».

A continuación, McNulty le dijo a O’Leary que había perdido el privilegio de vivir en libertad. Le impondría la pena máxima: 327 años y medio en prisión.

O’Leary no saldría nunca.

Unos días más tarde, en su celda del imponente centro penitenciario, rodeado de concertinas, del Departamento de Prisiones de Colorado, O’Leary hizo una oferta insólita. Accedió a hablar de sus crímenes con los investigadores, sin abogado. Dijo que quería ayudar a las víctimas a pasar página. Solo ponía una condición: no hablaría si Galbraith estaba en la sala. La presencia de una

mujer le incomodaba.

Grusing se ofreció voluntario. En los diez meses transcurridos desde el arresto, los agentes habían encontrado pruebas de al menos otra agresión sexual en Washington con la que O'Leary estaba claramente relacionado, pero no habían sido capaces de vincularlo con otros crímenes. Las violaciones de Kansas llegaron a un callejón sin salida —y nunca se resolverían—. El archivo Desgraciado seguía cerrado herméticamente. Grusing no estaba seguro de qué podría sacarle a O'Leary, pero un experto en polígrafos del FBI le había dado un consejo una vez: «Cuanto más y más tiempo hablen, mejor para nosotros». Ese era el objetivo de Grusing: hacer hablar a O'Leary.

Una semana después de la lectura de la sentencia, el 15 de diciembre de 2011, a las 11:15, Grusing estaba sentado frente a O'Leary en una celda estrecha, de paredes de hormigón pintadas de blanco con placas acústicas negras y cuadradas. Grusing llevaba un polo azul, pantalones verdes y zapatos de montaña. O'Leary vestía un mono rojo abierto por el cuello, que revelaba una camiseta blanca debajo. Llevaba el pelo rapado casi al cero y unas zapatillas de deporte negras sin cordones para evitar que se ahorcase. Su rostro se contraía constantemente: los rasgos faciales se comprimían y luego volvían a su posición normal.

O'Leary se cruzó de brazos mientras Grusing se sentaba. Le dijo que era reacio a hablar. Se lo había pensado mejor. Lo habían tratado muy mal en la cárcel: un funcionario de prisiones lo había amenazado con meterlo en una celda de aislamiento. «Ahora mismo no tengo muchas ganas de hablar».

Pero Grusing iba preparado. Había estudiado la forma en que O'Leary aprendía después de cada violación, lo meticuloso que había sido, lo mucho que se esforzaba por borrar su rastro. Grusing sabía que estaba ante un tipo que se enorgullecía de su trabajo; un hombre al que le halagaría tener la oportunidad de pavonearse de su pericia. «Eres una persona muy importante; eres un violador insólito y consumado y nos gustaría estudiarte». Así empezaría la intervención de Grusing, que hizo una oferta a O'Leary: ¿prefería hablar con un elaborador de perfiles de la famosa Unidad de Análisis de Conducta del FBI?

O'Leary se movió en la silla. «Hay muchas cosas que decir», comentó.

Durante las siguientes cuatro horas, O'Leary habló sin parar; dio una clase magistral sobre tácticas de violación a un único pupilo, que parecía embelesado. Grusing se inclinaba hacia adelante; de cuando en cuando

garabateaba algo en un bloc de notas y le contaba algún cotilleo sobre la investigación. No hizo falta mucho más para que O'Leary siguiese hablando.

«Fue como si acabara de zamparme la cena de Acción de Gracias», dijo para definir uno de los ataques, repantigado en su silla.

Al describir cada violación, se detenía en los detalles. Doris lo había humillado. «Creo que me marché antes de lo normal porque dijo un par de cosas que me hicieron daño, por así decirlo». Restó importancia, tachándola como «una gilipollez», a su conversación con Amber sobre lobos y bravos. «Las conversaciones y tal eran para llenar los huecos [entre los ataques]. En otra situación, si nos hubiésemos conocido en otro momento, quizá nos habríamos llevado bien». También expresó su profundo arrepentimiento por Sarah, a la que había atacado tras fallar con Lilly. «Me pilló en mi peor momento».

Admiraba la decisión de huir que había tomado Lilly en menos de un segundo. «Me cabreé un poco, pero al mismo tiempo me estaba partiendo el culo. Era una tipa espabilada: tuvo una posibilidad y la aprovechó». O'Leary le contó a Grusing una anécdota que le había ocurrido antes de atacar a Lilly, mientras la vigilaba. Una noche estaba subido a una silla, espiándola por su ventana, y oyó un ruido. Se preguntó qué demonios sería y, al levantar la mirada, vio en el tejado, justo encima de él, un zorro gris que lo miraba fijamente. O'Leary hizo un gesto brusco para intentar ahuyentarlo, pero el zorro no se movió. Entonces decidió marcharse, y el zorro lo siguió hasta la camioneta. Esperó a que montase y no se marchó hasta que se había alejado. O'Leary pensaba que quizá Lilly tuviese un animal protector. «En este mundo hay mucho más de lo que cree la mayoría de gente», le dijo a Grusing.

O'Leary también dio una clase magistral para los cuerpos de seguridad, describiendo las medidas que había tomado para evitar a la policía. Sabía que el Ejército tenía una muestra de su ADN y le preocupaba que los agentes pudieran acceder a ese registro e identificarlo. Así pues, puso todo su empeño en evitar dejar huellas genéticas. Aunque le reconoció a Grusing que era consciente de que, al final, era misión imposible. «No puedes vencer a la tecnología».

Recordó el día en que Grusing y otro policía se presentaron en su puerta del 65 de Harlan Street y lo pillaron en casa. Grusing le había enseñado el retrato robot de un falso sospechoso de robo y, aunque O'Leary pensó que sería un subterfugio para conseguir sus huellas, cogió el papel plastificado: se sentía

seguro, pues siempre llevaba guantes. «Es imposible que haya dejado huellas», se dijo.

Sabía que los departamentos de policía no solían intercambiar información, con lo que cometió cada una de sus violaciones en una jurisdicción distinta de manera premeditada. «Lo hacía esencialmente para que os pasarais el máximo tiempo posible sin dar con mi rastro». Dijo que le había funcionado bien en Washington: los polis de Lynnwood habían perdido su oportunidad. «Si en Washington hubiesen prestado un poquito más de atención, es probable que me hubieran considerado un sospechoso antes».

Instó a los agentes a rastrear las coordenadas geográficas de los informes de personas sospechosas. Cuando se producía la violación, ya era demasiado tarde para salir en busca del depredador: su ciclo habría bajado.

—Es como con vosotros. Cuando os ponéis en alerta máxima es cuando yo me escondo, cuando soy una persona normal —continuó O’Leary. Se repantigó en la silla y soltó una carcajada—. Podría decirse que tenemos mala coordinación.

—Mala para nosotros —apuntó Grusing.

—Sí —coincidió O’Leary.

Luego, sin preámbulos, O’Leary comenzó una jeremiada. Durante toda su vida había luchado solo. Había luchado y había perdido. Y no le ocurría únicamente a él: también a otros hombres; hombres que se pasaban toda la vida librando una batalla inútil para destruir a su monstruo interior. Era una pérdida de tiempo.

—Para ellos, la única forma de parar es que alguien como tú se presente en su casa —le dijo a Grusing—. Desde ese momento, no son más que un espécimen. Nada más. Los exhiben ante los medios de comunicación; arruinan la vida de sus familias; los encierran en un agujero y el mundo los saca cada vez que quieren incitarlos y azuzarlos —O’Leary levantó las manos hacia el techo—. Solo hay que ver todos los programas y mierdas que hay: *Mentes criminales, Dexter, Ley y orden: Unidad de víctimas especiales...* Mientras que no les pase a ellos, todos quieren verlos. Mientras que el choque de trenes no sea en su barrio, les resulta fascinante y le encanta a todo el mundo. Se atiborran. La gente quiere vender libros.

O’Leary se detuvo en seco. Pareció sumirse en sí mismo. Se quedó con los ojos clavados en el suelo.

—Todos tenemos nuestras inclinaciones —dijo Grusing—. La tuya es lo que

me da trabajo.

Grusing se puso en pie, dispuesto a marcharse. O'Leary levantó la mirada y, con un gesto, señaló al espejo al fondo de la sala de interrogatorios.

—Ahí detrás hay un montón de peña, ¿eh? —dijo.

—Estamos solo tú y yo y Stacy Galbraith —respondió Grusing.

O'Leary se llevó las manos a la cara.

—Sabía que ibais a hacerme esto —dijo.

O'Leary miró fijamente al espejo. Desde el otro lado, Galbraith le devolvió la mirada.

—Hola, Stacy Galbraith —dijo O'Leary con voz en falsete—. Me juego el cuello a que te habría gustado pegarme un tiro.

—La verdad es que no podemos entrar con armas —intervino Grusing.

—No, digo cuando estaba en la puerta de mi casa apuntándome con una pistola.

Grusing negó con la cabeza.

—Es un montón de papeleo.

Al otro lado del espejo, Galbraith no pudo evitar sentir un escalofrío. Aquella noche, por primera vez desde que empezó el caso, le costó conciliar el sueño.

- <sup>100</sup> Meyer, John: «A Balance of Career, Fitness—on the Run», *Denver Post*, 30 de abril de 2007.
- <sup>101</sup> «Boston Marathon Race Results 2007», Maratón de Boston (introducir el nombre de Robert Weiner en el cuadro de búsqueda), consultado el 24 de abril de 2017, [marathonguide.com/results/browse.cfm?MIDD=15070416](http://marathonguide.com/results/browse.cfm?MIDD=15070416).
- <sup>102</sup> Spohn, Cassia y Holleran, David: «Prosecuting Sexual Assault: A Comparison of Charging Decisions in Sexual Assault Cases Involving Strangers, Acquaintances, and Intimate Partners».
- <sup>103</sup> Brownmiller, Susan: *Contra nuestra voluntad*, editorial Planeta, 1975, traducción de Susana Constante.
- <sup>104</sup> Geis, Gilbert y Bunn, Ivan: *A Trial of Witches: A Seventeenth-Century Witchcraft Prosecution*, editorial Routledge, 1997.
- <sup>105</sup> Williams, John Bickerton: *Memoirs of the Life, Character, and Writings, of Sir Matthew Hale, Knight, Lord Chief Justice of England*, (página viii), editorial Jackson and Walford, 1835.
- <sup>106</sup> Hale, Sir Matthew: *Historia Placitorum Coronae: The History of the Pleas of the Crown*, ed. Sollom Emlyn, vol. I (página 635), impreso por E. y R. Nutt, y R. Gosling, por encargo de Edward Sayer, Esq., 1736).
- <sup>107</sup> Hale, *Historia Placitorum Coronae* (página 636).
- <sup>108</sup> Hale, Sir Matthew: *Letter of Advice to His Grand-Children, Matthew, Gabriel, Anne, Mary, and Frances Hale* (páginas 30-31), editorial Taylor and Hessey, 1816.
- <sup>109</sup> Hale, *Letter of Advice* (página 31).
- <sup>110</sup> *Ibid.* (página 30).
- <sup>111</sup> *Ibid.* (página 15).
- <sup>112</sup> *Ibid.* (página 116).
- <sup>113</sup> Cromartie, Alan: *Sir Matthew Hale 1609-1676: Law, Religion and Natural Philosophy* (página 5), editorial Cambridge University Press, 1995.
- <sup>114</sup> Hale, *Letter of Advice* (página 119).
- <sup>115</sup> Geis, *A Trial of Witches* (página 119).
- <sup>116</sup> *Ibid.* (página 7).
- <sup>117</sup> Boyd, Julian P., editor: *The Papers of Thomas Jefferson*, vol. 10 (página 602), editorial Princeton University Press, 1954.
- <sup>118</sup> *Ibid.* (página 604).
- <sup>119</sup> Roalfe, William R. y Wigmore, John Henry: *Scholar and Reformer* (página ix), editorial Northwestern University Press, 1977.
- <sup>120</sup> James, George F.: «The Contribution of Wigmore to the Law of Evidence», *University of Chicago Law Review* 8 (1940-1941) (página 78).
- <sup>121</sup> Doyle, James M.: «Ready for the Psychologists: Learning from Eyewitness Errors», *Court Review: The Journal of the American Judges Association* 48, n.º 1-2 (página 4), 2012.
- <sup>122</sup> Wigmore, John Henry: *Wigmore on Evidence*, 3ª edición revisada por James H. Chadbourn, vol. 3A (página 736), editorial Little, Brown and Company, 1970.
- <sup>123</sup> Wigmore: *Wigmore on Evidence* (página 737).
- <sup>124</sup> Bienen, Leigh B.: «A Question of Credibility: John Henry Wigmore's Use of Scientific Authority in Section 924a of the Treatise on Evidence», *California Western Law Review* 19, no. 2 (página 236), 1983.

- <sup>125</sup> Bienen: «A Question of Credibility» (página 241).
- <sup>126</sup> *People v. Hulse*, 3 Hill (NY), (página 316).
- <sup>127</sup> Citado en Sanday, Peggy Reeves, *A Woman Scorned: Acquaintance Rape on Trial* (página 158), editorial University of California Press, 1996.
- <sup>128</sup> Freedman, Estelle B.: *Redefining Rape: Sexual Violence in the Era of Suffrage and Segregation* (página 15), editorial Harvard University Press, 2013.
- <sup>129</sup> Block, Sharon: *Rape and Sexual Power in Early America* (páginas 38, 92), editorial University of North Carolina Press, 2006.
- <sup>130</sup> Rein, Lisa: «Comments on Rape Law Elicit Outrage», *Washington Post*, 6 de abril de 2007.
- <sup>131</sup> Rentz, Catherine: «All Male Panel Ruled on Rape Bill During Maryland's Legislative Session», *Baltimore Sun*, 17 de abril de 2017.
- <sup>132</sup> «First Judicial District—District Judge», Colorado Office of Judicial Performance Evaluation, consultado el 24 de abril de 2017, [coloradojudicialperformance.gov/retention.cfm?ret=987](http://coloradojudicialperformance.gov/retention.cfm?ret=987).

## EPÍLOGO: 18 RUEDAS

2011-

Aunque le afectó sobremanera, el subinspector Mason decidió no dejar las fuerzas del orden. «Me dije que no permitiría que eso me definiera como persona. Iba a aprender de la experiencia para ser mejor investigador».

Nos reunimos con Mason en la comisaría de Lynnwood en diciembre de 2015; lo entrevistamos en la misma sala en la que él había entrevistado a Marie siete años atrás —ante la misma mesa que Marie había golpeado con el puño, insistiendo en que la habían violado—. Mason recordó sus propias dudas: la mención del coordinador de Project Ladder de que Marie quería vivir en un apartamento diferente; el escepticismo en la voz de Peggy el día siguiente a la violación. «Era gente que la conocía muchísimo mejor que yo», dijo.

A Mason no se le abrió un parte disciplinario por el caso de Marie. En los años sucesivos, su expediente policial fue encomiable.

«Creo que cualquiera que lleve un tiempo en este trabajo se encuentra a lo largo de su carrera con muchas cosas que le dejan huella. Que le endurecen, por así decirlo», nos explicó Mason. Con el caso de Marie aprendió a ser más amplio de miras, a ser más generoso con el beneficio de la duda. «Uno no entra en la policía creyendo que va a acabar victimizando aún más a alguien».

Luego le preguntamos por Peggy: «Compartió con nosotros una información que le parecía importante». Se estaba comportando como la buena ciudadana que creía ser. Mason agradecía su llamada; la culpa de usar así sus palabras era única y exclusivamente suya: «Me colé».

Y le preguntamos por Marie. Le dijimos que la chica quería saber cuál fue su papel en todo lo que pasó; si dio algún paso en falso que podía haber evitado.

—No se equivocó. Fue... fui yo. Ya está... Punto —dijo Mason—. No le correspondía a ella intentar convencerme. Ahora, echo la vista atrás y veo que mi trabajo consistía en llegar al fondo del asunto. Y no lo hice.

—Cuando lo recuerda, ¿qué es lo que más le persigue de este caso?  
—preguntamos.

—Varios aspectos —respondió, soltando un suspiro—, pero probablemente lo peor sea... lo que Marie tuvo que soportar al denunciar. Sí...

—¿Piensa mucho en ella?

Mason pasó cinco, diez, quince segundos en silencio. Dejó reposar la pregunta, haciendo acopio de fuerzas. Pasó medio minuto antes de que hablase.

—¿Podemos...?

—Claro.

—Voy por un poco de agua.

Y salió de la sala.

Cuando Mason volvió, dijo:

—Sí. —Piensa en Marie a menudo—. Es bastante fortuito. Me pasa de repente, en distintas ocasiones. En cualquier momento, a lo largo del día, o cuando salgo del estado para visitar a mi familia... Depende.

»Cuando pienso en Marie, pienso sobre todo en cómo le irá ahora. Espero que esté bien.

Los archivos judiciales de la acusación a Marie por denuncia falsa se eliminaron en primavera de 2011. El expediente se archivó y todo su rastro se limpió. Sin embargo, Marie sabía que borrar la historia no evitaría que se repitiese. Así pues, en junio de 2013 presentó en el Tribunal del Distrito Oeste de Washington una demanda por vulneración de los derechos civiles contra Lynnwood. «Quizá así podrían cambiar la forma de hacer las cosas, para que no volviesen a tratar a otra mujer como a mí», dice.

Los demandados eran el Ayuntamiento; los dos agentes, Mason y Rittgarn; Cocoon House, una organización sin ánimo de lucro que gestionaba el programa Project Ladder; y los encargados de Project Ladder, Jana y Wayne. La demanda alegaba que la policía interrogó a Marie sin leerle sus derechos; que el departamento no ofrecía una formación idónea para tratar a las víctimas de violación; y que Cocoon House actuó de común acuerdo con la policía al no ayudar a Marie a buscar un abogado. Los abogados de la defensa respondieron que, cuando la policía condujo a Marie a la comisaría para el interrogatorio, no estaba arrestada. Marie podía irse en cualquier momento, con lo que los agentes no estaban obligados a leerle la advertencia Miranda. Por otro lado, Cocoon House admitió que Jana y Wayne no ayudaron a Marie

en la búsqueda de un abogado, pero sus letrados aseguraban que tampoco estaban obligados.

Un argumento de la defensa destacaba sobre los demás; si tenía éxito, cualquier argumento de la demandante se derrumbaría: los abogados defensores sostenían que Marie había tardado demasiado en presentar su demanda. Aseguraban que el límite legal para una denuncia federal por vulneración de los derechos civiles era de tres años; y que el reloj había empezado a contar en agosto de 2008, cuando la interrogaron y la acusaron de poner una denuncia falsa: estaban maniobrando para que se desestimase su demanda.

Para Marie, el argumento era confuso: «No puedes presentar una demanda cuando no te creen». ¿Se suponía que tenía que denunciar antes de que el arresto de O'Leary validara la base de su denuncia? No obstante, esa solicitud de desestimación planteaba un reto a su abogado, H. Richmond Fisher. Comparaba la situación de Marie con la de un paciente que descubre, años más tarde, que los cirujanos se dejaron una esponja en su cuerpo después de una operación. La ley no penaliza a ese paciente por el tiempo que pasa entre la operación y el hallazgo. Como tampoco debería penalizar a Marie, argumentaba, por el tiempo transcurrido entre su arresto y el de O'Leary.

En diciembre de 2013, Marie y Lynnwood aceptaron someterse a un arbitraje, con la esperanza de llegar a un acuerdo antes del juicio. Ambas partes escribieron de antemano al mediador. Fisher decía que Marie quería cinco millones de dólares. Los abogados de Lynnwood respondieron que era improbable que obtuviese una cifra «en el rango medio de los cinco ceros; no digamos ya seis». Dos semanas antes de Navidad, el mediador convocó a las dos partes para negociar en persona. Los agentes y Marie esperaron en salas separadas mientras sus respectivos abogados exponían sus argumentos. Luego llamaron a Marie. Cuando le pidieron que relatase su historia a dos mandamases del Departamento de Policía de Lynnwood, describió la situación por la que había pasado y los invitó a imaginar a una de sus hijas recibiendo el mismo trato que ella. Los dos se disculparon, admitieron los errores del cuerpo y se comprometieron a hacer mejor las cosas.

Marie no consiguió cinco millones de dólares. Llegó a un acuerdo con Lynnwood por 150 000 dólares. «Se ha tomado una decisión basada en la gestión de riesgos», le explicó uno de los abogados de Lynnwood a una

periodista<sup>133</sup>. Marie también llegó a un acuerdo por separado con Cocoon House, por un importe no revelado.

Marie nunca supo nada de Rittgarn, el agente que la había amenazado con mandarla a la cárcel y que hacía tiempo que se había mudado al sur de California. Sin embargo, cuando presentó la demanda, un periodista del *Seattle Times* se puso en contacto con él por teléfono. «Rittgarn [...] dijo no estar al tanto de la demanda —escribió el periodista—. Al principio no recordaba el caso, solo que le parecía que “el tipo ese de Colorado” estaba implicado»<sup>134</sup>.

Aunque Lynnwood llegó a un acuerdo por 150 000 dólares, la aseguradora de la ciudad cubrió la mayor parte de esa cifra, y el Ayuntamiento solo pagó lo deducible: 25 000 dólares.

«Cometimos un error garrafal —nos dijo Steve Rider, inspector jefe de Lynnwood—. Un fallo crítico. Un baño de realidad [...] una mala decisión [...] suposiciones equivocadas, [...] conclusiones erróneas. Sabíamos que había sufrido esa agresión brutal... ¿Y vamos y le decimos que miente?».

Para enfrentarse a los efectos colaterales, muchos departamentos de policía recurren al control de daños: si la cagas, te proteges. Y cuando meten la pata en un caso importante, se encierran directamente en el búnker: se niegan a reconocer su error, por no hablar ya de disculparse. Sin embargo, el de Lynnwood fue una excepción. En 2011, tras el arresto de Marc O’Leary, el jefe de policía de la ciudad ordenó dos revisiones —una interna y otra externa— para determinar cómo se había torcido la investigación de Lynnwood. El departamento optó por asumir sus errores y aprender de ellos.

La revisión interna, de siete páginas, fue realizada por un inspector jefe y un subinspector de Lynnwood. Ninguno había trabajado en el caso inicial. En su informe usaban un lenguaje amortiguado —diciendo, por ejemplo, que la investigación llegó a una «conclusión incorrecta»—, pero su análisis era bastante incisivo. Los investigadores atribuyeron demasiada importancia a pequeñas contradicciones en las declaraciones de Marie y a las dudas de Peggy. Y, una vez sembrada la duda, la interrogaron, en vez de entrevistarla. Tras la confesión de Marie, «hubo una prisa innecesaria para presentar la acusación» y cerrar el caso. Y cuando intentó retractarse, el oficial Rittgarn la recibió con amenazas.

La revisión externa analizó esencialmente el mismo terreno, pero con un lenguaje que levantaba ampollas. El encargado fue el subinspector de la oficina del *sheriff* del condado de Snohomish, Gregg Rinta, que, a diferencia de Mason, tenía amplia experiencia en casos de violación: llevaba cinco años supervisando la Unidad de Investigaciones Especiales del *sheriff*, que manejaba hasta setecientos casos al año de delitos sexuales a adultos y abuso infantil.

«En muchos sentidos, en este caso no se produjo una investigación propiamente dicha —escribió Rinta en su informe de catorce páginas—. Por motivos que no logro explicarme, [la credibilidad de Marie] se convirtió en el centro de la investigación, y todas las pruebas claras que apuntaban a un delito grave se desestimaron por completo». Rinta recordaba todas las veces de aquel primer día en que Marie, con una hora de sueño, tuvo que describir cómo la violaron. Que luego Mason le pidiese una versión por escrito fue innecesario e incluso cruel: «Le estás pidiendo que cuente la historia por QUINTA VEZ». Con esas múltiples declaraciones en la mano, Mason convirtió las «contradicciones menores» —habituales en víctimas traumatizadas— en discrepancias enormes. En cuanto a las dudas de Peggy, Mason no tenía que haberlas mencionado siquiera en un informe. La opinión de alguien, sin pruebas que la respalden, es «absolutamente irrelevante para una investigación», escribió Rinta.

En su revisión, Rinta deja claro lo increíble que le parecen tanto las malas decisiones como la actitud de los investigadores. No puede entender la falta de consideración de los agentes hacia el trauma que Marie estaba denunciando. Su falta de compasión le resulta inexplicable. Al referirse al día en que los agentes se enfrentaron por primera vez a Marie y la acusaron de mentir, Rinta escribió:

La forma en que el subinspector Mason y el oficial Rittgarn la trataron solo puede definirse como intimidatoria y coactiva. Resulta doloroso leer, y difícil de entender, cómo ese tipo de actitud por parte de unos agentes con experiencia puede tener cabida en un departamento de policía profesional. Si no hubiese quedado constancia en sus informes, me costaría mucho creer que los hechos fueron ciertos.

Rinta añadía que, considerando la forma en que acusaron a Marie, no era sorprendente que hubiera confesado estar mintiendo, aunque fuese inocente.

Y lo que ocurrió cuatro días después —cuando Rittgarn la amenazó con meterla en la cárcel y recomendó que perdiese su derecho a alojamiento— fue aún peor. «Esas frases son coactivas, crueles e increíblemente poco profesionales. No se me ocurre NINGUNA justificación para pronunciarlas».

Rinta recapitulaba lo sucedido a continuación: los agentes acompañaron a Marie a la planta baja y la dejaron en manos de los dos coordinadores de Project Ladder; los coordinadores le preguntaron a Marie, en presencia de los dos policías, si la habían violado; Marie dijo que no.

«No puedo por menos que suponer que todo estaba orquestado para presionar a la víctima a decir la “verdad”», escribió Rinta.

Resulta «doloroso imaginarse cómo se sentiría la víctima».

Por su parte, Rider sostiene que el caso de Marie provocó cambios en las prácticas y la cultura del Departamento de Policía de Lynnwood. Los agentes recibieron formación complementaria sobre víctimas de violación y trauma. Aprendieron los protocolos de la Asociación Internacional de Jefes de Policía —las pautas de Joanne Archambault—: a establecer confianza con las víctimas, a mostrarles respeto y evitar juzgarlas y a permitirles elegir cuándo y dónde quieren que las entrevisten. Las mujeres violadas cuentan desde el primer momento con la ayuda de defensores de las víctimas en el centro de salud local. Los investigadores deben tener «pruebas definitivas» de que mienten antes de poner en tela de juicio una denuncia de violación. Y ahora, todas las acusaciones de denuncia falsa han de consultarse con los superiores. «Aprendimos muchísimo, y no queremos que esto le vuelva a pasar a nadie», dice Rider.

En 2008, el caso de Marie fue uno de los cuatro que la policía de Lynnwood catalogó como infundados, según las estadísticas trasladadas al FBI. En los cinco años entre 2008 y 2012, el departamento concluyó que diez de cuarenta y siete denuncias de violación eran infundadas: un 21,3%, cinco veces más que la media estadounidense del 4,3% en cuerpos de policía de poblaciones de un tamaño similar y en el mismo intervalo de tiempo. Rider sostiene que, desde la experiencia de Marie, su departamento se ha vuelto más prudente antes de catalogar un caso como infundado.

«Me atrevería a decir que investigamos nuestros casos con mucho más énfasis que otros departamentos. Ahora somos extremadamente meticulosos para cerrarlos bien».

«Todos y cada uno de nosotros recordará este caso para siempre», concluye

Rider.

Un día de noviembre —se preveía una tormenta de nieve que al final no se produjo— salimos de Denver rumbo al extremo superior derecho de Colorado, que linda al norte y al este con Nebraska. Al llegar al Centro Penitenciario de Sterling, una cárcel prácticamente idéntica a todas las demás —con edificios bajos y alargados, rodeados de concertinas—, cruzamos tres puertas correderas que se cerraron a nuestro paso, recorrimos un largo pasillo y entramos en la sala de visitas.

Marc O’Leary llevaba un mono verde de presidiario y una gorra. Tenía barba de tres días y peor cara que en la foto de ingreso. Parpadeaba de forma espasmódica, como si los párpados estuviesen conectados a un motor, y casi siempre tenía las manos en el regazo, tamborileando con el pulgar derecho.

«Leo mucho», nos dijo sobre sus días en la cárcel. Filosofía, ciencia, psicología «o cosas metafísicas, como taoísmo [...] Últimamente medito bastante [...] Procuero no pensar mucho [...] De hecho, he empezado a coser».

Su familia lo visitaba unas dos veces al mes. No sabían nada de él —de esa parte de él— hasta que tomó la palabra en la vista en que se leyó la sentencia. «Me pasé décadas, muchísimo tiempo, aprendiendo a ocultarlo, así que se me daba bien». Le preguntamos si había cometido otros crímenes de los que la policía no estuviese al tanto. «Allanamiento de morada, nada más grave», respondió. ¿Alguna vez había recibido un diagnóstico psicológico formal? Nos dijo que no. «El tribunal da por sentado que, como hablo con coherencia y no escribo locuras en un cuaderno oculto o algo así, estoy perfectamente cuerdo. Pero si ir por ahí irrumpiendo en casas y haciendo realidad mis fantasías de violación no es una enfermedad mental, me parece a mí que la definición se queda corta por completo».

O’Leary se pregunta si habría sido capaz de parar, años atrás, de haber existido un programa de intervención para jóvenes con fantasías perversas. «No hay ningún lugar seguro donde alguien al borde del precipicio, o que sepa que ha enfilado el mal camino, pueda ir y decir: “Oye, necesito ayuda”». El éxito de un programa así dependería de terapeutas que entendiesen ese impulso de violar; de gente como él, según O’Leary: «Me daría igual que tuvieses veinte doctorados enmarcados o que fueses un experto en criminología, psicología o lo que sea; no me habría abierto del todo». O’Leary nos aseguró que él está «infinitamente más preparado» para aconsejar a

violadores en potencia.

Una de las principales preguntas que nos llevó allí era sobre Lynnwood: cuando, en su momento, vio las noticias —que la policía había cerrado la investigación, que habían llegado a la conclusión de que no hubo violación—, ¿cómo reaccionó? ¿Le impactó?

«No me enteré hasta que me arrestaron. Me lo dijo mi abogado en Colorado», respondió O’Leary.

Tras cometer una violación no leía las noticias, ni veía el telediario o buscaba en internet para seguir el desarrollo de la investigación. No le parecía necesario. «A veces lo pensé, pero nunca estuve pendiente. Vivía dos vidas..., eso ya es mucho trabajo. No dormía. Vivía dos vidas literalmente, no le prestaba atención a eso. Daba por sentado que la policía estaría investigando y ya está».

Durante los meses de investigación, hablamos muchas horas con expertos en violaciones —fiscales, policías, investigadores y defensores de las víctimas—. Para Joanne Archambault, la subinspectora jubilada que elaboró un protocolo para investigar las acusaciones de violación, el caso de Marie demuestra que el escepticismo de la policía puede acabar convirtiéndose en una profecía autocumplida. «Por desgracia, interrogar a las víctimas o cuestionar sus contradicciones solo consigue que se cierren en banda o se retracten, lo que refuerza la creencia policial de que muchísimos de estos casos son infundados»<sup>135</sup>.

Los agentes de Lynnwood no solo interrogaron a Marie, sino que usaron la Técnica Reid, tradicionalmente reservada para sospechosos de atraco: la provocaron; le mintieron; estudiaron sus reacciones físicas. El subinspector Rinta escribió en su informe que usar esa técnica con Marie fue «inadecuado». Y añadió: «La interpretación del lenguaje corporal es una ciencia inexacta y no debería utilizarse como instrumento concluyente para determinar la verdad, a menos que uno sea experto en el campo. Y Mason y Rittgarn, sin duda, no lo eran». Actualmente, la Técnica Reid está sometida a un profundo escrutinio, pues las pruebas de ADN han revelado decenas de casos en los que personas inocentes se declararon culpables ante los agentes. Wicklander-Zulawski & Associates, una empresa de formación y asesoría policial, anunció en 2017 que dejaría de enseñar esa técnica debido al riesgo de obtener confesiones

falsas. «Fue un gran paso para nosotros, pero es una decisión que llevábamos meditando un tiempo», explicó el presidente de la empresa<sup>136</sup>. John Reid, a quien la técnica debe su nombre, se labró parte de su reputación en 1955 con un caso de homicidio en Nebraska, obteniendo la confesión de un joven guardabosques llamado Darrel Parker<sup>137</sup>. Veintitrés años después, un preso en el corredor de la muerte, Wesley Peery, reconoció que era el auténtico asesino. Parker fue absuelto de manera formal en 2012, un año después de que eliminasen todos los antecedentes de Marie<sup>138</sup>.

Del caso de Marie también se extraen otras conclusiones. Archambault advierte que los recuerdos de una víctima de violación pueden estar desorganizados, ser contradictorios o directamente falsos. Marie aseguraba que los ojos del violador eran azules; O'Leary tenía los ojos castaños. Marie calculaba que el violador mediría entre uno setenta y uno ochenta; O'Leary mide uno ochenta y nueve.

Su caso nos muestra el riesgo que entraña realizar investigaciones exprés y descartar los kits de violación. En cuanto la policía sospechó que Marie mentía, dejó de indagar. En cuanto llegaron a la conclusión de que había mentido, su kit de violación se destruyó. Encontramos ejemplos de negligencias similares en todo Estados Unidos, a una escala incluso mayor. En 2007, un año antes de que violasen a Marie, una unidad especial formada por investigadores estatales y del condado de Cook hizo una redada en el Departamento de Policía de Harvey, Illinois, y descubrió doscientos kits de violación sin analizar. Dos años después, en Detroit, un fiscal adjunto halló 11 341 kits de violación intactos en un almacén, «cubiertos de polvo»<sup>139</sup>. En 2015, una investigación de *USA Today* calculó que había 70 000 kits sin analizar en todo Estados Unidos, y apuntó que, con toda probabilidad, era solo una parte del total<sup>140</sup>. Ese año, la Casa Blanca estimó que el total de kits pendientes de analizar rondaría los 400 000.

«Es una tragedia, una auténtica tragedia», sostiene Susan Irion, una de las personas clave en la adopción de los kits en la década de 1970.

No obstante, en ciertos sentidos, también ha habido un cambio cultural y político. Cuando formaba parte de los cuerpos de seguridad, Archambault percibía que la gente evitaba hablar de violación; que la opinión pública prefería que los recursos policiales se destinasen a otros delitos. Sin embargo, en 2015, el Departamento de Justicia de Estados Unidos y la oficina del fiscal

de Manhattan destinaron unos ochenta millones de dólares a reducir el número de kits pendientes de análisis en todo el país<sup>141</sup>. Una de las principales impulsoras de la decisión fue la Joyful Heart Foundation, organización sin ánimo de lucro fundada por la actriz Mariska Hargitay, protagonista de la popular serie *Ley y orden: Unidad de víctimas especiales*. En 2016, en la ceremonia de los Óscar, el vicepresidente Joe Biden dijo: «Vamos a cambiar la cultura» en su presentación de Lady Gaga, que cantó rodeada de supervivientes de agresiones sexuales. Unos meses más tarde se produjo un clamor popular cuando Brock Turner, antiguo miembro del equipo de natación de la Universidad de Stanford, fue condenado a solo seis meses de cárcel por violar a una mujer inconsciente. Más de un millón de personas firmó una petición por internet para inhabilitar al juez que llevó el caso.

Por otra parte, los investigadores de delitos sexuales se han vuelto más receptivos a las nuevas estrategias. Muchos agentes reciben cursos de «entrevistas atentas al trauma», que tienen en cuenta las consecuencias neurológicas en las víctimas de violación. Aprenden a preguntar por recuerdos sensoriales que pueden ayudar a evocar otros detalles (¿Qué sonidos recuerdas? ¿Qué oías?); aprenden a dejar hablar a las víctimas sin interrumpirlas, porque entienden que una descripción no tiene por qué ser lineal; aprenden a hacer preguntas abiertas, evitando cualquier similitud con un interrogatorio.

En Ashland, Oregón, 770 kilómetros al sur de Lynnwood siguiendo la Interestatal 5, la oficial de policía Carrie Hull creó You Have Options, un proyecto lanzado en 2013 que aspira a aumentar las denuncias de agresiones sexuales —y por ende las posibilidades de identificar a los violadores en serie—. Hull sabía que muchas víctimas quieren confidencialidad y temen que no las crean, con lo que su proyecto permite que sean ellas quienes deciden cómo y cuándo interviene la policía<sup>142</sup>. Las víctimas pueden conservar el anonimato y, si se oponen a que se presente una acusación, la policía respeta su decisión. Durante el primer año del proyecto, el Departamento de Policía de Ashland registró un aumento de denuncias del 106%. Desde entonces, más de una docena de cuerpos de policía lo han adoptado en estados como Virginia, Misuri, Colorado y Washington.

La estrategia del proyecto no sienta bien a algunos agentes, que se niegan a que les digan que no investiguen un delito. Hull lo ve de otra forma: la

información que ofrece la víctima podría ayudar a resolver otros casos en el futuro. Es como el consejo que le dieron a Grusing: «Cuanto más hablen, mejor».

Consultamos los archivos de la investigación de O'Leary en los departamentos de policía de Aurora, Lakewood, Westminster y Golden. La cantidad de documentos es ingente, y cuenta la historia de un caso sin cabos sueltos, salvo uno.

Después de recuperar las fotos de las víctimas de O'Leary, John Evans se consagró a una última misión: descryptar Desgraciado. Destinó uno de sus siete ordenadores de alto rendimiento en el Laboratorio Informático Forense Regional de las Montañas Rocosas a descryptar el archivo de setenta y cinco gigabytes en el que O'Leary guardaba sus secretos más íntimos. Durante veinticuatro horas al día, siete días a la semana, Evans ejecutó un *software* especializado que probaba contraseñas con el archivo. Algunas eran datos de la vida de O'Leary hallados en el 65 de Harlan Street: antiguas contraseñas, direcciones de correo electrónico, nombres de familiares y amigos... Pero el *software* actuaba principalmente como un mazo, recurriendo a la fuerza bruta informática para introducir miles de palabras y contraseñas en el programa de encriptación. Ninguna dio resultado.

«Me jodió lo que no está escrito —dice Evans—. Pensaba que ahí dentro tendría pruebas de otros muchos delitos, algo que no quería que nadie viese».

Después de seis meses de golpeteo ininterrumpido, Evans llegó a la conclusión de que necesitaba un martillo más grande y envió el archivo a los más frikis del FBI, la Unidad de Análisis Electrónico y Criptoanálisis de la División de Tecnología Operativa. La unidad, una de las ramas más secretas del FBI, había colaborado con la Agencia de Seguridad Nacional en el escrutinio de millones de correos electrónicos. Y sus científicos, agentes y programadores habían ayudado a numerosos cuerpos de policía con los casos informáticos más complejos. Sin embargo, ni siquiera sus mayores expertos en criptoanálisis lograron hackear Desgraciado.

Evans no tuvo más remedio que guardar el disco duro con el archivo original. Desde entonces, la modesta caja plateada yace en un estante de un armario de pruebas del Departamento de Policía de Golden: número de modelo WD3200AAKS, número de serie WMAWF0029012, número de caso 1-11-000108.

En ocasiones, mientras corre por las montañas, la mente de Bob Weiner vuelve de improvisto a Desgraciado. Ya han transcurrido años desde que O’Leary se declaró culpable; pasará lo que le queda de vida en la cárcel, pero no ha revelado la contraseña. Weiner se pregunta qué habrá dentro.

«Quizá haya información de un asesinato. No lo sé —afirma—. Cada cierto tiempo vuelvo a preguntármelo: “¿Qué pasa? ¿Qué esconde ahí?”. Y sigo dándole vueltas».

Cuando violaron a Marie, la gente esperaba que se volviese histérica o se desmoronase. Sin embargo, Marie no quería dejar de ser normal, aunque eso implicara fingir. La normalidad era lo que había anhelado hasta ese momento, y lo que anhelaba después. «Esencialmente, hacía como si no hubiera pasado nada —recuerda—. Desconecté por completo». Así que, el día en cuestión, se mostró indiferente. «Como si me contase que se había hecho un sándwich». Y al día siguiente estaba tumbada en la hierba, dando vueltas. En cuanto a las risitas, le pasa cuando se pone nerviosa.

La primera vez que entrevistamos a Marie fue en primavera de 2015 —casi siete años después de que la violasen—. Estaba embarazada de su segundo hijo. Su marido estaba trabajando.

Marie achacaba a su pasado lo que a los demás les pareció una actitud extraña tras la agresión: «Cuando era pequeña y vivía con mi madre, nunca le conté a nadie lo que me pasó», explicaba Marie. De niña nunca dijo que la habían violado. «Me lo quedé todo dentro. No sé si aquel tipo se fue de rositas, si le hizo daño a otra gente. Pero esta vez no quería que ocurriera lo mismo». Por eso se lo contó a tantas personas —en esa ronda de llamadas que a Shannon y a Peggy les parecía inexplicable—. Ese fue también el motivo por el que se lo contó a la policía, por muchas veces que le preguntasen. La mayoría de las víctimas de violación no denuncian. Marie lo hizo. «Para que nadie más sufriese. Para que se pusieran a buscar a la persona que me había hecho eso».

Aún le impacta recordar la forma en que la policía descartó las pruebas. «Las señales de las muñecas no eran mentira. Al día siguiente me dolía hasta un mero apretón de manos. Me daban ganas de llorar». Ese fue el día en que Peggy llamó a Mason y sembró la duda, y la policía empezó a explotar cualquier mínima variación en la historia de Marie, otra de las cosas que la irritan: «Quizá algún pequeño detalle fuese contradictorio, pero en todas las

versiones un hombre entraba en mi casa y me violaba».

Cuando la policía le aseguró que Peggy y Jordan no la creían, «me destrozó». Marie empezó a dudar de sí misma; a veces se preguntaba si se habría inventado la historia: quizá la violación hubiese sido de verdad un sueño. ¿Y qué pasó cuando confesó que había mentido? «Lo perdí todo». Se perdió a sí misma; la joven de dieciocho años ansiosa por empezar de cero desapareció, consumida por la depresión.

Después de aquello, le aterraba salir a la calle. Se quedaba en casa viendo la televisión a todas horas. Las noches eran lo peor. «Horribles. Una noche intenté ir a la tienda sola y tuve una alucinación, vi que alguien me seguía. Me morí de miedo. Fui incapaz de alejarme ochocientos metros de mi edificio. Volví corriendo a casa, corriendo de verdad, porque creía haber visto a alguien siguiéndome». Dejó de salir cuando oscurecía. Y en casa, en su apartamento, evitaba la habitación; dormía en el sofá con las luces encendidas.

El día en que supo del arresto de O'Leary, Marie preguntó a la policía de Lynnwood a cuántas mujeres más había violado, y no pudo evitar pensar: «Si no me hubiese retractado, quizá se habrían salvado». Un peso más con el que tuvo que cargar, por injusto que fuese.

O'Leary se declaró culpable de los dos casos de Washington. Cuando lo llevaron allí para leer la sentencia, Marie se mantuvo al margen. «No quería enfrentarme a él, no iba a ser capaz de soportarlo».

La mujer de sesenta y tres años de Kirkland sí acudió a la lectura de la sentencia de O'Leary. «Para mí era muy importante verle la cara. Se hacía justicia con él, y conmigo». En la vista dijo unas palabras, pero evitó recordar los detalles de la agresión. «No quería que volviese a vivirlo». No quería darle ese gusto. Tras la violación, la mujer sufrió estrés postraumático: se le aceleraba el corazón sin previo aviso; vivía siempre con las persianas cerradas; se ponía en alerta máxima con el mínimo ruido. Afirma que las noches eran difíciles. Pero lo más difícil era ducharse, porque entonces no podía oír otra cosa y su imaginación se encargaba de llenar ese vacío.

O'Leary fue condenado a cuarenta años por la violación de Kirkland, y a veintiocho y medio por la de Marie.

Cuando Marie acudió a la terapeuta, cumpliendo el acuerdo con la fiscalía, le contó la verdad. Le explicó que la habían violado. Tras el arresto de O'Leary en Colorado, Marie quiso llamar a la terapeuta para decirle: «Cuando te conté que me violaron, te estaba contando la verdad». Pero no logró dar con ella.

Marie sabe que quizá haya gente que no se enterase del final de su historia. Por ejemplo, sus compañeros de Project Ladder, los adolescentes que se reunieron aquel día para oírle confesar que había mentido, ¿sabrán la verdad? Elisabeth sí. Era la chica a la derecha de Marie, la única que le transmitió su compasión. Luego se hicieron amigas, y Marie se enteró de que Elisabeth también había sido víctima de una agresión sexual —pero no dijo nada por miedo a que no la creyesen—. Sin embargo, es poco probable que todos los demás jóvenes presentes en aquel círculo sepan cómo ha acabado. La gente sigue con su vida, cargando con sus ideas equivocadas.

En internet, la «cronología internacional de acusaciones falsas de violación», recopilada por un londinense, sigue incluyendo el caso de Lynnwood. Marie aún es un ejemplo de la teoría de ese hombre. La verdad aún tiene que atrapar a la mentira.

Le pedimos a Marie que nos contase cómo fue su vida desde que se enteró de que habían arrestado a O’Leary.

Con los quinientos dólares que recibió aquel día se compró un móvil nuevo, porque el viejo estaba roto. También se compró ropa y le dio algo de dinero a una amiga.

Marie se sacó el carné de conducir con la ayuda de Shannon y, el día que aprobó, se apuntó a otro examen y empezó a dar clases para conducir camiones. Estar en la carretera le gustaba. También le gustaba la idea de alejarse de Washington. Y tener un trabajo que demostrase que no iba a permitir que su pasado la marcara: «No quería odiar la vida y vivir con miedo».

Aprobó el examen para conducir tráileres a la primera. El día en que llegó el carné, se montó en un avión, voló rumbo al este para una entrevista y consiguió un trabajo, que no solo consistía en conducir, sino en manejar un martillo de tres kilos y medio llevando mono, gafas de seguridad y casco. En su siguiente trabajo se limitó a conducir: transportaba agua dulce a yacimientos de *fracking*. Luego llevó tuberías para equipos de perforación.

Conoció a un hombre por internet; su primer mensaje le llegó mientras estaba en la cabina, esperando para dejar una carga de tuberías. «Cuando nos conocimos, hablar con él fue facilísimo». A Marie tampoco le costó confiar en él. «Fue el primer hombre que me invitó a cenar», dice. Se casaron y tuvieron un hijo. Unos meses después de nuestra primera entrevista con ella, tuvieron otro, y ahora la familia vive en el centro de Estados Unidos.

En otoño de 2016, Marie hizo una llamada mientras iba al volante. Estaba en Pensilvania, de camino a Maine para una entrega. Cuando Stacy Galbraith respondió al teléfono, Marie se presentó con su nombre completo y le dijo a Galbraith quién era —la mujer de la fotografía—. «Quiero darte las gracias por todo lo que hiciste», continuó y, mientras hablaba, se le quebró la voz. Galbraith le preguntó a Marie cómo estaba, y ella respondió que estaba casada y tenía dos hijos. Galbraith le contó que ella también tenía dos hijos. No hablaron mucho tiempo, unos quince minutos. Lo único que quería Marie, lo que necesitaba, era decirle a Galbraith lo mucho que había significado para ella su trabajo. Antes del arresto de O’Leary, Marie vivía bloqueada; ni siquiera había podido sacarse el carné.

«Gracias a ella pude avanzar».

Con su tráiler de dieciocho ruedas, Marie salió de Pensilvania y se dirigió a Nueva Inglaterra, afrontando los últimos ochocientos kilómetros del viaje. Cuando llegó al extremo noreste del país, descargó su remolque, volvió a cargarlo y puso rumbo a California.

- <sup>133</sup> Hefley, Diana: «Lynnwood Settles with Rape Victim for \$150K», *Daily Herald* (Everett, WA), 15 de enero de 2014.
- <sup>134</sup> Carter, Mike: «Woman Sues After Lynnwood Police Didn't Believe She Was Raped», *Seattle Times*, publicado el 11 de junio de 2013.
- <sup>135</sup> Archambault, Joanne; Miller, Christian T. y Armstrong, Ken: «How Not to Handle a Rape Investigation», *Digg*, 17 de diciembre de 2015, [digg.com/dialog/how-not-to-handle-a-rape-investigation](http://digg.com/dialog/how-not-to-handle-a-rape-investigation)
- <sup>136</sup> Hager, Eli: «The Seismic Change in Police Interrogations», Marshall Project, 7 de marzo de 2017.
- <sup>137</sup> Starr, Douglas: «The Interview», *New Yorker*, 9 de diciembre de 2013.
- <sup>138</sup> Henrichs, Todd y Salter, Peter: «State Apologizes, Pays \$500K to Man in 1955 Wrongful Conviction», *Lincoln Journal Star*, 31 de agosto de 2012.
- <sup>139</sup> Clark, Anna: «11,341 Rape Kits Were Collected and Forgotten in Detroit. This Is the Story of One of Them», *Elle*, 23 de junio de 2016.
- <sup>140</sup> Reilly, Steve: «70,000 Untested Rape Kits USA Today Found Is Fraction of Total», *USA Today*, 16 de julio de 2015.
- <sup>141</sup> Gray, Eliza: «Authorities Invest \$80 Million in Ending the Rape Kit Backlog», *Time*, 10 de septiembre de 2015.
- <sup>142</sup> Lill, Avery: «Oregon Detective Pioneers New Sexual Assault Reporting Program», *NPR*, 22 de septiembre de 2016.

## UN APUNTE DE LOS AUTORES

Nosotros —«nosotros» somos T. Christian Miller y Ken Armstrong— llegamos a esta historia por caminos distintos y, una vez dentro, nos encontramos por casualidad.

Miller trabajaba para ProPublica, una agencia de noticias dedicada al periodismo de investigación, y en 2015 estaba haciendo una serie de artículos sobre los errores de la policía en las investigaciones de violación. Escribió sobre ViCAP, la base de datos creada por el FBI que luego cayó en el olvido. Escribió sobre la incapacidad de la policía para detener a Darren Sharper, antigua estrella de fútbol americano que acabó condenado por violar o intentar violar a nueve mujeres en cuatro estados. Y, mientras investigaba esas historias, oyó hablar de un violador en serie, Marc O’Leary, al que habían arrestado en Colorado gracias al trabajo estelar y la colaboración entre agencias de distintas jurisdicciones. Miller empezó a indagar en las afueras de Denver para perfilar una investigación rigurosa.

Mientras tanto, Armstrong vivía en Seattle y trabajaba para Marshall Project, una organización periodística sin ánimo de lucro especializada en justicia penal. Estaba al tanto del caso de Marie porque los periódicos locales se habían hecho eco de su denuncia. Sin embargo, la joven nunca había accedido a dar una entrevista a la prensa. Al igual que el subinspector Rinta —el investigador de delitos sexuales encargado de revisar la investigación de Lynnwood—, Armstrong no quería ni pensar en cómo se habría sentido Marie cuando la acusaron de mentir. Se puso en contacto con ella para saber si estaba dispuesta a contar su historia y, tras siete meses de correos electrónicos y llamadas, Marie accedió. Desde la primavera de 2015, Armstrong y Robyn Semien, productora del programa de radio *This American Life*, entrevistaron a Marie, Peggy, Shannon y el subinspector Mason, entre otros. Armstrong también recopiló los informes de la policía de Lynnwood para reconstruir aquella investigación que se había torcido.

En verano de 2015, Miller empezó a informar sobre la rama de Washington

del caso O’Leary y se puso en contacto con el abogado de Marie, H. Richmond Fisher, que le dijo lo último que un periodista quiere oír: otro colega ya estaba trabajando en la historia. Las agencias de noticias pueden llegar a ser más territoriales que los departamentos de policía, con lo que aquel hallazgo hizo que nuestros jefes soltasen algún que otro improprio. No obstante, decidimos colaborar, entretejiendo nuestras dos partes: una investigación que se había torcido enlazaba con otra que había tenido éxito. En diciembre de 2015, publicamos un reportaje de 12 000 palabras, «An Unbelievable Story of Rape», que comparaba las investigaciones policiales de Washington y Colorado y describía los estragos emocionales que había sufrido Marie. En febrero de 2016, *This American Life* emitió «Anatomy of Doubt», que indagaba en cómo se originaron y se extendieron las sospechas sobre la historia de Marie. «La gente quería ser empática... y se equivocó de plano», decía Ira Glass en la introducción. Sin embargo, aun después de publicar esas dos historias, nos dio la sensación de que se quedaban cosas en el tintero. Queríamos rastrear las raíces históricas del escepticismo al que tan a menudo se enfrentan las víctimas de violación y las suposiciones erróneas que pueden extraviar a algunos investigadores. Queríamos trazar un perfil de Marc O’Leary y de la amplia gama de agentes de las fuerzas del orden que había detrás de su arresto. Queríamos poner el caso de Marie en un contexto nacional; para mostrar que, por muy terrible que fuese su experiencia, otras víctimas habían pasado por lo mismo.

De ahí este libro.

Mientras investigábamos la historia, tuvimos la oportunidad de admirar la determinación de las personas dispuestas a hablarnos de algo tan doloroso. Marie accedió a ser entrevistada porque creía que cuanto más se conociese su experiencia, menos posibilidades habría de que se repitiera. Peggy y Shannon aceptaron hablar con la esperanza de que otros aprendiesen de sus errores. Lo mismo cabe decir de la policía de Lynnwood, entre ellos el inspector jefe Rider, el subinspector Cohnheim y el investigador jefe del caso, el subinspector Mason.

Intentamos, sin éxito, entrevistar a Jerry Rittgarn, antiguo oficial de policía de Lynnwood. Nos respondió con un correo electrónico donde decía que le incomodaba que se presentase a la policía de Lynnwood mostrando una actitud intimidatoria hacia Marie («intimidatoria» fue la palabra usada por el subinspector Rinta en su informe); aseguraba que esa descripción «distaba

mucho de la realidad —y continuaba—: cuando hay víctimas que mienten a la policía y luego buscan atención con historias sesgadas escritas por los medios de comunicación, se hace sensacionalismo con el caso y no se cuenta toda la verdad. Si quieren un relato completo y verídico de lo que sucedió, con entrevista, pruebas, etc., estoy dispuesto a hacerlo previa firma de un contrato y una compensación económica». Tuvimos que informarle de que no pagamos por hacer entrevistas.

Al escribir sobre las violaciones, a menudo teníamos que buscar el equilibrio entre dos objetivos enfrentados. A la hora de describir las agresiones, por ejemplo, intentamos usar los suficientes detalles para transmitir el horror al que O’Leary sometió a sus víctimas. Sin embargo, no queríamos resultar gratuitos. Al escribir sobre las víctimas de O’Leary, nos esforzamos por evitar dar información que pudiera identificarlas (con lo que decimos que Sarah cantaba en un coro, pero no en qué iglesia), pero también nos parecía importante presentar a las mujeres a las que había agredido como personas reales, identificables, no como caricaturas; y para eso se necesita cierto nivel de detalle. El lenguaje planteaba otro desafío. En este párrafo y a lo largo de todo el libro hemos usado la palabra «víctima» para referirnos a Marie y a las otras mujeres a las que O’Leary violó. Algunas de las mujeres heridas —que no todas— preferían la palabra «superviviente» o «ganadora»; sin embargo, optamos por usar «víctima», el término más habitual, como descriptor general. No obstante, sabemos que una mujer violada por O’Leary no se identifica con esa palabra, con lo que evitamos usarla para referirnos específicamente a ella. Al describir las agresiones de O’Leary también intentamos evitar un lenguaje que pudiese asociarse al sexo consentido: por ejemplo, sustituimos el verbo «acariciar» por «manosear».

Como suele ser habitual para proteger la identidad de las víctimas de agresión sexual, en este libro hemos cambiado algunos nombres. Nos referimos a las personas del entorno de Marie —amigos, familiares y otros— recurriendo únicamente a su nombre de pila. Para las víctimas y los sospechosos que acabaron siendo absueltos, por lo general usamos seudónimos o, en el caso de Marie, su segundo nombre real (por el que nadie la llama). Revelamos el nombre real de una víctima solo si ha decidido dar a conocer su identidad. También usamos nombres completos en el caso de agentes de policía, fiscales, jueces y otros funcionarios públicos y, por supuesto, de Marc O’Leary.

Durante la investigación y redacción de este libro, procuramos prestar atención a los posibles puntos ciegos. Quizá uno de los mayores de este proyecto sea el género: mientras que la inmensa mayoría de las víctimas de agresión sexual son mujeres, los dos autores somos hombres. Por suerte, hemos podido recurrir a las mujeres implicadas en este proyecto y en nuestras vidas. Rachel Klayman y Emma Berry fueron nuestras editoras. La directora de Crown es Molly Stern. También pedimos ayuda a otras lectoras (incluidas nuestras mujeres) para que revisaran los borradores y nos ofreciesen su punto de vista. Y nos pusimos en contacto con expertos en los campos del trauma y la violencia sexual. Entre los que tuvieron la amabilidad de respondernos están Bruce Shapiro, director ejecutivo del Dart Center for Journalism and Trauma; Joanne Archambault, directora ejecutiva de End Violence Against Women International; y la profesora de psicología de la Universidad del Estado de Michigan Rebecca Campbell, una de las principales investigadoras sobre agresiones sexuales.

Por último, Marie accedió a revisar nuestro manuscrito para garantizar su precisión y decirnos si había algún pasaje o detalle en el que podíamos habernos excedido y que agravaba, sin necesidad, el daño que había sufrido. La resistencia de Marie es extraordinaria; como también lo es su generosidad innata, al ser consciente del bien que puede hacer que su caso se conozca y se difunda. Confiamos en haber hecho justicia a su historia; cualquier error que pueda quedar es única y exclusivamente nuestro.

## NOTAS

Este libro está basado en entrevistas, documentos y datos.

Las personas entrevistadas para la rama de esta historia relacionada con Washington son Marie; sus madres de acogida, Peggy y Shannon; su amigo Jordan; James Feldman, abogado de Marie cuando la acusaron de poner una denuncia falsa; H. Richmond Fisher, abogado de Marie en su demanda contra Lynnwood; el subinspector Jeffrey Mason, el subinspector Rodney Cohnheim y el inspector jefe Steve Rider, del Departamento de Policía de Lynnwood; el cabo Jack Keesee y la oficial Audra Weber, del Departamento de Policía de Kirkland; y la mujer de sesenta y tres años de Kirkland que sufrió una agresión sexual.

Para la rama de Colorado, entrevistamos, entre otros, a la oficial Stacy Galbraith y al analista informático John Evans, del Departamento de Policía de Golden; a la subinspectora Edna Hendershot, al agente David Galbraith, al subinspector Trevor Materasso, a la analista criminal Laura Carroll, a la técnico de la Científica Katherine Ellis y a la defensora de las víctimas Amy Christensen, del Departamento de Policía de Westminster; al subinspector Aaron Hassell, a la analista criminal Danelle DiGiosio y a la agente de la Científica Sheri Shimamoto, del Departamento de Policía de Lakewood; al oficial Scott Burgess y a la analista criminal Dawn Tollakson, del Departamento de Policía de Aurora; al fiscal Robert Weiner y a la portavoz Pum Russell, de la oficina del fiscal del condado de Jefferson; al agente especial Jonathan Grusing y a la experta en relaciones públicas Deborah Sherman, del FBI; a Sharon Whelan, la vecina que reparó en la camioneta blanca aparcada al otro lado de la calle; y a Melinda Wilding, profesora de filosofía de Marc O'Leary.

Realizamos algunas de las entrevistas mientras investigábamos para «An Unbelievable Story of Rape», publicada por ProPublica y Marshall Project el 16 de diciembre de 2015.

Para obtener más información sobre las investigaciones por agresión sexual,

entrevistamos a agentes, oficiales, fiscales, defensores de las víctimas y académicos en activo y jubilados, entre ellos a Cassia Spohn, directora de la Facultad de Criminología y Justicia Penal de la Universidad del Estado de Arizona; a Rebecca Campbell, profesora e investigadora de la Universidad del Estado de Michigan; a Jennifer Gentile Long, directora ejecutiva de AEquitas, una organización de fiscales centrada en la violencia de género; al subinspector Jim Markey y al analista criminal Jeff Jensen, jubilados del Departamento de Policía de Phoenix, Arizona; al comisario J. R. Burton, jefe de la Unidad de Investigaciones Especiales de la oficina del *sheriff* del condado de Hillsborough, Florida; a Ritchie Martinez, antiguo presidente de la International Association of Law Enforcement Intelligence Analysts; a Anne Munch, asesora y antiguo miembro de la oficina del fiscal del distrito de Denver; a la oficial Carrie Hull, del Departamento de Policía de Ashland, Oregón; a la subinspectora Liz Donegan, del Departamento de Policía de Austin, Texas; y a Lisa Avalos, profesora de Derecho de la Universidad de Arkansas.

Entrevistamos a Marc O’Leary en el Centro Penitenciario de Sterling, Colorado.

También hablamos con expertas en investigaciones sobre violaciones o con un papel histórico en el desarrollo de instrumentos de investigación, como Joanne Archambault, Kimberly Lonsway y Susan Irion.

Para informar sobre el programa ViCAP del FBI, entrevistamos a Art Meister, antiguo jefe de la unidad; a Timothy Burke, actual jefe de la unidad; a Nathan Graham, analista criminal; a Kenneth Gross, agente especial supervisor y asesor jefe de la división; a Kevin Fitzsimmons, analista criminal supervisor; y a Mark A. Nichols, ayudante del jefe de la sección, todos de ViCAP. Además, entrevistamos a la novelista Patricia Cornwell para obtener más información sobre el programa.

Recibimos más de diez mil páginas de documentos a través de las solicitudes de archivos públicos que hicimos a los departamentos de policía de Lynnwood y Kirkland, Washington; a los departamentos de policía de Golden, Westminster, Aurora y Lakewood, Colorado; a las oficinas del fiscal de los condados de Snohomish y King, Washington; a la oficina del fiscal del condado de Jefferson, Colorado; al Ayuntamiento de Lynnwood; y al FBI.

Entre dichos documentos (así como en otros archivos hallados en tribunales municipales, del condado y federales) había fotografías de escenarios del

crimen; grabaciones de seguridad recibidas por los cuerpos policiales; expedientes médicos y psicológicos; el vídeo de una entrevista del FBI a O’Leary; el expediente militar de O’Leary; archivos sobre el personal de la policía; informes sobre el caso de Project Ladder; entrevistas de la policía a víctimas y testigos, resumidas o transcritas; el registro de gastos de la tarjeta de débito de O’Leary; las revisiones interna y externa encargadas por el Departamento de Policía de Lynnwood sobre la investigación del caso de Marie. Ocasionalmente, se crearon documentos ex profeso para nosotros, como la transcripción de la vista en que se leyó la sentencia de O’Leary en el tribunal de Colorado.

Con ayuda de Marshall Project y ProPublica, llevamos a cabo nuestro propio análisis de los datos del Uniform Crime Reports, compilado por el FBI, lo que nos permitió contextualizar el número de casos de violación «infundados» de Lynnwood a nivel nacional.

## CAPÍTULO 1: EL PUENTE

Además de las fuentes que se mencionan en los pies de página, se han consultado los siguientes documentos: informes policiales de Lynnwood redactados por Rittgarn, Mason y otros agentes; informes sobre el caso de Project Ladder del 18 de agosto de 2008; declaraciones escritas de Marie a la policía; y transcripciones de noticias donde se informaba de la retractación de Marie, junto con el vídeo del telediario de KING 5 del 15 de agosto de 2008.

## CAPÍTULO 2: CAZADORES

Documentos: archivos públicos de los departamentos de policía de Golden, Westminster y Aurora, y del FBI. Los lectores interesados en obtener más información sobre las investigaciones policiales de agresiones sexuales pueden consultar los módulos de formación de End Violence Against Women International, una completa recopilación de las mejores prácticas; Savino, John O. y Turvey, Brent E., editores: *Rape Investigation Handbook*, 2ª edición, editorial Elsevier Science, 2011; Spohn, Cassia y Tellis, Katharine: *Policing and Prosecuting Sexual Assault: Inside the Criminal Justice System*, editorial Lynne Rienner Publishers, 2014; Campbell, Rebecca; Freney, Hannah; Fehler-Cabral, Giannina; Shaw, Jessica y Horsford, Sheena:

«The National Problem of Untested Sexual Assault Kits (SAKs): Scope, Causes, and Future Directions for Research, Policy, and Practice», *Trauma, Violence & Abuse* (páginas 1-14), 23 de diciembre de 2015.

### CAPÍTULO 3: OLAS Y CUMBRES

Documentos: «Disclosure of Expert Opinion», evaluación de Marie llevada a cabo por el doctor Jon R. Conte el 18 de octubre de 2013, presentada como prueba documental de la demanda; informes de la policía de Lynnwood redactados por Mason; documentos del condado de Snohomish sobre subvenciones a Project Ladder.

### CAPÍTULO 4: UNA ALQUIMIA VIOLENTA

Documentos: archivos públicos de los departamentos de policía de Westminster y Aurora, de la oficina del *sheriff* del condado de Boulder y del FBI. Para un debate más detallado sobre las denuncias falsas de agresión sexual, consúltese Spohn, Cassia y Tellis, Katharine: *Policing and Prosecuting Sexual Assault: Inside the Criminal Justice System*, editorial Lynne Rienner Publishers, 2014.

### CAPÍTULO 5: UNA BATALLA PERDIDA

Documentos: archivos públicos del Departamento de Policía de Golden, del FBI y de las oficinas del fiscal de los condados de Jefferson (Colorado), Snohomish (Washington) y King (Washington).

### CAPÍTULO 6: HOMBRE BLANCO, OJOS AZULES, SUDADERA GRIS

Documentos: informes policiales de Lynnwood redactados por Miles, Nelson, Kelsey, Mason y Rittgarn; expediente personal de Mason en la policía de Lynnwood; perfil de LinkedIn de Rittgarn; fotografías del escenario del crimen sacadas por Miles; y expedientes médicos del examen de Marie tras su violación, adjuntos como prueba documental en su demanda contra Lynnwood. Las citas de Marty Goddard —así como muchos de los detalles sobre los primeros kits de violación— provienen de una entrevista oral de la

Universidad de Akron; Goddard fue entrevistada el 26 de febrero de 2003 en Sacramento, California. La transcripción puede verse en [vroh.uakron.edu/transcripts/Goddard.php](http://vroh.uakron.edu/transcripts/Goddard.php). Para investigar la historia de los kits de violación, otras fuentes útiles fueron: Brodt, Bonita: «Vitulo Kit Helps Police Build Case Against Rapists», *Chicago Tribune*, 31 de julio de 1980; Ravitz, Jessica: «The Story Behind the First Rape Kit», *CNN*, actualizado el 21 de noviembre de 2015; y Fusco, Chris: «Crime Lab Expert Developed Rape Kits», *Chicago Sun-Times*, 12 de enero de 2006.

#### CAPÍTULO 7: HERMANAS

Documentos: archivos públicos de los departamentos de policía de Golden, Westminster y Aurora, y del FBI. Quienes estén interesados en profundizar en el programa ViCAP pueden consultar Walton, Richard H.: *Cold Case Homicides: Practical Investigative Techniques*, editorial Taylor & Francis, 2006; y DeNevi, Don y Campbell, John H.: *Into the Minds of Madmen: How the FBI's Behavioral Science Unit Revolutionized Crime Investigation*, editorial Prometheus Books, 2004. Hay una serie de novelas policíacas basadas en ViCAP, que empieza con Newton, Michael: *Blood Sport*, editorial Wolfpack Publishing, 1990.

#### CAPÍTULO 8: «ALGO EN SU FORMA DE CONTARLO...»

Documentos: informes policiales de Lynnwood redactados por Mason y Rittgarn; declaraciones escritas de Marie —la realizada el 13 de agosto y las dos del 14 de agosto—; expediente personal de Mason; perfil de LinkedIn de Rittgarn; revisiones interna y externa de la investigación de la policía de Lynnwood; informes sobre el caso de Project Ladder del 15 y 18 de agosto; correspondencia entre la policía de Lynnwood y el Programa Estatal para la Compensación de las Víctimas de Delitos. Los informes de Mason y Rittgarn describían al detalle las preguntas y respuestas entre los agentes y Marie cuando la interrogaron el 14 y 18 de agosto. La parte en que a Marie se le exponen las dudas atribuidas a Jordan y Peggy está sacada de nuestra entrevista con la joven. (Jordan también explicó que Marie lo llamó después para decirle que la policía le había revelado que él no la creía). Al investigar sobre la Técnica Reid, las siguientes fuentes nos resultaron útiles: Inbau, Fred

E.; Reid, John E.; Buckley, Joseph P. y Jayne, Brian C.: *Criminal Interrogation and Confessions*, 5ª edición, editorial Jones & Bartlett Learning, 2013; Inbau, Fred E.; Reid, John E.; Buckley, Joseph P. y Jayne, Brian C.: *Essentials of the Reid Technique: Criminal Interrogation and Confessions*, 2ª edición, editorial Jones & Bartlett Learning, 2015; Starr, Douglas: «The Interview», *New Yorker*, 9 de diciembre de 2013; Kolker, Robert: «A Severed Head, Two Cops, and the Radical Future of Interrogation», *Wired*, 24 de mayo de 2016 (publicado en colaboración con Marshall Project); Kolker, Robert: «‘I Did It’», *New York*, 3 de octubre de 2010.

#### CAPÍTULO 9: LA SOMBRA INTERIOR

Documentos: archivos públicos de los departamentos de policía de Golden, Westminster y Aurora, y del FBI. Para un debate sobre el concepto de la sombra en los textos de C. G. Jung, consúltese Diamong, Stephen A.: «Essential Secrets of Psychotherapy: What Is the ‘Shadow’?», *Psychology Today*, 20 de abril de 2012.

#### CAPÍTULO 10: BUENOS VECINOS

Documentos: archivos públicos de los departamentos de policía de Golden, Westminster, Aurora y Lakewood; de la oficina del fiscal del condado de King, Washington; del FBI; y del caso n.º 11CR430 del tribunal del condado de Jefferson, Colorado.

#### CAPÍTULO 11: UNA FALTA GRAVE

Documentos: citación por denuncia falsa entregada a Marie; sumario del caso en el Juzgado Municipal de Lynnwood (el expediente en sí estaba archivado, pero el sumario se guardó y se envió como prueba documental de la demanda); informes policiales de Lynnwood; datos del Uniform Crime Reports del FBI; informes policiales de Kirkland sobre la agresión sexual del 6 de octubre de 2008, incluida la transcripción de la entrevista de Keesee a la víctima; e informe anual de casos de 2008 para tribunales de jurisdicción limitada del estado de Washington. Para más información sobre las acusaciones por

denuncia falsa, consúltese: Avalos, Lisa: «Prosecuting Rape Victims While Rapists Run Free: The Consequences of Police Failure to Investigate Sex Crimes in Britain and the United States», *Michigan Journal of Gender and Law* 23, n.º 1 (páginas 1-64), 2016. Véase también Avalos, Lisa R.: «Policing Rape Complainants: When Reporting Rape Becomes a Crime», *The Journal of Gender, Race & Justice* 20, n.º 3 (páginas 459-508), 2017.

## CAPÍTULO 12: MARCAS

Documentos: archivos públicos de los departamentos de policía de Golden, Westminster, Aurora y Lakewood, y del FBI. Para más información sobre el debate del ADN abandonado, consúltese Joh, Elizabeth E.: «Reclaiming ‘Abandoned’ DNA: The Fourth Amendment and Genetic Privacy», *Northwestern University Law Review* 100, n.º 2 (páginas 857-884), 2006; y la decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos en *Maryland v. King*, sumario n.º 12-207, tomada el 3 de junio de 2013.

## CAPÍTULO 13: COMO MIRAR UNA PECERA

Documentos: grabación de la entrevista del FBI a O’Leary; apuntes del Departamento de Policía de Mountlake Terrace del 3 de abril de 2007 —se da el alto a O’Leary como persona sospechosa—; informes policiales de las fuerzas de seguridad de Golden y otras de Colorado; expediente personal de O’Leary del Ejército de Estados Unidos, tanto en activo como en la reserva; e informes policiales de Lynnwood. Entre los documentos de los cuerpos de seguridad está el registro de los gastos de la tarjeta de débito de O’Leary, que muestran dónde compró y comió y nos permitieron reconstruir su viaje de Washington a Colorado.

## CAPÍTULO 14: UN CHEQUE DE 500 DÓLARES

Documentos: correspondencia entre la policía de Golden y de Lynnwood; informes policiales de Golden redactados por Galbraith; informes policiales de Kirkland; archivos judiciales del caso de Kirkland presentados en el Tribunal Superior del Condado de King; correspondencia electrónica entre Galbraith y un veterano fiscal del condado de King el 8 de septiembre 2011;

expediente personal de Mason, que incluye sus calificaciones académicas; informes policiales de Lynnwood redactados por Cohnheim; e informes sobre el caso de Project Ladder.

#### CAPÍTULO 15: 327 Y MEDIO

Documentos: archivos públicos de los departamentos de policía de Golden, Westminster, Aurora y Lakewood, y del FBI; caso n.º 11CR430 del tribunal del condado de Jefferson, Colorado. Para un análisis profundo de los factores que intervienen en la decisión de los fiscales para presentar acusaciones en los casos de agresión sexual, consúltese Spohn, Cassia y Holleran, David: «Prosecuting Sexual Assault: A Comparison of Charging Decisions in Sexual Assault Cases Involving Strangers, Acquaintances, and Intimate Partners», *National Criminal Justice Reference Service*, 2004. Las citas del caso de Bedlow están sacadas de una transcripción del juicio con un título un tanto enrevesado: «Report of the Trial of Henry Bedlow, for Committing a Rape on Lanah Sawyer: With the Arguments of the Counsel on Each Side: At a Court of Oyer and Terminer, and Gaol Delivery for the City and County of New-York, Held 8th October, 1793 / Impartially Taken by a Gentleman of the Profession». Se puede consultar en internet en [tei.it.ox.ac.uk/tcp/Texts-HTML/free/N20/N20224.html](http://tei.it.ox.ac.uk/tcp/Texts-HTML/free/N20/N20224.html).

#### EPÍLOGO: 18 RUEDAS

Documentos: archivos judiciales de la denuncia presentada por Marie en el Tribunal del Distrito del Oeste de Washington; notas entregadas por H. Richmond Fisher y los abogados de Lynnwood al mediador; registros del acuerdo de la demanda de Marie, incluida una factura de la aseguradora; revisión interna de la gestión del caso de Marie por parte del Departamento de Policía de Lynnwood; revisión externa de la investigación de Lynnwood realizada por el subinspector Rinta; expediente personal de Mason; materiales de formación usados actualmente por la policía de Lynnwood; y datos del Uniform Crime Reports del FBI. Para más información sobre el proyecto You Have Options, consúltese: Van Syckle, Katie: «The Tiny Police Department in Southern Oregon That Plans to End Campus Rape», *The Cut*, 9 de noviembre de 2014.

## AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría expresar nuestro más sincero agradecimiento a las muchas personas que nos han ayudado en este viaje. Todo empezó con los editores que nos animaron a seguir investigando para nuestro artículo «An Unbelievable Story of Rape». Gracias a Bill Keller y Kristen Danis, de Marshall Project; a Stephen Engelberg, Robin Fields y Joseph Sexton, de ProPublica; y a la revisora Amy Zerba, que dio forma a la narración y pulió el estilo. Tuvimos la suerte de contar con un tercer socio para publicar nuestra historia original: *This American Life*, paradigma del programa de radio inteligente y meticuloso. Gracias a la productora del episodio, Robyn Semien, y al locutor del programa, Ira Glass.

Nuestra agente, Mollie Glick, y su colega de Creative Artists Agency, Michelle Weiner, nos ayudaron a convertir nuestra historia en un proyecto digno de un libro. Nos ofrecieron respaldo y aliento en cada paso del proceso.

Molly Stern, Rachel Klayman, Emma Berry y Matthew Martin, del sello Crown Publishing Group de Penguin Random House, tuvieron la visión y el valor de abordar un tema difícil. Acompañaron nuestra labor de principio a fin, aportando correcciones, supervisión y sabios consejos. Ayelet Waldman y Michael Chabon se reunieron con nosotros y nos ofrecieron ideas: los títulos son peliagudos.

Reclutamos a varios amigos y familiares para que leyese los primeros borradores. Gracias a Ruth Baldwin, Ramona Hattendorf, Lyn Heinman, Anna Ly, Leslie Miller, Maureen O'Hagan, Serene Quinn y Craig Welch por permitirnos castigarlos así y por sus inestimables comentarios.

También nos gustaría dar las gracias a los bibliotecarios de la Biblioteca Gallagher de la Facultad de Derecho de la Universidad de Washington, por confiarnos libros antiguos y frágiles. Los bibliotecarios son lo más.

Investigar es caro. El Fund for Investigative Journalism —que, en su primer año, contribuyó a financiar el trabajo de Seymour Hersh para sacar a la luz la matanza de My Lai— tuvo la amabilidad de concedernos una subvención para

sufragar los costes de la investigación para este libro. Son muchos los periodistas que tienen una deuda de gratitud con el FIJ: contadnos entre ellos.